
LA PAREJA
DESCUBIERTA
DEL ALFA
JAYMIN SNOW

La pareja descubierta del alfa

Un Romance con Bebé Secreto y Pareja Predestinada con Hombre Lobo Metamorfo

(Serie Vínculo Eterno)

Jaymin Snow

Copyright © 2024 by Jaymin Snow

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 1

Cynthia

Miro fijamente las marcas en mi espalda. Las nuevas ronchas son de un rojo violáceo, algunas están abiertas y sangran, y sé que tardarán semanas en curarse. Pero nunca desaparecerán. Me las toco con cuidado y hago una mueca de dolor. Al menos han dejado de sangrar.

Uno pensaría que ya estaría acostumbrada.

He pasado veinticuatro años así, recibiendo latigazos cada domingo para que recordara los pecados de mi familia. La niña de cuatro años confundida y asustada que había entrado en esta casa había llorado y suplicado. Se disculpaba todo el tiempo y trataba de hacerse invisible. La mujer de veintiocho años que ahora me devuelve la mirada en el espejo ya no grita. No me duele menos. Ahora, me produce una satisfacción enfermiza ver la irritación en los ojos de Jonathon Moore, el hombre que me sacó de la casa de mi padre, mientras intenta doblegarme.

Pero no se puede romper lo que ya está roto.

Mi pelo plateado está recogido en un moño suelto, mis ojos de color azul pálido apagados. Y sin embargo, después de todo este tiempo, mi fuego no ha disminuido.

Me miro en el espejo y me muevo con dolorosa lentitud mientras recojo mi camisa; no me molesto siquiera por tomar la pomada de la estantería. Las cicatrices no ayudan. Le untan un acónico especial al látigo filoso para que las cicatrices no se borren.

Miro el reloj de pared. Son las doce de la noche.

Me abrocho la camisa. Estudio a la mujer en el espejo y murmuro:

—Feliz cumpleaños. Has cumplido un año más.

Recojo mi bolso y bajo del ático, que antes era mi dormitorio. La casa está oscura y vacía. Lirilla, la mujer de Jonathon, no está en casa. La vi marcharse cuando llegué. Nunca se queda cuando vengo. Cuando llegué, la niña que había sido creía que sentía lástima por mí. Pero muy

pronto descubrí que no sólo estaba de acuerdo con todo esto, sino que me encontraba repugnante. Por lo que el resto de la manada sabe, el Alfa, Jonathon, me está apadrinando a mí, una chica de los barrios bajos. Sólo yo sé la verdad. Los hijos de Jonathon o no lo saben o no les importa lo suficiente.

Hablando de sus hijos, veo movimiento en la cocina y me quedo inmóvil. El ruido del frigorífico me tensa la mandíbula. Sé que Jonathon ya está en la cama. El único que estaría a esta hora sería...

Norman Moore sale de la cocina con una cerveza en la mano.

No hace falta que lo huela para saber lo borracho que está.

Eso es para lo único que sirve Norman. A diferencia de su exitoso hermano mayor, Adam, que abandonó la casa a los dieciséis años, Norman no ha sido más que una decepción para su padre. Lo único que le interesa son las mujeres, las fiestas y emborracharse. Si tiene algún otro objetivo en su vida, es dejar en evidencia a su hermano mayor, algo en lo que fracasa estrepitosamente. La única razón por la que sigue en esta casa es porque Jonathon aún tiene esperanzas en él.

—¡Oye! —Norman me llama, y yo me quedo quieta, mirando lentamente por encima de mi hombro.

—¿Qué?

—¿Qué haces aquí? —Se acerca y el hedor a alcohol que le rodea me da ganas de vomitar.

—Me voy —respondo antes de empezar a alejarme. Sin embargo, me agarra de la muñeca y me obliga a acercarme a él.

—¿Qué demonios estás haciendo? —chasqueo, tratando de liberarme de su agarre pero fracaso.

—Será mejor que tengas cuidado con tu tono —me dice con sorna—. Papá no es el único que sabe ponerte en tu sitio.

Como si quisiera demostrar lo contrario, me golpea la espalda herida con la otra mano y sonríe cuando siseo de dolor. Aprovechando su estado de embriaguez, le doy una patada en el tobillo y me alejo de él de un salto.—¡No me toques, asqueroso!

Los ojos de Norman se convierten en pequeñas rendijas.

—Será mejor que tengas cuidado. Si voy a ver a papá...

—Ya te he dicho que te alejes de mí —le contesto con desprecio.

Es lo único que le agradezco a Jonathon. Cuando Norman empezó a mostrar interés por mí cuando éramos adolescentes, su padre cortó la situación de raíz. Me dio una buena paliza por atraer a su hijo, mientras le decía a Norman que no se relacionara conmigo. Su motivo era no manchar su linaje o algo por el estilo. No es que me importe.

Mientras su patético hijo mantuviera sus grasientas manos lejos de mí, me importaba un bledo el razonamiento de Jonathon. Norman siempre me ha observado con esos ojos brillantes llenos de codicia. La mayor parte de su codicia proviene del hecho de que soy una fruta prohibida, y ha sido educado para creer que tiene derecho a tomar cualquier cosa que se le ponga por delante.

—¡Zorra!

Me agarra de la muñeca y gruño:

—¡Inténtalo y derribaré esta casa a gritos!

—¿Crees que papá me culpará? —Norman me dedica una sonrisa socarrona—. Sólo tengo que decirle que te me estabas insinuando y se despellejará aún más.

—Prefiero eso, —le dedico una sonrisa fría—, antes que tus asquerosas caricias.

Levanta la mano y veo sus garras desenvainadas. No lo dudo, me agacho y retuerzo la mano alrededor de su muñeca con fuerza. En un abrir y cerrar de ojos, lo tiro al suelo de un golpe, y el sonido resuena en la casa vacía.

—Perr...

Ya oigo el portazo en el piso de arriba, y mis ojos se abren de par en par. Cojo el bolso de donde se había caído y corro hacia la puerta principal. Sin embargo, sé que no llegaré a tiempo, así que me doy la vuelta rápidamente y digo en voz alta:

—¡Oh, no! Norman. ¿Estás bien?

Se oyen pasos en la escalera y un hombre canoso dobla la esquina, frunciendo el ceño.

—¿Qué está pasando?

Norman abre la boca, me mira fijamente, se esfuerza por levantarse, pero no le doy la oportunidad de hablar.

—Estaba bebiendo y creo que se cayó. ¿Estás bien, Norman? ¿Te traigo un poco de agua?

—Papá...

—Te dije que dejaras de beber tanto. —Jonathon frunce el ceño—. ¿Y qué haces aquí todavía, Cynthia? Te dije que volvieras a tu casa.

—Me estaba yendo. —Miro por encima de mi hombro—. Sólo quería coger algo de la cocina para comer. No tengo comida en casa.

El Alfa me mira molesto, pero como también tengo que ayudarle en los negocios, hacerme pasar hambre no tiene ningún mérito para él.

—Tony te llevará a casa. Compra algo de comida por el camino. Tiene mi tarjeta.

Asiento con la cabeza.

—Gracias.

Me apresuro a salir, donde ya me espera un coche oscuro. Tony, un hombre alto, musculoso y tranquilo, con uniforme de chófer, ya espera junto al asiento del conductor. Al verme, me abre la puerta.

—Jonathon me dijo que podía comprar unas cosas para comer —le digo—. ¿Podemos parar en el supermercado de camino? Dijo que puedo usar su tarjeta.

Tony asiente.

Luego de que yo subiera y antes de sentarse en el asiento del conductor, cierra cuidadosamente la puerta tras de mí.

Tony ha estado con Jonathon desde que recuerdo. Siempre ha sido un tipo callado, pero no confío en él ni un poco. De niña, creía que podía confiar en él. Quería huir. Le conté mi plan, esperando que me ayudara. A cambio, Jonathon me estaba esperando esa noche cuando intenté

escabullirme, y recibí una dolorosa paliza.

Esa fue la noche en que me di cuenta de que no había nadie en esta casa dispuesto a protegerme. Tony era la mano derecha de Jonathon, en quien confiaba por encima de todo. Él era quien me llevaba y me traía de mi apartamento a la casa, y si tenía que ir a algún otro sitio, era él quien me llevaba. Cuando no me llevaba, estaba aparcado fuera de mi casa, vigilándome.

Miro por la ventana la ciudad oscura que pasa a toda velocidad y recuerdo el día en que me dijeron que ahora viviría en mi propio apartamento. También me informaron de la deuda de sangre que me unía a la familia Moore o, para ser más específicos, al Alfa de la familia Moore. Cualquier intento de escapar del Alfa resultaría en una muerte dolorosa. La deuda de sangre convertiría mi sangre en ácido dentro de mi cuerpo.

Ese fue el día en que finalmente renuncié a mi deseo de volver a casa de mis padres. Levanto las manos para estudiar la delgada línea azul que siempre ha abarcado mis dos muñecas como un brazalete de tinta. Esta línea representa la deuda de sangre entre el Alfa de los Moore y yo. Mi padre había ofrecido mis manos cuando Jonathon vino a buscarme, y tanto Jonathon como él me habían hecho jurar el juramento de sangre: yo, una niña, alguien que no sabía nada de los horrores que me esperaban. Pero mis padres sí lo sabían, y me habían enviado voluntariamente. Cualquier cosa para salvar la vida de su hijo.

El coche se detiene en uno de los grandes almacenes 24/7 y le tiendo la mano.

Tony me estudia a través de la ventanilla trasera.

—Dime lo que necesitas y lo conseguiré.

Mi mandíbula se tensa.

—También tengo que comprar productos de higiene personal, y prefiero comprarlos yo.

Me mira fijamente durante un minuto antes de sacar la cartera y darme la tarjeta.

Me apresuro a entrar.

Rara vez tengo una oportunidad así, pero cuando la tengo, suelo aprovecharla al máximo. Cojo la compra normal y añado un montón de productos de higiene femenina sin mirar. La cajera me mira con extrañeza los veinte paquetes. Sin embargo, lo suma todo y pasa la tarjeta que le entrego. Una vez que está empaquetando la compra, finjo contar los productos de higiene y

pongo cara de asombro.

—¡Mierda! Se suponía que tenía que comprar cinco.

Me mira molesta.

—Señora, debería haberlos contado.

Ya tengo el recibo en la mano y me lo meto en el bolsillo antes de usar mi dulce voz y preguntar:

—¿Puede devolverme el resto? Puede darme dinero en efectivo en su lugar. No me importa.

La cajera suspira molesta, pero procede a retirar los artículos y saca el dinero. Extiende un recibo de devolución y me entrega un montón de billetes. Los aplasto rápidamente y me los meto en el bolsillo de los vaqueros. Recojo las bolsas, arrugo el nuevo recibo y lo tiro a la papelera mientras salgo.

Tony me espera junto al coche y mira las bolsas que tengo en las manos. Me tiende la mano para recoger el recibo y está a punto de coger las bolsas, pero niego con la cabeza.

—No hace falta.

No insiste y meto las bolsas en el asiento de atrás, a mi lado.

Cuando llegamos a mi complejo de apartamentos, suspiro aliviada. Puede que sea otra prisión para mí, pero al menos no hay nadie esperándome dentro para torturarme. Y como Jonathon tiene que mantener las apariencias en nuestra manada, ha elegido una zona lujosa. Mi apartamento, de por sí, es pequeño, mi mobiliario desnudo, pero no me importa.

Sigue siendo un refugio para mí.

Tomo el ascensor hasta el quinto piso y, una vez que la puerta de mi apartamento está bien cerrada tras de mí, suelto un suspiro, me tiemblan las rodillas.

Ahora mismo me arde la espalda.

Me quito la ropa y me dirijo a la ducha.

Dejo correr el agua fría sobre mis heridas abiertas, y me tapo la boca con la mano para amortiguar mis gritos. Por fin me armo de valor y cojo la larga vara de tela para pasarla por las

heridas y limpiarlas. Hasta los lobos metamorfos pueden contraer infecciones si sus heridas no cicatrizan. Me siento en la bañera, con las rodillas pegadas al pecho. Incluso ahora siento una oleada de impotencia, de asfixia.

A veces me pregunto si mis padres se arrepintieron alguna vez de haber sellado mi destino tan conscientemente, si mi hermano se dio cuenta alguna vez de lo que sus acciones hicieron a su hermana. Casi he olvidado sus caras y sus voces, pero esta rabia y este odio que llevo dentro son como un horno.

Probablemente todos pensaron que no pasaría de unos días.

Cierro la mano en un puño y aprieto la mandíbula.

Sobreviviré. Siempre sobreviviré.

Me hice ese voto a mí misma. En este mundo, sólo estoy yo, y nunca caeré.

Me levanto a la fuerza, cierro el grifo y cojo una toalla. Tras limpiarme, cojo el gel sellador y, de pie frente al espejo de mi habitación, lo aplico con cuidado sobre las heridas abiertas. Lo único que hará esto es cubrir la carne desgarrada.

Cojo una camiseta holgada del armario, me la pongo, la combino con unos pantalones cortos y me dirijo a la compra que aún está junto a la puerta. La guardo y saco un plato de sopa de la nevera para recalentarlo. Mientras la comida se recalienta en el fuego, me subo a una de las sillas y saco una cajita de encima del armario de la cocina.

La dejo en la encimera de la isla y la abro para descubrir un montón de dinero.

Añado los cincuenta dólares a la creciente pila. Miro los billetes y no siento ni un ápice de culpa. He robado esto, todo esto, a Jonathon utilizando artimañas similares. He conseguido acumular más de cuatro mil dólares. Nunca he gastado nada de este dinero. El día que consiga convencerle de que me libere de esta deuda de sangre, cogeré este dinero y huiré. Nunca miraré atrás.

Llevo seis años trabajando en la oficina de Jonathon y nunca he recibido un sueldo. Ni siquiera recibí algo dinero en efectivo. Tenía que ver cómo sus hijos se duchaban con cosas bonitas y comían bien mientras que a mí me daba de comer una vez al día, incluso sus sobras de la mesa. Sólo cuando fui más visible para la manada empezó a vestirme con algo más que harapos.

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

Lo ha intentado. Lo ha intentado todo, pero nunca ha podido doblegar mi espíritu. Sin embargo, él cree que lo ha hecho, y nunca dejaré que crea lo contrario.

Vuelvo a contar el dinero y sonrío para mis adentros, ridículamente divertida por otro buen botín. El rico aroma de la sopa al cocinarse me hace cerrar rápidamente la caja y volver a guardarla en su escondite. Registran mi apartamento a menudo y sin previo aviso. No puedo escapar de esta deuda de sangre sin morir, así que supongo que es la forma que tiene Jonathan de humillarme y recordarme cuál es mi lugar.

A nadie se le ocurre comprobar la parte superior de los armarios de la cocina. Lo más probable es que se deba a lo pequeño que es el espacio entre la parte superior del armario y el techo.

Sonriendo a pesar del dolor, me siento a disfrutar de una taza de sopa caliente.

*** **

Mi puesto es de asistente personal. Sin embargo, hago de todo y participo en todos los departamentos de la empresa. La familia Moore posee y dirige una enorme marca de alimentos, KDL Foods Inc. Jonathon es el Director General, mientras que Norman se supone que es el Director Gerente. No es que haga mucho.

Como trabajo aquí desde hace tanto tiempo, Jonathon confía en mí para todas las decisiones. Antes se limitaba a aprobar mis planes y sugerencias y, como resultado, la empresa prosperó. Casi no tenía que hacer nada conmigo haciendo todo en su nombre. Pero en el momento en que Norman entró a bordo, todo cambió. Los beneficios disminuyeron y la tasa de rotación de la empresa aumentó. El personal femenino disminuyó drásticamente en número cuando se dieron cuenta de que Norman había sustituido al jefe de RRHH por un amigo suyo. Nunca hizo prácticas aquí ni ninguna investigación. Simplemente le gustaba el control.

Y cada vez que metía la pata, me echaba la culpa a mí.

Jonathon prefirió creer que la chica de los barrios bajos era la causa de la caída de las acciones de su empresa. A mí me castigaban constantemente por ello. Todavía lo hacen. La única ventaja es que ahora Jonathon comprueba todas y cada una de mis decisiones, así que Norman no tiene margen para culparme. Sin embargo, el daño está hecho.

La reputación de la empresa se ha hundido en el fango, gracias al borracho inútil del hijo de Jonathon.

Dejo el bolso sobre la mesa, con la espalda dolorida por la paliza de ayer. Estoy a punto de sentarme cuando suena el interfono. Suspiro, cojo mi tableta y me dirijo al despacho del director general.

El alfa de la manada está en su escritorio, con el ceño fruncido.

Levanta la vista cuando entro.

—Llegas tarde.

Me ha costado años de práctica no poner los ojos en blanco cuando la situación lo requiere. Sé que estaba ahí diez minutos antes.

—Lo siento.

Jonathon se echa hacia atrás en su silla, con los labios torcidos.

—¿Has visto las noticias?

—¿No?—digo, con cautela—. ¿Ha pasado algo?

Coge un control remoto y desactiva el sonido de la pantalla de la pared junto a la puerta. Me giro para mirar la televisión y veo a un reportero hablando de comida enlatada que se había servido en los colegios y que estaba caducada. Cierro los ojos, ya sé adónde va esto.

—¿Por qué enviamos comida podrida a las escuelas? —Jonathon me lanza el control remoto a la cara y me sobresalto cuando me golpea en la frente.

Sin embargo, mantengo mi voz recatada.

—Son las nuevas medidas de control de calidad en las fábricas. Lo mencioné en el informe...

—No se menciona nada...

—Está en la página cinco, señor. Norman hizo algunos cambios, y esbocé los posibles problemas que podrían ocurrir...

Ya está hojeando el informe y sus ojos recorren el papel. Se le endurece la mandíbula y, antes de que pueda parpadear, me lanza el informe y ladra:

—¿Por qué no me lo dijiste en persona?

Miro los papeles esparcidos a mis pies. Me siento insensible a esta humillación. Se lo dije, y él lo sabe. Pero si se lo recuerdo, las consecuencias serán peores para mí.

—Lo siento —murmuro con recato—. Debería haberle informado.

Aparta la mirada de mí y suelto un suspiro tembloroso.

El silencio que sigue es angustiante, y entonces él habla de repente:

—Esto no puede seguir así. Nuestras acciones están cayendo en picada. Estamos perdiendo la confianza de nuestros clientes. Si esto sigue así, Norman nunca podrá ascender a la posición Alfa.

Al oír esas palabras, me sobresalto.

He oído a Norman mencionar un par de veces que se convertirá en el próximo alfa, pero siempre lo atribuí a la arrogancia y la ilusión. La posición Alfa siempre ha pertenecido legítimamente al hijo mayor de Jonathon, Adam Moore. Aunque crecí en la misma casa que los dos hijos de Jonathon, apenas me cruzaba con Adam. Siempre estaba ocupado con sus clases de Alfa, y cuando no lo estaba, tendía a mantenerse alejado de la casa, prefiriendo vivir en casa de su tía. Sé a ciencia cierta que cuando tenía quince o dieciséis años, hubo una gran pelea y Adam acabó abandonando la casa familiar para siempre. No he vuelto a verle desde entonces.

Sin embargo, seguía siendo el heredero Alfa. Nadie ha afirmado nunca lo contrario, sobre todo cuando creó su propia empresa en competencia directa con la de su padre. Maril Food Ltd. ha tenido un enorme éxito, y desde que Norman tomó las riendas de nuestra empresa, la compañía de Adam ha crecido a pasos agigantados.

Es la primera vez que oigo hablar de la intención de Jonathon de sustituir a Adam por Norman.

Antes de que pueda contenerme, me encuentro preguntando en voz alta:

—¿Le parecerá bien a la manada?

En lugar de enfadarse, Jonathon me lanza una mirada arrogante.

—¿Con cambiar al heredero Alfa? Mientras Norman pueda demostrar su valía, no deberían tener

ningún problema. Pero tenemos que adquirir Maril Food Inc. si queremos tener éxito. Adam ha estado construyendo poder en la manada durante años. Una vez que su empresa esté bajo la mía, perderá ese poder.

Parpadeo.

¿De verdad espera que su hijo mayor le ceda su empresa tan fácilmente?

—¿Tiene intención de adquirir la competencia?

—Sí. De hecho, espero que vayas a las reuniones de adquisición, junto con Norman. —Me mira.

Me limito a asentir, pero sus ojos se entrecierran y se inclina hacia delante, juntando los dedos.

—Haré un trato contigo, Cynthia. Sé muy bien que nada te gustaría más que tu libertad. Si pones todo tu empeño en ayudarnos a adquirir la empresa de Adam, me lo pensaré. Y si me ayudas con éxito a poner a Norman en el puesto de Alfa, te liberaré de tu deuda de sangre.

El corazón me late con fuerza mientras le miro fijamente.

¡Es la primera vez que hace una oferta así! ¿Liberarme de la deuda de sangre?

¡Incendiaré todo por orden suya si puedo ser una mujer libre!

Sin embargo, después de convivir con estas personas durante tantos años, sé que no debo confiar en ellas.

—¿Cómo sé que no se va a echar atrás en el último momento?

Me hace falta mucha fuerza para decir esto, sabiendo que Jonathon puede tomárselo como un insulto. Pero necesito seguridad.

Los ojos del alfa chispean de ira.

—¿Quieres que haga un juramento de sangre o algo así?

—Sí —digo simplemente.

—Desagradecida... —Se pone de pie, con expresión de rabia, pero le interrumpo.

—Sin faltarle el respeto, señor, —Sostengo su mirada, malditas sean las consecuencias—, pero he pasado años pagando por los crímenes de mi hermano. Norman ha dejado claro que el destino que me espera una vez que se convierta en el Alfa no va a ser otro que el de una puta. Así que necesito algo más que sus palabras. Quiero un juramento de sangre.

Los ojos de Jonathon son feroces.

—Parece que tu lengua no se ha refrenado en todos estos años.

Me quedo mirándole en silencio.

Si Norman se convierte en Alfa, preferiría morir.

Jonathon ve que no voy a ceder y frunce el ceño.

—De acuerdo. Voy a hacer un juramento de sangre, pero sólo una vez que la compañía de Adam haya sido adquirida.

Sé a ciencia cierta que la simple adquisición de la empresa no será suficiente para que Norman se convierta en el Alfa. La llevará a la bancarrota. Pero si subo a bordo, puedo convertirlo en el Alfa mostrando mis éxitos como suyos. Y una vez que esté libre, puede quemar esta manada hasta los cimientos por lo que a mí respecta.

Mis labios se curvan.

Jonathon parece irritado.

—Fuera de mi vista. Y por la tarde, irás con Norman a las conversaciones de adquisición.

Asiento con la cabeza y salgo de su despacho. Pero en cuanto la puerta se cierra tras de mí, una amplia sonrisa se dibuja en mis labios, y el corazón me late de emoción.

¡Por fin, una oportunidad de libertad!

CAPÍTULO 2

Cynthia

Como siempre, Norman llega tarde.

Los abogados y yo le esperamos en el vestíbulo cuando llega con una hora de retraso. Parpadea al vernos.

—¿Qué hacéis aquí, imbéciles? ¿Os ha echado papá?

Se ríe a carcajadas de su propio chiste y yo hago una mueca por el sonido chirriante.

Incluso de niño, Norman no era el más atractivo de todos. Donde su personalidad y actitud podrían haber marcado una gran diferencia, la fealdad de su interior siempre está a flor de piel.

—Hoy tenemos las conversaciones de adquisición con Maril Food Inc. —Uno de los abogados se adelanta, apenas disimulando su enfado—. Teníamos que haber llegado hace veinte minutos. Llevamos más de una hora esperándole.

En lugar de parecer mortificado por retrasar lo que se supone que es un asunto tan urgente para la empresa o incluso fingir estar avergonzado, Norman se limita a decir con desprecio: —¿Y qué? Sólo es Adam. Debería estar agradecido de que nos interesemos por su patética empresa. Ya verás. Te apuesto lo que quieras a que nos estará esperando, desesperado por que le compremos y le salvemos.

Miro al suelo y aprieto los labios para no reírme. Norman no tiene ni idea sobre cómo funcionan los negocios. Para lo único que sirve es para gastarse el dinero de su padre en mujeres y alcohol. Nunca he conocido a un tonto más iluso.

—En cualquier caso, —dice tajantemente el abogado, Tom Anvil—, tenemos que estar allí o nos arriesgamos a perder la adquisición. Maril Food es ahora mismo uno de los grupos más importantes que existen. No podemos permitirnos perder las conversaciones de adquisición. ¿Sabe lo que ocurrirá si otra empresa puja...?

Norman se acerca a Tom, pone su cara bien cerca y gruñe de repente:

—¿No has oído lo que he dicho? Adam nos necesita. Nadie va a querer adquirir su patético negocito.

Veo que Tom quiere decir algo, pero es uno de los últimos miembros del personal que Norman aún no ha conseguido echar, y no puedo dejar que despida a alguien como Tom. Inmediatamente doy un paso adelante, y digo con voz dura:

—Bien, llamaré a Jonathon y le diré que crees que la adquisición no merece la pena.

Ya estoy sacando el móvil cuando Norman me agarra de la muñeca, apretándomela dolorosamente fuerte.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Me encuentro con su mirada, negándome a acobardarme por el dolor.

—Exactamente lo que has dicho. No crees que la adquisición merezca tu tiempo y esfuerzo, así que ¿por qué deberíamos estar pagando a todos estos abogados por hora para simplemente esperar una adquisición que ni siquiera crees que merezca la pena? —Aprieta el puño y yo le devuelvo la mirada, impasible—. También le haré saber que me tomaré un par de días libres en el trabajo, ya que pareces empeñado en romperme la muñeca. Puedes explicarle por qué no tiene a su asistente personal cerca. —La cara de Norman se contorsiona y yo sonrío agradablemente —. ¿Quieres soltarme ya o prefieres que llame a tu padre?

Sus ojos se mueven y me suelta la mano, con asco en la cara. Su voz es grave.

—Me ocuparé de ti más tarde.

Me burlo.

—Vámonos. —gruñe Norman, y antes de que podamos subir a los coches que nos esperan, vuelve a agarrarme de la muñeca—. Tú vienes conmigo.

Retiro la mano y enarco una ceja.

—Tengo que discutir los detalles de la adquisición con Tom. Eres bienvenido si quieres unirte a nosotros. Quizá aprendas un par de cosas.

Norman tiene tal vez dos neuronas que puede utilizar a la vez, pero incluso él sabe lo que le pasará si se comporta como un bruto conmigo en público. La manada parece tener la impresión de que soy un miembro importante de la familia Moore. Surgirán preguntas, y puede que Jonathon no sea capaz de responderlas sin implicar a su propia familia.

Me lanza una mirada desagradable y me suelta la muñeca.

Mientras Tom me sigue hasta el coche negro que nos espera, me pregunta:

—¿Estás bien?

Me froto la muñeca distraídamente.

—Nada que no pueda manejar. Discutamos los detalles de la adquisición en el coche. ¿Cuánto estamos dispuestos a ofrecer?

Durante todo el trayecto, Tom comparte los detalles mientras yo sigo afinándolos.

Sin embargo, cuando llegamos a la sede de la empresa, miro hacia el edificio de cristal y me quedo boquiabierta. No me cabe la menor duda del éxito de Adam Moore. Pero está claro que también le gusta alardear de su riqueza.

Tengo pocos recuerdos de Adam y, como ya no hay fotos suyas en la casa familiar, no recuerdo su cara. No es de extrañar porque, hasta mi adolescencia, estuve gravemente traumatizada. Apenas nos cruzábamos. El único recuerdo que tengo de él es uno que me hace temblar de rabia. Ese fue el primer día que comprendí lo que era realmente el odio.

Miro fijamente el edificio.

No tengo ganas de volver a ver a Adam. Aunque dudo que se acuerde de mí, o que le importe.

Norman decide irrumpir en el vestíbulo, exigiendo en voz alta:

—¿Dónde está Adam?

Cierro los ojos brevemente, horrorizada.

¡Este hombre me va a costar mi libertad!

—Hola. —Me acerco a la recepcionista—. Venimos de KDL Foods. Tenemos una reunión con el

Sr. Moore.

La recepcionista asiente.

—Por favor, espere.

Cuando descuelga el auricular para comprobarlo, Norman frunce el ceño.

—Dile a Adam que estamos aquí. No me gusta esperar.

—Lo siento, señor, —le dice amablemente la recepcionista—, pero no puedo dejarle pasar hasta que tenga confirmación de arriba.

—Escucha, zorra... — empieza Norman y mis ojos se abren de horror.

—¡Norman! —siseo—. ¡Cuidado!

Me empuja hacia atrás y caigo sobre Tom, que me atrapa antes de que caiga al suelo.

Despreocupado, Norman se burla:

—¡Esta empresa va a ser mía de todos modos! Déjame entrar o serás la primera en perder tu trabajo.

Ahora hay una mirada poco amistosa en los ojos de la mujer y dice, tensa:

—¿Tengo que llamar a seguridad?

—No, no es necesario. —Intento salvar la situación—. Por favor, dígale al Sr. Moore que estamos aquí para las conversaciones de adquisición. Este es su hermano, Norman Moore.

La mujer me mira con el mismo asco y hace la llamada.

—Hay un tal Norman Moore que quiere verle, con su equipo. Dice ser el hermano del Sr. Moore y dice que está aquí para conversaciones de adquisición.

Después de un momento, asiente.

—Ya veo. Bien. Se lo haré saber.

Cuelga el auricular, mira a Norman con gran complacencia y dice:

—El Sr. Moore está ocupado hoy. No le recibirá. Por favor, concierte otra cita e intente llegar a tiempo.

La cara de Norman se pone roja y cuando abre la boca, le agarro del brazo.

—Vámonos.

—¡Suéltame! —Me sacude y me tira al suelo. Esta vez me agarra otra persona. Mientras Norman se aleja, miro hacia arriba y veo a un hombre con una terrible cicatriz en el lado izquierdo de la cara.

—¿Estás bien? —Su voz es amable, y parpadeo.

—Um, sí. Lo siento.

Tranquilizándome, miro a Tom.

—Vámonos.

Sin embargo, antes de irme, miro por encima del hombro al hombre que me observa.

Nunca lo había visto por aquí.

Giro la cabeza y me centro en el problema que tengo entre manos, que se llama Norman.

Le alcanzo, le agarro del hombro y le giro para que me mire:

—¿Te has vuelto loco? ¿Crees que alguien querrá que adquiramos su empresa si te comportas así? Esto no es un juego, Norman. Si quieres convertirte en Alfa, será mejor que empieces a comportarte como tal en lugar de como un mocoso malcriado.

Nunca le hablo así a Norman. No tengo deseos de morir. Pero si él no consigue esta fusión, yo no consigo mi libertad.

—Será mejor que cuides lo que dices —gruñe, poniéndose cerca de mi cara.

No me echo atrás.

—Si hoy hubieras llegado a tiempo, habríamos conseguido avanzar algo. Has llegado tarde y, encima, te has comportado así en el vestíbulo de su empresa. ¿Crees que ahora va a querer seguir adelante con la adquisición o incluso escucharnos?

Levanta la mano y, antes de que pueda pestañear, me la pone en la mejilla izquierda.

—¡Norman! —Los jadeos de pánico de los abogados me hacen apretar los dientes. El dolor no me molesta, pero sé que Jonathon me culpará de su arrebato, y ya está cabreado conmigo desde esta mañana.

Sólo puedo imaginar lo que me hará.

Veo a Norman subir a su coche y marcharse, furioso.

Cierro los ojos, resistiendo las ganas de vomitar.

¡Yo y mi maldita bocaza!

—Estoy bien. —Levanto una mano cuando el resto del equipo corre hacia mí—. Ni una palabra al director general.

—¡Pero te ha abofeteado! —gruñe Tom—. Aunque sea el Director General...

—Ni una palabra, Tom —reitero, cansada—. Créeme. Será peor si se entera. —Dejo escapar un suspiro tembloroso antes de tranquilizarme—. Vosotros deberíais iros. Yo hablaré con Jonathon.

—Es imposible que pasemos de la puerta. —murmura Tom, lanzándome una mirada preocupada —. No después de lo que Norman acaba de hacer. ¿Por qué el Alfa no ve nada de esto?

—Tom... —Hay un tono de advertencia en mi voz, pero a él no parece importarle ahora.

—Sabes que tengo razón, Cynthia —escupe Tom—. Desde el momento en que Norman llegó a bordo, todo se ha jodido. Toda la empresa se está hundiendo y Jonathon te ha estado echando la culpa.

—¡Tom! —Mi voz es aguda como un latigazo mientras miro a Tony, que sigue en el asiento del conductor, escuchando.

Tony es el que me lleva a donde tengo que ir. Es otro movimiento de poder de Jonathon para

mantenerme a raya. Ya ha sido testigo de lo ocurrido, y no me cabe duda de que se lo va a contar todo a Jonathon, que se va a desquitar con mi espalda ya quemada.

El cansancio me invade.

A veces sólo quiero tirarme al suelo y gritar. Quiero gritar y gritar hasta que mi garganta esté en carne viva. Mi corazón está hecho jirones, mi alma se niega a rendirse, decidida a luchar. ¿Pero para qué? Este vacío no tiene fin. No importa hacia dónde gire, no importa adónde vaya, el dolor y el sufrimiento me esperan al final del camino. Ya sé lo que Jonathon va a hacerme, y el miedo me ahoga. Ni una sola vez ha responsabilizado a Norman de sus actos. Siempre ha encontrado otro chivo expiatorio. Y desde hace un par de años, ese chivo expiatorio soy yo. Con cada error que Norman comete, tengo que soportar diez latigazos.

Abro la puerta del coche, siento mi cuerpo pesado.

—Vete a casa, Tom. Vete a casa.

Tom me mira preocupado.

—Hablaré con Jonathon. Nada de esto ha sido culpa tuya.

—No importa. —Quiero cerrar los ojos y hundirme en el abismo—. Me ocuparé de ello.

Tom aprieta los labios y me cierra la puerta del coche. Miro a Tony por el retrovisor.

—¿No ha ido bien?

Le dirijo una sonrisa seca.

—No necesitas chivarte a Jonathon. Nos dirigimos hacia donde está él ahora.

Sin embargo, Jonathon ya debe haberse enterado de la situación porque seguimos atrapados en el tráfico cuando me llama, furioso.

—¿Qué demonios has hecho, inútil?

Me muerdo la lengua.

—Norman llegó tarde.

—Deberías haberle llamado para recordárselo —me grita Jonathon por teléfono.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, frotándome la sien.

—Le envié un correo electrónico y un mensaje. Se puso agresivo con la recepcionista. Estoy intentando...

—¿Qué sentido tiene enviarte cuando ni siquiera puedes controlar una situación? —gruñe, y me cuesta todo lo que llevo dentro no gemir ante la furia de su voz, la furia que va a desatarse sobre mí muy pronto.

—Lo he intentado, señor.

—¡Claramente no lo suficientemente fuerte!

—Me ha agredido físicamente. —estallo—. Delante de todos. Aún así he intentado detenerle, pero...

—No me vengas con tus excusas de mierda. Se está emborrachando en su bar de siempre. Quédate con él. Asegúrate de que no se meta en problemas. Y yo me ocuparé de ti más tarde.

Abro la boca y la cierro. Ya he hablado bastante por hoy.

—Comprendo.

Termina la llamada bruscamente y miro el teléfono. Después de respirar entrecortadamente, levanto la vista.

—Déjame en el Devine Bar.

Tony no hace preguntas, simplemente cambia de línea.

Tardo cinco minutos en llegar y, una vez fuera, doy unos golpecitos en la ventanilla de Tony. —Puedes irte a casa. Yo estaré con Norman.

Tony duda por primera vez.

—Puedo quedarme en caso de que las cosas se salgan de control.

Le miro fijamente antes de decir, despacio:

—¿De verdad quieres esperar fuera toda la noche? Ya sabes cómo se pone cuando se enfada. No saldrá de ese bar hasta que salga el sol. Vete a casa.

Tony finalmente asiente.

—De acuerdo. Llámame cuando esté listo para irse.

Le miro alejarse antes de entrar en el bar. Es menos un bar y más un club de striptease de élite.

—Hola, Rock. —Saludo con la cabeza al portero delante de la puerta—. ¿Dónde está?

Soy una cara conocida aquí, ya que a menudo me encargan que recoja a Norman cuando está borracho como una cuba. Rock hace un gesto con el hombro hacia la barra y veo a Norman sentado con dos mujeres pegadas a él.

—Norman. —Me acerco a él y gira la cabeza. Ha bebido bastante porque ya no parece enfadado. Sin embargo, tampoco parece muy contento de verme.

—Estoy ocupado. —Frunce el ceño y vuelve a centrar su atención en las mujeres que tiene a su lado.

Me pregunto cuánto cobran por noche y si las mujeres humanas pueden entrar en los establecimientos regentados por metamorfos. Mis labios se fruncen de desagrado. Si Jonathon se entera de que su hijo se ha acostado con mujeres humanas, se va a volver loco. A diferencia de los cambiaformas, que sólo pueden quedarse embarazadas después de recibir la marca de apareamiento, las hembras humanas no están sujetas a las mismas reglas.

—Jerry. —Miro al camarero preocupada—. Por favor, no me digas que tienes escorts femeninas humanas aquí. ¿Desde cuándo...?

—No te preocupes. —Jeremiah, otro hombre-lobo, y copropietario de este bar, se ríe.— Dejamos entrar a unas pocas seleccionadas.

—¿Seleccionadas? —Frunzo el ceño.

Sonríe.

—Infértiles. No pueden tener descendencia. Como la única opción de escorts viene de los barrios bajos, Brad y yo decidimos probar algo diferente. Las alimentamos y las alojamos, y a cambio,

nos dan el cincuenta por ciento de sus beneficios.

—Así que, básicamente, ahora sois clientes —digo secamente.

Parpadea.

—En absoluto. Si lo miras...

Levanto la mano.

—No gracias, de verdad que no quiero mirar nada. Tengo que llevar a Norman a casa.

—Acaba de llegar hace veinte minutos. —Jerry me mira con tristeza—. ¿Por qué quieres quitarme a mi mejor cliente? Ten corazón.

Pongo los ojos en blanco y digo:

—Alpha Moore lo quiere en casa.

Eso es suficiente para que Jerry se calle.

Vuelvo a centrar mi atención en Norman.

—Vamos. Tu padre quiere que vengas a casa.

Se vuelve para mirarme.

—Bien, iré. Siempre que hagamos una parada de una hora en un motel cercano.

Su significado no se me escapa, y me pongo rígida.

—El Alfa te quiere en casa.

—Bueno, yo no voy. De hecho, —Se inclina hacia una de las mujeres pelirrojas—, Leia y yo pensamos ponernos muy ocupados dentro de unos minutos. ¿Por qué no te unes a nosotros? Después de todo, una vez que sea Alfa, solo servirás para eso.

Mi mano se cierra en un puño y Jerry emite un sonido de sorpresa.

—¡Vamos! —Norman levanta la voz—. Quítate esa camisa que pagó mi padre. Veamos tus

melones.

Algunas personas se ríen a su alrededor y mi cara se calienta por la humillación.

—Creo que deberías irte, Cynthia —murmura Jerry en voz baja—. Ha bebido más de unas cuantas.

Norman se pone de pie, riéndose ahora, y ambas mujeres le rodean la cintura con los brazos.

—Tomaremos la habitación privada, Jerry. ¡Que sigan viniendo las bebidas!

Mientras se aleja a trompicones, se le escapa la cartera del bolsillo.

Lo veo alejarse, con la sangre hirviéndome. Al cabo de un momento, lo recojo y le sigo.

No tiene sentido quedarse. Le pediré a Jerry que no le pierda de vista y que llame a Tony cuando crea que hay que acompañar a Norman a la salida. Le sigo para entregarle la cartera, pero me detengo al doblar la esquina.

Abro la cartera de Norman y cuento su dinero antes de embolsarme más de la mitad.

—Buena suerte, asqueroso baboso —me burlo —. Vete al infierno.

Llamo a la puerta de la habitación reservada y me abre una de las mujeres.

Parpadea.

—¿De verdad te unes a nosotros? —Antes de que pueda responder, una fea expresión se forma en su cara—. No vamos a compartir nuestro dinero contigo si...

—Dale a Norman su cartera. Se le cayó—. Veo la codicia parpadear en sus ojos y le digo—: Las habitaciones privadas tienen cámaras que se utilizan en caso de robo, para que lo sepas.

Frunce el ceño y coge la cartera antes de cerrarme la puerta en las narices. Pongo los ojos en blanco y salgo hacia el bar.

—Llama a Tony cuando esté fuera de sí. Me voy a casa —le digo a Jerry.

Al salir, la adrenalina se desvanece y aparecen la humillación y el dolor.

Hay un parque al otro lado de la carretera y me arrastro hasta allí, agradeciendo que ya haya anochecido. Sentada en uno de los columpios vacíos, me agarro a la cadena de acero y miro fijamente el bar al otro lado de la carretera. Para la familia Moore, no soy más que un perro. De hecho, los perros reciben mejor trato que yo. Pongo buena cara, pero por dentro hay un vacío, una agonía que nada puede arreglar.

¿Jonathon cree que Norman tiene lo que hace falta para convertirse en Alfa? ¿De verdad está tan ciego?

Su hijo es un inútil.

Es la escoria de la tierra, y la manada es más que consciente de ello.

A veces me pregunto si acabar conmigo misma sería algo positivo. Es la primera vez que me siento en un parque en años. Ni siquiera puedo ir a una panadería o a cualquier sitio sin que me vigilen y controlen. Hoy es la primera vez que tengo unos minutos para mí.

Pero muy pronto, tendré que llamar a Tony y…

Mi mano se detiene en su camino hacia mi bolso y parpadeo.

¿Por qué tengo que llamar a Tony?

Cree que estoy en el bar con Norman.

Entrecierro los ojos y palpo mi bolsillo, que tiene al menos un par de cientos de dólares. Con cien dólares se pueden hacer muchas cosas.

Me pongo de pie.

La noche aún es joven y, por primera vez en años, no hay nadie vigilándome por encima de mi hombro.

Mi sonrisa se ensancha.

*** **

Mi pelo plateado es fácilmente reconocible, así que si quiero divertirme, primero tengo que disfrazarme.

La mujer que me mira desde la silla de la peluquería es irreconocible. Su pelo es negro como la medianoche y sus ojos azules como el hielo están llenos de excitación infantil.

—Estás preciosa, cariño. —La mujer que arregla la peluca suspira—. Aunque tu color plateado natural es tan raro y precioso. No sé por qué querrías esconderlo.

—Sólo quiero algo diferente —Sonrío.

Me ha hecho un bonito nudo en el pelo con la peluca y, combinándolo con el vestidito negro que me compré en la tienda de segunda mano no hace ni veinte minutos, no me parezco en lo más mínimo a Cynthia Rose. Dudo que incluso Jonathon me reconociera si me viera ahora mismo.

Complacido, mi corazón se detiene, y yo tiemblo de ansiedad. Estoy dando un paso arriesgado al salir por mi cuenta, pero puede que sea mi única oportunidad de experimentar algo de libertad. Ni siquiera sé lo que quiero hacer. Sólo quería estar guapa por una vez.

Salgo de la peluquería, camino hasta la estación de tren más cercana, cojo una taquilla y meto mis pertenencias en ella. Con la cartera y el teléfono en mano, tomo el tren y, al cabo de unas paradas, me encuentro en una calle muy iluminada. La calle está llena de bares y discotecas, y por ella circulan multitud de jóvenes, algunos borrachos y otros que se dirigen a emborracharse. Aquí no huelo a nadie de mi especie y mi cuerpo se relaja. Además, con el hedor humano, mi propio olor se ahoga.

Decido seguir a un grupo numeroso a un bar que, por la música que sale de él, tiene buena pinta.

La mayoría de los establecimientos propiedad de cambiaformas son lugares tranquilos, si no contamos los clubes que han ido apareciendo por todo Seattle. Los clubes son en su mayoría clandestinos y están estrictamente controlados debido a lo salvajes que pueden llegar a ser los jóvenes metamorfos cuando están borrachos. El alcohol humano no nos da nada más que un zumbido, y sólo las marcas selectas pueden conseguirlo. Me apetece un trago para deshacerme de la tensión que se me acumula en el estómago, así que pido un vaso de whisky, asegurándome de preguntar antes por la marca de la botella.

El camarero me mira con extrañeza, pero me enseña la botella antes de servirme un vaso.

—También me gustarían las patatas fritas. —Estudio el menú. No sabía que se podía pedir comida en los bares. Los bares de cambiaformas no tienen comida en el menú.

—Claro. —El hombre asiente y hace el pedido.

Me doy la vuelta en el taburete y miro a mi alrededor. El local no está tan poco iluminado como esperaba y, al fondo, veo a varias personas bailando al ritmo de la música. Los observo y me relajo a medida que pasan los minutos y nadie irrumpe por la puerta gritándome.

Cuando llega mi pedido, pido otro vaso de whisky y me pongo a comer. En casa tengo que racionar la comida porque me suelen entregar una cantidad determinada de alimentos. Es raro que Jonathon me deje hacer la compra sola. Me permite comer en su casa, aunque es algo que evito. Por lo tanto, hacer patatas fritas en casa es un desperdicio de aceite y patatas.

Muerdo la crujiente patata frita y cierro los ojos de pura felicidad.

No hay nada mejor que la comida rápida.

Se oye el tintineo de un vaso sobre la encimera y, a mi lado, una voz grave y profunda, con un deje de diversión, dice:

—Nunca había visto a nadie disfrutar así de unas patatas fritas.

Abro los ojos y veo a un hombre de pie junto al taburete de al lado. Sus ojos grises son penetrantes, en un rostro bien formado con el que los dioses se tomaron claramente su tiempo. Tiene la cabeza llena de pelo negro ondulado y lleva traje. Le falta la chaqueta, sólo le queda el chaleco, y mis ojos se fijan en cómo su cuerpo llena el traje, estirándose en todos los sitios adecuados, los definidos músculos de sus antebrazos más que evidentes con las mangas remangadas.

Parece ser humano, pero con todos los olores humanos en esta habitación, es difícil saberlo. Pero no recuerdo haber visto a alguien como él en los eventos de la manada. La mayoría de la manada se reúne para eventos de unión, así que lo habría visto.

Supongo que debo de llevar demasiado tiempo mirándole, porque sus labios se mueven.

—¿Te importa si me siento aquí?

—Ad-adelante. —Casi me atraganto con la patata frita que tengo en la boca y luego me la trago rápidamente, tosiendo—. Lo siento.

—¿Cómo te llamas?

Es tan ridículamente guapo que mi corazón late con fuerza. El hecho de que alguien como él muestre un ápice de interés por alguien insignificante como yo me estremece por dentro. Sin embargo, recuerdo mi disfraz y me invade una punzada de tristeza. He tenido que parecer otra persona para llamar la atención masculina de cualquier tipo, pero todavía estoy decidida a hacer de esto una noche.

Me limito a sonreírle.

—Preferiría no decirlo.

Parpadea, para nada disuadido.

—¿Y por qué no?

Me encojo de hombros.

—Nunca vas a volver a verme, así que ¿para qué molestarse con nombres?

—Pareces muy segura de ello. —Parece aún más intrigado—. ¿Te gustaría saber mi nombre?

Sacudo la cabeza y su sonrisa se ensancha.

—Todo esto es tan misterioso.

—Puedes irte. —Le observo mientras muerdo otra patata frita—. No me importa.

Se echa hacia atrás, con el codo apoyado en la encimera y la barbilla apoyada en la mano.

—No creo que te importe. Lo que me hace sentir más curiosidad por ti.

—¿Curiosidad por qué? —Me encojo de hombros—. Estoy literalmente aquí sentada, comiendo patatas fritas y bebiendo whisky.

—Exacto. —El apuesto desconocido sonríe—. ¿Por qué una bella dama como tú está sentada sola en un bar?

Lo miro fijamente, preguntándome si es su forma de ligar conmigo. Nunca nadie ha mostrado el más mínimo interés por mí, así que esto es nuevo para mí.

Ante mi silencio, el hombre levanta la ceja.

—¿Qué te parece esto? Va a ser raro hablar sin saber el nombre del otro, así que ¿por qué no inventamos unos falsos?

—¿Nombres falsos? —La idea me hace sonreír—. Siempre quise ser una Anna. —Nombres falsos, que un desconocido sexy ligue conmigo en un pequeño bar y disfrutar de una buena comida. Me invade una oleada de excitación. —¿Cómo te gustaría que te llamaran?

Sonríe por alguna razón, la diversión baila en sus ojos.

—¿Por qué no eliges?

Me olvido de la comida y le miro.

—¿Qué tal Adrian?

Parpadea.

—¡Qué rápido!

Sonrío.

—Una vez vi el nombre en una revista. Me gustó mucho.

—Muy bien, Anna. —Adrian se inclina hacia adelante—. Entonces, ¿qué haces en la vida real?

—Trabajo pesado. —Me encojo de hombros—. Trabajo para una corporación.

—No pareces muy contenta con eso. —Chasquea la lengua—. ¿Qué estaría haciendo Anna?

Parpadeo lentamente, mirando mi plato de comida. ¿Anna?

—Sería florista —digo de repente—. Me encantan las flores, y puedo hacer arreglos muy buenos. Puedo nombrar casi todas las flores de esta ciudad, incluso sus nombres reales.

Estoy bastante orgullosa de este hecho.

—¿En serio? —Adrian parece interesado—. ¿Qué más te gusta hacer en tu tiempo libre?

Tengo que recordar que se lo está pidiendo a Anna, no a Cynthia.

—Me gusta leer novelas —murmuro—. Las de aventuras, o romances lentos.

—¿Cuándo fue la última vez que leíste un libro?

Mi sonrisa se desvanece ante el recuerdo que evoca su pregunta, y cierro los puños en un intento instintivo de ocultar mis nudillos.

¡Eres una ladrona!

¡No vuelvas a tocar mis libros, pequeña golfa!

—¿Anna?

Me tiemblan los labios al intentar hablar y, cuando lo hago, mi voz es un poco áspera.

—Tenía once años cuando... El último libro que leí fue cuando tenía once años. Aunque nunca llegué a terminarlo.

Los ojos de Adrian se clavan en los míos.

—¿Por qué no?

Es difícil responder a estas preguntas, sabiendo que una persona normal no tendría problemas para responderlas.

—La persona a la que pertenecía lo devolvió.

—¿De qué trataba el libro?

—Trataba... —Parpadeo—. Trataba de una chica criada por sus tías, que se enamoraba de un arqueólogo que también era hijo del hombre para el que limpiaba su tía. Nunca supe cómo acababa. —Siento una opresión familiar en el pecho y me fuerzo a curvar los labios—. ¿Y tú?

Compartimos el plato de patatas fritas mientras la conversación fluye. Es fácil hablar con él, y mi lobo ruge feliz, bañándose en esta atención. Debe de ser humano porque no toma más de una copa, probablemente porque no quiere emborracharse.

Intento no compartir demasiado sobre mí. Cynthia es poco más que una esclava. Anna es una mujer libre. Mientras que Cynthia es aburrida y sosa, sin personalidad, Anna es seductora y encantadora, y sonríe todo el tiempo.

Sin embargo, todo tiene un fin. A medida que la tarde pasa, me doy cuenta de que se acerca la medianoche y debo ponerme en marcha. Mañana tengo trabajo que hacer todavía.

Adrian no me ha tocado ni una sola vez, y aunque puedo sentir el calor entre nosotros, también sé que podría ser sólo mi imaginación, parte de la fantasía de mi cabeza. Sin embargo, no debería ser codiciosa.

—Tengo que irme. —Cojo la cartera para pagar mis bebidas cuando Adrian levanta una mano.

—Me ocupo yo. —Antes de que pueda decir nada, le entrega una tarjeta al camarero, que parece comprender—. ¿Te diriges a casa? —Adrian también se pone de pie.

—Sí —asiento. Después de una parada en los vestuarios de la estación de tren para recoger mis cosas.

Me sigue fuera.

—¿Cansada ya de mi compañía?

Suelto una pequeña carcajada.

—Nunca. Pero tenemos que terminar nuestra reunión como empezó: al borde del misterio.

Da un paso hacia mí y yo me quedo sin aliento. Hasta ahora se había mantenido a una distancia prudencial, así que el hecho de que se acerque así, con hambre en esos ojos grises y afilados, me conmueve.

—Sabes, —su voz es más ronca ahora—, me ha costado mucho mantener las manos quietas toda la noche.

Abro la boca, pero no sale nada. No sé cómo responder. Anna lo sabría, pero ahora está mirando a Cynthia, y a Cynthia nunca le ha hablado un hombre así ni la ha mirado de esa manera.

Adrian no me da la oportunidad de hablar.

—Nunca pensé que esta noche me encontraría con una mujer tan encantadora, y la noche aún es joven. ¿Seguirás sin darme tu nombre?

Sacudo la cabeza en silencio, con el corazón latiéndome tan fuerte que temo que pueda oírlo.

—No puedo —consigo decir finalmente.

—No puedes —repite pensativo, con los ojos oscurecidos.

Mi loba se siente extraña. Siento un hormigueo en todo el cuerpo y se me tensan los pezones.

¿Es esto deseo?

—De acuerdo. —Da otro paso hacia mí hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros. Su mano se posa en mi mejilla mientras acerca su boca a la mía—. Entonces, ¿le gustaría a Anna ir a algún sitio conmigo?

—¿Dónde? —No puedo evitar tartamudear. Sus labios casi rozan los míos.

—Algún sitio donde podamos estar solos. —La boca de Adrian se abalanza sobre la mía en un beso que hace que se me enrosquen los dedos de los pies—. Algún sitio donde pueda quitarte la ropa, poco a poco, y poseerte hasta que olvides todo menos mi nombre.

Di no. ¡Di no!

La voz en mi cabeza es clara. No puedo hacerlo. ¡Me atraparán! Me...

El segundo beso me da ganas de frotarme las piernas.

—Yo nunca... Yo no...

¿Cómo se supone que voy a decirle que soy virgen? ¡Que acabo de tener mi primer beso y fue con él!

Sin embargo, parece darse cuenta de lo que digo porque sus ojos se abren de par en par en señal de comprensión y conmoción. El calor de sus ojos es sustituido por un hambre enloquecedora.

—¿Nunca te han tocado antes?

Su voz es grave, una suave caricia aterciopelada que me hace querer gemir.

Sacudo la cabeza.

Una sonrisa malvada se dibuja en sus labios.

—Entonces, te enseñaré.

Mi "no" sale volando por la ventana, sin más.

CAPÍTULO 3

Adam

Visitar bares regentados por humanos es una rara escapada para mí. Como estoy seguro de que aquí no me encontraré con nadie de mi manada, puedo relajarme y beber en silencio una de sus débiles bebidas alcohólicas. Nunca esperé que una lobita metamorfa tan encantadora estuviera sentada sola esta noche. Incluso sin percibir su olor, la conciencia que llevaba dentro y sus agudos reflejos, supe lo que era. Destacaba como un pulgar dolorido, pero no por su aspecto ni por su vestido.

Era la pura ingenuidad en sus ojos, la excitación infantil.

Después del agotador día que había tenido, debería haberla evitado, pero podía ver cómo algunos de los hombres del fondo la miraban. O tal vez fue su entusiasmo lo que me pareció tan encantador. Grandes ojos azules, piel pálida, rasgos delicados que me resultaban extrañamente familiares y, sin embargo, me atraían hacia ella. Su jueguecito con los nombres inventados me hizo sonreír.

Mi vida ha sido consumida por el trabajo, por el afán de triunfar. Apenas tengo ocasión de relajarme o divertirme. Pero esta chica hacía que fuera fácil reír, hablar. Era como un vaso de agua fresca y refrescante después de un día bajo el sol abrasador. Mi agotamiento se desvaneció tras unos minutos con ella.

Debería haberme dado cuenta entonces.

Cuando mi lobo se revolcó dentro de mí, retumbando de gozo, debería haber sido una señal de advertencia.

Sólo hacía falta oler su aroma.

Pura, encantadora y mía.

Mi compañera predestinada.

No entiendo por qué no se da cuenta. Todas las lobas saben cuando su pareja predestinada está ante ellas. Sus feromonas están por todas partes, pero ella no parece saber lo que está pasando. Estoy empezando a creer que ha vivido una vida muy protegida.

Sin embargo, no puedo dejarla ir.

Ni siquiera sé su nombre.

Mi lobo se niega a dejarla marchar. Sólo su olor es suficiente para volverme loco. La necesito.

Pero cuando me lanza una tímida mirada llena de un confuso deseo, susurrando algo, todo mi cuerpo se paraliza de asombro.

¿Una virgen? ¿Mi compañera predestinada es virgen?

Los lobos son muy sexuales, sobre todo cuando llegan a la juventud. No se acuestan con cualquiera, pero tienen uno o dos encuentros sexuales. Pero encontrarme con mi pareja predestinada que aún no ha sido tocada, vuelve loco de codicia a mi lobo.

¡Es mía! ¡Sólo mía!
Es fácil aprovecharse de su naturaleza inocente y confiada. Todo lo que tengo que hacer es atraerla con mi tacto, y puedo ver lo difícil que es para ella resistirse. Tal vez si yo fuera cualquier otro macho, ella sería capaz de hacerlo. Pero soy su compañero predestinado. Sus feromonas le impedirán pensar con claridad.

La satisfacción me invade cuando por fin me devuelve el beso. Es un intento torpe, pero el beso es mucho más dulce que cualquiera que haya recibido antes. Nunca antes había experimentado un deseo tan crudo. Quiero devorar a esta mujer. Quiero que se extienda ante mí mientras le enseño todos los placeres carnales. Quiero manchar su pureza con mi marca.

No sé cómo me las arreglo para llevarla al hotel que hay calle abajo. Mi mente está nublada por el deseo, por sus feromonas, que hacen que me cueste controlarme con cada respiración. Dentro de la habitación, con la puerta cerrada tras de mí, miro fijamente a la mujer con los ojos muy abiertos.

Puedo ver la duda en sus ojos, la cautela. Le cuesta pensar más allá de su propio deseo.

Inmediatamente toco su mejilla, reconfortantemente.

—Esta noche es nuestra noche, ¿verdad, Anna?

Sus labios tiemblan y, cuando vacila antes de asentir, bajo la boca hasta la suya. Me devuelve el beso, tanteando, intentando seguir mi ritmo. Su beso es bonito y me dan ganas de tirarla a la cama y besarla toda la noche. Es una mezcla de deseo y afecto.

Esta mujer, esta mujer de ojos inocentes y tímidos, va a ser mi muerte.

Sabe dulce y quiero más. Le lamo la boca y ella no me detiene. Mis manos agarran el borde de su vestido, tirando lentamente de él hacia arriba, deteniéndome cuando se paraliza y reanudando la marcha cuando se relaja.

Ella quiere esto. Es evidente. Pero su cuerpo nunca ha experimentado este tipo de contacto antes, y tengo que ir despacio.

Cuando mi mano se desliza por su espalda desnuda por debajo del vestido, huelo algo más que deseo. Huelo miedo.

Y mientras la huelo, mis dedos sienten algo largo y lleno de bultos a lo largo de su espalda. Antes de que pueda preguntar, se pone rígida.

—La luz. Por favor, apaga la luz.

La miro y la desesperación de sus ojos me hace querer preguntarle por qué no quiere que mire lo que tiene en la espalda. Pero esa mirada me hace acercarme y apagar la luz, envolviéndonos en la oscuridad.

Me agarra por los brazos y, cuando suelta un suspiro, me pica la curiosidad. Parece una cicatriz, algo extraño en un cambiaformas lobo. Debe de haber sido una herida grave. Los cambiaformas lobo sanan rápido. Por lo tanto, muy pocos de nosotros tenemos cicatrices.

Sin embargo, al sentir que se relaja entre mis brazos, vuelvo mi atención a la situación actual. La beso de nuevo, esta vez pasando mi boca por su barbilla, a lo largo de su mandíbula hasta mordisquear su oreja.

—¿Deberíamos deshacernos del vestido?

Vacila y luego asiente, quitándoselo rápidamente en el proceso.

Aprieto los labios y cierro los ojos, intentando contener la risa. Es adorable.

Pero mi risa se apaga cuando siento sus senos turgentes apretados contra el mío. Sus pezones están duros y mi mano cubre un pecho. Me cabe en la palma y mi polla se endurece casi al instante. Su suave jadeo hace que toda la sangre restante se vaya al sur.

La cojo en brazos y la llevo hasta la cama, donde la deposito con delicadeza.

Incluso en la oscuridad, puedo ver la cara de la mujer que quiere que la llame Anna. Me pregunto vagamente cuál es su verdadero nombre. Debe de ser precioso.

Se sube a la cabecera de la cama y yo la acecho a cuatro patas hasta que tengo los brazos a su lado y la boca a escasos centímetros.

Empiezo con besos suaves, bajando por su cuello y su clavícula, chupándole los pezones y amasando el otro seno. Tiene los dedos apretados en la sábana y gime de excitación. Me encanta el sonido. Quiero más.

Muerdo suavemente el duro nódulo y su espalda se arquea al instante. Chupo sin descanso su pecho, intentando que gima, que se mueva en la cama, tratando de lidiar con estas complejas sensaciones. Cuando mi boca llega a su coño, intenta apartarse, susurrando:

—No puedes hacer eso.

La agarro por los muslos, tirando de ellos hacia mí y viéndola caer de espaldas sobre la cama, con las piernas en el aire y los tobillos apoyados detrás de mi cabeza.

—Sí, puedo.

Su protesta se interrumpe cuando la lamo a lo largo de su raja. Lo hago una y otra vez, y ella emite un sonido que no había oído antes. Es un gemido suplicante, música para mis oídos. Me zambullo en ella, usando mi lengua para provocar su frenesí. Sus gritos se convierten en gemidos entrecortados mientras le enseño lo que puede hacer mi lengua.

Su primer orgasmo la hace gritar el nombre de "Adrian". Aprieto la mandíbula. Quiero que sea mi nombre. Quiero que grite mi nombre. Quiero que sepa de quién son las manos que la tocan. Le muerdo la parte interior del muslo como castigo, pero ella se estremece por las secuelas del orgasmo y se limita a suspirar.

Tengo que ir despacio para no asustarla, pero a medida que subo por su cuerpo, uso los dedos e introduzco uno. Se desliza dentro, ya que está mojada y chorreando, pero la estrechez de su agujero me hace querer introducir algo más. Está temblando, sus ojos me miran con preocupación.

—¿Puedes quitarte la camiseta? —llega a preguntar mientras mi dedo sigue dentro de ella.

—¿Por qué no me lo quitas? —sugiero.

A medida que avanza, sus labios se entreabren en forma de "o", ya que mi dedo se hunde más por su movimiento.

—No importa —gime.

—Joder, eres sexy —susurro con voz ronca, la agarro por la nuca y cierro mi boca sobre la suya. Mientras la beso, libero mis manos y me arranco la ropa poco a poco. Cuando por fin está lista, me introduzco en su interior lentamente. Se pone rígida por un momento, y su expresión de placer es sustituida por otra de incomodidad. Mis manos se afanan en las partes más sensibles de su cuerpo, y mis ojos contemplan con avidez su expresión mientras tomo la inocencia de mi pareja predestinada.

Cuando me coge dentro de ella, se ve guapísima. Me muevo despacio, dejando que se acostumbre a mí. Está tan tensa y húmeda que me cuesta contenerme para no sentir placer. Sin embargo, su expresión me hace ir aún más despacio. Cuando en su cara se dibuja una expresión de placer impotente, gime y quiero verlo una y otra vez. Hay tanta inocencia en sus movimientos, tanta curiosidad y deseo que quiero enseñarle el mundo.

Cuando sus uñas se clavan en mis brazos, sé que está lista.

Sus gritos mientras me muevo más rápido y más fuerte son deliciosos, y mi boca desciende por su cuello. Siento el impulso de marcarla. Soy su primero y quiero ser su único. Es una mentalidad retrógrada, pero cuando los lobos se enfrentan a una pareja predestinada sin tocar, macho o hembra, el deseo de marcarlos es mucho más fuerte. Es difícil resistirse, y presiono suavemente sobre el lugar donde ella recibiría mi marca de apareamiento.

En cuanto lo hago, se vuelve loca, me rodea con las piernas y su coño se aprieta en torno a mi polla. Mi mente se queda en blanco mientras la sujeto, penetrándola sin pensar, buscando mi placer, persiguiendo el suyo. Ella rompe primero, y cuando lo hace, grita mi nombre.

Es el nombre equivocado, pero ya no me importa.

Sólo sé que no estaré satisfecho con una sola noche con ella. Quiero manchar su pureza con la oscuridad de mi interior. La quiero hecha un desastre. La quiero debajo de mí, a mi alrededor, y no sé cómo satisfacer todos estos impulsos. Esto no es suficiente. Quiero más. Lo quiero todo.

Contengo mi propio clímax mientras la llevo al límite una y otra vez. Jadea y suplica, exhausta, pero no le doy tregua. Le muerdo el hombro cuando por fin llego al clímax, pero mientras arrastro su cuerpo tembloroso sobre el mío, le aliso el pelo oscuro y sonrío sombríamente a su forma, ahora relajada.

Cree que hemos terminado.

No hemos hecho más que empezar.

***

Me revuelvo y me doy la vuelta.

Abro los ojos y miro al techo durante unos segundos.

Me siento satisfecho, casi como si por fin hubiera vuelto una parte de mí que faltaba. Sin embargo, cuando me doy la vuelta, no hay nadie. Con el ceño fruncido, toco el lado de Anna en la cama, y está frío. Su olor casi se ha desvanecido, y cuando miro hacia la ventana abierta, me doy cuenta de que ha sido un acto deliberado.

¿De verdad se ha simplemente ido?

Debería haber estado muy incómoda. ¿Cómo se las arregló para salir de aquí?

O tal vez me equivoque. Me dirijo hacia el cuarto de baño cuando me asalta la esperanza desesperada, pero ella no está dentro. Hay indicios de que alguien se ha duchado.

Vuelvo tambaleándome al dormitorio y me hundo pesadamente en la cama, pasándome las manos por la cara.

Cuando mis ojos se desvían hacia la mesa auxiliar, veo algo extraño.

Hay un billete de cien dólares bien doblado y metido debajo de la lámpara. Parpadeando, lo saco

para asegurarme de que no estoy viendo cosas. Realmente es un billete de cien dólares. Se me cierran los ojos y suelto una carcajada incrédula.

¿Me dejó dinero?

No sé si sentirme insultado o divertido por el hecho de que me haya dejado dinero como si yo fuera una especie de prostituto o que pensara que sólo valgo cien dólares. La sola idea de que me pague por sexo mi propia pareja predestinada es más que ridícula y, a pesar de la situación, no puedo evitar enterrar la cabeza entre las manos mientras me siento en la cama y me río. No hay nada más que pueda hacer aparte de eso.

Pero cuando se me pasa el susto, me doy cuenta de que no sé nada de esa mujer, ni siquiera su nombre. ¿Cómo voy a encontrarla?

Me pongo la ropa, bajo al vestíbulo y veo al mismo empleado de anoche.

—Hola. —Me acerco a él y levanta la vista de su revista.

—¿Sí?

—La mujer que vino conmigo anoche, ¿cuándo se fue?

El empleado se encoge de hombros.

—¿Sobre las cuatro? Le ofrecí llamar a un taxi, pero se negó. Parecía que estaba en pánico.

Parece curioso, probablemente por eso comparte tanta información.

¿Se fue a las cuatro? Significa que nunca durmió. Debió esperar a que me quedara dormido para irse. Una extraña tensión me invade.

Podría estar en cualquier parte ahora mismo, y aparte de su aspecto, no tengo nada más en lo que basarme.

¿Por qué no se ha quedado?

Después de la noche que pasamos juntos, ¿cómo pudo irse tan fácilmente?

Mi mano se tensa en torno al billete que tengo en la mano, y casi tengo ganas de dárselo al dependiente, pero algo me detiene. Esto es todo lo que tengo de ella.

—Ya veo —murmuro.

Bien, si quiere jugar al escondite, destaparé cada piedra de esta ciudad hasta encontrarla.

***

Ha pasado una semana.

Una semana y ni siquiera he sido capaz de descubrir cuál es el verdadero nombre de Anna. Para empeorar las cosas, he hecho que mi gente husmee, pero no hay ninguna metamorfa que encaje con la descripción que corresponde a mi compañera predestinada.

Miro fijamente las fotografías que tengo ante mí y se las arrojo a mi temblorosa ayudante. —— ¿Alguna de estas mujeres tiene los ojos azul pálido?

—N-No, señor. —Gerald parece a punto de desmayarse.

—¿Tan difícil es encontrar a una mujer de pelo largo y negro y ojos azul claro?

—He buscado por todas partes, señor—dice Gerald con voz inestable—, pero estas son las únicas hembras de nuestra manada que coinciden con esta descripción.

Miro fijamente la última fotografía de mi escritorio y me invade la frustración. Han pasado días. Debería tener alguna idea de quién es esta mujer. Si no es de nuestra manada, significa que pertenece a otra manada de lobos. Me dijo que no la volvería a ver. ¿Eso significa que simplemente estaba de paso por la ciudad? Si ese es el caso, entonces va a ser más difícil rastrearla.

Se me encoge el corazón y aprieto los labios.

Si hubiera sabido que iba a suponer tal riesgo de fuga, me habría centrado en obtener información sobre ella en lugar de acostarme con ella.

—¿Señor? —dice Gerald de repente—. ¿Qué pasa con la reunión con el director general de Industrias Jayborn? Su secretaria ha estado llamando cada hora.

Miro hacia mi ayudante, irritado.

Se abre la puerta y entra alguien. Levanto los dedos y miro fijamente a mi ayudante.

— Te lo he dicho. Dile que no me interesa su oferta.

—Ya lo he hecho, pero...

—Pues méteselo en su cabezota. —Le lanzo una mirada mordaz a Gerald—. Tengo cosas más importantes en las que centrarme.

—Señor, pero ya ha faltado a dos reuniones con ellos. Quieren un cara a cara...

Giro la cabeza para mirarle.

—¿Trabajas para ellos? ¿Lo haces?

—N-No, señor —balbucea Gerald—. Yo sólo...

—¡Como mi asistente, me representas! —Mi voz es dura—. Si vas por ahí inclinándote ante cualquier Tom, Dick y Harry del mundo de los negocios, me estás dando mala fama. Diles que no y que se acabó. Si no, conseguiré a alguien más competente para hacerlo.

Gerald palidece y, cuando me hace un gesto nervioso con la cabeza y se marcha a toda prisa, cierro los ojos y me reclino en la silla.

—Sabes, atraes más moscas con miel que con vinagre.

Abro los ojos y miro fijamente a mi amigo de la infancia, burlándome:

—Lo dice el hombre que ahuyenta a sus secretarias con un palo. ¿Cómo estás disfrutando de ser un Alfa?

Crecí con Robert Montgomery, hoy un hombre alto y apuesto. Tiene la mitad de la cara llena de cicatrices debido a un incidente de su infancia en el que sus hermanastros le sujetaron y torturaron. Su padre, que entonces era Alfa, no quería que su primogénito triunfara en su puesto, así que se negó a conseguirle la ayuda que necesitaba. Y ahora, aunque Robert fue el último en reír al convertirse en el Alfa, aún tiene que vivir con esta cicatriz el resto de su vida.

Robert se acerca, saca una silla y se sienta en ella.

—Para tu información, ahora tengo a mi hermanito trabajando para mí. Es un excelente secretario.

—¿Te refieres al chico de diecisiete años que adoptaste en tu manada? —Arqueo una ceja.

—Harry es bastante competente siguiendo mis instrucciones. Es una pena que aún le quede un año de instituto. Pienso contratarlo a tiempo completo inmediatamente después de que se gradúe. Además, nunca he hecho llorar a mis ayudantes como tú. Sabes que probablemente esté recogiendo su escritorio mientras hablamos, ¿verdad?

—Encontraré otro.

—Necesitas uno permanente. Concretamente, uno que pueda seguirte el ritmo a ti y a tus exigencias.

Me paso los dedos por el pelo, suspirando.

—Esa es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

Robert me sonríe.

—Esto no tiene nada que ver con una mujer de pelo oscuro, ¿verdad?

Inmediatamente me enderezo.

—¿La has encontrado?

La respuesta es decepcionante.

—No. Pero la dibujante con la que trabajaste... No sé, Adam. La chica me resulta extrañamente familiar. Sólo que no sé dónde la he conocido.

La esperanza se renueva dentro de mí.

—Así que la has conocido.

—Creo que sí. Es que... no consigo ubicarla. —Robert frunce las cejas mientras se concentra, tratando de refrescar su memoria. Luego sacude la cabeza—. De todos modos, tal vez puedas salir de tu propia cabeza por un minuto y averiguar qué hacer con tu hermano. Su asistente ha estado llamando todos los días para concertar una cita contigo.

—¿Cómo lo sabes? —Le miro fijamente.

Robert se hunde en la silla de visitas, encogiéndose de hombros.

—Soy entrometido. También he tenido el placer de conocer a tu hermano. Es todo un personaje. Y yo que pensaba que el mío estaba loco. No he visto hombre más iluso en mi vida.

—Mamá siempre mimó a Norman —digo con desprecio, golpeando el escritorio con los dedos —. Y desde que papá y yo tuvimos nuestras diferencias, papá lo puso en un pedestal. Aunque para atreverse a intentar adquirir mi empresa hay que tener pelotas.

—¿Por qué pasar por todo esto? —pregunta Robert—. Simplemente diles que no. ¿Por qué dejarles pensar que estás interesado?

Me pongo en pie, me acerco a la ventana que va del suelo al techo y miro fijamente hacia fuera, con las manos metidas en los bolsillos.

—De vez en cuando, necesito recordarle a Norman cuál es su lugar.

—¿Quieres hacerle daño? —Puedo sentir la mirada de Robert en mi espalda, y me burlo.

—No me interesan sus sentimientos. Quiero que entienda que nunca podrá superarme. Siempre fue así, incluso de niño, arrogante hasta la exageración. Incluso ahora, la empresa de mi padre ha caído en este estado por culpa de Norman. Desde que él entró en la empresa, KDL Foods ha perdido numerosos contratos, proveedores y clientes. Su calidad se ha resentido y su reputación está por los suelos. Nunca pensé que mi padre sería tan tonto como para dejar que sus sentimientos personales se interpusieran en su negocio. Pero se ha vuelto engreído. Supongo que de tal palo, tal astilla.

Mi mirada es pesada mientras contemplo el cielo nocturno que se oscurece.

La codicia de mi padre y de mi hermano no tiene fin. Me labraron un camino lleno de odio e ira, pero fue un camino al que me aferré. Incluso ahora, cuando he demostrado al hombre que me engendró que puedo existir fuera de su ámbito de control, se empeña en arrebatármelo todo, como si creyera que voy a caer en la trampa y entregarle la empresa que construí con mis propias manos sólo porque él lo quiere. Para mi padre y mi hermano, estas exigencias de reuniones de adquisición no son más que una formalidad. Conociendo su arrogancia ilusa, esperan que les entregue mis años de duro trabajo simplemente porque ellos lo desean.

—No creo en esa frase —discrepa Robert—. Creo que cada uno es un tipo especial de gilipollas.

Ni tú ni yo nos parecemos a nuestros respectivos padres. De todos modos, realmente creo que necesitas cortar esto de raíz. Deja que tengan su reunión, retuércele las pelotas a Norman y luego échalo.

Aprieto los labios.

—Sí, probablemente debería.

Todo este asunto de la adquisición se está convirtiendo ya en un coñazo, pero tengo que acabar de una vez.

Pulsando el interfono, digo:

—Gerald, prepara una reunión con KDL Foods para mañana por la mañana. Cambia mi reunión con los inversores de Holan a la tarde.

Una pausa y luego:

—Sí, señor.

Robert me estudia.

—Entonces, ¿me invitas a cenar hoy, o planeas lamentar tu querida otra vez?

—No estoy lamentando nada. —Le frunzo el ceño—. ¿Y por qué tengo que pagarte la cena?

—Porque he venido desde mi oficina hasta la tuya. Ha sido un largo viaje. Cinco minutos. Me merezco una comida por mis esfuerzos.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro. Entonces pagas el café.

Nuestra conversación se reduce a bromas desenfadadas. Sin embargo, a medida que avanza el día, sigo muy distraído. La idea de mi pareja destinada me corroe. Me molesta no saber casi nada de ella. Si supiera su nombre, al menos tendría algo con lo que trabajar. Una parte de mí está cada vez más desesperada por no volver a verla. No hay ni rastro de ella. Incluso volví a ese bar, pero me dijeron que sus grabaciones de CCTV se reciclaban cada tres días. El motel nunca tuvo una cámara de seguridad que funcionara.

Todavía tengo ese billete de cien dólares metido en el bolsillo. Cuando el día toca a su fin, me paro frente a las grandes paredes de cristal y contemplo la resplandeciente ciudad de Seattle. Saco el billete y lo miro fijamente.

—Te encontraré —murmuro—. Aunque tenga que buscar por todos los rincones de la tierra.

Cada suspiro suyo, esos gemidos entrecortados, la forma en que se sonrojaba cuando la tocaba, todo eso está grabado en mi cerebro. No puedo dormir sin oír su voz en mis sueños. Mi lobo está cada vez más inquieto, al igual que yo.

Paciencia, advierto al animal que llevo dentro. *La encontraremos.*

****

A la mañana siguiente, estoy fastidiado.

Incapaz de dormir por culpa del mismo sueño una y otra vez, me maldigo por haber fijado la reunión con Norman y su gente a primera hora de la mañana. Ver la cara de mi hermano cuando ya estoy de mal humor no va a hacer ninguna maravilla por mi estado de ánimo.

—Señor. —Llaman a la puerta y Gerald se asoma—. El Sr. Moore y su equipo están aquí. ¿Los llevo a la sala de conferencias tres?

Asiento con la cabeza.

—Sobre los refrescos...

—Ni siquiera un vaso de agua. —Lo fulmino con la mirada.

Gerald suspira.

—Sí, señor.

Le veo marcharse y cierro los ojos brevemente. Robert me ha apostado mil dólares y una cerveza a que Gerald dimitirá antes de que acabe la semana. Encontrar un nuevo ayudante va a ser un proceso increíblemente doloroso y prolongado. No lo estoy deseando.

Me pongo en pie y bajo a las salas de conferencias. Nada más salir del ascensor, un olor familiar me roza la nariz y me quedo inmóvil.

No es posible...

No hay forma de que me equivoque con este aroma.

¡Está aquí! ¡Mi compañera predestinada está aquí!

Mis pies se mueven, siguiendo el olor, y estoy ante la puerta de la sala de conferencias, con la mano en el picaporte, cuando uno de los abogados de mi equipo que está fuera de la sala se aclara la garganta.

Hace falta ese pequeño sonido para devolverme a la realidad.

Ella está aquí.

Miro ciegamente hacia la puerta.

Ella está detrás de esta puerta. Pero si ella está detrás de esta puerta, entonces eso significa...

¿Es de la gente de Norman?

—Señor, ¿va todo bien? —pregunta uno de los abogados, y yo aprieto la mandíbula, incapaz de comprender qué es esa emoción que llevo dentro.

—Vamos. —Respiro, mi mano se tensa alrededor del pomo de la puerta.

Ahora mismo, por mi cabeza revolotean los peores pensamientos, ninguno de ellos halagador para la mujer que creía mía.

Abro la puerta y entro, con mi equipo jurídico detrás. Me golpea ese dulce aroma, y es como si no existiera nadie más en esta habitación. Sólo hay una mujer. Mis ojos se cruzan con los suyos y, por un momento, veo firmeza en su mirada, que luego es sustituida por pura sorpresa y horror. Es todo lo que necesito para saber que nuestro encuentro de aquella noche fue accidental.

Su pelo no es negro como la tinta. Es de un precioso color plateado, recogido en un moño suelto. Sin maquillaje, no parece sencilla, pero sí simple y dulce. Viste de forma conservadora y su postura es rígida.

Sé que es ella.

No hay error con ese aroma y esos ojos.

Y también sé quién es.

El pequeño proyecto patrocinador de papá.

Me enfurece. Me enfurece que la mujer destinada a mí no sea más que esa patética niña de la caridad a la que mi padre siempre tuvo cerca. No me extraña que no pudiera encontrarla. Cynthia Rose es el proyecto favorito de mi padre. Ni siquiera respira sin su aprobación. También es la razón por la que su negocio despegó hace un par de años. El arma secreta de papá es mi compañera predestinada.

Debe de ser mi rabia, porque aparto mi mirada de ella y dirijo mi atención hacia mi hermano menor.

—Norman. —Mi voz es fría—. ¿Por qué tienes que ser tan molesto? Realmente no tienes conciencia de ti mismo. He tenido varios informes de tu pequeño berrinche en mi vestíbulo la semana pasada.

—Tienes suerte de que esté de buen humor, Adam —se burla Norman—. Y no es culpa mía que tu personal sea tan incompetente que ni siquiera sepa diferenciar entre las visitas importantes y las normales.

—Aquí no eres un VIP, Norman. —Tomo asiento en la cabecera de la mesa—. Ahora, ¿quieres decirme por qué me haces perder el tiempo hoy?

Norman me lanza una carpeta, que cae sobre la mesa y patina hacia delante. Levanto una ceja por su descortesía y veo que Cynthia hace una mueca de dolor.

—¿Se supone que esto significa algo? —Pregunto, sin entender.

—Bueno, cógelo y verás —ordena Norman.

—Tú. —Miro a Cynthia, que se estremece—. Recoge el expediente que me ha tirado tu jefe y entrégamelo como es debido, o podéis iros todos al diablo.

Se mueve con rapidez y, al cogerlo, los bordes de sus orejas enrojecen. Cuando me lo entrega, huelo discretamente su aroma y mi lobo ronronea en señal de aprobación. Ha eliminado mi olor, pero queda suficiente para que me sienta satisfecho. Me lo entrega y me fijo en sus uñas cortadas con sencillez. No hay un llamativo esmalte rojo que resalte esos finos dedos.

Entrego el expediente a uno de mis abogados y lo revisa rápidamente.

Un momento después sacude la cabeza y yo me encojo de hombros:

—Lástima. No nos gusta su oferta.

Me pongo de pie, ajustándome la chaqueta.

—Ahora, si eso es todo...

—¿Qué coño quieres decir con que no te gusta? —gruñe Norman—. Tienes suerte de que ofrezca tanto por tu mierda de empresa.

Mis labios se curvan.

—Si es tan mala, ¿por qué papá y tú estáis tan desesperados por tenerla en vuestras manos?

—Escucha, basta...

—Lo que el Sr. Moore está intentando decir —interviene inmediatamente Cynthia, con voz tranquila. No me mira a los ojos, pero su postura es firme y segura—. Es que esto es sólo el punto de partida. Si tienes una demanda, estamos dispuestos a revisarla y empezar las negociaciones.

Abro la boca, pero durante unos segundos no me atrevo a hablar. Cuando consigo que salgan las palabras, digo:

—Al menos uno de vosotros tiene cerebro. No vendemos esta empresa, pero buscamos inversores. Así que proponed algo razonable y puede que no lo considere una pérdida de tiempo.

Dicho esto, salgo, con mi equipo jurídico pisándome los talones.

—Señor...

Hago caso omiso de mi consejo.

—Tengo algo que hacer. Envíame un informe.

Subo al ascensor y, en cuanto las puertas se cierran tras de mí, suelto el aliento que había estado conteniendo. Tenía un aspecto tan diferente al de la mujer del bar. La mujer que conocí y me

llevé a la cama era confiada, coqueta e ingenua. Esta mujer es astuta pero cautelosa. Entro en mi despacho y me paro junto a la pared de cristal para mirar al exterior. Tal y como sospechaba, no han pasado ni cinco minutos cuando Norman y los suyos salen.

Norman parece estar de mal humor y Cynthia camina a su lado. Le está diciendo algo, con movimientos exagerados por su enfado. Eso era lo que Norman siempre hacía. Le gustaba intimidar a los que eran más débiles que él.

Observo cómo se mueve. Por su lenguaje corporal, es obvio que no quiere estar cerca de él.

Se detienen delante de un coche, ella dice algo y, antes de que pueda reaccionar, Norman levanta la mano y la abofetea. Duro.

Cae al suelo y yo empiezo a gruñir.

La agarra por el cuello, medio estrangulándola y golpeándole la cabeza contra la rueda del coche.

Estoy a punto de bajar corriendo cuando dos miembros del equipo jurídico de Norman intervienen y se la quitan de encima. Norman le grita mientras los hombres la rodean para protegerla. Pero ninguno de ellos parece sorprendido por este trato.

Me brota pelo a lo largo del cuello mientras empiezo a perder el control de mi lobo. La ayudan a subir al otro coche mientras uno de ellos intenta hablar con Norman.

Necesito todo lo que tengo dentro para mantenerme ahí de pie.

Abuso.

Norman está abusando de mi compañera predestinada, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Todavía.

CAPÍTULO 4

Cynthia

—¡¿Por qué no puedes hacer nada bien?!

Me quedo quieta mientras Jonathon me grita. Norman está sentado en el sofá del despacho de su padre, sonriéndome. Hay dos informes sobre la mesa del alfa, junto con la dimisión de uno de los abogados. El motivo de la dimisión son las tendencias violentas de Norman. Ambos informes afirman que Norman me agredió físicamente frente al edificio de Adam.

Pero el padre de Norman siempre le defenderá hasta el último aliento y, en cambio, me culparon a mí de provocar al hombre inmaduro que tiene por hijo.

—He conseguido convencerles para que negocien —intento hablar solo para que Norman ahogue mi voz.

—¡Quieres decir que les he convencido yo! —Me callo—. Ves, papá, —Norman extiende el brazo sobre el respaldo del sofá—, esta estúpida zorra siempre se lleva el mérito de todo lo que hago.

Los informes dicen otra cosa, pero Jonathon me fulmina con la mirada.

—No tienes vergüenza, ¿no?

Uno puede discutir con un hombre que está dispuesto a aceptar la verdad, pero Jonathon Moore es uno de esos hombres que pueden presenciar cómo su hijo menor mata a un hombre y aun así llamarme asesina a mí.

—Fuera, Norman —dice de repente Jonathon.

Norman parece sorprendido.

—¿Qué he...?

—Necesito hablar con Cynthia a solas.

Refunfuñando en voz baja, Norman sale del despacho y me deja a solas con su padre.

Cuando la puerta se cierra tras él, Jonathon me mira fríamente.

—Te di una responsabilidad.

—¡Lo intenté, pero cada vez que digo algo, Norman empieza a golpearme en público! ¿Cómo se supone que voy a...?

—Bueno, si dejaras de provocarle, no tendría que hacerlo, ¿verdad? —pregunta Jonathon con frialdad—. No culpes a mi hijo por tus fallos. Por tu culpa, uno de mis principales asesores legales ha dimitido.

¿Por mi culpa?

¿O por lo degenerado que se comporta su hijo en público?

Pero sé que no importa lo que yo diga o lo que digan los demás, Jonathon sólo me hará responsable a mí. A veces siento que es porque quiere que me desmorone. La ira me invade, pero me contengo. Es imposible que no sea consciente del maltrato al que me somete Norman. Cada día es más violento. La forma en que me sujetó por el pelo y me estampó la cara contra el volante del coche, justo delante del despacho de Adam, aún me hace estremecerme.

¿Realmente cree que esta manada aceptará a un alfa que es abiertamente hostil y violento hacia una hembra de la manada, y que se dice que el alfa de la manada está apadrinando? No puede ser tan tonto.

—Por tu culpa, estamos a punto de que nos echen del acuerdo de adquisición. —Jonathon parece furioso.

Miro fijamente al suelo, sabiendo que en este momento actuar servilmente es lo único que podría librarme de unos azotes en toda regla. Pero este hombre no tiene control sobre mi proceso de pensamiento, y estoy más que indignada. ¿Cómo piensa adquirir una empresa que está muy por delante de la suya y que no tiene intención de cambiar de líder?

—Vas a arreglar esto, Cynthia. —Jonathon golpea con el puño sobre su escritorio e, irónicamente, sobre los dos informes que dicen explícitamente que nada de esto fue culpa mía—. No me importa lo que tengas que hacer. Sedúcelo, usa tu cuerpo si es necesario, ¡pero vas a arreglar este acuerdo de adquisición!

Levanto la cabeza de golpe.

¿Quiere que seduzca a su hijo mayor? ¿El mismo hijo que me tuvo en su cama, aullando mientras me follaba de siete maneras desde el domingo hace sólo una semana?

Ya estoy tambaleándome por ese shock, ¿y ahora esto? Jonathon nunca me dijo que me acostara con alguien para beneficiar al negocio. De hecho, se ha asegurado de que tuviera una interacción mínima con hombres solteros, incluso dentro de la oficina.

—¿Estás...? —Le miro fijamente, horrorizada—. ¿Me estás prostituyendo?

El alfa me mira fríamente.

—Te digo que arregles tu error, no importa lo lejos que tengas que llegar para hacerlo. Y la próxima vez, —Da un paso hacia mí, y dice con tono amenazador—, que tenga que leer un informe sobre ti provocando a Norman para que te agreda, verás el sótano todas las noches hasta que aprendas cuál es tu sitio.

Me siento helada de repente.

¿Lo dice en serio?

—¡Fuera de mi vista! —me ladra, y salgo a trompicones. A ciegas, me dirijo al cuarto de baño antes de desplomarme en uno de los retretes. Me tiemblan las piernas y el miedo me deja un sabor amargo en la lengua.

Es como si yo no fuera un ser vivo para esta gente.

Prostituirme.

Molerme a palos.

Azotarme hasta que apenas se distinga la piel de mi espalda.

Sentada en el asiento cerrado del váter, me aprieto las rodillas contra el pecho mientras las lágrimas se derraman por mis ojos y miro la puerta sin comprender. ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto durará esto?

A veces, en momentos así, olvido por qué sigo intentando vivir. Han pasado tantos años y mi

vida sigue siendo la misma. Me enfrento a las mismas humillaciones, las mismas palizas, el acoso, y ahora han decidido utilizar mi cuerpo para conseguir lo que quieren. Perder la autonomía sobre mi propio cuerpo me produce náuseas.

Bajo la cabeza hasta las rodillas, sintiendo que me rompo.

Forzarme a ser valiente y decirme a mí misma que sobreviviré a todo esto es la única forma que tengo de mantenerme firme. La semana pasada, ese hombre que conocí, Adrian, había sido maravilloso. Encantador, dulce, divertido y atento. Adrian me hizo sentir especial. Me hizo sentir importante y apreciada. Me hizo sentir como si mis palabras importaran, como si yo importara. ¿Pero Adam Moore? Adam Moore es tan insensible como su padre y su hermano.

Cuando era pequeña, quizá al año de llegar a casa de la familia Moore, me llevaron al sótano. Era un ritual semanal que aterrorizaba a la niña de cinco años que yo era entonces. Jonathon llegó y empezó a azotarme, con las manos encadenadas al techo. En algún momento, salió de la habitación pero se olvidó de cerrar la puerta. Fue entonces cuando vi al niño, su hijo mayor, bajar las escaleras. Recuerdo que le rogué que me ayudara, pero se me quedó mirando y se fue.

Nunca volvió.

Es uno de los pocos recuerdos de mi infancia que nunca he olvidado. Aparte de esta interacción, no recuerdo mucho de Adam. La mayor parte del tiempo, simplemente me evitaba a mí y a toda su familia. Pero él lo sabía. Sabía por lo que había pasado de niña, y ni una sola vez intervino. Nunca pensó en ayudarme.

Y en mi opinión, eso lo hace tan malo como el resto de su familia.

Y ahora, fue y manchó uno de los recuerdos más preciados que tenía. Manchó a “Adrian” con él mismo, y nunca podré perdonarme por acostarme con alguien que me dejó sufrir. Todos ellos son iguales.

Me enferma haberle dado a ese hombre la única parte de mí que era mía.

Me duele.

Sin saberlo, la familia Moore me lo quitó todo.

¿Me había reconocido? ¿Había sido una broma para él engañarme?

Mi cabeza es una maraña de emociones y me rodeo las rodillas con los brazos. A veces la soledad me aísla tanto que quiero cerrar los ojos, hundirme en este oscuro abismo y no despertar jamás. Pero sé una cosa. Si Norman se convierte en Alfa, no me quedaré a ver qué me tiene preparado. Eso es todo para mí.

Al oír a alguien entrar en el lavabo, levanto la cabeza.

Son dos mujeres. Siguen a lo suyo, charlando alegremente, y yo escucho, cansada. Hablan de sus novios y cosas así, y siento una punzada de envidia. Daría lo que fuera por tener a alguien con quien hablar de cosas triviales. No es que no me inviten a comer de vez en cuando. El problema es que simplemente no se me permite relacionarme con nadie sin el permiso de Jonathon. Si es para establecer contactos, me da libertad de acción, pero él examina a todas y cada una de las personas y tengo que mantenerlo al tanto para que pueda supervisar la conversación. Mi vida se ha convertido en este tipo de comportamiento controlador se ha convertido en mi vida.

Espero a que se vayan antes de salir a rastras de la caseta.

Tengo los ojos enrojecidos y la cara manchada mientras me miro en el espejo.

Me mojo un poco la cara, pero sigo teniendo un aspecto horrible. Llevo un rato mirándome en el espejo cuando entra alguien. Inmediatamente miro hacia la puerta y veo que es una de las guardias de seguridad. La he visto por ahí y es una recién contratada.

—Hola. —Se acerca a mí, y al instante doy un paso atrás, sintiéndome demasiado vulnerable.

Parpadea y, donde otra persona se habría echado atrás ante mi lenguaje corporal, ella frunce el ceño.

—¿Estás bien? Parece que acabas de llorar mucho. —Al instante sumerge la mano en su bolso y saca unas toallitas—. Toma.

Miro fijamente las toallitas antes de aceptarlas lentamente.

—G-Gracias.

Lleva un pequeño bolso y rebusca en él.

—Vas a necesitar un poco de corrector, cariño. Y tal vez un poco de base para cubrir el enrojecimiento. Déjame ver. Siempre tengo. —No sé qué está pasando ahora, pero me entrega un

frasquito—. Nuestro tono de piel parece ser el mismo. Esto podría ayudar.

Sé qué contiene ese frasquito, pero...

—Yo... —La miro, avergonzada—. No sé cómo usar esto.

Ella parpadea.

—¿No sabes cómo usar un corrector?

Ojalá el suelo se abriera y me tragara entera ahora mismo. Espero que se burle y parezca divertida. Para mi sorpresa, se limita a sonreír.

—Tu pubertad tardó lo suyo, ¿eh? Yo era igual. Mi hermana tenía que llevarme a rastras a maquillaje para que estuviera presentable. No es que piense que antes hubiera algo malo en mí. Permíteme. Quiero decir, me veía bastante bien. Nadie quiere un guardia de seguridad emperifollado, ya sabes.

Me aplica el corrector bajo los ojos y luego presiona otra cosa contra ellos. Es la misma esponja que usó la mujer humana del salón.

—Pero tienes una piel muy bonita. Te he visto por la oficina. Siempre estás corriendo. Me preguntaba cómo mantenías tu piel tan fresca y brillante cuando apenas usabas maquillaje. ¿Te maquillas?

Ella es como una fuerza de la naturaleza, simplemente arrollándome, y yo no sé cómo reaccionar.

—Yo-yo tengo un pintalabios.

Hace una mueca.

—El pintalabios es demasiado básico. Toda chica necesita más que eso en su arsenal.

Me quedo ahí, congelada, mientras me arregla la cara.

—Vas a necesitar algo frío para esos ojos. Intenta presionar una cuchara fría contra ellos. Te quitarán la hinchazón. ¿Ves? Ahora te ves mejor.

Parece tan contenta que me miro al espejo y me doy cuenta de que las manchas rojas se han

atenuado.

—Gracias —digo lentamente.

—Maya Green. —Extiende su mano—. Soy nueva en Seattle. Me mudé hace un par de meses.

Le estrecho la mano, su carácter brusco me parece un poco refrescante.

—Cynthia Rose. Soy la asistente personal del alfa.

—Oh. —Se da cuenta—. Así que por eso siempre estás corriendo. Debe mantenerte ocupada.

—Sí.

Poco a poco voy recuperando la cordura.

—De todos modos, —Le dirijo una pequeña sonrisa—, gracias por esto. Debería irme.

Estoy a punto de irme cuando de repente me pregunta:

—¿Quieres ir a comer hoy?

Cierro los ojos y siento que la decepción se instala en mí.

—Gracias, pero no puedo salir del edificio a la hora de comer.

—Eso no es problema. —Maya sonríe—. Puedes comer conmigo en la cocina de la guardia. Tenemos una cocina separada que nadie utiliza a la hora de comer. La cafetería siempre está abarrotada, así que suelo comer allí, y mi hermana me empaqueta un montón de comida para que ni siquiera tengamos que coger comida de allí.

Dudo.

Jonathon me dejó muy claro que no quiere que socialice con nadie. Le gusta imponerme restricciones crueles para hacerme sufrir, lo llama mi penitencia por lo que mi hermano hizo a su familia. Sin embargo, a veces me pregunto si es eso o si simplemente disfruta torturándome y ejerciendo el control que tiene sobre mi propia existencia.

Pero desde que el otro día probé el sabor de la rebelión, algo en mí ha empezado a despertar.

No quiero comer en la cafetería yo sola, acurrucada en un rincón. No quiero comer en la azotea para no ver a los compañeros de manada riendo y hablando entre ellos. Quiero tener a alguien con quien comer, al menos. Aprieto la mandíbula. ¿Qué es lo peor que hará Jonathon? Ya planea dejarme más cicatrices en la espalda porque su hijo tiene un carácter violento. ¿Qué son unos cuantos latigazos más?

Maya confunde mi silencio con otra cosa y suelta una risa incómoda.

—No tienes por qué hacerlo. Quiero decir, sólo fue un...

—Me encantaría —digo con firmeza, volviéndome hacia ella.

—¿En serio? —Sus ojos se abren de par en par, haciéndome preguntar si soy la primera persona que acepta su oferta.

—Sí. —Intento mantener la calma, pero la excitación empieza a apoderarse de mí—. Pero no quiero tener problemas con el alfa, así que tenemos que mantener esto entre nosotras.

No pregunta por qué al alfa le importaría que almorzara con ella, y se lo agradezco, ya que no hay ninguna explicación razonable que pueda ofrecer.

Cuando vuelvo a mi mesa, me siento más ágil. Es infantil, pero la idea de tener algo parecido a una amiga en este momento me hace sentir que parte de mi soledad se ha aplacado. Quiero sonreír, pero me contengo. Una amiga. Nunca había tenido una.

No puedo esperar a la hora de comer y, cuando llega, me aseguro de que Jonathon ha salido de su despacho antes de salir corriendo hacia la oficina de seguridad. La oficina de seguridad está en la parte trasera del edificio principal, al final. Poca gente va allí, así que hay pocas posibilidades de que alguien me pille. Fiel a la palabra de Maya, no hay nadie en la cocina, y ella está desempaquetando una enorme fiambrera. Ha preparado la mesa con dos platos, tenedores y cucharas, y la niña que hay en mí quiere saltar de la emoción. La adulta sabe que estoy siendo tonta, pero la niña nunca ha tenido tanto para sí misma.

—Hola. —Le dirijo una sonrisa cautelosa.

Sus ojos se iluminan cuando me ve.

—¡Cynthia! ¡Entra!

Observo la variedad de platos que hay y la miro con curiosidad.

—¿Comida china?

Se sonroja.

—A mi hermana le encanta la comida china. Es lo único que cocina. Pero no está mal.

Quiero preguntarle si vive con su hermana, pero no sé si es una pregunta apropiada. Cuando nos sentamos a comer, me doy cuenta de que la comida sabe muy bien. También es ligera para el estómago. Maya es una cotorra que va de un tema a otro. Me gusta escucharla, pero también soy consciente del tiempo que pasa. Respondo a sus preguntas sobre mi vida y mi familia con la mayor vaguedad posible. Al final de la comida, me entero de que Maya vive con su hermana mayor, que es cocinera, y de que su padre ya no está en su vida, pero su madre sigue viva.

De algún modo, oír hablar de su vida normal con problemas tan normales me devuelve a la realidad. Yo quiero esto. Quiero este tipo de normalidad en mi vida en la que mi mayor problema es dónde comprar la cena. Por eso he estado luchando todo este tiempo.

—Rory va a hacer empanadillas mañana —dice Maya mientras empaqueta su fiambrera—. Robaré un poco de salsa extra para ti.

Ha dado por sentado que mañana estaré aquí, y mis labios se curvan.

—Claro. Yo también llevaré algo.

Pero cuando estoy a punto de irme, dudo. Mirándola por encima del hombro, me debato un momento antes de decir:

—¿Maya?

—¿Hm? —Me mira.

Me humedezco los labios, nerviosa.

—Podrías... Mantengamos nuestras reuniones de almuerzo entre nosotras, ¿de acuerdo? No quiero que te metas en problemas.

Parpadea y, por un momento, creo que está a punto de decir algo, pero luego se limita a sonreír.

—Claro.

Me apresuro a volver a mi despacho y, mientras lo hago, mi anterior desdicha se ha desvanecido, sustituida por una dura bola de determinación.

Sólo tengo que centrarme en el objetivo que tengo entre manos, que es mi libertad.

No importa lo que tenga que hacer para conseguirlo. Si tengo que usar mi cuerpo para lograrlo, lo haré. No me permitiré sentirme despreciable por ello. Y aunque me sienta despreciable, al menos seré una mujer libre.

Tengo que iniciar las negociaciones de una forma u otra, así que lo primero que hago es llamar al despacho de Adam. Para mi sorpresa, en cuanto su ayudante se entera de mi nombre, está más que dispuesto a concertar una reunión. Tardo menos de cinco minutos y me quedo mirando el teléfono confundida. Llevo una semana llamando e intentando concertar una cita, y no he conseguido nada. Y ahora, de repente, me dan cita para mañana por la tarde, casi como si ya me hubieran preparado un hueco.

Compruebo los detalles en mi correo electrónico y, efectivamente, ni un minuto después recibo un mensaje con los detalles.

Mi mano se detiene en el ratón mientras miro fijamente la pantalla.

¿Por qué la reunión se celebra en un club y no en su despacho? ¿Y por qué me invitan solo a mí?

Una sensación de pavor se instala en mi estómago. Sin duda me ha reconocido en la sala de conferencias. No hay otra razón por la que Adam solicitaría una reunión en un lugar tan privado. Al igual que toda la familia Moore, también soy miembro de la Casa Dilante. Es un club social de primer nivel, exclusivo para los de nuestra clase. A veces tengo que organizar eventos o cenas de negocios para Jonathon, así que estoy al tanto del lugar. Adam ha reservado una sala privada para una cena y una reunión, y sólo puedo imaginar lo que quiere decirme fuera de la vista de los demás miembros.

Aprieto los labios con ansiedad.

Sólo puedo imaginar las burdas acusaciones que van a volar en mi dirección. Por supuesto, pensará que fui a por él siguiendo instrucciones de su padre. Esto no va a ayudar en nada a las negociaciones. Mis dedos empiezan a golpear el escritorio, mi mente corre a mil por hora,

tratando de encontrar una salida. Siempre puedo negar, negar y negar, pero tengo la sensación de que no se lo va a tragar.

—¿Y si alegara amnesia temporal? —murmuro—. ¿O locura temporal? No tiene pruebas de que miento.

Pero nada de lo que se me ocurre suena creíble.

Voy a tener que enfrentarme a él, probablemente hoy.

Aunque...

Vuelvo a estudiar el correo electrónico, y una ráfaga de esperanza se apodera de mí. En ninguna parte del correo se dice que Adam vaya a venir a la reunión. Por lo que sé, podría enviar a alguien de su equipo jurídico. O quizá a todo su equipo jurídico. Empiezo a relajarme. Sólo era sexo para él. ¿Por qué le iba a importar? Puede que haya sido mi primera vez, pero para alguien como él, estoy segura de que tiene un séquito de chicas corriendo detrás de él.

Me hundo en mi asiento, mi loba se inquieta por alguna razón al pensarlo.

—No pasa nada. —Miro al techo, preguntándome por qué me duele tanto—. Sólo soy una insignificante don nadie. Todo irá bien.

Adam no aparecerá.

Estoy segura de ello.

****

Como siempre, Jonathon me dice que mantenga mi teléfono conectado al suyo durante la reunión. Tony me deja en el club después del trabajo y me dice que le llame cuando termine.

Entro y me conducen a una de las salas privadas. Sin embargo, antes de entrar, me piden que meta el teléfono en una de esas cajas que bloquean la señal. Me quedo paralizada.

—¿Por qué tengo que hacer eso? —pregunto débilmente, sabiendo que el martillo caerá sobre mi cabeza si Jonathon no está conectado por llamada a esta reunión.

—Lo siento, señora. —La mujer sacude la cabeza, con la caja abierta en las manos—. No puede

entrar en la habitación.

—¿Pero por qué?

—Esta es una de las tres salas privadas VIP, señorita Rose. No se permiten dispositivos móviles en el interior. Ofrecemos total y absoluta privacidad aquí.

La miro fijamente durante un minuto, después pregunto:

—¿Podemos cambiar esto a otra habitación entonces?

—Me temo que esta es la habitación reservada.

Mi boca se mueve un momento y luego cierro los ojos.

—De acuerdo, puede darme un minuto entonces, ¿por favor?

Ella asiente y yo me hago a un lado para llamar a Jonathon. Contesta al cabo de unos minutos y le explico la situación con vacilación. Sin embargo, no me sorprende que no me crea.

—Puedo darle el teléfono a la encargada —cedo.

—¡Hazlo entonces!

Sintiéndome humillada, le entrego mi teléfono y la encargada le cuenta lo que me ha dicho a mí. Oigo a Jonathon discutir con ella e incluso intentar utilizar su condición de alfa para convencerla de lo contrario, pero la encargada sigue impertérrita. En algún momento, empiezo a admirar su negativa a doblegarse. Al final, incluso Jonathon no tiene más remedio que rendirse.

—Dale tu teléfono —ladra enfadado cuando me lo devuelve.

Suelto un suspiro de alivio y apago el teléfono antes de entregárselo. Ella lo guarda en la caja antes de abrirme la puerta de la habitación privada. Nada más entrar, sé que me he equivocado. En el centro de la habitación hay una mesa para dos personas.

Inmediatamente me doy la vuelta, pero la puerta ya se ha cerrado.

Llevo la mano al pomo, pero me detengo.

Tengo que llevar a cabo esta negociación. Pase lo que pase.

Me paso los dedos por el pelo. No llevo nada encima, aparte de un sutil brillo de labios. No parezco nada atractiva. De hecho, parezco bastante desaliñada y sencilla. Seguro que puedo convencer a Adam de que se equivoca.

Sigo intentando calmarme y convencerme de que tal vez no sea Adam quien aparezca cuando se abra la puerta. Me doy la vuelta rápidamente y se me hiela la sangre. Aunque esperaba que viniera, verlo en persona me produce otro tipo de ansiedad. Mi loba vuelve a actuar de forma extraña, pero lo aparto, intentando mantener la concentración.

Adam cierra la puerta tras de sí antes de girarse para mirarme.

Nos quedamos allí, a poca distancia el uno del otro, y no puedo evitar recordar la forma en que sus manos exploraron mi cuerpo durante horas y horas.

—Sr. Moo...

—Creía que ibas a llamarme Adrian. —Adam sonríe, metiendo las manos en los bolsillos. Es tan diabólicamente guapo como aquella noche en el bar. Lo único es que esta vez no voy a dejarme convencer. Siento cómo mi animal se revuelve dentro de mí y me endurezco.

—Me temo que no sé de qué está hablando, Sr. Moore.

—Me llamo Adam, no Sr. Moore —interrumpe—. O puedes llamarme Adrian. Después de todo, ese es el nombre que elegiste.

No va a aflojar.

Le miro fijamente y me niego a acobardarme o a echarme atrás.

—Me está confundiendo con otra persona. Si esa es la razón por la que me ha convocado aquí para una reunión privada, me temo que tengo otros asuntos de los que ocuparme.

Haciendo acopio de valor, paso junto a él, sólo para que me pregunte en voz baja:

—¿No quieres saber por qué tu loba se alegra tanto de verme?

Mi mano intenta alcanzar el pomo de la puerta cuando se detiene en el aire.

¿Mi loba?

De repente, la reacción de mi loba cada vez que veo o pienso en Adam tiene sentido. Lo que me parecía extraño era que fuera feliz.

Pero, ¿por qué?

Esta vez, cuando Adam habla, su voz está más cerca, y me doy cuenta de que está de pie justo detrás de mí.

—Tenía la sensación de que no lo sabrías.

—¿Saber qué? —pregunto con fuerza.

—¿Por qué tu cabeza y tu corazón están en guerra ahora mismo? —Suena engreído, divertido.

—Mi cabeza y mi corazón están perfectamente... —Me doy la vuelta, dispuesta a decir algo cortante, cuando veo lo cerca que está de mí. Las palabras se me atascan en la garganta—. ¿Por qué estás tan cerca de mí? —balbuceo finalmente. No tengo espacio para moverme.

—Sólo quería ver si tus orejas aún se ponen rojas cuando te pones nerviosa. —Adam sonríe—. Supongo que tengo razón.

—Aléjate de mí —siseo.

A su favor, da un paso atrás, pero luego levanta la mano, coge un mechón de mi pelo plateado y se lo lleva a los labios.

—Estabas guapísima con el pelo negro, pero el plateado te hace parecer etérea.

Su voz es grave, rozándome en todos los lugares equivocados.

—Quiero irme. —Empiezo a sentir pánico.

—Pensaba que tenías asuntos que discutir conmigo.

Estoy indecisa.

No quiero quedarme aquí ni un minuto más, pero si me voy, entonces Jonathon... Puede que nunca consiga mi libertad de Jonathon.

Ahora me encuentro en una encrucijada, cada camino es más doloroso que el siguiente.

Adam me estudia.

—Si te vas ahora, no obtendrás la respuesta a lo que hay detrás del extraño comportamiento de tu animal.

—¡Mi loba está bien! —estallo—. No sé de qué estás hablando.

Se ríe entre dientes, haciendo que me quede quieta.

—¿Ah, sí? ¿O te sientes eufórica por alguna razón?

Da un paso hacia mí y se me corta la respiración.

—¿Sientes que tu cuerpo se calienta cuando me acerco a ti?

Mi cuerpo tiembla, mis pezones se tensan bajo mi camisa de vestir por alguna razón.

—N-No.

Levanta la mano y, antes de que pueda adivinar lo que va a hacer, me toca el pecho. Un súbito gemido sale de mi boca, mi cuerpo arde ante su contacto.

—Deja eso.

Sin embargo, mi voz es débil y Adam sonríe.

—Anna o Cynthia, sigues siendo la misma mujer que me llevé a la cama. Lo que quiero saber es bajo las instrucciones de quién...

Mi mano se mueve antes de que pueda detenerme, el sonido de la piel al chocar resuena en la habitación.

—Cabrón —gruño, empujándole—. Soy muchas cosas, Adam Moore, pero lo único que no soy es una puta.

No se inmuta por mi bofetada ni por las cuatro marcas de garras en un lado de su cara. En lugar de eso, sonríe.

—No, probablemente no. Pero lo que eres es mi compañera predestinada.

Mi sangre se convierte en hielo.

¿Cómo?

¿Soy su qué?

CAPÍTULO 5

Cynthia

Se me escapa una débil carcajada.

—¿Qué es esto? ¿Estás borracho?

—¿No sientes la conexión entre nosotros? —Adam ladea la cabeza, parece intrigado.

Le miro fijamente, con el corazón agitado en el pecho.

—Sea como sea... Sea cual sea el juego al que estás jugando, no tiene gracia. He venido a una reunión, no a que me acosen.

Intento que mi voz sea firme, pero su presencia hace que me sienta extraña por dentro. Se me humedecen las bragas y empiezo a sentir pánico. Desde aquella noche con él, me siento rara. Mi cuerpo se siente extraño. Tony se reunió conmigo a la mañana siguiente y me dio una pastilla para que me sintiera mejor. La píldora me ayudó y la he estado tomando todos los días. Nunca pensé mucho en ello. Pero ahora, estoy empezando a asustarme.

—Tú... —Le miro fijamente—. No sé a qué juegas, pero no me interesa. Me confundes con otra persona.

—¿De verdad? —Adam sólo sonríe—. Quítate la blusa, y si no hay una marca de nacimiento en forma de estrella en la parte baja de tu espalda, admitiré que estoy equivocado.

Mi mandíbula se tensa.

—¿Perdón? Se acabó. He terminado aquí.

Me doy la vuelta y él me agarra por la cintura y me hace girar hasta que mi frente queda pegada a la suya.

—¿Qué estás...?

Me sube la blusa, ignorando mis forcejeos, y mira hacia abajo. Una risita sale de su boca: —Bonita marca de nacimiento tienes ahí.

Le empujo, furiosa. Arreglándome la blusa, le frunzo el ceño:

—¿Qué demonios quieres? Si intentas chivarte de mí a tu padre, no te creerá.

—Ahora, ¿por qué iba a hacer eso? —Se inclina hacia delante y siento que mi corazón traidor vuelve a latir con fuerza—. Meter en problemas a mi compañera predestinada no parece lo mejor.

Sus ojos se clavan en los míos y veo que le baila la diversión en la mirada. ¿Cree que esta situación es divertida? Estoy temblando de miedo por lo que Jonathon pueda hacerme, ¿y él se ríe a mi costa?

Intento reunir algo de confianza.

—No me importa lo que tengas que decir. No somos compañeros predestinados. ¡Lo sabría si lo fuéramos!

—¿Eso crees? —Su diversión ha desaparecido, sustituida por un ceño fruncido—. Deberías haberte dado cuenta en cuanto percibiste mi olor fuera del bar. Tu padre debe haberte tenido muy protegida para que ni siquiera entiendas tus propios instintos básicos.

Ahora me tiemblan las manos.

No está bromeando.

Realmente cree que somos compañeros predestinados.

Nunca me enseñaron lo que a otros niños de mi especie. Me encerraban en el desván o me aislaban cuando a otros niños de mi edad se les enseñaba a cazar, a desplazarse y a entrar en contacto con sus animales. Me topé con la mayoría de esas cosas bien entrada la adolescencia. Mi primer cambio fue doloroso, provocado por una paliza extremadamente cruel. Me castigaron aún más por dejar salir a mi animal.

Miro fijamente a Adam.

No sé si miente o no. Mi instinto y mi experiencia con este mundo cruel me dicen que miente,

que sólo quiere hacerme daño como todo el mundo. Pero la extraña reacción de mi loba hacia él me hace cuestionarme. ¿Y si no está mintiendo? ¿Qué significa eso para mí? ¿El próximo alfa de esta manada, al que Jonathon ha pedido mi ayuda para eliminar, es mi pareja predestinada?

—Parece que tienes dudas. —Adam da un paso atrás—. Estás exudando feromonas, Cynthia. Feromonas que están dirigidas a mí, pero también actúan como una advertencia a otros cambiaformas lobo de que estás tomada. Me sorprende que mi padre o Norman no te hayan dicho nada. ¿Por casualidad estás tomando un bloqueador de feromonas?

Me quedo quieta.

—¿Qué?

—Un bloqueador de feromonas —repite pacientemente—. Ayuda a diluir tu olor para que sea más difícil captar tus feromonas.

Abro la boca y la cierro de golpe al recordar la pastilla que Tony me ha estado dando todas las mañanas sin falta. Debe de haberlo sabido, me sorprendo. Debe de haber olido las feromonas. Recuerdo su cara de pánico cuando me miró. Luego había utilizado una ruta diferente y había hecho una breve parada en algún lugar. Cuando estaba enferma de niña, nunca me llevaban a un curandero. Era Tony quien me daba algún medicamento para que me sintiera mejor. Por eso no le había interrogado.

Quizá debería haberle preguntado. Quizá debería haber estado más atenta a lo que me daba.

—Parece que te vas a desplomar en cualquier momento. —Adam me pone la mano en la parte baja de la espalda, guiándome hacia la silla. Sin embargo, me echo hacia atrás.

—¡No me toques!

El pánico y el miedo se ciernen sobre mí.

¿Qué me va a pasar? Jonathon me matará. O peor, me obligará a aparearme con Adam, y luego me hará daño para llegar a él. No gano en ningún escenario.

—Tienes que calmarte, Cynthia —dice Adam lentamente—. No estoy tratando de hacerte daño .

—¿Y esperas que me lo crea? —Le dirijo una mirada furiosa.

—Sí —dice simplemente—. Soy tu compañero predestinado. Nuestro vínculo está por encima de cualquier otra lealtad que tengamos, incluso a la manada.

Eso me tiene confundida.

—Estás mintiendo.

—No.

No me grita ni me chilla, ni siquiera intenta forzarme como Norman ha intentado hacer varias veces. De hecho, lo único que parece intentar es mantener una conversación tranquila conmigo.

Cierro los ojos brevemente.

Necesito relajarme y dejar de permitir que mis emociones guíen mis reacciones. Me he enfrentado a muchas negociaciones difíciles. Simplemente debería tratar esto como uno de esos momentos. Compañero predestinado o no, mi vida no puede cambiar. La deuda de sangre que me ata a la familia Moore no se borrará. Siempre seré una esclava.

Abro los ojos y mi corazón se siente más firme.

—Bien. —Encuentro la mirada de Adam—. Digamos que te creo. ¿Y qué?

Sus cejas se fruncen.

—¿Qué quieres decir con eso? Soy tu compañero predestinado, Cynthia. No podemos estar en bandos opuestos. Trabajas para mi padre y le apoyas cuando tu lealtad debería estar conmigo.

Mis labios se curvan en una sonrisa dolorosa.

—¿Y qué? ¿Crees que Jonathon me va a dejar ir a trabajar para ti? ¿Crees que es tan fácil?

—Creo que mi padre está tratando de usurpar mi posición como futuro alfa, y como mi pareja predestinada, creo que deberías apoyarme a mí en lugar de a Norman —dice Adam con firmeza —. Yo soy el futuro alfa legítimo, y he hecho mucho más por esta manada de lo que mi padre ha hecho o Norman podrá hacer jamás.

Aprieto los labios con fuerza.

No se equivoca. Incluso yo he oído hablar de las historias de éxito de Adam en la manada. Ha

introducido varias reformas en la manada que la han hecho crecer a pasos agigantados. Su trabajo social en la manada es incomparable, y un punto muy doloroso para su padre. Jonathon no ha hecho mucho por la manada, ni financiero ni social. Pero cuando llegue el momento y nomine a Norman como el próximo alfa, anulando las leyes tradicionales de la manada, habrá un alboroto ya que la balanza pesará más por las hazañas de Adam.

Soy consciente de todo eso. También sé que si Jonathon consigue poner a Norman en el puesto de alfa, esta manada está condenada. Lo único es que no me importa. Nunca nadie se ha preocupado por mí, así que ¿por qué debería preocuparme por ellos? Ningún compañero de manada ha denunciado el abuso público al que me somete Norman. Todo el mundo sabe que Jonathon nunca hace nada cuando sale el tema de la violencia de Norman contra mí. Pero ni una sola vez nadie lo ha mencionado a los ancianos de la manada o ha intentado acorralar a Jonathon para que se ocupe del tema. Nadie se ha preguntado por qué no se me permitió asistir a clases con los otros niños metamorfos, o por qué no he visto ni una sola vez al curandero de la manada para una revisión anual, que es obligatoria para todos los demás lobos.

Pues que ardan.

Aunque sea a costa de mi libertad.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

—No me importa quién se convierta en el próximo alfa. Me importa este trato, que es la razón por la que estoy aquí. Norman estropeó las negociaciones, pero KDL Foods tiene muchos recursos que tu empresa aún no ha adquirido. Si nos dejas hacernos cargo entonces tu empresa tendrá una mejor oportunidad de éxito.

Los labios de Adam se curvan, burlonamente.

—¡Qué generoso por parte de mi padre! ¿Y dónde estaré yo en todo esto?

—Por supuesto, estarás involucrado.

—No me mientas, Cynthia —se burla Adam—. Mi padre tiene toda la intención de robarme la empresa y echarme para poder reclamar todo el éxito que he tenido en estos últimos años. Debes ser muy leal al viejo y querido papá para estar dispuesta a apuñalar a tu propio compañero por la espalda de esta manera.

Aprieto los dientes.

—Hago mi trabajo y, si miras los números, no se acercan ni de lejos al éxito que KDL Foods ha conseguido en las dos últimas décadas.

—¿Y dónde está ese éxito ahora? —Adam me dedica una fría sonrisa—. Habéis perdido contratos por culpa de la actitud descarada y la arrogancia de mi hermano. Habéis empezado a recortar gastos y a escatimar en calidad y, como resultado, una parte de vuestra clientela se ha pasado a mi empresa.

Un rubor de humillación me sube por el cuello mientras maldigo a Norman en silencio.

—Es una casualidad temporal debida a un cambio en la dirección— replico.

Adam se burla y toma asiento frente a mí.

—No insultes mi inteligencia, Cynthia. Maril Food existe desde hace un par de años. Nos estamos haciendo un nombre en el sector. Hemos empezado a suministrar comida a escuelas humanas para cambiaformas, utilizando la etiqueta de “necesidades dietéticas especiales”. Somos pioneros en esto. Nada de lo que tu empresa ha hecho puede ni siquiera empezar a igualar lo que estamos haciendo por nosotros mismos. Entonces, ¿qué puedes ofrecernos realmente?

El tono burlón de su voz me da ganas de darle una patada. Pero lo cierto es que no se equivoca. Si hace un par de años me hubiera sentado ante él con esta oferta, habría podido presentar un argumento más convincente. Pero Norman ha arrastrado él solo nuestra reputación por el barro. Ha echado por la borda años de mi duro trabajo, poniéndome en una posición en la que ni siquiera puedo enfrentarme a los clientes con los que una vez firmé.

—¿Sabes qué? —Adam se inclina hacia delante, sonriendo—. Si consigues convencerme aunque sea de un proyecto conjunto con KDL Foods, consideraré tu oferta después de ver cómo trabaja tu empresa en eso.

Le miro fijamente durante un par de segundos, sintiendo que un atisbo de duda se cuela en mi cabeza:

—¿Por qué me tiras un hueso cuando está tan claro que no quieres tener nada que ver con KDL Foods?

La sonrisa de Adam se ensancha.

—Esta es la primera cosa que mi compañera predestinada me ha pedido. No puedo dejar que te vayas de aquí con las manos vacías, ¿verdad?

Me tiembla el corazón ante el afecto que desprende su voz, y por un momento, sólo un latido, siento una punzada de nostalgia.

Nunca he recibido ni una pizca de afecto de nadie, y la forma en que me trata tan despreocupadamente como si de alguna manera le importara, me dan ganas de llorar. Tardo un minuto en serenarme y estoy a punto de decir algo cuando llaman a la puerta.

Adam pulsa un botón de la mesa, su mirada sigue sosteniendo la mía. La puerta que tenemos detrás se abre y entra un hombre.

—Hay un mensaje para la señorita Rose del señor Norman Moore. Es urgente.

Giro la cabeza.

—¿Qué pasa?

El hombre parece ligeramente incómodo.

—Le ha ordenado que vuelva a la oficina inmediatamente.

Por la expresión de su cara, eso no es todo.

—¿Qué más? —Me pongo en pie.

Se niega a mirarme.

—Prefiero no decirlo. Pero quizás deberías volver.

El personal de este club está muy bien entrenado para guardarse sus opiniones. Para que este miembro del personal se salte el protocolo, Norman debe de haber dicho algo espantoso. No quiero que lo repita delante de Adam, así que le dedico una sonrisa lacónica.

—Gracias.

Acabo de dar un paso cuando la mano de Adam se enrosca alrededor de mi muñeca. Cuando me giro para mirarle, su expresión es tensa.

—No te vayas.

—¿Perdona? —Le dirijo una mirada sorprendida.

—No te vayas. —Parece tenso.

—Me han llamado...

—No eres un perro que tiene que correr cada vez que Norman te llama— gruñe Adam.

Me estremezco ante sus duras palabras, pero eso es exactamente lo que soy. Un perro esclavo de la familia Moore.

Retiro la mano, sintiéndome pequeña e inútil.

—Tengo que irme.

Me mira fijamente, pero la furia de sus ojos no me inmuta. He visto furia peor y he sobrevivido a ella. ¿Qué va a hacer? ¿Pegarme porque no le obedezco?

Cuando se pone de pie, no puedo evitar estremecerme.

Nota el movimiento y su mirada se estrecha.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. —Me doy la vuelta, sintiéndome de repente avergonzada de mi propia reacción.

Oigo la silla raspar contra el suelo y entonces Adam dice:

—Te acompaño.

El miembro del personal levanta inmediatamente la cabeza y, por un momento, parece aterrorizado:

—Puedo hacerlo, señor. No hace falta que se moleste.

—¿Disculpe? —Toda la calidez anterior que había en la voz de Adam se desvanece al mirar al hombre—. ¿Qué quiere decir con “molestar”?

—Y... —Parece que se va a mear encima.

¿Qué está pasando?

—Puedo ir sola —digo—. Sólo necesito mi teléfono.

—Bajaré contigo. —La voz de Adam es dura.

Es algo estúpido por lo que discutir, y estoy a punto de dejar el asunto estar cuando el miembro del personal presiona de nuevo.

—Puedo hacerlo, señor.

—¿Tenemos un problema? —La voz de Adam es fría como el invierno—. ¿Desde cuándo el personal de la casa Dilante se ha vuelto tan presuntuoso?

—No, señor —balbucea el hombre con la cara blanca.

—¿Cómo te llamas? —exige saber Adam.

—Basta —le siseo—. Le vas a provocar un infarto. Déjale en paz. Probablemente intentaba ser educado.

—Quiero saber su nombre.

—Y quiero que dejes de hacer una escena. ¡Vas a hacer que le despidan sin motivo!

Adam me fulmina con la mirada, y cuando le sostengo la mirada, molesta, finalmente cede.

—Vamos. —Me pone la mano en la espalda y me empuja suavemente fuera de la habitación.

Le sigo fuera, donde nos espera la encargada. Abre la caja y sacamos los teléfonos. Me da un poco de vergüenza que Adam vea el estado en que está mi teléfono. Es un modelo antiguo, en las últimas.

No hace ningún comentario, y simplemente coge el teléfono.

—El ascensor está por aquí —me dice, y antes de que pueda decir nada, el empleado que había insistido en acompañarme él mismo se precipita de repente hacia nosotros.

—¡La escalera es por aquí, señor!

Si las miradas mataran, el hombre se habría paralizado y muerto en el acto con la forma en que Adam le miraba.

—Vamos a tomar el ascensor. —El labio superior de Adam se curva.

—Pero señor...

—¿Hay alguna razón para que su gente sea tan persistente? —exige Adam, lanzando a la encargada una expresión de disgusto. La mujer mira al empleado, con los labios apretados en una fina línea blanca.

—Por favor, acepte nuestras más sinceras disculpas —dice la mujer entre dientes apretados—. Me ocuparé de este asunto personalmente.

—¿No puedes simplemente ignorarlo? —siseo a Adam, sintiéndome fatal por él—. Tal vez era su primer día en el trabajo.

—No habrían dejado que un novato se acercara a las salas VIP —me dice Adam mientras me guía hacia el ascensor.

—Puedo ir sola. —Empiezo a sentirme cohibida de nuevo.

—Nuestra conversación está lejos de terminar, Cynthia. —Adam me mira—. Somos compañeros predestinados. Eso trasciende cualquier otra lealtad que puedas tener.

—Mira. —Levanto la mano—. Voy a pararte ahí mismo. Por lo que sé, podrías estar inventándote todo esto de las parejas predestinadas. En segundo lugar, estoy aquí para hablar de negocios. Pretendo convencerte de que trabajemos en un proyecto conjunto. Puede que KDL Foods haya sufrido algunos contratiempos estos dos últimos años, pero seguimos siendo líderes del sector, y eso no puedes negarlo.

Adam me estudia, con la comisura de los labios torcida.

—Si mostraras la mitad de esta pasión por mí, podrías arrasar.

Me quedo paralizada.

Nunca me habían coqueteado tan descaradamente y no sé cómo afrontarlo.

En ese momento se abren las puertas del ascensor y me apresuro a entrar, haciendo lo posible por bloquearle el paso.

—Puedo seguir desde aquí.

Pero Adam ignora mis intentos, baja suavemente mi brazo y entra.

—¿Cómo esperas convencerme de este proyecto conjunto si intentas mantenerme a distancia? —Sonríe mientras me observa.

—Por correo electrónico.

—Apenas miro mi correo electrónico.

—Te llamaré.

—Mi teléfono apenas está cargado la mayor parte del tiempo.

—¡Te escribiré una maldita carta!

Adam suspira.

—Eso sí que es un inconveniente para mí.

—¿Y eso por qué? —exijo, enfurecida.

—Porque no podré verte.

¿Está loco este hombre?

El Adam que recuerdo era distante y frío. ¡Este hombre no se le parece en nada!

—Mira —digo, con fuerza—, por última vez...

De repente, el ascensor da una sacudida y las luces se apagan.

Me quedo quieta.

—¿Qué está pasando? —pregunto con voz inestable—. ¿Por qué no nos movemos?

—Debe haber algún problema con el ascensor —murmura Adam—. Espera.

Pulsa el botón de emergencia, pero no pasa nada. Vuelve a pulsarlo.

—¿No funciona? —Es difícil mantener la calma.

—Eso es extraño. —Adam lo intenta de nuevo—. Normalmente se enciende. —Mira a su alrededor—. Las luces de emergencia también deberían haberse encendido ya.

Me rodeo con los brazos.

—A lo mejor se encenderán pronto.

Cuando era joven, solía quedarme encerrada en el cuarto de las escobas. Era un espacio cerrado y oscuro que olía a humedad y siempre estaba lleno de arañas. A medida que crecía, el espacio se iba reduciendo hasta que a menudo me encontraba apretada. Por eso tengo claustrofobia grave. Incluso en un espacio grande como este ascensor, en la oscuridad, siento que no puedo aspirar aire.

Siempre he intentado ocultar mis debilidades, pero algunas simplemente no se pueden ocultar.

Me tiemblan las manos mientras jadeo en silencio, sintiendo como si todo el oxígeno se estuviera secando, como si las paredes se estuvieran cerrando a mi alrededor. El corazón me late muy deprisa, la desesperación me araña por dentro.

No puedo respirar.

No puedo tomar suficiente aire.

Yo…

Un par de brazos me envuelven y una voz firme me ordena:

—Respira. Respira, Cynthia.

Tengo que ser fuerte. No puedo dejar que sepa...

—¡No puedo! —jadeo—. Mi corazón. Siento que el corazón me va a estallar.

Dos de mis mayores temores combinados —los espacios reducidos y la oscuridad— me hacen

temblar contra mi voluntad.

—No te va a pasar nada —dice Adam, su voz penetra en la oscuridad. Pero no es suficiente. Nada es suficiente. Siento que las piernas me flaquean y las lágrimas me corren por la cara.

—Quiero salir.

—Cynthia —Adam suena alarmado—, Cynthia, mírame.

Pero me siento ciega. Incluso con la vista de un lobo, no veo nada. Mis dedos se clavan en su camisa mientras me aferro a él. Todos los sentimientos de vergüenza y humillación se han ido por la ventana, y solo se trata de sobrevivir.

—No puedo respirar —gimoteo, con el corazón golpeándome la caja torácica—. No hay aire.

Adam se queda callado un momento y luego murmura:

—Entonces toma el mío.

Siento su mano en mi mandíbula y luego su boca desciende sobre la mía. Mi loba, que ha entrado en pánico, se calma de repente ante su contacto. Mi cuerpo se inclina hacia él. Su boca se mueve contra la mía, suave y cálida, y el miedo me abandona. Una mano me sujeta contra él, la otra está en mi nuca. Todo lo demás desaparece. Solo están Adam y su tacto, y ahora mi corazón se estremece por un motivo totalmente distinto.

Segura.

Me siento segura.

Siento calor.

Le araño, intentando acercarle.

Sin embargo, me duele el pecho, y el dolor crece poco a poco. Mis rodillas ceden y tropiezo con el suelo.

La voz de Adam es tenue en mis oídos y le oigo gritar a alguien. Este dolor viene en oleadas, y no sé qué está pasando, pero si así es como me voy, me conformo con ello.

Me mueven y oigo una voz familiar.

—¡Cynthia! ¿Qué le ha pasado? ¡Cabrón! Le hiciste algo, ¿verdad?

¡Norman!

Incluso en mi estado nebuloso, puedo sumar dos más dos.

El miembro del personal que estaba siendo tan persistente, Norman interrumpiendo la reunión y luego apareciendo por aquí. Esta no es la primera vez que ha hecho un truco como este.

—Gerald, trae el coche. ¡Tenemos que llevarla al sanador!

—¡Vete a la mierda! ¡Me la llevo!

Un gruñido, y luego la voz tranquila de Adam.

—Trae el coche, Gerald.

—¿Quién te crees que eres? —grita Norman—. ¡Ella es mía! ¡Me la llevo!

—Mírate —dice Adam, el asco goteando de su voz—. He visto cómo tratas a esta chica, Norman. Si te la entrego, es más probable que la tires a un lado de la carretera. No. La llevaré al sanador y me aseguraré de que la atiendan.

—Crees que te dejaré...

—Sujétalo —ordena Adam, y oigo a Norman gruñir y gritar. Sin embargo, ya no le presto atención. Todavía me duele el pecho. Adam me llevará a un sanador. Adam no me entregará a Norman, al menos no sin luchar. Se asegurará de que esté a salvo.

Estaré a salvo.

Con este último pensamiento, dejo que la oscuridad me envuelva.

CAPÍTULO 6

Cynthia

Nunca había ido a un curandero, así que cuando me despierto, incluso en mi estado de aturdimiento, me sorprende un poco sentir las agujas clavadas en mí. Intento arrancármelas, pero me asusto cuando alguien me cubre las muñecas y me lo impide.

Es una mujer de ojos marrones, mejillas sonrosadas y pelo corto. Parece tener unos cincuenta años. Vestida con un uniforme blanco de enfermera, su voz es suave pero firme cuando me dice:

—Nada de eso de momento. Necesitas los nutrientes.

—¿Qué? —balbuceo, confusa—. ¿Quién eres tú?

—Lydia. —La mujer me lanza una larga mirada—. Soy una de las tres curanderas de la manada. Y me gustaría saber por qué no estás en la lista de pacientes. No te han hecho ni una sola revisión desde que naciste. ¿Podrías explicármelo?

Me encuentro con su mirada, deseando poder decirle que su alfa me ha dicho que no merezco ninguna de las facilidades que ofrece esta manada, incluido el tratamiento. Sin embargo, si lo hago, sé que Lydia hablará con el alfa, y quien pagará el precio seré yo.

—Siempre he tenido una salud de hierro. —Le dedico una débil sonrisa.

—¿Cómo ahora? —dice Lydia secamente.

Estoy a punto de decir que sí cuando veo su mirada, que me obliga a cerrar la boca.

—Te faltan nutrientes básicos. ¿Cuántas veces a la semana consumes carne? —exige saber, cogiendo un bloc de notas y garabateando algo en él.

—Una vez, —Cuando la veo levantar la cabeza, con los ojos brillantes, me apresuro a enmendar mi respuesta—, o dos veces.

—Incorrecto —responde ella—. Se supone que debes comer al menos una ración diaria, teniendo

en cuenta tu débil estatura. ¿Y cuándo fue la última vez que cambiaste?

La miro fijamente, sintiéndome extrañamente vulnerable.

—Yo no... A veces.

Me estudia durante un breve minuto antes de dejar su bloc de notas y acercarse al taburete para sentarse junto a mi cama. Su voz es más amable.

—No pasa nada si tienes problemas para cambiar, Cynthia. A veces lleva más tiempo establecer una relación entre nuestro lado humano y nuestro lado animal. Si quieres, puedo guiarte durante tus cambios.

—Gracias, pero estoy bie...

—Hay una gran desconexión entre tu ay tú misma, Cynthia —dice Lydia preocupada—. Si no dejas salir a tu loba de vez en cuando, acabarás ahogándola. Eso aumenta tus posibilidades de volverte una renegada. Nunca te he visto durante ninguna de las escapadas de la manada, y asisto a casi todas las sesiones.

—Mira, —Empiezo a sentirme incómoda ahora—, puedo...

—Podemos hacer sesiones privadas si te da vergüenza —dice Lydia—. No se lo diré a nadie. Ni siquiera al alfa.

Me quedo quieta.

—¿En serio? Ni siquiera a Jonathon.

Parpadea.

—Pues claro que no. Aquí también tenemos confidencialidad médico-paciente. Ya no eres una niña y estás al cuidado de alguien. —Se pone de pie—. Mira, yo suelo terminar mi turno por las tardes, y empiezo justo al amanecer. Podemos elegir cualquier hora de la noche para facilitarte el cambio.

—Lo haré —digo de repente—. Mientras nadie se entere.

Lydia me dedica ahora una agradable sonrisa.

—No pasa nada si sientes vergüenza, pero somos una manada. Nos protegemos unos a otros. Eso es lo que nos diferencia de los humanos.

Mi sonrisa no es sincera. Tal vez hubo un tiempo en que los lazos de la manada significaban algo, pero ya no. En esta manada, nadie me ha protegido o ayudado. Pero debe ser agradable vivir en un mundo tan idealista.

Sin embargo, hace tiempo que aprendí que el mundo en el que vivo es diferente para cada persona. Es una amarga realidad que he aceptado a lo largo de mi vida.

—Prefiero aun así que esto quede entre nosotras —murmuro, y la sanadora me dirige ahora una mirada amable.

—Pensaba que querrías apoyo.

—Has dicho que había confidencialidad —insisto, y ella suspira.

—Por supuesto. Déjame tu número y me pondré en contacto contigo. Sólo tienes que ser capaz de cambiar un par de veces, y entonces estarás bien. Mientras tanto, me preocupa lo débil que estás. Tu dieta consiste principalmente en verduras cuando necesitas carne.

—No me gusta la carne.

Lydia se burla:

—Díselo a otro, cariño. No es mi primer día de trabajo. Nunca he conocido a un lobo al que no le guste la carne. Si no puedes permitirte carne, entonces deberías solicitar las reservas de la manada. Esas existen por una razón.

Aprieto los labios.

Las reservas de la manada están destinadas a los miembros de la manada que tienen dificultades económicas. Les proporciona comida, especialmente carne, y alojamiento subvencionado. Es algo que introdujo el alfa anterior, y a pesar de que Jonathon intentó cerrar la empresa porque quería que el dinero de los contribuyentes fuera a su propio bolsillo en lugar de facilitarlo a toda la manada, no tuvo más remedio que dejar que continuara. La manada protestó contra el cierre del programa. Sin embargo, se las arregló para eliminar lugares donde la mayoría de la manada no prestaría atención. Lugares como los barrios marginales donde nací, que eran los que más necesitaban este programa, tuvieron que prescindir de él.

Una vez intenté utilizar las reservas, pero la reacción fue rápida y dolorosa. No se me permitió, como dijo Jonathon. ¿Estaba tratando de obtener la simpatía de la manada? ¿Quería manchar su nombre? Cada latigazo había dolido más que el anterior. Como Jonathon sabe exactamente quién ha solicitado el programa de reservas de la manada, no tengo otra opción.

—No me gusta tanto la carne.

—Bueno, —Lydia me lanza una mirada severa—, te guste o no, vas a inscribirte en el programa si no puedes pagar la carne. Esta petición va a ir directamente al alfa...

—¡Ya compraré! —Intento incorporarme, alarmada.

—Me aseguraré de que lo reciba —llega una voz desde la puerta.

—Adam —Lydia frunce el ceño, mirando por encima de su hombro—, te he dicho que te quedaras fuera mientras veía a mi paciente.

—Lo siento, Lydia. —Adam se inclina para besar cariñosamente la mejilla de la mujer mayor.

Miro fijamente.

Otra cosa que no se me permite tener.

Afecto fácil. Las manadas de lobos solían ser abiertamente afectuosas, pero a medida que se han ido ampliando con el paso de los años, sus miembros crean vínculos con algunos otros entre los que se comparte afecto, platónico pero necesario para la supervivencia del lobo.

Siento una pizca de celos cansados.

Mi loba se da la vuelta, también deseando que la acaricien y la quieran.

Lo empujo hacia abajo, con dureza.

No es para ti. Nadie te quiere.

Gime dentro de mí, deslizándose más adentro.

Pillo a Adam mirándome, con una extraña emoción en los ojos, y miro hacia otro lado.

A veces, siento una oleada de odio hacia todos los que me rodean. ¿Por qué se me mantuvo con

vida cuando ni siquiera se me podían dar las cosas o acciones más básicas? Son momentos en los que quiero ver arder el mundo. Un chorro de risa se escapa de mi boca.

Sería una gran villana si tuviera los recursos adecuados. Incluso tengo la historia de fondo adecuada para ello.

—¿Algo divertido? —pregunta Adam, y miro para ver que la sanadora se ha ido.

—No. —Suspiro, mi diversión se desvanece—. Nada tiene gracia.

Se para junto a mi cama y me quedo inmóvil cuando sus dedos me peinan el pelo.

—¿Qué haces?

—Nada —dice en voz baja, con sus dedos moviéndose suavemente por mi pelo.

—Deja eso.

Pero mi voz es débil.

—¿Por qué?

Mi loba ruge de puro gozo, revolcándose de excitación ante el cariño. Me arden los ojos.

—P-Porque si. Para ya.

—¿Lo odias? —pregunta Adam, su tacto calmante en este instante, haciéndome entrar en pánico.

—No me gusta. —Intento mantener mi voz firme.

—Mentirosa —se ríe Adam.

—Eres un cabrón obstinado, ¿lo sabías? —estallo.

Sólo sonríe.

—Cálmate, va. Ahora, cierra los ojos. Lydia dice que tienes que descansar. No quiero meterme en problemas por ponerte nerviosa.

—Entonces deja de tocarme.

—Tampoco puedo hacer eso.

Mis manos se sienten pesadas bajo su contacto y no consigo reunir fuerzas para apartarlas. Mis ojos se agitan, un calor me invade.

Intento luchar contra el sueño, intento evitar que mi loba se bañe en este tacto y afecto, pero nada parece salirme bien. Finalmente me doy cuenta de que estoy luchando una batalla perdida, y simplemente termino cediendo.

*** **

La dolorosa sensación de pellizco en el brazo derecho me despierta de golpe, sólo para ver la cara de Norman cerca de la mía.

Me echo hacia atrás.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Se burla:

—Parece que te lo estás pasando bien. —Sus garras se clavan en el lugar donde está insertada la aguja intravenosa y grito de dolor. Me tapa la boca con la mano—. ¡Cállate!

Le doy un mordisco en la mano y me golpea, haciendo que mi cabeza choque contra la estructura metálica de la cama. Aturdida, veo borroso mientras me arranca las vías intravenosas.

—¡No te mereces nada de esto, puta!

Agarrándome por el pelo, me tira al suelo y yo grito, el doble cuando me da una patada en el estómago.

—¡Bastardo! —Resoplo mientras me da otra patada.

—Sé que no tienes permitido ver a un sanador. —Norman levanta el pie para darme otra patada —. Papá te va a matar cuando se entere.

Le agarro del pie y tiro, haciéndole caer de espaldas. Desesperada, me arrastro hasta la puerta, sólo para que me golpee la cabeza contra ella, una y otra vez. Ahora grito. ¡Va a matarme! Hoy me va a matar de verdad.

De repente, alguien me arranca a Norman de un tirón y gruñe. Otra persona me acuna contra su pecho mientras gimo entrecortadamente, con el cuerpo temblando salvajemente.

—No pasa nada. Estás bien. —La voz de la sanadora Lydia llega a mi oído.

—Suéltalo —llega otra voz furiosa, y reconozco que pertenece a Jonathon.

Me ayudan a subir a la cama, todavía me pitan los oídos y tengo la cara ensangrentada.

—¡Suelta a Norman! —ruge Jonathon, usando su voz de alfa, y a través de mi escasa visión, veo a Adam tirar a su hermano menor al suelo.

—¿Este es el que quieres que sea el próximo alfa en lugar de mí? —gruñe Adam—. ¿Este abusivo pedazo de mierda?

Veo que Jonathon levanta la mano, y la sanadora Lydia alza su propia voz:

—¡Ya basta! ¿Cómo te atreves a entrar en mi enfermería y hacerle daño a uno de mis pacientes, Norman? ¿Quién te crees que eres?

La curandera es aterradora en su ira.

Cuando se trata del orden jerárquico de una manada, los Sanadores no están por debajo del alfa. Tienen el mismo rango. Jonathon aprieta los dientes.

—Esto debe ser un malentendido. Ella debe haber provocado...

—¿Estás ciego, Jonathon? —Lydia se vuelve contra él—. ¿Qué habrá dicho para que le arrancara las vías tan despiadadamente, para haberla herido de esa manera? ¿Qué clase de animal estás criando?

La cara de Jonathon se pone blanca ante el insulto, y cuando me mira, con los ojos llenos de una rabia despiadada, me hago un ovillo.

—No la mires —gruñe Adam—. ¡Mírame a mí! Esa chica estaba así de cerca de conseguir que accediera a una conversación conjunta cuando el inútil de tu hijo la sacó a rastras de nuestra reunión. Pagó a uno de los trabajadores del club para que manipulara el ascensor porque debía de saber que ella tenía miedo a la oscuridad, ¿y ahora está aquí intentando matarla? ¿Crees que alguna vez trabajaría con una empresa con tus jodidos valores? Has perdido la cabeza, padre.

—¡No uses ese tono conmigo, chico! —ruge Jonathon.

—¿Pero está equivocado? —exige saber Lydia—. Ella estaba durmiendo cuando él la atacó. Y lo sé porque cada una de estas habitaciones está siendo monitorizada. Le vi atacarla mientras dormía. Será mejor que tenga una buena explicación para esto, Alpha Moore, porque esto es más que inaceptable. Tengo una paciente traumatizada que ya está gravemente desnutrida, y por lo que cuentas, ¿alguien a quien has estado patrocinando, y tu propio hijo está abusando de ella de esta manera? ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

La mirada de Jonathon se vuelve de nuevo hacia mí mientras me exige en silencio que cubra a Norman o de lo contrario…

Abro la boca, pero Adam se interpone en mi campo visual, impidiendo que Jonathon me vea. —No intentes amenazarla. No es la primera vez que veo a Norman levantarle la mano. De hecho, lo tengo en la cámara de seguridad de mi edificio, dos veces.

Norman chasquea:

—¡Se lo merecía! Esto no tiene nada que ver contigo, imbécil...

El sonido de piel crujiendo contra piel hace que mis ojos se abran de par en par al darme cuenta de que Jonathon acaba de abofetear a su hijo favorito.

—Cállate —sisea—. No quiero oír ni una palabra más de ti. Fuera de aquí.

—¡Papá! —Norman suena furioso—. ¿Vas a pegarme por esa puta mediocre?

Esta vez, Adam le da un puñetazo en el estómago, haciéndole retroceder, resollando.

—Cuidado con lo que dices —dice con calma—. Como le he dicho, padre, nunca estableceré ningún vínculo comercial con tu empresa si hay un animal como éste de por medio. Ahora, sácalo de aquí antes de que lo mate. Nunca antes en esta manada nadie le había levantado la mano a una hembra. Tu propio padre despreciaba a los que lastimaban a los inocentes. ¡Buen trabajo convirtiéndote en lo único al que nuestro abuelo ni siquiera escupiría!

La expresión de Norman se tuerce de rabia.

—Maldito...

Jonathon agarra a Norman por el cuello y lo arroja fuera de la habitación.

—¡Basta ya! Vete a casa. Me ocuparé de ti allí.

Lydia tiene su brazo alrededor de mis hombros.

—También tienes mucho que responder, Alpha Moore. ¿Por qué no hay ningún registro de Cynthia Rose en nuestros libros? Todos los miembros de la manada tienen chequeos anuales. Ella ha estado contigo desde que era una niña. Trajiste a tus dos hijos, pero nunca a ella. ¿Hay alguna razón?

Cierro los ojos, contando mentalmente los latigazos que voy a recibir por la pregunta de Lydia.

—Era una niña sana —dice Jonathon entre dientes apretados—, y sus padres siempre decían que la llevaban a sus revisiones cuando la visitaban. No me había dado cuenta de que eran tan negligentes.

—Está gravemente desnutrida y tiene cicatrices en la espalda, cicatrices que ningún lobo debería tener —insiste Lydia. Veo la furia creciente de Jonathon y aprieto la muñeca de Lydia, tratando de silenciarla.

—L-las tengo desde niña.

—La mayoría son recientes —dice Lydia.

Cierro la boca de golpe, presa del pánico.

Adam me observa y no puedo mirarle a los ojos. No tengo motivos para sentirme avergonzada, pero así es. Estas cicatrices no son culpa mía, pero delante de él me siento débil e inútil, y lo odio.

—Es una chica descuidada —responde Jonathon—. ¿Y cómo voy a saber cómo se hizo esas cicatrices? Vive sola. Podría estar haciendo cualquier tipo de actividad. Ya sabes cómo son las chicas de los barrios bajos. Hacen cualquier cosa por dinero rápido.

Levanto la cabeza al oír sus palabras, horrorizada por lo que insinúa, y esta vez es la sanadora quien me aprieta la mano.

—Ya veo —murmura Lydia—. Bueno, a partir de ahora, Cynthia, me encargaré personalmente

de tus revisiones, y hasta que tu salud mejore, espero que vengas a verme cada semana. Empezaré a trabajar en la eliminación de este tejido cicatricial. Si faltas a una cita, sé dónde encontrarte.

Veo la mano de Jonathon cerrarse en un puño a su lado. Esto no le gusta. Pero no puede cuestionar a un sanador. Una pequeña parte de mí se siente aliviada. Si Lydia va a revisar mis cicatrices, no será tan estúpido como para continuar con los latigazos. Podría encontrar otras formas de lastimarme, pero al menos, no será físico.

—Quiero hablar contigo, Alpha Moore. —Lydia se levanta—. Afuera, por favor.

Jonathon la sigue fuera, no sin antes lanzarme una mirada furiosa. Bajo la mirada, preguntándome cómo voy a salir de esta situación.

Adam cierra la puerta tras ellos y se apoya en ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión sombría.

—No deberías haberme traído aquí —digo finalmente, usando la manga para limpiarme la sangre de la cara.

Todo su cuerpo parece tenso, como si se estuviera obligando a permanecer quieto.

—No parecías sorprendida cuando le dije a papá que fue Norman quien estropeó el ascensor.

Me humedezco los labios, deseando poder decir algo. Sin embargo, tengo que elegir mis palabras con mucho cuidado cerca de este hombre.

—No lo sabía.

No quiero mentir. Quiero decirle que sabía que había sido Norman. Quiero decir cosas viles y despiadadas sobre Norman e incluso sobre Jonathon, pero las consecuencias son algo que temo enormemente.

—Me has puesto las cosas muy difíciles, Adam —digo finalmente.

—¿Tú crees? —Adam me mira fijamente—. Me parece que las cosas llevan siendo muy difíciles para ti desde hace un tiempo.

Mi labio superior se curva con disgusto.

—No te hagas el desentendido y no actúes como si todo esto fuera nuevo para ti. Vivimos bajo el mismo techo durante un par de años. Sabías lo que pasaba.

—¿Perdón? —Adam se endereza, ladeando la cabeza—. ¿De qué estás hablando?

Me burlo.

—Deja de hacerte el simpático. Eres un Moore. Sabías qué era qué. Cuando te pedí ayuda, te fuiste, ¿recuerdas?

—Cynthia —la voz de Adam es dura—, ¿de qué demonios estás hablando?

Me encuentro con su mirada, y cuando veo la confusión en sus ojos, me doy cuenta.

—Lo olvidaste —digo en voz baja, y por un momento me siento entumecida. Mis gritos, mi dolor, ninguno de ellos era lo bastante importante como para que él lo recordara.

Había gritado hasta quedarme ronca llamándole. Aún recuerdo aquel día.

¿Y simplemente lo olvidó?

El dolor es frío y me atraviesa por dentro.

—Menudo compañero predestinado eres —murmuro. Es como todo el mundo, dispuesto a hacer la vista gorda cuando le conviene.

—¿Cynthia?

Esta vez, cuando levanto la cabeza, tengo el corazón frío.

—Debería irme ya.

Me bajo de la cama y él me detiene, interponiéndose en mi camino:

—¿Cómo que me pediste ayuda?

Le miro y me pregunto por qué parece tan alarmado.

—¿Acaso importa? Lo olvidaste. Fue hace mucho tiempo.

—Recuérdamelo —dice con fuerza.

Mi loba se acurruca dentro de mí, tranquila, sometida.

—Si no importaba entonces —respondo, con voz cansada—, ¿por qué importa ahora? Por favor, apártate de mi camino. Tengo que irme.

La puerta se abre y entra Lydia.

—¿Qué está pasando?

—Me gustaría irme a casa ahora —murmuro, sintiéndome agotada.

—No hasta que te haga las curas —dice con tono severo—. Fuera de aquí, Adam.

Adam parece reacio, pero se va. Me hundo de nuevo en la cama.

—Tengo muchas ganas de irme a casa.

—Comprendo. Pero tengo que hacerte unas preguntas.

Me encuentro con su mirada.

—Si se trata de Norman y Jonathon, no puedo contestar. Lo siento.

La sanadora me lanza una larga mirada antes de apretar los labios, contrariada.

—No puedo obligarte a decirme nada, Cynthia, pero me preocupan esas cicatrices de tu espalda.

—No quiero hablar de ello.

Abre uno de los armarios del rincón y prepara una bandeja, de espaldas a mí:

—A veces es importante hablar de estas cosas, Cynthia. Para eso estamos los sanadores.

Me quedo callada.

Una deuda de sangre no es algo de lo que pueda hablar tan a la ligera. E incluso si Lydia tuviera la misma posición que el alfa, Jonathon sigue siendo su alfa. Hay mucho daño que puede causarle sin ensuciarse las manos. Ella ya está en el lado malo de Jonathon en gran medida.

—Estoy bien. —Ahora le sonrío. Es una sonrisa débil, pero no sé qué más hacer.

Suspira y me remienda. Una vez que ha terminado, me da unas palmaditas en la mejilla:

—De acuerdo, cariño, creeré lo que quieras que crea, pero espero que vengas a las revisiones y te llamaré para ayudarte a cambiar. Sólo tienes que intentar centrar a tu loba. No es difícil, pero trabajaremos en ello juntas.

Me abre la puerta y Adam está esperando detrás.

—Asegúrate de que llegue a casa sana y salva —ordena, y Adam le dedica una sonrisa.

—Por supuesto.

—¿Dónde está Jonathon? —Miro a mi alrededor.

—Se ha ido —dice Lydia—. Vete. Ve a casa y descansa.

Dudo antes de mirar a Adam.

—Ve tú delante. Quiero hablar con la sanadora Lydia.

Levanta una ceja, pero asiente. Una vez fuera de mi alcance, suelto un suspiro tembloroso antes de mirar a la mujer, que me ha mostrado más amabilidad de la que he experimentado en toda mi vida.

—Por favor, ten cuidado. —Cuando parpadea, me armo de valor y continúo— Siempre he querido que alguien me defendiera, pero ahora mismo me aterra lo que pueda pasarte. Así que, por favor, ten cuidado y vigila tus espaldas.

—Cynthia, —Las cejas de Lydia se fruncen en un ceño preocupado—, ¿de qué estás hablando?

Me miro los pies durante un instante antes de suspirar y dirigirle la mirada:

—Hoy has cabreado a Jonathon y a Norman. No les va a gustar. Así que, por favor. Vigila tus espaldas. Y... —Me cuesta decir la siguiente parte, pero lo intento—: ... no te molestes con alguien como yo. Gracias por todo, pero no volveré. Es mejor para ti que no nos volvamos a ver.

—Cynthi...

—Tengo que irme.

Me doy la vuelta, corriendo hacia la otra salida que veo. No tengo pensado dejar que Adam me lleve a mi apartamento.

Empiezo a caminar, con la cabeza dolorida por todo lo que ha pasado. Ahora está oscuro fuera, y prefiero la oscuridad. Es más fácil que no te reconozcan. Hace frío fuera, ya que estamos a finales de octubre, y desearía no haberme dejado la chaqueta en el coche.

Probablemente pueda coger el tren hasta la estación más cercana a la mía, pero la estación de metro sigue estando a una buena hora a pie de aquí. Habría sido tan fácil seguirle la corriente a todo lo que la sanadora estaba haciendo por mí, pero no puedo olvidar la forma en que Jonathon la miró. A diferencia de los curanderos, los alfas son más peligrosos. A pesar de su naturaleza severa, Lydia es un alma gentil que probablemente ve lo mejor en el mundo. Jonathon puede hacerle daño. Y lo hará si eso significa que puede proteger su reputación. Para toda la manada, es un benefactor generoso y de buen corazón, que acoge en su casa a una chica sin perspectivas de futuro para darle una vida mejor. Mi presencia en su casa aumentó su estatus a los ojos de los demás.

Avanzo a trompicones, cansada. Durante todo este tiempo, he deseado que alguien tomara partido por mí, que alguien me protegiera, y cuando llegó ese momento, me di cuenta de que la protección tendría un coste. Mi deuda de sangre no desaparecería, pero mi protector quedaría en el punto de mira de la familia Moore. *Y Lydia, las* lágrimas desesperadas me queman los ojos mientras me rechinan los dientes, *no se merece eso.*

No sé qué significa esto para mí. ¿Seré esclavizada para siempre? Me detengo y miro el agua que fluye bajo el puente por el que camino.

¿Qué voy a hacer?

¿Así va a ser siempre mi vida?

Mis manos se enroscan en la barandilla del puente mientras contemplo el agua oscura.

¿Qué sentido tiene entonces?

Si no puedo ser feliz, si no puedo ser libre, ¿qué estoy haciendo?

Levanto el pie para pisar el pilar de piedra cuando alguien me agarra del brazo y me tira hacia

atrás. Me encuentro cara a cara con un Adam con los ojos muy abiertos. Por un momento, creo ver miedo en sus ojos, pero entonces me gruñe:

—¿Qué demonios ibas a hacer?

—¿Qué? —tartamudeo, sorprendida por su arrebato de mal genio.

—¿Te he preguntado qué planeabas hacer ahora?

Miro hacia la barandilla antes de volverme hacia él y decir:

—Nada. Sólo me subía al pilar para sentarme en la barandilla.

Me da una fuerte sacudida.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es? —Sin embargo, parece que no me cree del todo mientras me arrastra lejos de la acera—. Entra en el coche.

—Quiero caminar.

—Entra en el maldito coche o te tiraré dentro —gruñe.

—No lo harías. —Entrecierro los ojos. Cuando arranca hacia mí, levanto inmediatamente las manos, diciendo rápidamente—: ¡Me subo!

Me abre la puerta del acompañante y me deslizo en el mullido asiento de cuero.

Cierra la puerta de golpe y, rodeando el coche, se mete en el lado del conductor, con cara de loco.

—Te dije que te llevaría a tu apartamento.

—Sí. —Miro fijamente el coche—. Deberías haber intentado preguntar, y yo te habría ahorrado el esfuerzo declinando cortésmente.

—Cynthia...

—Mira, si quieres llevarme a casa, ¿podemos conducir en silencio? No quiero hablar de nada ahora mismo. Sólo quiero estar sola.

Es evidente que Adam quiere decir algo y espero que empiece a hablar, pero, para mi sorpresa, respeta mis deseos. Se inclina hacia delante y enciende la radio, poniendo algo de piano clásico. Mientras conduce, el cielo se abre y empieza a llover. Es como si reflejara mi propia miseria, llorando cuando no puedo, aullando con cada trueno cuando no puedo gritar por mucho que lo desee.

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventana y cierro los ojos, dejando que la música, la lluvia y los truenos me tranquilicen.

Debo de haberme dormido, porque cuando abro los ojos, estamos aparcados delante de mi edificio.

Aturdida, miro a mi alrededor y veo a Adam fuera, pensativo, con el puño apretado contra la boca. Sigue lloviendo y la música sigue sonando.

—¿Cuándo llegamos aquí?

—Hace una hora —dice con calma—. Te he traído algo de comida ya que no hemos podido cenar.

Busca en el asiento trasero y saca un gran recipiente.

—Yo no...

Lo abre y me asalta el olor a carne asada, jamón y cecina, y se me hace agua la boca.

—Quizá tenga un poco de hambre —concedo, echando un vistazo al interior. Mueve los labios, pero no dice nada.

—Puedes comer aquí —dice, y yo saco rápidamente un enorme bocadillo apilado y le doy un mordisco.

—Ahora, más que nunca —dice de repente—, sabes que tienes que elegir el bando correcto, Cynthia. Norman y Padre no tienen tus mejores intereses en mente. Sin embargo, yo soy tu compañero predestinado. Quiero que me apoyes a mí y no a ellos.

Mastico mi sándwich en silencio, dejando que el sabor de la carne se impregne en mi lengua.

En el momento en que Adam se convierta en Alfa, la deuda de sangre se transferirá a él, y será él

quien me controle. Reflexiono sobre mi sándwich. Ha sido amable conmigo. Tal vez me libere de la deuda de sangre.

Es una ilusión, pero mi corazón vacila.

Si Norman se convierte en el alfa, no sé qué pasará. Incluso si Jonathon mantiene su palabra y me hace un juramento para liberarme, es astuto con sus palabras. Podría crear un vacío legal...

Se me revuelve el estómago, levanto la cabeza y abro la boca, pero me quedo paralizada.

Al otro lado de la calle, hay un coche familiar aparcado fuera.

El coche de Jonathon.

Me está esperando.

CAPÍTULO 7

Adam

Ver a mi padre defender a Norman cuando Cynthia sangraba y aún jadeaba me hizo querer arrancarle la garganta. No fue fácil calmar a mi lobo, que quería sangre.

Para empeorar las cosas, Cynthia no pareció inmutarse por la violencia. Parecía agitada y dolorida, pero no había conmoción en sus ojos.

Lo olvidaste.

La desesperanza en esas dos palabras, el cúmulo de dolor me habían hecho devanarme los sesos durante los dos últimos días, pero no he sido capaz de recordar nada. La verdad es que no tengo muchos recuerdos de la casa de mi infancia, aparte de los episodios de borrachera de mi madre, su actitud distante hacia mí y la aversión de mi padre y mi hermano. Sentí curiosidad cuando me trajeron a casa a una niña de la nada, pero siempre estaba callada, y la mayor parte del tiempo estaba con mi padre.

Apenas interactuaba con ella.

Odiaba la casa en la que crecí. Odiaba al hombre que era mi padre. Era un mal alfa y un mal padre, e hizo todo lo posible por anular muchas de las reformas sociales que mi abuelo paterno había introducido. Todos sus actos estaban marcados por la codicia, y yo, que admiraba mucho a mi abuelo, encontraba repugnante la codicia de mi padre.

A veces me pregunto qué habría pensado Eleanor, mi hermana mayor, del comportamiento de papá. Como yo, ella también había admirado a nuestro abuelo. Pero se marchó de casa cuando yo era pequeño, y Cynthia apareció un año después, casi como si debiera sustituir a mi hermana. Yo la ignoraba la mayor parte del tiempo, como hacía con todos los demás miembros de mi familia. Y pronto, cuando cumplí dieciséis años, tras una pelea especialmente violenta con mi padre, yo también abandoné el hogar familiar.

Pero siempre creí que Cynthia era bien tratada en esa casa. Nunca vi a Norman ser abusivo con

ella. Mamá siempre fue fría con ella, pero entonces era fría con todos sus hijos, excepto con Norman.

Lo olvidaste.

¿Qué he olvidado?

Miro por la ventana de mi piso, contemplando la ciudad. La forma en que Cynthia pronunció esas palabras me persigue.

¿Qué ha pasado en mi casa que tan felizmente ignoro?

Durante todo este tiempo, papá siempre la ha tenido cerca. Lleva años trabajando en su empresa. Nunca la he visto en ningún evento de la manada, ni siquiera en galas de negocios. No he olido su aroma en ninguna parte de esta ciudad, lo cual es extraño. Ahora que lo pienso, debería haberme cruzado con ella en algún momento después de irme de casa.

¿Por qué no lo hice?

¿Por qué mi padre la ha estado escondiendo de la manada? Todo el mundo la conoce. Ella es conocida por sus ideas de marketing, sus habilidades de negociación, y su visión para los negocios. Desde el año en que se unió, la empresa de mi padre despegó. Podría ser una coincidencia, o tal vez fue su trabajo. En cualquier caso, aunque es un activo que quiero a mi lado, el hecho de que sea mi compañera predestinada me preocupa. Por alguna razón, ella sigue siendo leal a mi padre.

Padre la vio sangrando y maltrecha, y aun así la ignoró, su primer instinto fue proteger a Norman.

—No veo por qué estás tan preocupado. —Robert entra en el salón, cerveza en mano. —Jonathon no es estúpido. Hay demasiados ojos puestos en Cynthia ahora mismo.

—En esa casa pasa algo que yo ignoro —murmuro—. Lydia me habló de las cicatrices de su espalda, Robert. Los lobos sanamos. ¿Por qué no se han curado esas cicatrices?

Robert viene a ponerse a mi lado.

—Puedes abordar las preguntas de una en una, amigo mío. La única que puede responder a tus preguntas es Cynthia. Pero por ahora, si ella es tu compañera predestinada, tu mayor prioridad

debería ser alejarla de Norman. Sería más fácil hacerlo si ella cambia de bando.

—Eso es otra cosa que no tiene sentido para mí —gruño, golpeando con la mano el cristal de la ventana—. Soy su compañero predestinado. Debería entender lo que eso significa. ¿Por qué insiste tanto en ponerse del lado de mi padre?

—Mañana tienes una reunión con tu padre —me recuerda Robert—. A ver si consigues que venga a verte.

Miro fijamente hacia la lluvia.

El tiempo ha estado impredecible últimamente, igual que mi padre. Pidió esta reunión de la nada. Llevo dos días intentando ponerme en contacto con Cynthia, pero ha sido en vano. Tenía mucha hambre, pero de repente saltó del coche, dejando atrás su bocadillo a medio comer como si hubiera visto un fantasma.

Recuerdo cómo me miró cuando besé a la sanadora Lydia en la mejilla. Había una nostalgia infantil en sus ojos, y cuando le acaricié el pelo, pude sentir la felicidad de su loba brotando de ella, pero se había resistido, hasta el mismo instante en que se quedó dormida. No puedo olvidar cómo se aferró a mí en el ascensor, lo desesperado que había sido su beso, como si intentara hundirse dentro de mí. La forma en que se me había caído el corazón al estómago cuando la vi a punto de subirse a la barandilla del puente.

Todos estos años pensé en ella como una mujer segura de sí misma, una extensión de mi padre. ¿Pero lo es realmente?

Cuando me di cuenta de quién era y del vínculo que ahora nos unía, pensé en explotarla. Sigo pensando que tenerla de mi lado será beneficioso, pero la idea de utilizarla me revuelve el estómago. Es ingenua e inocente en muchos sentidos. Su sentido de los negocios puede ser fuerte, pero cuando se trata de ella misma, es insegura.

Pagué al guardia de seguridad de su edificio para que le diera la caja de filetes que le llevé ayer.

Me paso las manos por la cara. Mi lobo es profundamente infeliz. La quiere aquí, a nuestro lado, para que podamos protegerla.

Aún resuenan en mis oídos sus gritos de cuando Norman la golpeaba.

"Ella debe haberlo provocado".

Mi sangre está tan fría como el aire exterior mientras me pregunto cuántas veces han "provocado" a Norman para que ponga sus manos sobre Cynthia.

—Tu teléfono está sonando. —Robert me da un codazo.

Me meto la mano en el bolsillo y miro la pantalla.

—Es de la enfermería. —Frunzo el ceño antes de contestar y me acerco el teléfono a la oreja—. Adam Moore al habla.

—Adam, —La sanadora Lydia suena sin aliento y aterrorizada al otro lado—, ¿puedes venir a la enfermería ahora mismo? Por favor.

—¿Qué está pasando? —pregunto bruscamente.

—Sólo ven. Por favor.

La línea se corta y miro a Robert.

—Venga. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Me sigue mientras me dirijo al aparcamiento del sótano.

El trayecto hasta la enfermería es corto, teniendo en cuenta que ignoro todas las normas de tráfico. Después de cometer al menos una docena de infracciones de tráfico, entro en el aparcamiento vacío de la enfermería y, cuando salimos del coche, Robert mira a su alrededor sorprendido.

—¿Esto es normal? Es difícil encontrar una sola plaza de aparcamiento cerca de la enfermería de mi manada.

Cierro la puerta del coche, miro a mi alrededor, mi voz sombría.

—No. No es normal.

Un grito nos sobresalta y ambos corremos hacia la fuente del sonido. Viene del edificio exterior, donde están los almacenes. Lo primero que encontramos es un hombre muerto, tirado en el suelo. Está cubierto con un traje negro de pies a cabeza. La mitad de su cara también está cubierta.

Se vuelve a escuchar el grito y reconozco la voz de Lydia.

Viene de la parte trasera del edificio.

Robert se mueve rápido, pero yo cambio a mi forma animal, mi lobo en primer plano ahora. Se mueve a una velocidad que los ojos humanos no pueden detectar, y veo a Lydia apuntando con una pistola a dos hombres con el mismo atuendo negro.

No espero a saber qué ocurre y ataco de inmediato al hombre que tengo más cerca. Su compañero salta sobre mí y está a punto de cambiar cuando Robert lo agarra por el cuello con los dientes, también ahora en forma de lobo, y lo parte en dos.

Le arranco la cabeza a mi propio oponente y luego miro a mi alrededor mientras Lydia se hunde en el suelo, temblando salvajemente.

Cuando no veo a nadie más, vuelvo a mi forma humana y pregunto:

—¿Hay más?

Ella sacude la cabeza.

—No la tomé en serio.

—¿Quién? —Me agacho junto a uno de los lobos muertos.

—Cynthia —responde débilmente—. Me dijo que debía cuidarme las espaldas.

—¿Te ha amenazado? —Mi cabeza se desvía a un lado para mirarla.

—No, no. —Lydia sacude la cabeza—. Dijo que me había equivocado al ayudarla y que no volvería por aquí. No la tomé en serio, pero anoche estaba a punto de entrar en mi apartamento cuando percibí el olor de alguien desde dentro. Fui a quedarme con mi hermana. Y todo el día de ayer sentí que me seguían. Por eso le pedí a Watson una pistola para protegerme. Tiene balas de plata.

"Así murió el hombre de la entrada" pienso.

—¿Qué ha pasado ahora? ¿Y dónde están todos los pacientes? No hay coches en el aparcamiento.

—Me fui a comer y, cuando volví, había un aviso en la puerta que decía “*Sanador no*

disponible”. Así que, quienquiera que haya aparecido, se fue. Yo nunca haría algo así. Si yo, o cualquiera de los otros dos sanadores, no estamos disponibles, siempre tenemos a alguien que nos sustituye. La enfermería nunca está cerrada. Yo... —Se frota las manos en la cara—. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Entonces oí un ruido en el almacén. Fue entonces cuando te llamé. Sentí que algo no iba bien. Me tendieron una emboscada cuando entré en el almacén. Me las arreglé para... usé mi pistola para...

Un sonido estrangulado sale de su garganta y cierro los ojos.

Matar es una de las cosas más difíciles para un curandero. Ni siquiera cazan animales. Su respeto por la vida es demasiado grande. Para ellos, matar es un pecado que a menudo puede volverlos locos.

Le arranco la camisa al hombre que tengo delante y me la ato a la cintura antes de acercarme a Lydia.

—No tenías elección. Intentaban matarte.

—¿P-Pero por qué?

Me quedo en silencio.

Cynthia no habría dado esa advertencia sin una razón. Hacer una acusación como esa contra el alfa de la manada no es poca cosa, y podría haber sido severamente castigada por ello.

"¿Mi padre o Norman enviaron a estos hombres?", me pregunto sombríamente. "¿Quiénes son?"

Robert parece seguir mi línea de pensamiento porque revisa los cuerpos y luego sacude la cabeza.

—No llevan nada encima que permita identificarlos.

Les quita las máscaras y sisea:

—¿Qué es eso?

Sigo su mirada y veo que el rostro del hombre está completamente quemado.

—Sus manos son iguales —murmura Robert, con cara de horror—. Pero definitivamente son de

los nuestros.

Mi mandíbula se tensa al verle revisar también al otro hombre.

—Eran hábiles en la lucha.

—Casi como un equipo de asesinos —dice Robert en voz baja, encontrándose con mi mirada.

—O un intento de ello —añado.

Cynthia sabía que mi padre no se tomaría el insulto a la ligera. ¿Fue por eso que advirtió a la sanadora? ¿O estaba Norman detrás de esto?

Los ruidos de gente acercándose me ponen rígido.

Le quito la pistola a Lydia, se la tiro a Robert y le ordeno a la sanadora:

—No debes admitir que has matado a nadie. ¿Entendido? Sabes lo que pasará si lo haces.

Se queda pálida y asiente.

—¿Qué está pasando aquí? —Oigo la voz de Norman, con un deje de regocijo—. ¿Por qué hay un muerto en el almacén? ¿Sanadora Lydia? ¿Estás aquí?

—Estamos en la parte de atrás —grito, e instantes después veo entrar a Norman, junto con un grupo de funcionarios de la manada. Su expresión es de fastidio.

—¿Qué haces aquí? —exige saber.

—Pasábamos por aquí cuando vimos una actividad sospechosa y nos encontramos con que estaban atacando a la enfermera Lydia, así que la salvamos.

—¿La salvaste? —pregunta Norman burlonamente—. El hombre de la entrada tiene una bala en el cuerpo. No sabía que los lobos pudieran tirar balas.

—He traído una pistola. —Robert la agita en el aire.

—¿En serio? —Norman aprieta los dientes—. Porque he oído que la sanadora Lydia pidió prestada un arma a uno de los tuyos, Adam.

—Sí —dice Robert—, para mí. Últimamente me he topado con gente sospechosa, así que quería estar preparado. No puedo ir como un lobo si alguien me dispara en la calle, ¿verdad? Para eso estaban las balas de plata. Afortunadamente, he podido usarlas para salvar la vida de la sanadora Lydia.

—No te creo. —Norman parece enfadado y yo enarco una ceja. Empiezo a pensar que Norman está detrás de este ataque. Qué oportuno que haya aparecido por aquí con un grupo de funcionarios, que ahora también parecen recelosos.

—Creía que íbamos a visitar la enfermería, Sr. Moore. —Uno de los hombres frunce el ceño—. ¿Por qué nos ha traído aquí? ¿Y qué es todo esto?

—Bueno, la enfermería estaba cerrada. —Norman frunce el ceño—. Estaba buscando a alguien.

—Bueno, tal vez deberías irte para que pueda llegar la FI aquí —sugiero.

Su expresión se tensa.

—¿Para qué llamas a la Fuerza de Investigación?

—¿Estás ciego, Norman? Acaban de atacar a uno de los curanderos de la manada. Eso no es un asunto menor. Atacar a un curandero es traición, ¿o ni siquiera sabes eso?

Norman parece inquieto.

—Está bien, ¿para qué hacerles perder el tiempo? Además, aún no estoy seguro de que no disparara a uno de ellos. Ya sabes que los sanadores que matan a alguien tienen que ser expulsados de la manada.

—Y acabo de decírtelo, le disparé yo al hombre. —Robert frunce el ceño—. Tu hermano también debe estar sordo, Adam.

—¿Y quién demonios te crees que eres para hablarme así? —gruñe Norman, dando un paso adelante.

—Un Alfa. —Veo aparecer el lobo en los ojos de Robert ante el desafío—. Así que será mejor que te retires, pequeño.

Cuando una manada jura lealtad a un alfa, su animal se vuelve más fiero y poderoso. Así es

como funcionan las manadas. Norman no tiene ninguna posibilidad de salir ileso si cree que puede enfrentarse cara a cara con Robert. Incluso si Robert y yo peleamos, yo también estaría en desventaja. No tengo la fuerza ni la velocidad que son naturales en un alfa, algo que Robert ganó cuando se convirtió en uno.

Norman es tonto, pero supongo que le quedan suficientes neuronas para saber cuándo echarse atrás.

—Lydia, ¿tu teléfono? —Le tiendo la mano. Mientras ella me entrega su móvil, mis ojos se posan en la cara de Norman. La inquietud en su rostro me agrada. Debería estar preocupado. Si es él quien está detrás de esto, se va a llevar su merecido. Tocar a un sanador con malas intenciones es un sacrilegio.

—¿No estás exagerando? —Norman lo intenta de nuevo, pero ya estoy llamando a la Fuerza de Investigación de la manada. La FI de cada manada está compuesta por personal altamente capacitado que asiste a la academia de policía humana y trabaja varios años junto a los humanos en las fuerzas del orden antes de renunciar y unirse a la seguridad de la manada. Responden ante el alfa como todos los demás, pero nadie puede interferir en su investigación. Al menos, ningún alfa lo ha intentado.

Veo a Robert mancharse la mano sobre el arma para asegurarse de que las huellas de Lydia quedan completamente destruidas.

—Creo que deberías irte. —Miro a Norman—. ¿O quieres esperar para responder a algunas preguntas, quizá sobre por qué decidiste aparecer de la nada por aquí buscando a la sanadora Lydia?

Norman se estremece.

—¿De qué intentas acusarme? No tengo que quedarme aquí para esto.

Se marcha enfadado y el resto de los funcionarios parecen confusos.

Levanto la ceja.

—¿Queréis quedaros y responder preguntas?

Dan media vuelta y se apresuran tras Norman.

Al hacer la llamada, miro a Lydia, y digo con voz firme:

—No has hecho nada malo y no vas a admitir que disparaste a tu agresor. ¿Me entiendes? No estoy tan seguro de que mi padre no tuviera algo que ver en esto, así que será mejor que tengas cuidado.

—¿Qué piensas hacer? —Robert me mira.

—Esperar a que lleguen los miembros de la FI y prepararme para la reunión de mañana —digo —. A ver qué tiene que decir mi querido papá.

****

A la mañana siguiente instalo con éxito a la sanadora Lydia en uno de los complejos de apartamentos de mi propiedad. Mientras espero en mi despacho a que llegue mi padre, reflexiono sobre los acontecimientos de ayer. Independientemente de cómo se enfrentara Lydia a mi padre, fue duro verle ir tras ella. Pero los hombres que vinieron a por Lydia tenían cicatrices irreconocibles y sus huellas dactilares estaban quemadas. Los miembros de la FI que aparecieron pusieron mala cara al ver a los hombres, y eso me hace pensar que no es la primera vez que ocurre algo así. No parecían sorprendidos de ver las caras o las manos quemadas.

¿Mi padre tiene un escuadrón de asesinos privado? ¿O lo tiene Norman? Apostaría por la capacidad de mi padre para formar un grupo así. Pero no tengo pruebas. Lo que sí sé es que Norman está algo involucrado.

Me inclino hacia delante en la silla, con los codos apoyados en el escritorio y las manos cruzadas, mientras miro fijamente la pantalla del portátil, sin ver nada. Cynthia sabía que algo le pasaría a Lydia. ¿Cómo? ¿Por qué avisarla si es tan leal a mi padre?

Se me escapa algo.

De repente llaman a la puerta y entra Gerald.

—Alpha Moore y Cynthia Rose están aquí para verle.

—Déjalos entrar. —Asiento con la cabeza.

Mi padre entra como si fuera el dueño, y estoy seguro de que cree que algún día lo será. Lástima que no piense dejar que eso ocurra. Mis ojos se dirigen rápidamente hacia Cynthia, que está

pálida como un fantasma. Hoy lleva un abrigo largo y noto su angustia. Está mirando al suelo.

—¿Y bien? —Vuelvo mi atención a mi padre, que ahora está sentado frente a mí. Cynthia está de pie detrás de él como lo haría un sirviente, y mi mandíbula se endurece. Pero no soy tan tonto como para mostrarle a mi padre que podría poner su dedo en una debilidad mía. Así que no le pido que se siente.

—Estoy aquí como alfa, no como tu padre —dice de repente.

Levanto una ceja.

—¿Y qué quiere el alfa conmigo?

—He oído que buscas una nueva secretaria —dice mi padre, con una mirada de desprecio—. Contratarás a Cynthia para el puesto.

—¿Perdona? —Casi se me escapa una sonrisa—. ¿Tengo que hacer qué?

—Contratarás a Cynthia como tu secretaria.

—¿Y por qué haría eso? —pregunto.

La veo estremecerse y aprieto la mano en un puño. Es como si estuviera conteniendo las lágrimas, y quiero saber qué está pasando.

—Como alfa —empieza mi padre—, tengo derecho a proponer a miembros desempleados de la manada para puestos vacantes en empresas dentro de la manada.

—Tengo un ayudante.

—Me han llevado a pensar que ayer presentó su dimisión.

Mis ojos se endurecen.

—Parece que tienes mucha información sobre mis empleados.

—Sí. —Mi padre no se echa atrás—. Entonces, contratarás a Cynthia.

—Creía que trabajaba para ti. —La miro.

—Me despidieron hace dos días —habla por fin Cynthia, y su voz es estrangulada.

—Ya está —sonríe mi padre—, ¿lo ves? Ella necesita un trabajo y tú una secretaria.

Le miro fijamente. Siempre podría mentirle y decirle que tengo a otra persona preparada, pero esta también es una buena oportunidad para mantener a Cynthia cerca de mí y conseguir que se una a mi bando. Pero sé lo que pretende hacer y tendré que cortarlo de raíz.

—Bien —digo bruscamente—. Pero se le dará un teléfono de empresa que será escaneado en busca de malware y software espía. Su escritorio y su ordenador se revisarán a diario en busca de cualquier cosa que pueda filtrar información confidencial, y estará a mi disposición las veinticuatro horas del día. Si descubro que es una espía aquí, no sólo la despediré, sino que le demandaré ante un tribunal humano, padre.

Veo la ira brillar en los ojos de mi padre, pero se encoge de hombros.

–Haz lo que quieras con ella.

Se pone de pie y yo enarco una ceja.

—¿Eso es todo?

Se limita a sonreírme.

—Tengo otros asuntos que atender.

Le veo caminar hacia la puerta y de repente dice:

—Devuélveme mi abrigo.

Por un momento, frunzo el ceño, pensando que me está hablando a mí. Y entonces veo a Cynthia quitarse el abrigo largo, y mis ojos se estremecen al ver la ropa que lleva puesta. Parece algo que llevaría una prostituta en una esquina. Un diminuto top sin mangas y una falda tan pequeña que se le ve la mitad del culo. De repente, su incomodidad cobra sentido.

Vuelvo mi atención hacia mi padre, que se limita a sonreír.

Cabrón.

CAPÍTULO 8

Cynthia

Todo lo que Jonathon me ha hecho ha sido en la intimidad de su casa.

Para el mundo, me ha vestido como a una muñeca, y al menos he tenido mi amor propio frente a la manada. Pero hoy, me ha despojado de toda forma de respeto.

Podría vender tu cuerpo si me place. Sus palabras aún resuenan en mis oídos mientras me obliga a quitarme el abrigo y desnudar mi cuerpo ante su hijo mayor.

Siento frío por dentro.

Me ha reducido a una prostituta, tal como prometió. Y ahora, aquí estoy, vistiendo ropas destinadas a excitar a su hijo y competidor de negocios.

"Debería haber saltado del puente", pienso entumecida. "No quiero vivir esta vida. No quiero existir así".

Veo la maliciosa diversión en los ojos de Jonathon al verme entregarle el abrigo, y bajo la mirada. Poco a poco, me está aplastando, e incluso cuando intento defenderme, consigue apagar la llama que llevo dentro. Me despidió hace dos días, sentado en mi sofá mientras yo estaba frente a él, en mi casa.

Todo el duro trabajo que puse en su empresa fue acreditado a todos los demás menos a mí. Me dijo, en términos inequívocos, que iba a ser ayudante sólo de nombre de Adam, pero que mi verdadero trabajo consistía en seducirle y acostarme con él. Cuando los hombres de Jonathon saquearon mi apartamento, tiraron toda mi ropa y sustituyeron mis prendas sensatas por minifaldas y blusas ajustadas que lo dejaban todo a la vista del mundo. Tiraron mis zapatos a una bolsa de plástico y los sustituyeron por tacones de aguja. Me echaron un montón de maquillaje y uno de los empleados de la casa de Jonathon se pasó un día entero enseñándome qué tipo de maquillaje debía aplicarme. Incluso ahora, tengo la cara llena de maquillaje.

La puerta se cierra detrás de Jonathon y me quedo congelada en mi sitio.

Oigo moverse la silla de Adam y cierro los ojos, sintiéndome pequeña e inútil.

Me he presentado ante directores generales e importantes hombres de negocios, confiada y segura de mí misma. Hoy, estoy reducida a una puta.

Mi loba está callada. Mi cabeza está en silencio.

Todo está tranquilo.

Adam me coge de la mano y me guía hasta el sofá de su sala de estar.

"¿Se supone que ahora debo quitarme la ropa?", me pregunto.

De repente, siento que algo me envuelve. Se ha quitado la chaqueta y me la ha puesto alrededor. Me miro las manos, con los ojos ardiendo. La tranquilidad de mi cabeza se dispersa mientras una pesada desesperación se apodera de mí. Quiero huir. Quiero huir a algún lugar lejano donde no haya nadie. Quiero derrumbarme, gritar y llorar. Quiero romper esta deuda de sangre que se ha convertido en la pesadilla de mi existencia.

Adam levanta la mano y empieza a limpiarme la cara con una toallita húmeda, quitándome el espeso maquillaje. La pila de toallitas húmedas usadas crece sobre la mesita y él sigue limpiando hasta que lo quita todo. Su mirada es feroz y no tengo el valor de mirarle a los ojos. Aún no sé lo que está pensando y creo que no quiero saberlo.

—Toma —Se levanta y me trae una botella de agua—, bébete esto.

Miro fijamente la botella antes de agarrarla lentamente, pero no me la bebo.

Sale de la habitación, dejándome sola.

Su chaqueta, cubierta de su olor, me envuelve y hace gemir a mi loba. No de excitación, sino de miseria.

Miro fijamente al suelo.

A Jonathon le gusta recordarme a menudo que soy desechable. Hasta ahora, era consciente de lo útil que era para sus negocios y su empresa, así que pensé que sólo era una forma de insultarme. Pero ahora me doy cuenta de que tenía razón.

—No volverás a relacionarte con Norman. —Jonathon me había mirado fríamente—. Me informarás semanalmente de lo que pasa con Adam. Sólo estás para seducirlo. No me importa en qué proyectos esté trabajando. Quiero saber sus actividades cotidianas, con quién habla, con quién se relaciona. Te quiero en su cama y pronto. Si Norman se te acerca para ponerte al día, no le digas nada. Si te pega, llámame. Yo me encargaré. Pospondremos tus castigos por ahora. No podemos permitir que Adam vea las cicatrices en tu espalda. A los hombres no les gustan los cuerpos rotos.

—Cuerpos rotos, ¿eh? —Miro la botella de agua en mis manos, y una risa amarga escapa de mis labios.

Mis pensamientos son oscuros y pesados, y hay tantos de ellos arremolinándose en mi cabeza que ni siquiera puedo centrarme en un solo y seguir con él. Todo está envuelto en un manto de vergüenza y odio a mí misma, y lo envuelvo más fuerte a mi alrededor.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que vuelva Adam, pero la botella que tengo en la mano ya está caliente, la condensación se ha secado.

—Ve a cambiarte. —Su voz es firme, y cuando por fin consigo mirarle, veo que me tiende una bolsa de una marca de ropa que reconozco. Me encuentro buscando su mirada, y no hay piedad en ella, ni siquiera un atisbo de simpatía. Sólo parece enfadado.

¿Está enfadado conmigo?

Me encuentro cogiéndo la bolsa y me señala una puerta en la esquina.

—Puedes cambiarte ahí.

Me pongo de pie con la bolsa en la mano, sosteniendo la chaqueta como si mi vida dependiera de ello.

No estoy acostumbrada a caminar con tacones tan finos, y tropiezo un poco, sólo para que Adam me atrape. La furia de sus ojos me quema. Sin embargo, su tacto es suave.

—Siéntate —ordena, arrastrando la silla más cercana a nosotros.

Es como si mi cuerpo sólo funcionara si me dan órdenes en este momento. Me siento, y él se agacha ante mí, desatando las cintas de los tacones. Me los quita de los pies y los tira a un lado como si fueran algo vil.

—Continúa.

Me dirijo al baño y cierro la puerta tras de mí.

En la bolsa hay una blusa azul noche de manga larga y cuello sencillo con volantes. Debajo hay un jersey de cachemira, unos pantalones cómodos y unas botas de invierno acolchadas de color beige. Me quito con dificultad la incómoda ropa ajustada y, mientras cae al suelo del lujoso cuarto de baño, siento que puedo respirar. No espero que la ropa que Adam ha comprado me quede bien, pero me queda perfecta. Al mirarme en el espejo, completamente vestida, el alivio es una emoción abrumadora. Me lavo la cara, echándome agua fría una y otra vez hasta que recupero cierta apariencia de normalidad.

Mi larga melena plateada se ha rizado y peinado en un moño sexy con mechones cayendo sobre mi cara, y me dan ganas de arrancarme el pelo. Me arranco las horquillas y me hago una trenza con el pelo enmarañado. Ahora mismo, lo que menos quiero es parecer atractiva.

Me miro fijamente durante unos largos minutos.

Quiero untarme algo en la cara. Quiero ponerme lo más horrible posible para que nadie me mire dos veces.

Un golpe en la puerta me hace quedarme quieta.

—¿Estás bien, Cynthia?

Adam suena tranquilo y, por alguna razón, el sonido de su voz hace que esta bola tensa dentro de mí se despliegue. Suelto un suspiro tembloroso. Recojo la ropa desechada, la meto en la bolsa y la dejo en el baño. No quiero volver a mirarlas.

Adam está fuera cuando abro la puerta, y su primera pregunta es:

—¿Te sientes mejor?

Asiento con la cabeza.

—¿Lista para hablar?

—No.

Cogiéndome de la mano, tira de mí hacia el sofá.

—Vas a tener que contarme por qué te despidieron de una empresa en la que llevabas trabajando más de diez años y de repente te trajeron aquí.

No menciona la ropa, pero eso no significa que no esté pensando en ella.

—Había encontrado un sustituto para mí.

—Mentira —dice Adam, cogiendo mis manos en las suyas. Las frota como para calentarlas. Su tacto me centra y mi cabeza empieza a estar más despejada. Sus manos son ásperas y duras, y no quiero que me las quite. Pero lo hará si descubre que su padre me ha enviado aquí como espía. Adam es ambicioso. No ignoro todo el esfuerzo que ha puesto en esta empresa y en la labor social de la manada. Dice que soy su compañera predestinada, pero no sé cómo lo sabe. Aparte de esta intensa atracción entre nosotros, no sé cómo saber nada. Ojalá pudiera preguntarle a alguien o tener una plataforma donde buscarlo.

Sé que podría preguntarle a Maya, la nueva amiga que acababa de hacer, pero ni siquiera tengo su número de teléfono, y ahora que ya no trabajo en KDL Foods, no hay forma de que pueda quedar con ella. Preguntarle a Tony es una opción, pero él es muy leal a Jonathon. Él podría decírselo. Le habría preguntado a la sanadora Lydia si no me hubiera enterado del ataque que sufrió ayer. Había previsto que Jonathon haría algo para evitar que Lydia hiciera preguntas, pero no había pensado que se movería tan rápido. Tampoco me atrevo a acercarme a ella.

Eso me deja con Adam y sus palabras, y después de todo lo que este mundo me ha hecho pasar, la confianza es algo que no me resulta fácil. Mi correa está ahora mismo en manos de Jonathon, pero en el momento en que Adam o Norman se conviertan en el alfa, les será transferida. En una deuda de sangre, la persona entregada no es más que un mero esclavo. Esta práctica era usual en la antigüedad y ahora, aunque no está prohibida, está muy mal vista. A pesar de eso, en una manada progresista como ésta, me entregaron por una deuda de sangre. No soy más que una esclava, pasando de Alfa en Alfa hasta que uno de ellos me libere. Ahora mismo, el pequeño y débil hilo que Jonathon me ha ofrecido es un salvavidas al que me aferro. La idea de mi libertad. Norman nunca me concederá eso, así que estoy pisando aguas peligrosas ahora mismo ayudando a Jonathon o incluso considerándolo. Pero si mi correa fuera entregada a Adam, ¿me liberaría?

No puedo contarle directamente a Adam lo de la deuda de sangre, ya que forma parte de todo el trato. No puedo hablar de ello a nadie que no lo sepa. Pero tengo pruebas de su existencia, que

puedo mostrarle. Pero he aprendido que cuando alguien sabe que tiene a otro bajo su control, muestra sus verdaderas intenciones rápidamente. ¿Y si Adam decide que puede usarme como su padre me está usando ahora para entrar en las empresas de sus competidores usando cualquier método posible?

Es un pensamiento lejano, pero para mí, que ahora mismo vivo en este infierno, no es tan imposible de imaginar.

Lo estudio y me duele el pecho. ¿Tendré que ver algún día cómo esos ojos se vuelven fríos y codiciosos delante de mí? ¿Me mirarán como si no fuera más que una herramienta?

—¿Cynthia?

La voz de Adam es preocupada, y me sacude de mis oscuros pensamientos.

El hecho de que sea capaz de consolarme tan rápidamente me asusta. Que alguien tenga tal control emocional sobre mi alma es un pensamiento aterrador.

—No es nada —murmuro, intentando apartar las manos, pero Adam levanta las cejas.

—Mi padre quería que me sedujeras, ¿verdad?

Frunzo los labios.

—Nadie te llama estúpido.

Suelta una carcajada.

—No, no suele pasar. —Parece muy divertido por alguna razón mientras me estudia—. ¿No le mencionaste que ya te había llevado a mi cama?

La forma en que lo dice hace que mi cuerpo se contraiga con la misma sensación familiar que cuando me tocó aquella fatídica noche. Sus ojos se oscurecen, casi como si percibiera la reacción de mi cuerpo.

—Cynthia —murmura Adam, su voz pecaminosamente oscura—, no me lo estás poniendo fácil.

Le miro sin saber qué hacer. No es como si dentro de mí hubiera un interruptor de encendido/apagado que pudiera pulsar. La forma en que me mira tampoco ayuda. Sin embargo,

ya cedí la primera vez, y el resultado de mis actos impulsivos aún me persigue.

—Lo que no entiendo —dice de repente Adam, su mirada se vuelve repentinamente seria—, es por qué dejas que mi padre te haga pasar por todo esto. Si te está maltratando tanto, ¿por qué no te vas?

Le miro fijamente y no tengo más remedio que morderme la lengua. Él no lo sabe y yo no puedo decírselo.

Suspira.

—No me lo vas a decir.

—No puedo.

Adam vuelve a tomar mis frías manos entre las suyas, y esta vez su sonrisa tiene un toque malvado.

—Así que mi padre no sabe que ya eres mía. Qué interesante.

Le arrebato mi mano.

—¡No soy tuya!

La confianza en su voz me inquieta. Me coge la mano de nuevo.

—No estoy de acuerdo.

Sintiendo un enfado infantil, frunzo el ceño.

—Me pertenezco a mí, no a ti.

—Así es —asiente Adam antes de llevarse la mano a los labios, sus ojos grises claros clavándose en mí, con un hambre animal en ellos—, pero también eres mía, Cynthia. Llevas mis marcas por todo el cuerpo.

Me arde la cara ante sus palabras al recordar la forma en que me mordió casi cada centímetro de mi cuerpo.

—¡E-Eso no es algo que debas decir en voz alta!

—Entonces, ¿cómo debo decirlo? —Adam se burla de mí, sonriendo.

Está disfrutando de mi incomodidad y no sé qué hacer conmigo misma. Le dirijo una mirada tensa.

—Lo que sucedió esa noche no se repetirá.

Su sonrisa se ensancha.

—Bueno, al menos has reconocido que ocurrió.

Cierro los ojos brevemente en un intento de tener paciencia. Con este hombre no hay quien gane.

Cuando abro los ojos, ya no sonríe.

—No me importa lo que mi padre haya planeado, Cynthia. Pero te quiero aquí, a mi lado. Y mantenerte aquí es la mejor manera de demostrarte por qué debes elegir. Cualquiera que sea tu lealtad a mi padre, debe desvanecerse ante nuestro propio vínculo de pareja y lo que es mejor para la manada.

Lo miro, deseando no tener la lengua hecha un nudo. Finalmente, consigo decir:

—Ojalá fuera tan sencillo.

Guarda silencio un momento.

—Pero no me lo vas a decir.

Sé a qué se refiere, y siento que mi corazón se aprieta en mi pecho como si algo lo atenazara con una pinza dolorosa, y respiro:

—No.

Cuando se mueve, me estremezco y él levanta las cejas. Puedo ver la tensión en sus mandíbulas antes de que diga con cuidado:

—No soy mi padre ni Norman. Nunca te levantaré la voz, Cynthia, ni la mano. Puedes guardar tus secretos hasta que estés lista para compartirlos.

Se pone de pie y tiende la mano.

—Vamos.

—¿A dónde? —Lo miro, recelosa.

—Vamos de compras para conseguirte ropa adecuada —dice Adam pacientemente—. No voy a tener gente embobada con mi mujer.

Le cojo la mano sin pensarlo y murmuro:

—Acabo de decirte que no soy tuya.

—Claro que no. —Adam pone su mano en mi espalda baja, guiándome hacia la puerta.

No sé por qué dejo que me compre ropa. Tal vez sea porque ya no tengo nada que valga la pena ponerme. Los hombres de Jonathon me quitaron todo lo que tenía, y el único dinero que llevo encima es el que he escondido.

Veo unos cuantos ojos clavados en mí mientras salimos del edificio. La mayoría de las miradas son curiosas, y algunas no son tan amistosas. Veo que algunas mujeres me lanzan miradas hostiles, sus ojos se desvían hacia Adam y la forma casual en que su mano está en mi espalda. Ya tengo bastantes problemas en mi vida como para empezar a preguntarme cuál es su problema. Sin embargo, como ahora voy a trabajar aquí, no quiero crearme enemigos antes de empezar.

—¿Puedes quitarme la mano de la espalda? —Intento sin éxito alejarme de él.

—¿Te molesta? —Adam me lanza una mirada inocente.

—¡Sí!

Se encoge de hombros.

—Lástima.

Miro con desprecio a este hombre. ¡No le importa nada!

—La gente nos mira —siseo.

—¿Ah, sí? —Mira por encima del hombro antes de mirarme, con una sonrisa malvada en los labios—. ¿Quieres darles una verdadera razón para mirar?

Por un momento, no lo entiendo, y entonces veo cómo sus ojos se desvían hacia mis labios. Mis entrañas se tensan en una dolorosa necesidad y grito:

—¡No, gracias!

Adam no tiene un coche llamativo. Tiene un Bentley mientras que Norman posee una flota de llamativos coches de colores. Como es el hijo del Alfa, cree que siempre debe tener lo mejor de lo mejor.

—¿Es tu único coche? —pregunto.

Adam me mira sorprendido.

—Por supuesto. ¿Quieres tener uno para ti?

La forma tan despreocupada en que lo pregunta, como si fuera a conseguirme un coche si simplemente se lo pido, hace que se me claven las uñas en el brazo. Nadie me había ofrecido nunca nada en bandeja, y que lo haga así me pone ansiosa. Me hace desconfiar y dudar de sus intenciones.

—No preguntaba por mí. —Miro por la ventana, sintiéndome incómoda—. Sólo quería decir que Norman tiene muchos coches.

Adam hace un sonido de disgusto.

—Todos esos coches han salido del presupuesto de la manada.

Giro la cabeza para mirarle, sorprendida.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Me dedica una sonrisa sombría.

—A los alfas se les permite tener una cierta cantidad en sus bancos. Cualquier empresa de su propiedad, los beneficios de esas empresas se depositan en el presupuesto de la manada. Los alfas existen para la manada. Su casa pertenece a la manada, al igual que sus ganancias. Es para asegurar que quienquiera que ocupe la posición de alfa no se vuelva codicioso de poder. No me sorprende que mi padre se las arreglara para encontrar una laguna. Debe estar pagando a Norman un salario enorme.¿A todo esto, ¿cuánto te pagaban, sin embargo?

—Nada.

La confesión sale de mi boca antes de que pueda contenerme y Adam detiene el coche. Se vuelve hacia mí.

—¿Perdón?

Me mira fijamente y me siento tonta.

—Quiero decir... era una broma...

—No, no lo era —dice, con voz dura—. Deja de mentirme. En todos estos años que trabajaste para KDL Foods, ¿nunca viste un céntimo?

El margen de maniobra para salir de esta situación es cada vez más estrecho.

—Bueno, yo no necesitaba el dinero porque, ya sabes, Jonathon paga por todo, incluyendo mi apartamento y comida, y ¿qué iba a hacer con ...?

—Todo el mundo necesita dinero, Cynthia —dice Adam, su tono enfadado por alguna razón. ¿Por qué está enfadado? ¿Por qué le importa?

Me mira fijamente cuando no digo nada, y luego aparta la vista, mirando por la parte delantera del coche, como sumido en sus pensamientos. Tras unos minutos de tenso silencio, pregunta despacio:

—¿Tienes una cuenta bancaria?

—No.

—Entonces, ¿dónde voy a depositar tu salario?

—Jonathon hará una para...

—¡No voy a darle a mi padre el dinero que tanto te ha costado ganar! —gruñe, golpeando el volante con la mano, enfurecido.

Me quedo en silencio, inmóvil. ¿Se convertirá su ira en violencia? ¿Esa violencia se volverá contra mí?

—Puedes quedártelo —me apresuro a decir, queriendo acabar de una vez con esta conversación —. No me importa.

Mis palabras le hacen girar la cabeza hacia mí, con una expresión de emoción que no reconozco.

—¿Quedármelo? —pregunta en un suave susurro—. ¿Quieres trabajar para mí, y después de todo el tiempo, la sangre y el sudor que hayas puesto en mi empresa, debería quitarte ese dinero y quedármelo?

—Si quieres. —Intento encogerme de hombros, ocultando cómo me tiemblan las manos—. Hablaré con Jonathon y...

—No quiero eso —me suelta. Parece tan enfadado que empiezo a preguntarme si debería salir del coche—. No entiendo cómo estás de acuerdo con esto —dice de repente—. Has trabajado en KDL Foods durante mucho tiempo, cerca de una década, o incluso más. Ya lo sé. He mirado tu currículum en Internet. Pero en todo este tiempo no te han pagado nada, y no te molesta. ¿Cómo no te molesta? ¡Me cabrea!

Abro la boca para decir que sí me molesta, que no es justo y que quería mi dinero. Sin embargo, acabo apretando los labios.

Mi silencio parece molestarle aún más.

—Sabes, todo lo que he oído hablar de ti desde que te conozco ha sido digno de admiración. Se te ha descrito como una persona feroz en la sala de juntas, una de las negociadoras más preciadas de KDL Foods y rápida cada vez que la empresa se ha enfrentado a un problema. Entonces, ¿por qué no puedes defenderte? ¿Todas esas historias son inventadas? ¿Has sido una cobarde todo este tiempo, dejando que mi padre te explotara?

—No deberías hablar de cosas que no entiendes. —Ahora siento la ira despertarse dentro de mí —. Tú no sabes nada, así que tal vez no deberías meterte.

—Lo sabría si me lo dijeras —gruñe Adam.

Le miro fijamente, conteniendo las ganas de darle un puñetazo en la cara. Es tan insistente.

—¡No puedo decirte lo que no puedo decirte, Adam! —Mi propia voz se eleva, irritada—. A lo mejor puedas aprender a aceptar un no por respuesta.

Me mira molesto antes de volver a centrar su atención en la carretera.

—Retiro lo que dije. Puedes ser bastante frustrante.

Miro por la ventana.

Arranca el coche, y dice con voz dura:

—Aclaremos una cosa. Aquí cobrarás tu sueldo, aunque tenga que pagarte en efectivo.

Dudo que Jonathon me deje quedarme con ese dinero, pero Adam puede intentarlo.

Empieza a conducir y, a medida que se desvanece mi rabia, siento un calor en el pecho que no puedo explicar. No lo entiendo, pero parte de mi amargura se ha desvanecido y sonrío mientras miro mi regazo, con el corazón un poco más ligero.

Tal vez Jonathon no pensó bien las cosas cuando me envió aquí.

CAPÍTULO 9

Cynthia

Cuando Adam dijo que íbamos a comprar ropa, pensé que se refería a una o dos camisas y pantalones adecuados para la oficina.

A la mañana siguiente, contemplo consternada mi pequeño salón. Cómo voy a meter toda esa ropa en mi pequeño armario?

Me llevó de tienda en tienda para que me probara blusas y camisas. Me obligó a hacerle de modelo, y había algo en la forma en que me miraba que me hacía apretar más las piernas, con el cuerpo ardiendo. Estaba tan ocupada intentando controlar a mi loba y mi propio cuerpo ardiente que no me di cuenta de que había comprado tanta ropa. Sólo cuando llegamos a los vestidos de noche y la lencería tuve que ponerme firme.

—¡No voy a desfilar un baby doll frente a ti —le espeté mientras me tendía el vestido negro, para diversión del dependiente.

—¿Por qué no? —La sonrisa de Adam hacía que el corazón me latiera aún más rápido—. Quiero verte en uno.

—Te daré un puñetazo en las pelotas Adam —le había gruñido, perdiendo por fin la calma, y él se rió, encantado con mi amenaza por alguna razón. Afortunadamente, no insistió y me di cuenta de que sólo quería ponerme nerviosa.

—Al menos sé cuál es tu color favorito —musito para mis adentros, sintiendo que sonrío. Terminé con al menos siete blusas de seda rojo intenso. Todas tienen diseños diferentes y, lo que es más importante, todo lo que eligió me cubría desde el cuello hasta la muñeca. Era casi como si percibiera que no quería estar expuesta.

Después de lo que Jonathon me hizo, quiero estar cubierta. Tengo unas ganas irrefrenables de esconderme, la vergüenza de lo que me hizo hacer, de cómo me hizo presentarme ante Adam como una mujer en venta, como alguien que sólo existía para ser utilizada, todavía me corroe. No hay ni una sola falda de tubo en estas bolsas. Blusas que me cubren completamente,

pantalones formales y dos trajes de vestir.

Saco una de las blusas y corto la etiqueta antes de meter los dedos en el suave tejido, con los pensamientos vagando. No confío en él porque es un Moore. No confío en él porque nadie en mi vida ha sido digno de confianza. No confío en él porque estoy rota por dentro. Pero él me trata tan gentilmente, como si mis sentimientos importaran, como si yo importara. Se enfada por mí y me hace sentir cálida y segura.

Una lágrima se derrama por mi mejilla mientras miro a ciegas la ropa que tengo en la mano.

—¿Puedo confiar en ti? —musito cansada, con el corazón dolorido—. ¿Me harás daño si me pongo de tu lado? ¿Me harás daño una vez que me hayas utilizado para deshacerte de Norman?

No sé la respuesta a ninguna de las preguntas que me asaltan. Es como una guerra interna.

Mi teléfono empieza a sonar y echo un vistazo rápido al reloj de pared.

Debe de haber venido Tony a recogerme. Cojo un par de pantalones de las bolsas y corro al baño para ducharme y cambiarme rápidamente. Tengo el pelo mojado cuando salgo corriendo por la puerta quince minutos después. Tony me espera en el coche y, en cuanto abro la puerta, siento un olor muy familiar.

—¿Con quién estabas? —Le miro fijamente, aún sin haber entrado en el coche.

—Nadie —miente entre dientes.

—Estabas con Maya —digo lentamente.

Eso le hace parpadear y me lanza una mirada de sorpresa.

—¿Conoces a Maya?

—Nosotras... —dudo—. Somos amigas.

—Oh, —Tony parece sorprendido—, no lo sabía. Llevamos saliendo dos meses.

Tony suele ser un hombre de pocas palabras, por lo que incluso esta cantidad de información sobre él es mucho.

A juzgar por su olor, probablemente estaba con ella. Me subo al coche y mientras empieza a

conducir, pregunto de repente:

—Oye, ¿Tony?

Se encuentra con mi mirada en el espejo retrovisor.

—¿Qué pasa?

La última vez que me arriesgué no acabó bien para mí, pero Maya es mi primera amiga. Tengo que intentarlo.

—¿Crees que Maya y yo podríamos vernos? —Está a punto de decir algo cuando añado—: ¿Sin que Jonathon se entere?

Tony hace una pausa y yo espero con la respiración contenida hasta que me dedica una pequeña sonrisa.

—La traeré el viernes por la noche con algo de comida. No tiene muchos amigos.

Complacida, me reclino en mi asiento. Está claro que le gusta Maya si está dispuesto a saltarse las normas de Jonathon para que nadie se me acerque.

—La pastilla está en la caja con un poco de agua —añade, y yo cojo la caja, abriéndola para ver la pastilla roja y azul. Dudo y pregunto:

—¿Es un bloqueador de feromonas?

Levanta una ceja.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Sólo pregunto por curiosidad.

—Tómatelo —dice seriamente—. Hago esto por tu propia seguridad, Cynthia. Jonathon nunca debe enterarse de esto.

No me lo pienso dos veces y me trago la pastilla. Adam ya me había confirmado que creía que tomaba bloqueadores de feromonas, y temo a Jonathon más que a nadie.

Mientras conducimos, Tony me mira por el retrovisor, con una mirada extraña en los ojos.

Cuando paramos en el semáforo, pregunta:

—¿Quién te ha dicho que esto que te estoy dando es un bloqueador de feromonas?

—Ad-Sólo un amigo.

—Ya veo. —Su mandíbula se tensa—. ¿Y tu amigo lo llamó específicamente bloqueador?

—Sí —digo vacilante—. ¿Por qué?

Veo que su mano se tensa alrededor del volante y su voz es dura.

—¿Y este amigo es un hombre?

Le miro fijamente a la nuca, sintiéndome cautelosa.

—Me estás dando bloqueadores de feromonas porque crees que he encontrado a mi pareja predestinada, ¿verdad?

Hace un siseo.

—¿Debo entender que obtuviste toda esta información de esa persona entonces?

—¿Y si fuera el caso?

Tony no parece contento en absoluto.

—¿Sabe él de tu situación?

Tony estaba con Jonathon cuando me llevaron a la casa de la familia Moore. Vio cómo mi padre y Jonathon me ataban al alfa con el lazo de la deuda de sangre.

—No —digo con voz débil—. No puedo decírselo aunque quiera.

—Bien —responde Tony—. No confíes en nadie, Cynthia.

Ya estoy dándole vueltas a este consejo cuando se detiene frente al edificio.

Estoy a punto de salir cuando Tony me detiene.

—No te preocupes porque Jonathon se entere de lo de tu ropa. No se lo diré.

¡Mi ropa!

Me pongo pálida, pero él se limita a dedicarme una pequeña sonrisa tranquilizadora.

Mientras se marcha, le sigo con la mirada, un poco agitada y confusa. ¿Había estado equivocada sobre Tony todo este tiempo? Hay algo que también me preocupa. ¿Por qué se enfadó tanto porque mi pareja predestinada me habló de los bloqueadores de feromonas?

Me dirijo a mi despacho, que está en la última planta, pero cuando pulso el botón del ascensor, un montón de mujeres entran a toda prisa, empujándome. Todavía hay sitio para mí, y estoy a punto de entrar cuando alguien me empuja hacia atrás.

—Lo siento —me dice con maldad la mujer que me empuja—, no hay más sitio para ti. Vas a tener que caminar.

En el ascensor cabrían fácilmente cinco personas más, pero no discuto. No tiene sentido. Prefiero no estar metida en una caja pequeña con mujeres que me miran como si quisieran mi cabeza en una pica.

Tampoco es que me gusten los ascensores.

Subir las escaleras no me supone ninguna molestia. Estoy acostumbrada a correr desde que trabajaba para KDL Foods, así que apenas he sudado cuando llego a la séptima planta. Entro en la habitación que se supone que es mi despacho y me recibe un hombre larguirucho y pálido.

—¡Cynthia! —El hombre que nos hizo entrar ayer a Jonathon y a mí parece más que emocionado. Me coge la mano y me la estrecha con entusiasmo.

—Soy Gerald, el ayudante del Sr. Moore. Hoy sólo voy a estar aquí para enseñarte el edificio y explicarte cosas. Me alegro mucho de que el Sr. Moore te haya encontrado. No sé si te acuerdas, pero nos conocimos en una conferencia hace unos años.

Parpadeo.

—Lo siento. He estado en varias conferencias, pero seguro que sí. Suelo estar muy cansada en esas cosas.

No parece ofendido en lo más mínimo.

—No te preocupes. Vas a estar agotada aquí. El Sr. Moore es un supervisor duro. Le gusta la perfección.

—Ya veo. — Miro a mi alrededor—. ¿Y adónde irás?

—Me cambio al departamento financiero —señala Gerald—. Este es tu puesto. Te mostraré nuestros proyectos actuales y luego te enseñaré el edificio, porque tendrás que coordinarte con todos los departamentos. Asegúrate de caerles bien. Hasta ahora, todos me tenían lástima, así que nunca tuve problemas, pero contigo va a ser otra historia.

—¿Qué quieres decir? —Le lanzo una mirada alarmada.

Sonríe, sin una pizca de preocupación por mí en su voz.

—Eres joven, guapa y la asistente personal del Sr. Moore. El mismo Sr. Moore que está considerado como uno de los solteros más codiciados dentro y fuera de la manada. Muchas hembras no estarán contentas con este acontecimiento.

Le miro, recordando el incidente de esta mañana delante del ascensor.

—Bueno, eso no es bueno.

Gerald se ríe.

—No, no lo es.

Sin embargo, mi loba se siente molesta por alguna razón. ¿Es porque se supone que somos compañeros predestinados? La idea de que otras mujeres miren a Adam me hace rechinar los dientes.

Sin embargo, Gerald sigue riéndose y no me da ningún consejo para solucionar mi situación actual. Tampoco tenemos mucho tiempo, así que me hace un resumen de su sistema de archivos, la lista actual de clientes y los proyectos en los que está trabajando. Me pregunto si está bien que yo vea todo esto. ¿No le preocupa a Adam que le dé toda esta información importante a Jonathon?

No lo haré porque no haré nada que lastime a Adam. Es una comprensión chocante, y me golpea como una tonelada de ladrillos. No quiero hacer nada que pueda causar daño a Adam o decepcionarlo. Así que aunque Jonathon me pidiera su lista de clientes y todos esos números, no

se los entregaría. Y si lo hiciera, lo falsearía todo para que no recibiera casi nada.

Después de que Gerald me enseñe el edificio, no tardo en darme cuenta de que tiene razón. Las miradas hostiles que me dirigen van a ser un problema. Pero mientras agache la cabeza y me ocupe de mis asuntos, no debería ser un gran problema. Sin embargo, dos días después me doy cuenta de que estaba equivocada.

Trabajar con Adam significa que tengo que estar siempre alerta. Aunque eso en sí no es gran cosa, Adam siempre está trabajando.

—Lleva esto a Sharon de marketing. —Me lanza un archivo y lo cojo en el aire. Parece estresado, y debe estarlo porque el marketing de uno de sus productos va muy retrasado y el lanzamiento es la semana que viene—. Dile que prepare un plan de lanzamiento y me lo enseñe al final del día. —Se ha quitado la chaqueta y la corbata, y el pelo oscuro se le eriza de tanto pasarlo por los dedos—. También necesito el informe financiero sobre el proyecto de la empresa Mercury y los resultados de la encuesta. —Levanta la vista cuando no contesto—. Tendrás que ir al departamento de finanzas, en la segunda planta, y al de análisis de datos, en la cuarta.

—Entendido. —Me apresuro hacia el departamento de marketing. Cada departamento tiene una planta y, en cuanto entro, veo a varias mujeres que me miran. Las ignoro. Me dirijo a la jefa del departamento de marketing, Sharon Wheeler, y llamo a su puerta.

—Entra —grita.

Entro y veo a una guapa morena hablando con alguien.

Me estudia y me presento.

—Directora Wheeler, soy Cynthia Rose, la asistente del Sr. Moore. Quiere que elabore un plan de lanzamiento para este producto antes de que acabe el día.

Le entrego el expediente y, cuando se me queda mirando, empiezo a sentirme incómoda. Lo coloco en su mesa y me dice secamente:

—¿Te he dicho yo que lo pongas ahí?

—No, pero yo...

Recoge la carpeta y me la arroja a los pies.

—Tengo mucho trabajo que hacer. La reunión para este lanzamiento es dentro de dos días. No intentes ser proactiva. No te hará ganar puntos.

Es difícil controlar mi temperamento cuando me habla así. Sin embargo, me fuerzo a mantener un tono educado.

—Lo entiendo, pero el Sr. Moore...

—La próxima vez que quieras verme, coge cita. No tengo tiempo para cualquier Tom, Dick y Harry. Rachel, muéstrale la salida.

No tengo más remedio que recoger el expediente del suelo mientras me empujan fuera del despacho.

Oigo unas cuantas carcajadas y se me sonroja la cara al recoger los dos papeles que se han caído del archivador y han salido volando por la puerta. Me doy la vuelta, pero la puerta me da en las narices.

Cierro los ojos y respiro hasta diez para calmarme.

Por ahora no voy a pasar de esa puerta, así que mejor me ocupo de las demás tareas y luego vuelvo. Me dirijo a los demás departamentos, pero me veo obligada a esperar una hora al Director de Análisis y, cuando aparece, me dice que su ayudante me enviará los datos. Su ayudante, sin embargo, me mira mal y me dice que ya se encargará de ello cuando lo haga, y que si tengo tanta prisa, debería buscar la manera de realizar el análisis yo misma. La jefa del departamento financiero es una mujer y se niega a siquiera darme la hora, igual que Sharon. Vuelvo al departamento de marketing, pero acabo teniendo que esperar cuarenta y cinco minutos antes de que me informen de que la directora Wheeler está demasiado ocupada en ese momento.

Vuelvo a mi mesa, desanimada y enfadada. Echo un vistazo a Adam, que se pasea por su despacho hablando con alguien por teléfono. Le preparo rápidamente una taza de manzanilla y se la dejo en la mesa. Toma demasiado café al día. Un poco de té le sentará bien. Mi loba está satisfecha por haberme ocupado de él y me dirijo a mi escritorio para ocuparme de este lío.

Está claro que nadie trabajará conmigo. Mis ojos se endurecen.

Si quieren hacérmelo pasar mal, también sé jugar duro.

Envío un correo electrónico a los directores y hago capturas de pantalla de los correos. Tengo la

sensación de que estas capturas de pantalla serán útiles. Esto es un lugar de negocios, no un parque infantil. Me arremango, me preparo también una taza de té y me pongo a trabajar. He trabajado con distintos departamentos y sé cómo se hace el trabajo. Descargo el software en mi portátil y envío un correo electrónico a Gerald, preguntándole cómo acceder a los datos brutos de las encuestas y los informes financieros anteriores, y a los datos del proyecto actual. Me responde rápidamente con una leve disculpa. Así que ya sabe lo que acaba de pasar.

Me pongo a trabajar.

Primero me ocupo del análisis. Introduzco los números y dejo que el sistema haga su trabajo mientras yo me dedico a elaborar el informe financiero. Repaso los anteriores y extraigo lo que necesito. Cuando llega la hora de comer, Adam sale de su despacho.

—¿Comemos?

No me molesto en levantar la cabeza de mi trabajo.

—Ahora no.

—¿En qué estás trabajando?" —Se acerca a mi mesa. No le impido que mire y frunce el ceño—. ¿Por qué estás trabajando en esto? Te dije que...

—No quieren hacerlo. Me han echado de sus oficinas —digo con calma.

—Cynthia… —empieza Adam, y esta vez le miro, con expresión firme.

—Me están subestimando. Que lo hagan. Todo esto no es nuevo para mí. He trabajado en todos estos departamentos antes. Sé cómo se hacen las cosas. —Cuando abre la boca, frunzo el ceño—. Deja que me encargue yo, por favor. Es mi especialidad.

Adam no parece contento, pero asiente.

—De acuerdo. Confío en ti. —Sus palabras me dan en el corazón y, mientras le miro fijamente, sonríe—. ¿Qué? ¿Nadie te dijo nunca que confiaba en ti?

—No —respondo simplemente—. Es agradable oírlo.

Se inclina y me besa la cabeza. Mi loba se revuelca, feliz.

—Pediré algo de comer y trabajaremos juntos.

Nos compra comida china y trae su trabajo a mi despacho, donde se tumba en el sofá a trabajar con su portátil mientras comemos. El día llega a su fin cuando termino.

—Te envío los informes por correo electrónico —le digo—. Y el plan de lanzamiento de marketing. He ideado tres planes, y a todos ellos se adjuntan los detalles. Están afinados, no son borradores. Puedes echarles un vistazo. Imprimiré...

—Ya basta. —Adam me coge por los brazos—. Te he estado viendo trabajar como una loca. Estoy seguro de que todo irá bien. Te llevaré a casa.

—Tony me dejará ahí. Está fuera —le digo—. Todavía tienes trabajo que hacer, y tienes una reunión.

Recojo mis cosas y estoy a punto de coger el portátil cuando vacilo. Miro a Adam, que me observa, y le sonrío.

—Voy a dejar esto aquí.

No me dice que lo coja, y siento un pequeño escozor en el corazón, pero sé que tiene que proteger a su empresa y mi lealtad sigue siendo hacia Jonathon.

Mientras bajo las escaleras, siento que el corazón me pesa un poco.

Dice que confía en mí, pero sé que no es verdad. Sus razones son justas, pero al mismo tiempo, no duelen menos.

CAPÍTULO 10

Cynthia

A la mañana siguiente, llego temprano.

Mientras me preparo, oigo a alguien entrar en el despacho. Me doy la vuelta y miro, sorprendida de ver a Sharon allí de pie, con cara de furia.

Revuelvo la cuchara en mi taza de café.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarla, directora?

Me lanza una archivador a la cara y lo esquivo justo a tiempo. Me golpea en el pecho y cae al suelo.

—¿Qué demonios es esto?

—No lo sabré hasta que me lo enseñe —digo con frialdad, sabiendo exactamente de qué está hablando. Adam me copió en el hilo de correo electrónico ayer por la noche. Aprobó dos de mis planes de lanzamiento.

—¡Pues coge el archivo y échale un maldito vistazo por ti misma! —me gruñe Sharon.

Paso por encima del expediente y me siento en mi escritorio, dando un sorbo a mi café.

—No habrá rabietas en mi despacho, Directora. ¿Quiere tirar cosas? Pues recójalas usted también.

—Pequeña zorra.

—Cuide su lenguaje. —Mi tono es severo—. Soy una empleada aquí igual que usted, y no me da miedo involucrar a RRHH en este asunto.

Me mira con desprecio:

—¿Crees que RH se va a poner de tu parte? Todos sabemos por qué el alfa te envió aquí. Para abrirte de piernas para su hijo. ¡No eres más que una puta glorificada!

Sus palabras son una bofetada en mi cara, pero he oído insultos peores y he sobrevivido.

—Le diré una cosa. —Tomo un sorbo de mi café—. ¿Por qué no le repite sus palabras al señor Moore y luego le dice que me despida?

—No tienes vergüenza —gruñe—. ¿De dónde has robado estos planos?

—Se me ocurrieron. —Ahora me pongo de pie—. A diferencia de usted, yo no tengo un título de lujo, Directora Wheeler. Lo que sí tengo es mucha experiencia. Dirigía el departamento de marketing de KDL Foods cuando despegó. He llevado a cabo campañas y lanzamientos de productos durante años. Todos estabais tan empeñados en echarme y humillarme que no os disteis cuenta de que podía ser una ventaja para vosotros.

Palidece ante mis palabras y, tras un momento, sisea:

—¿Un activo? ¿Una putita como tú? He oído cosas sobre ti, Cynthia. Has estado calentando la cama de Norman Moore desde que tenías dieciséis años. También te ha pasado por su círculo social—se burla Sharon—. Pensar que Alpha Moore le daría a su hijo mayor tales bienes usados…

—Creo que es suficiente —digo, intentando controlar el temblor de mis manos—. Si tiene un problema conmigo, hable con Adam Moore. No tengo que escuchar sus acusaciones de porquería.

—Lástima —se burla Sharon—. ¿Por qué iba a despedirte? Todo lo que tienes que hacer es abrirte de piernas para él y él...

—Si le crees tan débil de mente —le digo—, ¿por qué trabajas para él?

Se calla, su expresión se tuerce.

—No le he llamado ingenuo.

—Eso es lo que has insinuado —replico—. Crees que prostituirme ante tu director general le convencerá para que me siga contratando aunque mi carácter esté manchado, ¿verdad?

—¿Disculpa? —Viene una voz fría desde la puerta.

Miro y veo a Adam de pie, con cara de cabreo.

—¡Sr. Moore! —Toda la sangre se drena de la cara de Sharon cuando lo ve. —Estábamos hablando...

—Usted estaba llamando puta a mi asistente personal, Directora Wheeler —dice Adam—. ¿Le importaría explicarse?

—Era... —Sharon parece que se va a desmayar—. Era sólo una broma. ¿Verdad, Srta. Rose?

—No me estaba riendo —respondo.

Adam parece listo para arrancarle la garganta a Sharon.

—Te la envié ayer para este trabajo. La insultaste y la echaste de tu oficina.

—¡Eso no es verdad! —grita Sharon—. Te está mintiendo.

—Te envié un correo electrónico de seguimiento —interrumpo. Es entonces cuando veo el brillo malicioso en sus ojos.

—¿Qué correo electrónico? Nunca recibí un correo electrónico. Puedes comprobarlo...

—Tengo una captura de pantalla —respondo simplemente—. ¿Quiere verla, Sr. Moore?

—Te creo —dice Adam—. Y tengo testigos oculares que me dijeron exactamente lo que pasó ayer en cada departamento.

Sharon se pone rígida.

—Fue grosera conmigo y odiosa...

—No me importa si te abofeteó —gruñe Adam—. Un insulto a mi asistente personal es un insulto para mí. Has terminado aquí, Sharon. Sal de este edificio. Recibirás tu carta de despido en una hora.

—¿Qué? —Sharon suelta un grito ahogado, palideciendo—. No. ¡No, no puedes hacer eso! Llevo cinco años trabajando aquí. Me acaban de nombrar directora hace dos meses.

—Entonces deberías haber recordado la política de la empresa sobre abusos e intimidación —ruge Adam.

Estoy sorprendida por esto. Nunca esperé que la despidiera. Tal vez un tirón de orejas.

—Adam —digo con cautela, la voz baja.

Levanta una mano, deteniéndome.

—Vete, Sharon. Si hubieras recordado lo duro que has trabajado para llegar hasta aquí, deberías haber tenido más cuidado a la hora de acosar e insultar a una nueva empleada. No os pago a ninguno de vosotros para crear el caos en el lugar de trabajo. Os pago para que hagáis vuestro trabajo. Necesitaba el plan de lanzamiento ayer. ¿Pensaste que estabas por encima de las órdenes porque no te gustaba el mensajero? Bueno, te he puesto las cosas fáciles. Puedes encontrar un nuevo lugar de trabajo.

Sharon está llorando y, a pesar de sus crueles burlas, siento un poco de lástima. Miro a Adam, suplicante, pero me ignora.

—¿Te vas o llamo a seguridad? —exige.

Sale arrastrando los pies, sollozando, y yo cierro los ojos, sintiendo náuseas.

—No tenías que hacer eso.

Sus manos están sobre mis hombros cuando abro los ojos, y parece muy enfadado.

—¿Por qué no le has arrancado los ojos cuando ha empezado a insultarte? —Adam me gruñe.

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—Te has quedado ahí sentada, escuchando.

—Le he contestado.

—¡No tanto como podrías haberlo hecho!

—¡No tenías que echarla de su trabajo! —insisto—. Mira, estaba cabreada. La entiendo. Pero...

—Si no la hubiera despedido, habría seguido con este comportamiento. —Adam se aleja de mí y

recoge el archivador del suelo—. Y también cometió un error. Necesitaba la idea del lanzamiento ayer. Podría haberme costado millones si no hubieras intervenido.

Entra en su despacho y cierra la puerta tras de sí.

Mi loba está sentada y mueve la cola de felicidad.

Me ha defendido y me ha protegido. Algo nuevo para mí, pero me gusta la sensación. Puedo sentir lo cerca que está el lobo de Adam de la superficie. No sé cómo puedo saberlo, pero simplemente lo sé. Miro hacia la puerta, pero algo me dice que no debería pinchar al proverbial oso mientras siga enfadado. Suspiro y me siento en el escritorio.

Al menos ahora nadie se esforzará por meterse conmigo.

O eso creía.

A la mañana siguiente ya se había corrido la voz por todo el edificio. Pensaba que el despido haría que los demás empleados mantuvieran quizá una distancia conmigo. Me siento agradecida cuando me hacen un hueco en el ascensor la mañana siguiente al incidente. Todos permanecen en silencio, pero una sensación de inquietud empieza a crecer en mi interior. Oigo murmullos al llegar a la segunda planta. No oigo lo que dicen, pero oigo mi nombre una o dos veces.

Antes de que pueda hacer nada, la mayoría de la gente se baja de repente en la cuarta planta y, al hacerlo, me tiran a la cara café caliente y hirviendo. Grito y retrocedo a trompicones, sólo para que me empujen hacia delante, uno de los que están detrás de mí, siseando:

—¡Cuidado!

Me arden los ojos y la cara, y me bajo en la siguiente planta, corriendo al baño. Por suerte, sólo hay dos mujeres en el baño, que se ríen al verme. Me lavo las manchas de café y me miro la cara enrojecida. Por suerte, las quemaduras desaparecerán en un par de horas. Mi camisa azul está muy manchada e intento limpiarla, pero la mancha no sale y sólo empeora. Podría ir a casa a cambiarme, pero tardaría una hora, y Adam tiene una reunión dentro de media hora.

—Perdone —Miro a una de las mujeres—, ¿tiene una camisa de repuesto que me pueda prestar?

La mujer pone los ojos en blanco.

—No guardamos camisas de más en la oficina. No las necesitamos ya que no pasamos las horas

de trabajo tumbadas boca arriba como tú.

Al decir esto, las dos mujeres se marchan. Me quedo mirándolas, con la cara sonrojada por la humillación.

No he olvidado lo que dijo Sharon de que yo era el juguete de Norman. No sabía que existiera ese rumor, pero si la gente de esta oficina lo cree, no puedo hacer nada para que cambien de opinión sobre mí. Me miro las manos, agotada. Me duele la cara, el cuello y el pecho, donde me ha salpicado el café caliente.

Bajo la desesperanza se esconde la ira.

Estoy harta de que me traten así.

Si no son Jonathon y Norman, es otra persona. Todo el mundo parece pensar que pueden tratarme como basura y yo lo acepto. Pero estoy cerca de llegar a mi límite ahora. Si me van a tratar así, entonces voy a empezar a devolver el favor. Si quieren ser idiotas conmigo, ¡yo puedo serlo también!

Subo furiosa a mi despacho y Adam entra justo cuando estoy rebuscando en su armario. Me mira fijamente.

—¿Qué haces?

—Necesito una camisa —digo bruscamente—. ¿Tienes algún problema con eso?

Levanta una ceja.

—No.

Adam se acerca a mí y veo cómo aprieta los labios.

—¿Quieres contarme qué te ha pasado en la cara?

—Tus empleados me han tirado café encima. —Saco una camisa suya y la huelo—. No uno, sino todos. Pedí una camisa en el baño, pero me informaron que las zorras como yo merecen este trato.

Adam me agarra por el hombro y me hace girar. La ira de sus ojos se desvanece al ver el brillo

de mis lágrimas.

—Cynthia...

—¡No estoy llorando! —Aparto sus manos, con la sangre hirviendo—. Estoy cabreada. Si todo el mundo está tan jodidamente decidido a ponerme la etiqueta de puta, bien podría convertirme en una, ¿no?

—¿Qu...?

Lo agarro por delante de la camisa y tiro de él hacia mí, pegando mi boca a la suya. No sé lo que estoy haciendo, pero en el momento en que su boca presiona la mía, un calor vicioso florece en mi interior. Adam no me aparta, me rodea la cintura con las manos y me aprieta lo suficiente como para dejar marcas bajo la camisa. Su beso es igual de áspero mientras me exige más y más. Donde yo había iniciado el beso, él me arrebata el control, llevándome de nuevo contra la pared. Su boca se mueve contra la mía con una dura dominación, y sus manos se deslizan por mis costados, rozándome el pecho hasta que me levanta las manos de golpe, inmovilizándomelas por las muñecas por encima de la cabeza. Su otra mano se desliza hacia abajo y roza la costura inferior de mis pantalones, justo donde está mi zona más sensible. Mi cuerpo se arquea al recordar las sensaciones de nuestra noche juntos, y cuando mueve la mano con brusquedad, sus dedos presionando la delicada piel a través del áspero material, suelto un sollozo ahogado.

No se detiene, y tiemblo, con las piernas débiles, mientras el movimiento de sus dedos me empuja a un deseo interminable. Y cuando caigo, es en sus brazos, con sus labios recorriéndome el cuello y la mandíbula, y su mano soltándome las muñecas.

Estoy temblando y él me abraza.

—¿Te sientes mejor?

—No.

Suelta una carcajada.

—Bueno, no iba a quitarte la ropa en mi despacho.

Me siento avergonzada.

—No pensaba hacerlo, sólo estaba enfadada. Deberías haberme empujado.

—¿Mi compañera predestinada quiere besarme y yo debo apartarla? —Adam me lanza una mirada incrédula—. Debes tomarme por tonto.

—Pero sólo demuestra lo que...

—No —dice Adam, con voz dura—. Tú y yo estamos predestinados el uno para el otro. Eres mía, Cynthia. Siempre serás mía, igual que yo soy tuyo. Tienes tanto derecho a mi cuerpo como yo al tuyo. —Sus labios rozan mi frente en un dulce beso—. Sé que estás enfadada, y me alegro mucho de que te hayas desquitado conmigo. De hecho, siéntete libre de desquitarte conmigo en cualquier momento del día. Y, si estás en casa, te sientes mal y me necesitas, llámame. Te garantizo que nos divertiremos más...

Le tapo la boca, con la cara ardiendo.

—Vale, ya has dicho bastante.

Sonríe.

—Siempre podría decir más.

Le empujo.

—No estás ayudando.

Adam me agarra la mano y me la pone sobre el corazón, obligándome a mirarle.

—Mi padre te utilizará para hacerme daño, Cynthia. Ya lo sabes. En cuanto descubra que eres mi compañera predestinada, no se detendrá ante nada para incapacitarme, aunque eso signifique tu muerte. —Me pongo blanca como una sábana—. ¿Crees que quiero ocultar nuestro vínculo? —pregunta—. Ningún lobo macho en su sano juicio trataría de ocultar un vínculo destinado. Pero por tu seguridad, no tengo elección. Pero eso no significa que no pueda protegerte. —Sus dedos recorren mi mejilla—. Cada persona que te llamó con ese vil nombre y que te ha hecho daño hoy va a pagar ese precio. Ya lo ves.

Le miro fijamente, con el corazón latiéndome desbocado.

—No me crees, ¿verdad? —pregunta Adam después de un momento.

Podría decir que no, pero eso heriría sus sentimientos. Empiezo a darme cuenta de que no me

gusta herir los sentimientos de Adam. Me molesta.

—Sí, te creo.

Sus labios se crispan.

—Intenta decirlo con un poco más de entusiasmo.

—Sí, te creo. —Le empujo de nuevo—. Tengo que cambiarme de camisa, y tú tienes tus reuniones, así que deja de jugar.

Me suelta, pero me sigue.

—¿Cómo puedes decir que estaba jugando? Era una conversación importante. —Saco una de sus camisas y me dirijo al baño—. ¿Necesitas ayuda? —Sonríe.

—Te gustaría, ¿verdad? —Entrecierro los ojos.

—Muchísimo.

Le cierro la puerta en las narices y le oigo suspirar.

La camisa de Adam me queda mucho más grande, pero con las mangas remangadas y las esquinas metidas, es pasable. Su olor es tenue, pero se aferra a mí y me reconforta.

Paso el resto del día asegurándome de que Adam llega puntual a todas las reuniones, atendiendo llamadas y tratando con proveedores y clientes como si nada. Algunos de los proveedores que teníamos en KDL Foods se han pasado a la empresa de Adam, y la gente al otro lado se sorprende gratamente al darse cuenta de que yo también he cambiado de empresa. Adam se me acerca un par de veces queriendo saber quién me ha acosado, pero no tengo intención de chivarme. Puedo ocuparme de esto yo sola.

Cuando el día llega a su fin, por fin salgo de mi despacho para entregar un expediente a marketing. He intentado enviarles un correo electrónico y llamarles por teléfono, pero no he recibido respuesta. Simplemente tengo que entregar el archivador.

Me dirijo hacia allí rápidamente y me aseguro de utilizar las escaleras para evitar cualquier otro incidente.

La nueva jefa de marketing, que ha ascendido dentro de la empresa, me da la bienvenida y se pregunta por qué no he podido ponerme en contacto con ella.

—¿Rachel? —Pulsa el interfono y, cuando entra su ayudante, la miro.

Es la misma mujer que me echó del despacho de Sharon y que acaba de intentar impedirme entrar en el de la nueva directora.

—¿Recibió un correo electrónico de la señorita Rose?

Rachel me lanza una mirada de odio antes de responder:

—No puedo estar segura. Hay mucho trabajo atrasado.

—¿Y por qué le colgaste el teléfono tres veces? —exige saber la directora Baden, con un destello de ira en los ojos.

—Hubo un problema de señal —murmura Rachel.

Me burlo en silencio.

—No me gustaría que se repitiera lo del otro día, así que le he traído el archivador yo misma. —Me encuentro con la mirada de la Directora Baden—. Pero parece que yo era la única preocupada. La próxima vez que haya un corte de comunicación, simplemente le enviaré un correo electrónico y, a partir de ahí, será responsabilidad de su departamento.

La Directora Baden palidece.

—Lo siento mucho, Srta. Rose.

—No le estoy culpando. Está claro que su personal es incapaz de realizar sus tareas.

Me pongo de pie y estoy a punto de salir cuando Rachel saca el pie. Sin embargo, Norman me ha hecho este truco muchas veces cuando éramos niños. Me giro lentamente hacia ella, con voz fría.

—¿Acabas de intentar hacerme tropezar?

Inmediatamente retira el pie, pero la Directora ya lo ha visto y su cara se pone roja de ira.

—Rachel, ¿qué significa esto?

Mientras Rachel balbucea, intentando salvarse, yo salgo. Estoy a punto de subir las escaleras cuando veo el aviso de que las están fregando. Gruñendo, espero junto al ascensor.

Unos minutos después, oigo el ruido de unos tacones contra el suelo y Rachel dobla la esquina.

—¡Zorra!

—Lo siento —mi voz es dura—, ¿me estás hablando a mí?

—Simplemente no aprendes, ¿verdad? —Rachel me echa en cara—. ¡No te queremos aquí! No queremos trabajar con zorras como tú.

—Otra vez con lo mismo. —Pongo los ojos en blanco y me giro hacia ella—. ¿El incidente del café de esta mañana fue idea tuya?

—¿Y qué si lo era? —me dice con desprecio—. ¿Crees que puedes empezar a deshacerte de nosotros uno por uno y que nos asustaremos de ti? Aún no he terminado contigo.

—¿Es una amenaza, Rachel? —le pregunto seriamente—. Porque, a diferencia de ti, creo que hay que tratar asuntos como éste por los cauces adecuados.

—¿Qué? —Se ríe en mi cara—. ¿Se lo dirás a Maureen de RRHH? Ella también te odia a muerte.

La estudio y doy un paso hacia ella, con voz firme.

—Puede que todo sea diversión y juegos cuando me intimidas, pero no te equivoques, no voy a aceptar esta mierda y quedarme de brazos cruzados. Si quieres jugar sucio, puedo bajar cinco pases por debajo de ti. No eres la única capaz de recurrir a esos métodos.

Rachel me estrecha los ojos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quejarte al Sr. Moore de mí como hiciste con la directora Wheeler?

—No tuve que decir ni una palabra. —Arqueo una ceja—. Vino y admitió lo que había hecho delante de él, así que la despidieron. Pero sigue haciendo payasadas como la de hoy y te haré la vida igual de miserable.

—¿Quién te crees que eres? —Rachel sisea—. Para cuando termine contigo...

—No tengo tiempo para esto. —Vuelvo a poner los ojos en blanco—. Creo que iré por las escaleras.

Paso junto a ella y siento que presiona algo contra mi cabeza. Me doy la vuelta rápidamente y me llevo la mano al pelo.

Me mira con desprecio.

—La buena apariencia no dura para siempre, perra.

Se aleja de mí y me deja pasándome las manos por el pelo. Noto el chicle pegajoso y se me abren los ojos. Corro al baño, me doy la vuelta para comprobar los daños y me doy cuenta de que me ha pegado el chicle justo donde termina mi nuca.

Aprieto los labios con furia.

¿Son todas las mujeres de aquí tan jodidamente infantiles?

Intento quitármelo, pero de algún modo acaba empeorando. Finalmente me recojo el pelo para ocultar el chicle, y subo a la oficina por las escaleras. No tengo ni idea de cómo quitarme el chicle del pelo. Tendré que ingeniármelas porque el lío que he montado no tiene arreglo.

La jornada laboral ha terminado cuando vuelvo a mi oficina y me encuentro con Adam, que me está esperando.

—¿Fuiste tú misma a entregar el archivador? —Adam frunce el ceño.

—Sí —murmuro—. No debería haber ido.

—¿Qué le pasa a tu pelo?

—Accidente. —Frunzo el ceño.

—Eso no parece un accidente. —Parece descontento. Se acerca a mí, huele mi pelo y sus ojos se oscurecen—. Conozco ese olor.

Cuando Adam no dice nada más, lo miro y me quedo quieta. Sus ojos ya no son humanos.

Está cabreado.

—¿Adam? —Me aventuro con cautela.

—Dime lo que pasó, y no me mientas.

—No es para tanto.

—Yo juzgaré eso.

De mala gana, se lo digo.

—La mataré —gruñe.

Rápidamente me pongo en medio de su hostilidad.

—Tal vez no matar. Eso es un poco exagerado para un chicle en el pelo.

—Te tiró café encima. Lo admitió...

—Bueno, aún así no puedes matarla —digo con firmeza—. Así que cálmate antes de que hagas algo de lo que te arrepientas.

—No me arrepentiré, créeme.

—Tú...

Estamos a escasos centímetros el uno del otro cuando se abre la puerta y miro por encima de mi hombro. Entra un hombre mayor, con el pelo canoso y unos ojos azules afilados.

Le reconozco al instante.

Watson Tremblay.

Es uno de los ancianos de la manada y un oficial. Watson es una figura poderosa en la manada, y hasta ahora nunca había apoyado a ningún bando. Pero en cuanto lo veo, me doy cuenta de que está del lado de Adam. Eso va a ser un duro golpe para Jonathon si alguna vez se entera. Durante años, el alfa ha estado tratando de cortejar a Watson para que lo apoye. El lobo metamorfo multimillonario tiene conexiones en todos los lugares correctos.

—Así que es verdad. —Watson nos estudia—. Has contratado a la Srta. Rose como tu secretaria.

Por primera vez, veo incomodidad en la cara de Adam.

—Sr. Tremblay —le saludo cortésmente—. Me alegro de verle.

—Igualmente. —Watson asiente—. Adam, quería hablar contigo si tienes algo de tiempo.

—Por supuesto.

Mientras se dirigen a su despacho, veo que Watson me lanza otra mirada.

Me mojo los labios.

No confía en mí.

Es bastante obvio.

****

Cuando Tony me deja en casa, me sorprende ver a alguien esperándome en el vestíbulo de mi edificio.

—¡Cynthia! —Maya me saluda. Lleva tres cajas grandes de pizza y dos botellas de refresco.

—Me había olvidado que venías. —Me encuentro sonriendo, los problemas del día se desvanecen al verla—. ¡Sube!

La dejo pasar a mi apartamento y, al entrar, me lanza una mirada extraña.

—¿Un día de pelo raro?

Me quedo quieta y suspiro.

—Ah, sí. Raro es decir poco.

No puedo contárselo todo a Maya, no sólo porque sólo hace un par de días que la conozco, sino también porque no quiero que sepa tanto como para ponerla en peligro. Pero le hablo de mi reputación en la empresa y del acoso al que me enfrento.

Ignora la pizza y me obliga a sentarme en la alfombra mientras ella se sienta detrás de mí en el sofá y me revuelve el pelo, haciendo un ruido seco:

—¿No podías dejarlo estar?

—Intentaba sacarlo —me quejo.

—Sí —dice Maya, mordazmente—. Precioso trabajo el que has hecho aquí.

—¡Maya!

—Bien. —Me tira ligeramente del pelo—. Puedo quitártelo, pero va a ser un proceso largo y doloroso. Necesitaré crema de cacahuete o aceite de oliva.

—¿Cuál es la opción B? —Levanto la vista hacia ella.

Su sonrisa es lenta y no dice nada bueno.

—Siempre podemos cortarte el pelo.

—¿Cortarlo? —No sé por qué me atraganto con esas palabras.

—Bueno —suspira—, sería una pena cortar un pelo tan largo y bonito. Quiero decir que debe haber crecido durante un período tan largo de...

—Nunca me he cortado el pelo —digo.

—Espera, ¿nunca? —Maya me mira boquiabierta.

Sacudo la cabeza.

Miro mi pelo recogido en su mano y se me ocurre algo.

—¿Sabes cortar el pelo?

—Me pagué la universidad cortando y peinando. —Maya me sonríe—. ¿Qué me dices? ¿Quieres probar algo nuevo?

Estas últimas semanas me han pasado muchas cosas nuevas. ¿Qué es una más?

—Hazlo.

Maya tarda media hora en llamar a Tony y pedirle que compre unas tijeras profesionales.

Mientras esperamos, le pregunto:

—Así que Tony y tú, ¿eh? ¿Cómo sucedió?

Maya me sonríe.

—Nos conocimos durante el recorrido de la manada hace tres meses. Nuestros lobos empezaron a jugar, y me gustó mucho lo tranquilo que es, y cuando estamos juntos. Tuvimos algunas citas y me preguntó si podía cortejarme.

—Entonces, ¿es tu compañero predestinado?

Los ojos de Maya se abren de par en par.

—¡Oh, no! —Se le escapa una carcajada—. No todo el mundo encuentra a su pareja predestinada.

—Espera, —Me pongo nerviosa—, ¿cómo funciona entonces? Esto de la pareja predestinada. ¿Y los niños no encuentran a su parejas predestinada si están cerca de ella?

—¿No lo sabes?

Sacudo la cabeza.

—Nunca he tenido a nadie con quien hablar de estas cosas.

—Pero estas cosas las aprendemos cuando somos niños. —Maya parpadea, confusa. Debo de haber parecido incómoda antes de que ella haga un gesto con las manos—. No importa. Es más o menos así. Todos tenemos parejas predestinadas, pero no siempre podemos conocerlas. Quiero decir, yo podría tener una pareja predestinada en algún lugar de África. Lo más probable es que nunca lo conozca. Pero si conozco a alguien con quien mi lobo conecta, entonces puede cortejarme, y entramos en el cortejo de apareamiento en el que los compañeros se cuidan mutuamente y llegan a conocerse en un sentido físico y emocional. Mi loba evaluará si el lobo del macho puede protegerme, satisfacer mis necesidades emocionales, hacerme sentir segura y todas esas cosas. Y una vez que estoy de acuerdo con el apareamiento, nos damos la marca de apareamiento. La marca de apareamiento suele darse en el calor del momento, que es, ya sabes...

Me guiña un ojo y, cuando la miro sin comprender, murmura:

—Caray. Durante el clímax, Cynthia. Algunas manadas prefieren que se dé durante una ceremonia de apareamiento, pero eso es sólo por el espectáculo y todo.

—Entonces —me aventuro lentamente—, ¿cómo sabrías si has encontrado a tu pareja predestinada? ¿Y si crecieras con ella? ¿No lo sabrías inmediatamente?

Maya silba.

—Quiero decir, ambas partes tienen que estar en su pubertad para que el vínculo de pareja predestinada se active. Eso es lo que me dijeron. Es decir, si has llegado a la pubertad y tu pareja no, ninguno de los dos reconocerá al otro como su pareja. Pero acerca de cómo sabemos, creo que estar cerca de ellos hace que su deseo sexual se vuelva muy activo. Como si quisieras tirártelo todo el tiempo. Las hembras tienen feromonas que se activan cuando conocen a su pareja. Atrae a su pareja. Otros machos pueden olerlas, y actúa como una señal que dice: "Esta chica está con alguien". Se supone que hay una fuerte conexión emocional con tu pareja predestinada.

—¿En serio?

—¿Te mentiría? —Maya me frunce el ceño—. Eso es todo lo que sé.

Me inclino hacia delante.

—¿Y qué pasa si encuentras a tu pareja predestinada? ¿Tienes que estar con ella a toda costa, o puedes elegir a otra persona?

Maya me mira con extrañeza.

—¿Por qué ibas a elegir a otro?

—¿Y si te obligaran?

Se queda pensativa.

—Bueno, ha habido casos en los que algunos machos se han apareado con su compañera predestinada pero se han casado con otra. Es como tener dos esposas, pero tienen que estar con una. Sólo puedes tener un hijo con una compañera, así que usan a la compañera predestinada para dar a luz a un heredero y su esposa legal cría al niño. Es una práctica en algunas manadas, pero no se considera algo bueno. La contraparte femenina en una pareja predestinada es más

delicada emocionalmente. Suelen volverse locas en situaciones así. Pero también hay casos en los que encuentras una pareja predestinada pero no crees que encaje bien contigo desde el punto de vista socioeconómico, así que algunas personas se alejan de ella. Es difícil, pero una vez que la marca de apareamiento se da a otro, el vínculo que te ata a esa pareja predestinada desaparece.

Miro al suelo.

—¿Entonces no está grabado en piedra?

—Supongo que no —murmura Maya.

Afortunadamente, Tony aparece en ese momento con los utensilios para cortarme el pelo, y el resto de la tarde se pierde en que me cortan el pelo y me peinan, seguido de que vemos una película en el teléfono de Maya y comemos pizza fría. Para haber sido una semana de mierda, este fin de semana parece que va a ser bueno. Pero cuando mi teléfono se enciende en mitad de la noche mientras Maya ronca en el sofá y yo estoy despatarrada en la mullida alfombra, la felicidad en mi interior se desvanece al leer el mensaje de Jonathon.

—Nos vemos el domingo por la tarde en Caper's Lot.

CAPÍTULO 11

Adam

—No confío en ella.

Me meto la lengua en la mejilla y miro a Watson, que está de pie junto a las paredes de cristal de mi edificio mirando al exterior. Es domingo y preferiría estar en cualquier otro sitio que aquí. Podríamos haber quedado en una cafetería, en un restaurante, en mi casa, pero no. Tenía que abrir mi despacho un domingo por la tarde para escuchar las quejas de Watson.

No tengo nada en contra del mayor de los oficiales. De hecho, me ha guiado a lo largo de los años, y ha sido una gran fuente de fortaleza a la hora de mantener mi sucesión en el puesto de Alfa. Pero a Watson también le gusta entrometerse, lo que es un coñazo para mí.

—No tuve más remedio que contratarla —digo, preguntándome cuándo acabará esta pequeña reunión—. Ya sabes que el alfa tiene derecho a cubrir las vacantes con miembros de la manada. Gerald acababa de presentar su dimisión un día antes, y de alguna manera Padre se enteró. Tenía las manos atadas.

Watson se vuelve hacia mí, con el rostro marcado por la desaprobación.

—¿Y consiguió ocupar el puesto más cercano a ti? La empresa está plagada de rumores.

Es difícil no mostrar mi irritación. Watson está entre los accionistas mayoritarios de mi empresa, así que no puedo simplemente descartarlo.

—Esos rumores son falsos.

—Entonces, ¿no la enviaron aquí para seducirte? —exige saber incrédulo—. ¿De verdad crees eso?

Mi lobo gruñe ante la falta de respeto, pero tengo que mantener la compostura.

—Sí creo que la enviaron por eso —digo con firmeza—. Creo que mi padre pretendía que lo intentara, pero a ella no le interesa. Y el comportamiento de Norman hacia ella está frente a tus

narices. Ha estado maltratando a la chica. La sanadora Lydia y yo fuimos testigos de cómo la sacaba de la cama en la enfermería y la golpeaba con saña. En todo caso, creo que podemos poner a Cynthia de nuestro lado. De todos, ella tiene el mayor motivo para no querer a Norman como el próximo Alfa.

Veo que Watson está considerando mis palabras. Sin embargo, no es tonto y no se deja convencer tan fácilmente.

—Tal vez —murmura—, pero tenerla pegada a tu lado no es apropiado. Los rumores sobre ella...

—¿Desde cuándo crees esos rumores, Watson? —Frunzo el ceño.

—¡Despediste a una prometedora directora de marketing por su culpa!

—Y tengo intención de despedir a unas cuantas personas más. —Ahora me pongo de pie, y digo con voz dura—: Sharon Wheeler no fue despedida por lo que le dijo a Cynthia. Fue despedida porque dejó que su arrogancia y su creencia en unos cuantos rumores descabellados afectaran a su trabajo. Casi nos cuesta millones por negarse a obedecer una orden. Insultó y echó a mi asistente personal cuando envié a Cynthia con instrucciones. Si Cynthia no hubiera ideado los planes de lanzamiento que ideó, nos estaríamos enfrentando a una pérdida masiva, y eso también habría afectado a tu margen de beneficios. Y los planes que ideó Cynthia eran tan interesantes y manejables, muy por debajo del presupuesto que Sharon había pedido inicialmente, que uno de los planes se va a utilizar para este producto y el otro se va a mantener en un segundo plano para otro producto en desarrollo.

Watson está callado mientras me escucha.

Me meto las manos en el bolsillo, de cara a él.

—KDL Foods experimentó un boom en el sector la pasada década, antes de que Norman se incorporara y justo después de que lo hiciera Cynthia. Es muy respetada en los círculos empresariales. Alguien con su perspicacia para los negocios trabajando para nosotros no va a ser más que beneficioso.

Watson no parece muy contento.

—Dejemos eso de lado por ahora. ¿Quiénes son esas personas a las que piensas dejar marchar y por qué?

—Como tú, otros también creen los rumores sobre ella, especialmente los que hablan de ella y Norman y del objetivo de mi padre al traer a Cynthia aquí. Sin embargo, han recurrido al abuso físico. No toleraré eso en mi compañía. Cynthia no ha hecho nada que justifique tales ataques dirigidos.

—Estoy de acuerdo. —La voz de Watson es sombría—. No importa lo que cada uno crea, dañar a otro individuo no es permisible. Si tienes pruebas de estos ataques y de las personas implicadas, respaldaré tus decisiones.

No me sorprende. Watson siempre ha sido una persona justa.

—Quizá tengas razón —continúa tras un momento—. Tener a Cynthia aquí podría ser beneficioso para nosotros, pero ¿no debería preocuparnos que filtre datos valiosos a Jonathon?

—Su teléfono y su portátil son revisados cada mañana —le digo—. Y nunca se ha resistido. Además, en cuanto a cantidad y variedad de productos, la empresa de mi padre nos lleva ventaja. Nuestros productos se dirigen a un nicho concreto y ofrecemos un servicio ejemplar. Nuestras ideas no valen nada para ellos.

—Igual sería mejor ponerla en algún otro departamento, como el de marketing —insiste Watson —. No me gusta la idea de que trabaje tan cerca de ti.

—Es una excelente asistente personal. —Me niego a ceder.

—No creo que Tina lo vea así —dice lentamente el hombre mayor—. ¿O no has pensado en ella?

Me pongo rígido al oír el nombre. Después de un momento, murmuro:

—Hablaré yo mismo con Tina. Ella lo entenderá.

—Ninguna mujer entendería que el hombre que la corteja trabaje tan cerca de otra mujer —dice Watson con desaprobación.

Compruebo mi reloj.

—La subestimas. Tina sabe que es insustituible en mi vida. Ahora, realmente tengo que irme. Llego tarde a una cena.

—Yo también tengo que ver a alguien —suspira Watson—. Pero te aconsejo que no mantengas a

esta mujer tan cerca de ti, Adam. Aquellos que han comido en la mesa de nuestro enemigo son también nuestros enemigos.

Le miro marcharse, preocupado.

Es cierto que no confío plenamente en Cynthia. Hasta que no entienda su relación con mi padre y por qué su lealtad hacia él es tan inquebrantable a pesar del trato poco ideal que recibe de él, no podré confiar plenamente en ella. Pero cuanto más cerca estoy de Cynthia, más me doy cuenta de que es ingenua en muchos aspectos. Cuando se trata de cosas que todos los cambiaformas lobo aprenden de niños, ella está en blanco entre esas piezas de información. Ya debería haberse dado cuenta de nuestro vínculo, pero parece ignorarlo por completo.

Eso me dice que la forma en que la protegieron no fue buena. Casi parece que fue un intento de incapacitarla. Todavía estoy cabreado por el hecho de que nunca recibiera ningún salario. Hice que alguien que conozco investigara los registros de RRHH de la empresa de mi padre. A Cynthia se le pagaba un sueldo, o al menos se ingresaba una cantidad considerable de dinero en una cuenta a su nombre. Como el siguiente Alpha, tengo formas de averiguar información sobre si el método es legal o no, y mi información me muestra que cada vez que se ha retirado dinero de la cuenta de Cynthia, ha sido mi padre el de la tarjeta.

Esto me preocupa.

La hizo trabajar como un perro y no le pagó ni un céntimo. ¿Y a ella le parecía bien?

Aquí hay algo más profundo. La lealtad no llega tan lejos.

Si hubiera prestado más atención a Cynthia cuando éramos jóvenes, tal vez habría podido averiguar lo que estaba pasando. Hay algo que me corroe. Mi padre le dijo a Lydia que sus padres la llevaban a menudo al curandero, pero yo nunca recuerdo que sus padres la visitaran. No estuve tanto tiempo fuera de casa como para que hubieran podido ir y venir sin que yo me enterara. También me puse en contacto con uno de los antiguos guardias de seguridad que trabajaban en la mansión Moore, pero él tampoco recordaba que los padres de Cynthia vinieran.

Mi padre apadrinó a una chica de los barrios bajos. El objetivo era darle una vida mejor y elevar su estatus ante toda la manada. Esto último lo consiguió porque siempre trató a Cynthia excepcionalmente bien a los ojos del público. De hecho, mientras yo estaba en esa casa, ella desfilaba delante de los visitantes, y eso siempre me hacía sentir incómodo. Su existencia en esa casa me incomodaba. Quizá por la forma en que la luz empezaba a desvanecerse de sus ojos

azules o por lo anormalmente callada que estaba. Era como si alguien hubiera arrojado una muñeca de trapo a nuestra casa.

Watson ya se ha ido cuando cierro. Aún no se ha puesto el sol, así que decido tomar un tentempié en una cafetería cercana. Acabo de aparcar el coche a la vuelta de la esquina cuando percibo un olor familiar. Mi lobo se despierta, excitado por el olor.

Cynthia.

La cafetería tiene asientos fuera de la tienda, un gran jardín rodeado de un alto seto que mantiene la intimidad con la calle. Cynthia debe de estar en el jardín porque oigo su voz.

—No voy a escuchar esto, Norman. Jonathon te dijo que te mantuvieras alejado de mí. No tienes por qué mandarme mensajes desde su teléfono. Si le digo que tú...

—¿Qué? —Norman se ríe—. ¿Qué va a hacer? ¿Castigarme? A quien va a castigar es a ti, Cynthia. Te arrastrará al sótano y te azotará hasta que te cagues encima. ¿Recuerdas la vez que te hizo limpiar tu propia sangre?

Se ríe mientras el horror me aprieta las tripas.

El sentimiento se intensifica cuando Cynthia no refuta su afirmación.

—Ahora las cosas son diferentes —dice por fin, y oigo la inestabilidad de su voz—. No me hará daño durante un tiempo. Dijo que no lo haría.

—¿Y tú le crees?

—Creo —dice Cynthia entre dientes apretados—, que le dijeron que se mantuviera alejado de mí. No estará contento contigo.

—Oh, cállate, perra. —El tono de Norman es vulgar—. Dime. ¿Ya te abriste de piernas para mi hermano? ¿Dejaste que te follara?

—¡Cállate! —Cynthia suena furiosa.

—¿Por qué? —Norman se ríe ahora—. De esclava de la familia a puta de la familia. Es una progresión natural. No me sorprendería que papá decidiera probarte en algún momento. Mamá se está haciendo vieja y probablemente no sea tan divertida en la cama como lo sería una jovencita

como tú.

—No tienes vergüenza —respira Cynthia. —Eres repugnante, Norman Moore. Y he terminado aquí.

Oigo el roce de los muebles como si se estuviera levantando, y entonces Norman dice, ahora casi de forma agradable:

—Sabes, si te rindes y te conviertes en mi mujer, probablemente podría convencer a papá de que dejara sus castigos.

—Preferiría cortarme las venas antes que tocar algo tan repugnante como tú.

Su frase termina con un grito ahogado y gritos de sorpresa y alarma de otros clientes.

Oigo el ruido de carne contra carne y no me espero. Salto por encima del seto y veo las garras de Cynthia descubiertas mientras intenta defenderse de mi hermano pequeño, que tiene una rabia demencial en los ojos mientras la golpea con los puños. Agarro a Norman por detrás de la camisa y lo tiro hacia atrás. Sale volando contra el mueble, e inmediatamente vuelvo mi atención hacia Cynthia. Tiene la mejilla izquierda magullada y el labio partido, pero no parece alterada ni asustada. Por el contrario, parece furiosa.

—Lo voy a matar. Lo voy a matar.

Está murmurando el mantra en voz baja, su voz frenética mientras su cuerpo tiembla.

La agarro y noto cómo su cuerpo se tensa. No parece notar el dolor.

—Ven conmigo —le ordeno, pero sus ojos se centran en Norman, que se pone de pie. El cuerpo de Cynthia está caliente al tacto, casi abrasador.

—Déjame ir —dice bruscamente—. Me ocuparé de esto hoy.

—¡No, no lo vas a hacer! —Le doy una pequeña sacudida—. Te vienes conmigo.

—Vete a la mierda, Adam —gruñe Norman—. Esto no tiene nada que ver contigo. Ella no quiere ir contigo. Ven aquí, Cynthia.

Pero Cynthia no se mueve.

Por un momento, me preocupa que planee acabar con la vida de Norman. Nunca he sentido una intención de matar tan fuerte por parte de otra persona.

—He dicho que vengas —grita Norman, acercándose a ella y agarrándola de la muñeca.

Me doy la vuelta y le araño el estómago con mis garras, incapaz de controlar mi propia ira. Después de todo lo que acabo de oír, mantener la calma ya no es posible. Siento su sangre caliente brotar en mi mano y gruño:

—Tienes suerte de que no te haya cortado la cabeza.

Cae al suelo, con los ojos muy abiertos y el cuerpo crispado.

Miro a Cynthia, que no se ha inmutado.

La cojo de la mano y la saco de allí. No dice nada mientras la ayudo a sentarse en el asiento del copiloto. Subo al coche y me dirijo a mi apartamento.

Se queda callada, y es cuando nos acercamos a mi apartamento que dice:

—Deberías haberme dejado matarle.

—¿Para que mi padre pueda matarte? —exijo saber.

—La muerte sería una alternativa mejor de todos modos. —Sus dedos se clavan en su abrigo—. Pero ver morir a Norman bajo mis manos lo habría valido todo, incluso mi propia muerte.

—Cállate.

Me enfurece oírla hablar de su muerte con tanta calma.

“Te arrastrará al sótano y te azotará hasta que te cagues encima. ¿Recuerdas la vez que te hizo limpiar tu propia sangre?”
“De esclava familiar a puta familiar. Es una progresión natural.”

¿Qué ha estado pasando en esa casa?

—¿Mi padre? —pregunto después de unos segundos—. ¿Te ha azotado?

Cynthia gira la cabeza para mirarme fijamente.

—¿Por qué finges estar sorprendido?

—¿Qué?

Su sonrisa se tuerce y veo ira en sus ojos. Ira y un cúmulo de dolor.

—¿Por qué finges —enfatiza esa palabra—, no haberme visto colgando del tejado por las muñecas, con mi sangre manchando el suelo?

Todo mi mundo se queda en silencio ante sus palabras mientras me mira fijamente.

Me observa y una pequeña sonrisa amarga se dibuja en sus labios.

—Los niños recuerdan los traumas. La mayoría lo hacen. Recuerdo cada azote que recibí de manos de tu padre desde el día en que entré en tu casa. ¿Pero sabes lo que recuerdo con más claridad, Adam? Recuerdo a un chico alto de pelo oscuro bajando los escalones del sótano. Lo recuerdo mirándome fijamente. Recuerdo que le rogaba que me ayudara, que me dejara bajar. Y luego —su voz es suave como un susurro—, recuerdo que se marchó. Recuerdo que aquella noche me pegó tan fuerte que me arranqué un mechón de pelo mientras me balanceaba durante los dos días siguientes. Recuerdo que intenté aguantar la respiración para poder dejar de respirar porque nadie quería ayudarme. Me viste y te fuiste.

Es como si un recuerdo enterrado durante mucho tiempo hubiera resurgido de repente.

Aquel día había estado buscando a mi padre y la puerta del sótano, que siempre estaba cerrada, estaba abierta. Le llamé mientras bajaba las escaleras. Pero, a los pocos pasos, sentí el olor metálico de la sangre. Cuando vi a la niña colgando del tejado, pidiendo ayuda, llorando y gritando, me sentí entumecido.

La miré fijamente durante lo que me pareció una eternidad. Y luego salí corriendo, horrorizado.

No recuerdo lo que pasó después. No sé por qué enterré ese recuerdo tan profundamente en mi cerebro, por qué nunca lo recordé hasta que Cynthia me describió la escena.

Presiono el pedal del freno con tanta fuerza que ambos damos una sacudida hacia delante. Mi mano sale volando al instante para proteger a Cynthia del impacto contra el parabrisas.

Miro fijamente hacia delante, incapaz de pronunciar palabra. Es como si una extraña niebla se hubiera disipado de mi cabeza. Por alguna razón, aparte de la aversión que siento por mi familia,

mis recuerdos de la casa de mi infancia son borrosos, casi como si algo dentro de mí me impidiera recordar.

—Te dejé —pronuncio las palabras, la vergüenza y la culpa formando un duro nudo en mi pecho.

Cynthia me mira fijamente.

—Me torturaron en vuestra casa. Mientras vosotros dormíais en vuestras cálidas camas, con los estómagos llenos, la niña que vuestro padre trajo a casa gritaba hasta quedarse ronca. Le daban de comer una vez al día, si acaso eso. No conocía el amor, ni el afecto. Le enseñaron el dolor. Le enseñaron a sufrir.

Mi lobo gime, quiere consolarla, pero mis manos... No quiero tocarla con mis manos. No merezco tocarla cuando le fallé hace tantos años.

—Cynthia —digo su nombre con voz ronca.

—A veces olvido que me diste la espalda. He sufrido tanto, ¿qué es un dolor más? Pero cuando dices que somos compañeros predestinados, duele aún más saber que mi propio compañero me dio la espalda cuando suplicaba ayuda.

—No hay nada que pueda decir —susurro, mi culpa apuñalándome con cada palabra que sale de su boca—. No me acordaba. La escena debió impactarme tanto que el recuerdo simplemente... A eso te referías en la enfermería entonces.

Me estudia y, cuando la miro, su cara parece más sonrojada de lo normal. Probablemente porque está enfadada.

—¿Cuánto tiempo?

“¿Cuánto tiempo lleva mi padre torturándote?”, quiero preguntar, pero la frase completa no puede formarse en mis labios.

—Desde el día que llegué.

—¿Por qué?

Abre la boca y cierra los ojos, con la mandíbula tensa.

—No puedo decirlo. No puedo decir nada.

Recuerdo las palabras de Norman y una sensación de vacío me golpea el pecho.

—¿Te... te compró mi padre a tu familia? ¿Te trajo a nuestra casa como esclava?

Cynthia se echa hacia atrás en su asiento, usando su blusa para abanicar su cara.

—No. No, eso no. Yo...

Suelta un suspiro tembloroso y me doy cuenta del espeso olor que hay en el coche. No lo había notado antes, pero me está mareando un poco.

—Cynthia. —Le toco la cara y está ardiendo.

Un gemido se escapa de sus labios ante mi contacto y la preocupación me invade.

—Cynthia, ¿qué has tomado?

—¿Qué? —Su voz suena ronca, un poco entrecortada—. Nada.

—Has tomado algo —digo con urgencia, presionando con los dedos su pulso. Es demasiado rápido. El coche está lleno del olor de su excitación, y está haciendo que mi lobo se agite. Mi polla se endurece. No es el momento adecuado para que entre en celo.

—¿Qué has bebido? —exijo saber.

—Té helado. Norman tenía... Ya lo había pedido.

Su espalda se arquea cuando la toco y veo lo duros que tiene los pezones. Se le ven a través de la camisa.

Esto no es bueno.

—¿A qué sabía tu bebida?

Ella no responde, sus manos intentan alcanzarme. La agarro por las muñecas y la detengo. Uno de nosotros tiene que controlarse, y esa persona tengo que ser yo.

—Tu bebida, Cynthia —digo bruscamente—. ¿A qué sabía?

—Demasiado dulce. —Respira, con los ojos entrecerrados.

Es difícil que mi cerebro funcione cuando ella huele a excitación y me mira como si quisiera que la devorara entera. Sin embargo, sus palabras atraviesan la espesa niebla de mi cabeza.

Mierda.

¡Ese cabrón le ha dado afrodisíaco!

CAPÍTULO 12

Adam

Ayudar a Cynthia a entrar en mi apartamento no es nada fácil.

Su excitación es embriagadora y necesito todo mi autocontrol para no ceder. Mi lobo está furioso y a la vez desesperado por probarla, y lo reprimo, intentando tranquilizarme. La información que me ha proporcionado y los recuerdos que me han evocado me dan vueltas en la cabeza, y me cuesta mantener las ideas claras.

El afrodisíaco también suelta la lengua. Mientras la dejo en el sofá y voy a buscarle un vaso de agua fría, mis pensamientos vuelan por todas partes. ¿Me habría contado algo de esto si no la hubieran drogado?

Mis manos se aprietan contra el cristal, ese recuerdo de la infancia sonando una y otra vez en mi cabeza. No puedo sacarme los gritos de la cabeza. Los lobos cambiaformas aprecian a su descendencia. Por eso, que mi padre dañe deliberadamente a una niña de nuestra manada es algo impensable. Y luego, para colmo, trajo a esa niña a nuestra casa con el pretexto de apadrinarla.

El cristal se rompe en mi mano y los fragmentos me atraviesan la piel.

¿Qué podía hacer una niña para merecer un castigo tan cruel y despiadado?

Arranco los fragmentos uno a uno y paso la mano bajo el grifo para limpiar la herida.

Mi padre es un hombre codicioso, pero nunca recordé que fuera un sádico.

¿Cuánto tiempo?

Desde el día que llegué.

Fue maltratada por mi padre y mi hermano, controlada económicamente y apartada del resto de la manada. Si hubiera asistido a algún evento de la manada o a algún acto de unión, la habría visto y habría sido capaz de distinguir su olor cuando la conocí en aquel bar. O me habría dado cuenta de que éramos compañeros predestinados y habríamos empezado con el cortejo en lugar

de...

Esto explica su ingenuidad desde nuestro primer encuentro. También explica por qué no parecía darse cuenta de que éramos compañeros predestinados. Ella fue privada de muchas cosas que nos enseñaron de niños. Eso debe haber hecho más fácil para mi padre controlarla. Mantenerla aislada de la manada habría sido una forma ideal de mantenerla dependiente de él. Lydia me había mencionado que podía sentir lo débil que era el vínculo entre Cynthia y su loba. A esta edad, no es normal. Nuestro lado humano se mezcla completamente con el animal una vez que llegamos a la pubertad, sobre todo después de nuestro primer cambio. Que tenga un vínculo tan débil con su propio lobo significa que lo ha estado reprimiendo toda su vida o que tiene problemas para cambiar. Yo apostaría por lo primero. Considerando todo lo que Padre le ha hecho, evitar que cambie no sería tan difícil. Y semejante trauma emocional desde una edad temprana le causaría aún más dificultades para conectar con su animal.

Cojo otro vaso y lo lleno de agua antes de dirigirme hacia donde está sentada Cynthia. Veo que lucha por controlarse y que sus garras se clavan en sus muslos a través de los pantalones.

—Bebe esto. —Le doy el agua.

Lo coge, pero le tiemblan las manos mientras me mira, su mirada desesperada mientras pide en silencio otra cosa. Le devuelvo la mirada, frustrado. Ceder sería lo más fácil del mundo. Ella es mía. Pero todo en la vida de Cynthia se ha decidido por ella, hasta la autonomía de su propio cuerpo. De repente, su reacción cuando mi padre la trajo a mi oficina vestida con ropa diminuta tiene más sentido. Y me enfurece.

Todos estos años mi padre ha abusado de ella y la ha atormentado. ¿Por qué?

Tiene que haber una razón detrás.

No me extraña que nunca evitara que Norman le hiciera daño. Muchas piezas del puzzle empiezan a encajar, y la imagen que empiezan a crear me revuelve el estómago. Y ahora surgen más preguntas. ¿Por qué sus padres nunca controlaron que estuviera bien? Son sobre todo parejas sin hijos las que apadrinan a niños de los barrios marginales, tanto para mejorar el estatus socioeconómico de la manada como para tener un hijo a su alrededor. Mi padre no sería el primero en apadrinar a un niño, pero los padres siempre están implicados, y nunca he oído que un niño apadrinado viva con la familia de su padrino a tiempo completo. Suele ser algunos días a la semana.

—Adam —gime ahora Cynthia, y yo me inclino a su lado, cogiendo una de sus manos.

—Te han drogado, Cynthia. No sabes lo que pides.

—Sí, sé lo que pido —insiste con voz ronca. El vaso se le resbala de las manos, cae sobre la alfombra y el agua derramada la empapa mientras ella me agarra del cuello de la camisa, intentando acercarme a ella—. Por favor.

Soy reacio. No quiero que piense que yo también me aprovecho de su indefensión.

—Cynth...

Se levanta del asiento para besarme y, cuando lo hace, siento que pierdo un poco el control. Le devuelvo el beso con fuerza, saboreándola, y mis manos se clavan en la parte baja de su espalda mientras la agarro. Su beso es torpe y suave, y parece intentar encontrar su camino. Su inocencia hace que se me caliente aún más la sangre. La empujo hacia atrás y me elevo sobre ella mientras le agarro la mandíbula y exploro su boca con la lengua. Es un beso húmedo, la saboreo a fondo, mi animal se vuelve salvaje dentro de mí.

Sus gemidos son suaves y necesitados, y llegan más allá de la niebla de mi cabeza. Pero cuando intento liberarme, retroceder, me agarra la mano libre y la pone sobre su pecho, en su suave carne. Mi polla se endurece casi al instante.

Mueve su boca a lo largo de mi mandíbula, suplicante, implorante, y por fin siento que lo último que quedaba de mi autocontrol se desmorona en el suelo.

Acabo empujándole la blusa hacia abajo, rodeándole la cintura y llevando sus brazos a la espalda. Un movimiento de mi garra hace que su sujetador se parta en dos, y mi boca desciende con un hambre feroz. Agarro el nódulo duro y lo acaricio mientras busco sus pantalones con las manos. Le bajo la cremallera y tardo unos segundos en hacerla jadear mientras mis dedos acarician su clítoris y frotan sus jugos a lo largo de su raja.

Cynthia se retuerce bajo mis caricias, y cuando llega al orgasmo sin tener siquiera un dedo dentro, sé que es por el efecto del afrodisíaco.

La levanto, me la echo al hombro y la llevo al dormitorio. Una vez allí, le quito rápidamente los pantalones y la blusa, y me deshago también de los míos. Se trata de ella, de aliviar el deseo que lleva dentro y que está alcanzando niveles dolorosos. Ignorando mis propias necesidades, atraigo

sus piernas hacia mí, lamiendo su húmeda raja. Sus jugos hormiguean en mi lengua y me parece que sabe deliciosa. Podría comérmela para siempre. Introduzco la lengua en su interior, moviéndola en suaves círculos.

Cynthia grita, tratando de agarrarme del pelo.

Gimo por su agarre, pero la forma en que me sujeta me excita aún más. Muevo la lengua dentro de ella, y sus gemidos y gritos me incitan aún más. Cuando llega al orgasmo, sigo sorbiendo sus jugos antes de penetrarla con la lengua una y otra vez. Después de cuatro clímax, está agotada, pero sigue necesitada, los efectos de la droga en su organismo siguen siendo intensos.

Su coño está húmedo y se estremece cuando le meto tres dedos. Un gemido sale de mis labios al ver lo apretado que está su agujero.

—¡Adam! —La voz de Cynthia se quiebra, con deseo y codicia en ella. Mis ojos se encuentran con los suyos nublados, y oír esa codicia en su voz me hace querer follármela tan fuerte que no pueda andar. Está ávida de mí. Me desea. Ahora mismo no se contiene, no es tímida. Sólo me desea.

Uso mis dedos, llevándola al límite. Su locura empieza a afectarme. Escuchar mi nombre en sus labios mientras me suplica que la libere no hace más que excitarme. Sabe exactamente de quién son los dedos que tiene dentro. La tengo arañando las sábanas mientras uso con ella todo menos mi polla. Sólo cuando jadea y su respiración se entrecorta, la tumbo boca abajo. Le subo las caderas y la penetro.

Suelta un grito silencioso y empiezo a martillearle el coño sin descanso. Me muevo con rapidez, decidido a sacarle más, a agotarla hasta los huesos. Alcanza el clímax tres veces antes de que por fin la suelte. Desplomado a su lado, con el cuerpo cansado, recojo a Cynthia entre mis brazos y la miro.

Está inconsciente.

Suspiro y la acerco.

Nuestros olores se entremezclan y, aunque hay mucho de lo que preocuparse, dejo que ese hecho me tranquilice hasta dormirme, con la suave figura de Cynthia apretada contra mí.

Por un tiempo, al menos puedo fingir que todo va bien en mi mundo.

****

Cuando me despierto, la cama está fría.

De hecho, toda la habitación está fría. Miro hacia arriba y veo las puertas del balcón abiertas de par en par, con las cortinas transparentes ondeando con el frío viento de noviembre. Salgo de la cama y busco una camisa. Al no encontrarla, me pongo el pijama, que está doblado sobre una silla, y salgo.

Cynthia está de espaldas a mí, sentada en el columpio con forma de lágrima que compré por impulso. Mi camisa la empequeñece mientras está sentada en él, con las piernas desnudas recogidas debajo de ella y los ojos fijos en las brillantes luces de la ciudad. Lleva el pelo suelto y mojado.

Debe haberse duchado.

No reconoce mi existencia cuando me acerco a ella y le levanto un mechón de pelo.

—Te lo has cortado.

—No había forma de sacar el chicle —murmura Cynthia.

—Se ve bonito.

—¿De verdad? —Parece agotada.

Pero es un agotamiento que llega hasta los huesos.

Miro hacia ella.

—¿Cómo te sientes?

—Todo está en carne viva —responde sin rodeos—. Me duele la parte inferior del cuerpo.

—Lo siento. —Arrastro una de las sillas del patio.

—No es culpa tuya —dice en voz baja, sin mirarme—. Yo te empujé a esto. Hice lo único que Jonathon quería que hiciera...

—No —la corto—. Lo que pasa entre nosotros no tiene nada que ver con Jonathon. Eres mi

compañera predestinada. Jonathon sólo nos ha dado la oportunidad de estar cerca el uno del otro.

—¿Es un hecho real? —Cynthia suena perdida, y eso me asusta.

Se hace un gran silencio entre nosotros mientras intento averiguar qué decir a continuación.

—Deberías haberme dejado matarle —dice de repente Cynthia, con voz áspera.

—Le apuñalé en el estómago por ti, si te sirve de algo —le ofrezco, sabiendo que se refiere a Norman.

—Le habría destripado.

Levanto una ceja ante la crueldad de su comentario.

—Quizá la próxima vez.

Cynthia reflexiona sobre sus palabras y luego dice, tensa:

—Se supone que debo dejarlo todo e ir a ver a Jonathan cuando me llame. Norman lo sabe. Ahora que tu padre nos ha prohibido relacionarnos, sólo busca la manera de que vaya a verle. No sé por qué me sorprende que me drogara. Lleva años exigiéndome favores sexuales.

Aprieto los labios y una oleada de celos se apodera de mí.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

Me lanza una mirada furiosa.

—Años, como acabo de decir. La única razón por la que no ha conseguido acorralarme es porque tu padre está firmemente en contra. Esta es la primera vez que Norman se desvive por drogarme.

Es difícil apartar mis celos ardientes, pero ayuda saber que Cynthia detesta a mi hermano menor.

—A pesar de todo, —La miro—, después de todo lo que te han hecho pasar, ¿por qué sigues siendo leal a mi padre?

Cuando Cynthia me mira, sus ojos contienen una agonía que no puedo explicar. Me desgarra ver en ellos la impotencia y la furia. Sus palabras son suaves y lentas.

—No puedo decírtelo. —Se pone de pie a trompicones, cada palabra cuidadosamente pronunciada, un dolor enterrado en cada una—. Nunca he tenido a nadie de mi lado. Nunca he tenido a nadie que intentara protegerme. Dices todo lo correcto, Adam. Y haces todo lo correcto para que me incline hacia ti. Pero el hecho es que podrías darte la vuelta un día y apuñalarme por la espalda. Voy a seguir esperando ese día porque no sé cómo confiar en la gente. Ya no. Ni siquiera sé si esa palabra existe en mi vocabulario.

Inmediatamente me pongo de pie.

—Somos...

—Sé que somos compañeros predestinados. Lo entiendo. —Cynthia se aleja de mí, sus brazos envueltos alrededor de su cintura, una mirada miserable en sus ojos—. Probablemente eres amable conmigo debido a este vínculo entre nosotros. No me ves a mí. Ves a la pareja predestinada. Nadie me ve. Y... —Su respiración es superficial—. El hecho es que, aparte de todo eso, como has sido tan amable conmigo desde que me conociste, no quiero hacerte daño. —Levanta la vista para encontrarse con mi mirada, su voz pesada—. Jonathon no me habría enviado a ti sin una razón. Ahora mismo soy la persona más peligrosa de tu vida, Adam. Cuanto más me acercas, más peligrosa me vuelvo. No puedo ser leal a nadie más que a Jonathon.

Sus pestañas están húmedas de lágrimas.

—Lo siento. No puedo decirte por qué, pero no tengo elección. Sería mejor para ti odiarme. Sé que puedes elegir otra pareja. Hazlo. Nunca podrás darme la marca de apareamiento. El día que lo hagas, tu destino estará sellado.

Se aleja de mí mientras la miro, con el cuerpo pesado.

Quiero detenerla, pero ver sus lágrimas me hace sentir débil.

Esta mujer se ha convertido en mi debilidad.

Tengo los pies congelados, así que cuando sale por el balcón, no voy tras ella. Unos minutos después, oigo cerrarse la puerta de mi apartamento.

Sabía que Cynthia se convertiría en una debilidad peligrosa, pero nunca imaginé que sería porque era capaz de hacer que me doliera el corazón por sus lágrimas. No sé cuándo me muevo por fin, pero vuelvo a entrar.

La cama está deshecha y aún puedo oler a Cynthia en ella. Me siento pesadamente sobre ella, cojo la cartera y saco un billete de cien dólares cuidadosamente doblado. Lo estudio durante un buen rato, con los engranajes de mi cabeza en funcionamiento.

Finalmente, murmuro:

—Debilidad o no, sigues siendo mía, Cynthia. Pero puedo ser increíblemente paciente.

Se oyen golpes en la puerta principal. Sé que no es Cynthia la que vuelve, sobre todo cuando oigo abrirse la puerta.

—Robert. —Entro en el salón y mi amigo arruga inmediatamente la nariz.

—Este lugar apesta a sex…

—¿Qué quieres? —pregunto secamente.

—¿Está ahí tu amiga? —Menea las cejas.

—No —le digo—, y devuélveme las llaves.

—Mi apartamento ya no es seguro. —Robert coge una cerveza de la nevera—. Alguien ha estado allí.

Me giro para mirarle, con las cejas fruncidas.

—¿Qué quieres decir?

Me lanza un guante y yo lo recojo.

—Esto me resulta familiar.

—Debería. —Robert hace una mueca—. ¿Recuerdas a esos asesinos que fueron tras tu sanadora?

Me pongo rígido.

—¿Los has encontrado?

—Mataron a la mujer que contraté para limpiar mi apartamento los fines de semana. Debieron pensar que yo estaría en el apartamento y se toparon con ella. Me he pasado todo el día lidiando

con este desastre. La pobre mujer estaba criando a sus nietos ella sola. Me he pasado la tarde buscando una familia adoptiva para ellos y luego hablando con mi abogado para asegurarme de que al menos tengan seguridad económica. Es lo menos que podía hacer.

La amargura de su voz me hace suspirar.

—Eres un buen hombre. Muchos sólo considerarían a esos niños daños colaterales.

—Sí. —Robert da un trago a su bebida—. Yo solía ser un daño colateral.

Le echo una mirada larga.

—¿Qué tal pizza y cerveza?

—Me sentiría mejor. —Robert me sonríe.

Cuando voy a pedir la pizza, me mira.

—Así que he investigado un poco a esa chica tuya.

Inmediatamente le frunzo el ceño.

—No te dije que hicieras eso.

—Bueno, soy un cabrón entrometido. —Robert me sonríe—. ¿Quieres saber lo que he encontrado?

Me quito el teléfono de la oreja y le miro con gesto interrogante.

—Resulta que sus padres fueron asesinados hace unos tres años. Vinieron unos hombres vestidos de oscuro, los degollaron y se fueron. Una vecina presenció el ataque desde la ventana de su habitación. Escucha esto. Los hombres tenían las manos y la cara cubiertas. El marido luchó y consiguió arrancarle la máscara a uno de los hombres. ¿Quieres saber lo que la chica vio bajo la máscara?

Se me revuelven las tripas.

—¿Cicatrices?

—Del tipo que la hizo vomitar. Toda la cara estaba quemada, incluso alrededor de los ojos.

—Lo mismo que los hombres que fueron a por Lydia —murmuro, con voz dura.

—Hice que mis hombres preguntaran por los niños. —Robert deja su cerveza sobre el muslo, mirándome—. Al parecer, había dos niños, uno de ellos un hijo quince años mayor. Se escapó con una chica de una familia acomodada, y un mes después, entregaron a la chica para que la apadrinara una familia rica, que supongo que era la tuya. El hijo venía de vez en cuando. Vino para el funeral, vendió todas las pertenencias de la casa y se marchó.

—Pero la hija nunca vino.

Robert coge su botella y agita el líquido.

—Vivieron en esa casa hasta que los mataron. Tuvieron los mismos vecinos todos estos años. La chica nunca volvió después de marcharse, y los padres hicieron como si nunca hubiera existido. El día que se fue, vendieron todo lo que tenía. Desvalijaron su habitación y empezaron a alquilarla.

—Así que la borraron de sus vidas —digo en voz baja, cerrando la mano en un puño. Me encuentro con la mirada de mi amigo—. Eso no me suena a ningún apadrinamiento.

Robert no tiene que responder para que yo sepa que está de acuerdo conmigo.

Algo más está pasando.

Y estos asesinos. ¿Para quién trabajan? ¿Por qué matar a los padres de Cynthia?

Sólo me quedan más preguntas.

CAPÍTULO 13

Cynthia

Me digo a mí misma que es la amabilidad de Adam hacia mí lo que hace que mi corazón lata tan desbocado a su alrededor. Es la delicadeza con la que me trata en comparación con el resto del mundo lo que me hace querer apoyar la cabeza sobre su pecho y cerrar los ojos. Me hace sentir segura y protegida, y quiero aferrarme a esa sensación.

Pero no puedo olvidar que atacó con saña a su propio hermano por mí, algo que hará que Jonathon se dé cuenta de que Adam fue a por su hermano para defenderme. La primera vez puede ser una casualidad. La segunda vez significa sentimientos. Se va a dar cuenta de que Adam se preocupa por mí, y lo explotará.

Miro fijamente mi portátil, sin ver.

Adam no recordaba aquel incidente. Incluso presa de la droga, pude ver su confusión y luego su conmoción cuando se lo recordé. A diferencia de Norman, que parece saberlo todo, Adam está a oscuras. O bien fue una elección deliberada por parte de su padre o tal vez realmente no lo recordaba. Una parte de mí duele al pensarlo. ¿Era yo tan insignificante para él? ¿Era mi sufrimiento tan nominal que no merecía la pena recordarlo?

Sin embargo, lo hecho, hecho está. No puedo echarle en cara el pasado. ¿Qué sentido tendría?

Nunca podré estar con Adam. No de la manera que él quiere que esté. Mientras esté atada a la familia Moore con esta deuda de sangre, Adam no puede ni pensar en darme la marca de apareamiento. Es la única cosa que será su perdición. Ya sé que nunca cederá su empresa a su padre y a su hermano, y tampoco renunciará a su posición de heredero alfa, y tampoco puedo pedirle que lo haga. Cuando me senté en su balcón hace tres noches, una parte de mí quería ir hacia él y pedirle que lo dejara todo para estar conmigo y poder ser feliz por fin.

Pero mis pies no se movían.

¿Y si no lo hacía? ¿Y si me miraba y se reía de lo ridícula que era mi idea?

Y la verdad sea dicha, no quería que lo hiciera.

Ha trabajado duro y va a ser un excelente Alfa.

Mi odio por esta manada ha empezado a desaparecer. La gente como Lydia y Maya todavía existen. Se merecen un buen Alfa. E incluso pensar en pedirle a Adam que lo deje todo por mí empieza a sonar cada vez más ridículo. ¿Cómo podría siquiera esperar que lo hiciera por alguien como yo? Especialmente cuando sé que puede que nunca consiga mi libertad.

La pantalla de mi portátil empieza a apagarse. Cuando me desperté en los brazos de Adam me di cuenta de que esta vida nunca iba a ser mía. Esta era la vida de una mujer libre para amar y confiar. Si consigo mi libertad, será a costa de Adam, y haré daño al único hombre que me ha demostrado lo que es ser querida. Y sin traicionar a Adam, nunca podré saborear la libertad.

Mientras contemplo las brillantes luces de la ciudad, se me ocurre que, por primera vez en mi vida, fui ligeramente feliz mientras estaba en brazos de Adam. Tal vez ésta era toda la felicidad que se me permitía alcanzar en esta vida. Mi propósito en la vida ha sido obedecer a Jonathon como una buena esclava, ser azotada cuando levantara su látigo, hacer lo que él quisiera, cuando él quisiera. Nunca ha habido lugar para lo que yo quería, para lo que yo deseaba.

Quiero que Adam tenga éxito.

Quiero que sea feliz.

Si le ayudo a lograr eso, entonces podría obtener mi libertad de una manera diferente. Porque Jonathon no dejará que Adam me tenga una vez que se convierta en Alfa. Antes me mataría.

Adam merece una compañera que pueda estar a su lado, alta y orgullosa, segura y perfecta. Se merece a alguien que sea capaz de amarle y confiar en él. Estoy rota. He estado así durante años. Mi decisión es la mejor.

Un golpe en la puerta me hace levantar la vista.

Entra una mujer y la reconozco.

Tina Tremblay.

He oído hablar de ella. Es la única heredera de la fortuna Tremblay. Una mujer hermosa que también es conocida por su destreza en los negocios. Ha estudiado en una de las mejores

universidades de Suiza, posee dos galerías de arte en Nueva York y es conocida por su labor social dentro de la manada.

Me sorprende verla aquí y me pongo de pie.

—Señorita Tremblay.

Ella parpadea.

—¿Nos conocemos?

—No, pero sé de usted. ¿Tiene una cita con el Sr. Moore?

—¿Está Adam? —Sus ojos se iluminan, y el afecto que veo en su mirada hace que se me retuerza el estómago.

—¿Tiene una cita? —repito.

Sonríe.

—No necesito una cita. Sólo hazle saber que estoy aquí.

Sin que mi sonrisa se refleje en mis ojos, pulso el interfono antes de ponerme el teléfono en la oreja.

—La señorita Tina Tremblay quiere verle.

Hay una ligera pausa, y entonces suena la voz de Adam:

—¿Tina está aquí? Hazla pasar.

Suena emocionado. Creo que nunca he oído a Adam sonar excitado. Mi loba se revuelve dentro de mí infelizmente.

—Puede pasar. —Saludo a la mujer con la cabeza.

Se dirige al interior y, mientras la puerta se cierra lentamente tras ella, oigo a Adam decir:

—¡Dios, te he echado de menos!

El corazón se me oprime en el pecho.

Ni cinco minutos después, aparece otra cara.

Esta vez, es el padre de Tina.

—La señorita Tremblay está dentro con él —respondo cuando se dirige hacia la puerta.

Los labios de Watson se curvan en una sonrisa mientras me mira.

—Hacen una pareja encantadora, ¿verdad? Futuro Alfa y hombre de negocios y la consumada heredera de una de las mayores fortunas de nuestra manada.

Me mira con ojos penetrantes y me doy cuenta de lo que intenta decirme. Mi sonrisa es cansada.

—Es cierto. Encajan el uno con el otro.

Parece satisfecho con mi admisión.

—El año que viene —afirma Watson—, podría haber una gran ceremonia para ellos. Tina siempre ha querido ser una novia.

—Será encantadora —acepto, aunque mi loba gruñe ante la idea.

“No es nuestro así que cállate”, lo aprieto.

Minutos después, Tina sale, Adam justo detrás de ella.

—Watson, —Parpadea—, ¿qué haces aquí?

Watson les dedica una cálida sonrisa.

—Su ayudante y yo hablábamos de la buena pareja que hacéis. Ha pasado casi un año desde la última vez que os visteis. ¿Cuándo vas a hacer de mi hija una mujer casada, Adam?

—¡Papá! —La cara de Tina se pone roja y Adam sacude la cabeza, con cara de exasperación.

Me alegro de estar sentada porque siento las piernas débiles.

No ha negado esta relación.

De repente, me acuerdo de las palabras de Maya.

—Ha habido casos en los que algunos machos se han apareado con su compañera predestinada, pero se han casado con otra.

"¿Es eso lo que Adam planeaba hacer?" musito, sintiendo como si me estuvieran pasando cuchillos por el corazón. Estoy acostumbrada al dolor, así que sé cómo sonreír a pesar de él. Veo a Watson decirle algo a la pareja, y una sonrisa vacía se queda congelada en mis labios. Finalmente vuelvo los ojos hacia mi portátil.

No tengo experiencia en lo que se refiere al amor o las relaciones, así que no sé cuál es el objetivo de Adam. Sin embargo, es obvio que se está preparando una boda, y Adam nunca me lo mencionó. De repente, todas sus palabras de amor parecen vacías. Pero mientras miro fijamente mi buzón de correo en la pantalla, me pregunto si es lo peor. Quería que estuviera con alguien con quien fuera feliz, y está claro que Tina le hace feliz.

No quiero suponer o descubrir las verdaderas intenciones de Adam conmigo. Aunque fuera falso, fue el primer pedazo de felicidad que fue mío. Quiero conservar los recuerdos que he compartido con él, cerca de mi corazón.

—...¿dice usted, Srta. Rose?

Levanto la vista y veo que todos me miran.

—¿Perdón? —Parpadeo rápidamente—. Estaba contestando un correo y no he prestado atención. ¿Me ha preguntado algo?

—¿Preguntaba si estos dos deberían ir juntos a la Gala de la Manada el sábado? —repite Watson —. Adam siempre ha ido sin acompañante. Este año, ahora que Tina está aquí, deberían ir juntos. ¿No está de acuerdo?

Siento los ojos de Adam clavados en mí, y una pequeña parte amarga de mí se pregunta si esto le divierte, si se ríe de lo humillada que me siento.

—Por supuesto. —Me obligo a sonreírle a Tina—. Además, no he oído más que cosas buenas sobre la Gala de la Manada. Es un lugar maravilloso para hacer contactos.

—Es cierto —murmura Tina, observándome, con expresión pensativa.

—Deberían ir.

—¡Está decidido, entonces! —declara Watson—. Ustedes dos irán juntos. Señorita Rose, reserve un restaurante para estos dos tortolitos para esta noche. Tienen mucho para ponerse al día.

—Por supuesto. —Empiezo a buscar restaurantes locales, cada movimiento rígido.

Es como si la agonía fuera física en este punto. Quiero vomitar.

Mi loba se ha callado dentro de mí. Puedo sentir su dolor, que es peor que la traición que siente. Intento calmarlo, pero no funciona.

Esto es lo mejor.

Lo es.

—Cynthia, ¿puedo verte en mi despacho después? —pregunta Adam de repente.

—Te acompaño. —Tina le rodea con el brazo y apoya la mejilla en su hombro.

—Se trata de un proyecto —intenta decir Adam—. Te aburrirás.

—Oh, por favor. —Ella rechaza su desanimado intento de excusa—. Estudié negocios, Adam. No soy una cabeza hueca de la que tengas que preocuparte por aburrir.

—He reservado en el Blue Lounge para usted y la señorita Tremblay. —Levanto la vista, encontrándome con los ojos de Adam, ecuánimes—. Si necesita información sobre alguno de los proyectos, se la enviaré por correo electrónico.

Adam parece frustrado, y sus ojos se entrecierran cuando me pongo de pie.

—¿A dónde vas?

—A casa —respondo con voz inexpresiva—. Son las seis.

—Tú también vienes a la gala, ¿verdad Cynthia? —preguntaTina, haciendo todo menos arrastrarse en el regazo de Adam.

—No hay nada para mí allí.

—Tonterías —interviene Watson—. Los ayudantes de Adam siempre van. Su invitación debe estar con Gerald. Digale que se la dé. Es un evento elegante, así que asegúrese de llevar un vestido y no un traje de negocios.

Le miro extrañada. ¿Está intentando restregarme por la cara la relación entre su hija y Adam?

Me ha estado lanzando miradas de suficiencia, así que tal vez.

—De acuerdo. —Mantengo mi voz firme—. Discúlpenme. Buenas noches.

No sé cómo consigo sujetar mis pertenencias o caminar hasta la escalera. Bajo los escalones a trompicones y, cuando salgo del edificio, el coche me está esperando. Con las piernas temblorosas, subo al coche y cierro los ojos.

Apoyando la cabeza en el asiento, siento cómo brotan las lágrimas, y nada de lo que hago parece detenerlas. Hay tanta angustia en mi corazón que parece que no puedo hacer más que soltarla.

—Cynthia —empieza Tony, con voz angustiada.

Le hago señas con la mano, apretando el otro puño contra mi boca para contener los sollozos. Pero salen más fuertes y dolorosos que los anteriores. Siempre he intentado no llorar delante de nadie, pero esta vez el dolor es diferente. Es como si me rompiera en pedazos y no pudiera reunirlos.

Tony se harta, detiene el coche en un aparcamiento vacío y se sienta en el asiento trasero. Intento apartarlo, pero él me abraza con más fuerza. Después de unos segundos, me rindo y dejo que me estreche entre sus brazos. En lugar de eso, lloro como una niña rota. Tony me deja llorar.

No es la primera vez que me consuela. Cuando era joven y creía que podía confiar en él, solía ir a llorarle. Sus abrazos siempre eran cálidos y reconfortantes. Ahora no es diferente.

En algún momento, los sollozos se convierten en mocos, y luego en un profundo entumecimiento.

—¿Quieres comer algo? —pregunta amablemente.

Me trata de forma diferente desde que Maya entró en su vida. O tal vez siempre ha sido amable conmigo y yo simplemente no confiaba en él. Me mira, expectante.

—¿Por qué finges que te importa? —Me limpio los ojos y él suspira.

—Te conozco desde que apenas me llegabas a la rodilla, Cynthia. —Tony me acaricia el pelo, haciendo que me tiemblen los labios y me ardan los ojos—. Sé que crees que soy tu enemigo, pero no lo soy. Sólo he intentado protegerte. Ahora, responde a mi pregunta. ¿Quieres comer algo?

—No —murmuro con voz ronca.

Vuelve a suspirar, pero en lugar de llevarme a casa, nos lleva a un restaurante tailandés y me compra comida para llevar. También me compra un helado, pero ni una sola vez me pregunta qué ha pasado. Y me alegro. No sabría por dónde empezar.

Cuando llegamos a mi apartamento, me acompaña hasta la puerta y, una vez dentro, me dice: —La próxima vez que te haga llorar, dímelo allí mismo. Lo mandaré a la mierda. —Me da una palmadita en la cabeza y añade—: Eres una chica fuerte, ¿me oyes? Y eres una buena chica. No tiene derecho a hacerte llorar. Le retorceré las pelotas.

Me lloran los ojos, pero me limito a resoplar y asentir.

Se detiene un momento antes de mirarme a los ojos.

—Si necesitas algo, dímelo. Si necesitas a Maya, se lo pediré y te la traeré.

—Estoy bien. —Me limpio los ojos.

Cuando se va, respiro un poco.

—Puedes hacerlo —me susurro, deseando que cada respiración no sea tan dolorosa. Pero cuando me dirijo al baño y miro mi reflejo, me pregunto por qué Adam me ha engañado. Aunque yo fuera su compañera predestinada, podría haberme dicho la verdad. Estaba enamorado de otra mujer, una mujer mejor. Yo no habría dicho nada. Este mundo hace tiempo que me enseñó mi lugar en él. Sé que no debo aspirar a cosas que nunca podré tener.

Pero incluso bajo este dolor hay comprensión.

Por supuesto, él querría a Tina. Era perfecta para él.

Aún resuena en mis oídos el alivio en su voz cuando dijo "*¡Dios, te he echado de menos!”*.

Pero no puedo odiarle. No puedo enfadarme con él. Ojalá pudiera darle un rodillazo en la entrepierna como Tony se ofreció a hacer. Me arden los ojos y me echo agua en la cara. Todas esas caricias, esas palabras suaves, la protección, no podían ser todo mentiras. ¿No?

No lo sé, pero sé que me ha engañado, y eso significa que no es digno de confianza. Sin embargo, sigue siendo un mal menor que el resto de la familia, así que le daré eso.

—De acuerdo. —Me doy una palmada en las mejillas, lanzándome la mirada más severa que puedo reunir en este momento— No vas a llorar más. Seguirás con tu plan. Ayúdale a convertirse en Alfa y luego... —Mi voz se entrecorta y mis ojos se endurecen al sentir cómo tiembla mi corazón—. Entonces libérate. Te mereces un descanso después de todo.

Al salir del baño, cojo el teléfono y llamo a Maya. Descuelga al segundo timbrazo y le digo: —Necesito ayuda con un vestido.

*****

Los días que faltan para la Gala son tensos para mí.

Tina viene todos los días, y Adam y ella van a comer y a cenar. Ella está en la oficina antes que yo y se va con Adam, probablemente a su apartamento. Odio lo amable que es conmigo, hace que sea muy difícil odiarla. Adam, por otro lado, parece feliz y angustiado a la vez. Me pregunto si le preocupa que le diga algo a Tina. No soy estúpida.

Tengo que hacerle reservas. Watson aparece durante mi hora de comer, diciéndome que reserve en este restaurante y en aquel otro para la feliz pareja, además de enviar flores a su hija. Adam no le detiene, y cada vez que se limita a sonreír y asentir con la cabeza muere un pedacito de mí.

Mientras Maya cose el dobladillo de mi vestido unas horas antes de la Gala, se queja:

—Tony dijo que te compraría un vestido. ¿Por qué no lo aceptaste? Él y yo vimos una cosa preciosa azul noche...

—Puedo arreglármelas con este vestido. —Le sonrío.

Es el vestido con el que conocí a Adam. No lo llevo para refrescar su memoria. Simplemente no tengo nada más que ponerme.

—Pero esto se ve desigual, no importa lo que le haga —se queja Maya—. Esto es muy molesto.

Si te pones el vestido tal como está, pareces una puta. Una puta sexy, pero una puta. Pero si le añades una cola, parece que alguien la ha cosido en el último momento, que es exactamente lo que está pasando.

Me meto otra cucharada de helado en la boca.

—No voy allí para estar guapa. Sólo tengo que ir allí para hacer acto de presencia.

Se abre la puerta principal y Maya levanta inmediatamente la vista.

—Tony, ¿has traído el pollo frito?

Tony entra con dos grandes contenedores de comida en una mano y una gran caja rectangular en la otra.

—Esto estaba delante de tu puerta. —Coloca la caja sobre la mesita.

Maya abandona la cola negra que está cosiendo y se apresura a acercarse a la caja.

—Esto parece elegante, Cynthia.

Me levanto y abro la caja.

Es un vestido.

Un vestido rojo rubí con reflejos plateados e intrincados bordados. Es sencillo y elegante a la vez.

—Aquí también hay zapatos. Y joyas. —dice Maya con la voz entrecortada.

La expresión de Tony es dura, pero no dice nada.

—¿Quieres llevar esto?

Conozco este vestido. Lo vi en una de las tiendas que visité con Adam.

Y sé que ha sido él quien lo ha enviado.

Aprieto los labios formando una fina línea.

—No.

CAPÍTULO 14

Cynthia

No quería llevar el vestido.

Estaba bien con el vestido negro.

Pero entonces Maya tropezó "accidentalmente" con la cola y se le enganchó en las tijeras, y por eso ahora tengo que quedarme en la parte de atrás del salón de baile, enfurruñada, con un bonito vestido rojo que en realidad me gusta y que aun así no quiero ponerme.

Tengo una copa de champán en la mano, con la que me toco los labios cada dos minutos para fingir que estoy bebiendo. Nunca he estado en una de estas cosas, pero veo muchas caras que reconozco. Sin embargo, no quiero acercarme a ellas. No quiero entablar ninguna conversación trivial. Sólo quiero quedarme una hora más hasta que me haya visto suficiente gente y luego volver a casa.

Sin embargo, no tengo tanta suerte.

Uno de los directores generales de una empresa local de nuestra zona me ve y me hace señas para que me acerque. He trabajado directamente con este hombre y me presenta a sus compañeros. Una vez en el centro del salón de baile, inevitablemente tengo que socializar. Cada vez más gente con la que he trabajado y con la que estoy al lado viene a saludarme y a hablar de cosas. Me entero de que KDL Foods ha perdido un par de clientes que también son empresarios desde que me fui. Algunos de los clientes y proveedores expresan su disconformidad con el nuevo enlace con el que han tenido que trabajar, y eso me hace sentir ligeramente mejor.

Sin embargo, eso no significa que me sienta completamente cómoda en este entorno. Normalmente, me enfrento a estos hombres en salas de juntas y reuniones, y ahora tengo que hacer cháchara. En cuanto se enteran de que trabajo como asistente, recibo numerosas ofertas de trabajo que no sé si tomar en serio o no. Me entregan varias tarjetas de visita con sonrisas reservadas y ofertas para concertar una reunión.

El pequeño bolso que Maya me hizo llevar está cargado de tarjetas de visita.

Pasa una hora más o menos antes de que consiga retirarme a un rincón de la habitación.

Cierro los ojos y suelto un suspiro.

Demasiadas personas con las que he trabajado me han presentado a sus hijos solteros. Apenas puedo con el único hombre que parece que tengo en mi vida. ¿Qué se supone que debo hacer con tantos?

—Parece que te vendría bien un trago —me dice una voz vagamente familiar que me hace abrir los ojos.

El hombre que tengo delante me tiende una copa de vino con zumo de manzana. Mis ojos se detienen en la cicatriz que tiene a un lado de la cara.

—Te conozco —murmuro, aceptando el vaso—. Aquel día en el vestíbulo hace unas semanas...

—Estabas a punto de caerte cuando te cogí. —Me sonríe antes de tenderme la mano—. Soy Robert, por cierto.

—Cynthia. —Le doy la mano—. ¿De dónde has sacado el zumo? Pensé que sólo servían alcohol en esta fiesta.

—Soborné a uno de los camareros. —Robert me guiña un ojo.

—¡Qué bien! —Me río en voz baja, dando un sorbo al zumo de manzana.

Nos quedamos un rato en un cómodo silencio y entonces le miro.

—¿De quién te escondes?

—Me han invitado como huésped. —Suspira—. No me gustan las funciones tan grandes.

—Lo mismo digo —murmuro—. Haría cualquier cosa por volver a casa en pijama.

Sonríe.

—Bueno, oye, tenemos algo en común.

Es muy fácil hablar con él. Veo que su sonrisa se desvanece un momento después, cuando un grupo de mujeres jóvenes pasa a nuestro lado. Una de las mujeres tose en la mano, riéndose. —

Mira, ha venido Frankenstein.

Cuando pasa a mi lado, presiono con el tacón la cola de su vestido. Un agudo sonido de desgarro la hace jadear. Inmediatamente me tapo la boca, fingiendo sorpresa.

—¡Oh, no! ¿He sido yo?

La chica me lanza una mirada de odio antes de salir corriendo a comprobar los daños.

—Eso debería mantenerla ocupada —murmuro, tomando otro sorbo.

—Eso sí que ha sido mezquino. —Robert se ríe—. ¿Y si terminas rasgando todo su vestido?

—Qué pena —suspiro—. Habría sido una excusa para irnos.

—¿Qué vas a hacer? —Me sonríe—. ¿Rasgarle el vestido a todas las mujeres de aquí cuando hagan un comentario desagradable sobre mi cara?

—No tengo tanto tiempo libre —comento—. Siempre puedes compartir la carga.

Su risa es encantadora.

Al sentir un par de ojos clavados en un lado de mi cara, miro a mi izquierda y veo a Adam y a Tina juntos a cierta distancia. La mano de Adam está en la parte baja de la espalda de Tina, que se inclina hacia él.

—Hacen buena pareja —murmuro, con tono triste.

—¿Quién? —Robert sigue mi línea de visión—. ¿Ellos? No. Ella se esfuerza demasiado. No veo la química.

—Encajan bien juntos —discrepo, sabiendo que, aunque cada palabra que sale de mi boca me hace daño, si no afronto la realidad, nunca la superaré.

—¿Estás ciega? —Robert los mira—. Se mezclan como el aceite y el agua. Yo no lo veo.

—Bueno, están juntos, ¿no? —exijo, molesta ahora por la persistencia de este hombre en no dejarme morar en mi miseria—. ¿Necesitas verlos besarse para ver lo que yo veo?

—Meh. —Robert hace una mueca—. Tú y yo también estamos juntos. No significa que seamos

nada.

—La está sujetando...

—¿Así? —Robert me rodea la cintura con el brazo. No me toca, pero coloca el brazo de tal manera que produce ese efecto en los espectadores.

—Qué mono, —Estrecho la mirada—, ahora apártate antes de que te rompa el pie con el tacón.

Sonriendo, levanta las manos y se aleja.

—Uh-oh —murmura—, creo que hemos molestado a alguien.

Miro para ver de quién está hablando cuando veo a Adam mirándonos con el ceño fruncido. Giro la cabeza y digo fríamente:

—Ignóralo. Quizá esté celoso de tu corbata.

Robert se pasa la corbata por los dedos, con una extraña sonrisa en la cara.

—¿Tú crees? Tenía la opción de una con muñequitos de nieve, pero me dieron esta. Me pareció extravagante. Probablemente animaría el ambiente aquí.

Adam sigue mirándonos como un puñal y me apresuro a decir:

—Necesito un poco de aire fresco. Voy a salir.

—La terraza de ese lado de la sala debería estar bastante vacía —señala Robert—. Vamos. A mí también me vendría bien un poco de aire fresco. Este lugar es sofocante, y estoy seguro de que alguien se tiró un pedo aquí.

Suelto una risita y le sigo.

Para mi sorpresa, la terraza está completamente vacía, probablemente por el frío que hace fuera. Robert me cubre con su chaqueta y me siento turbada por el gesto. Como yo, él también tiene defectos. No considero que su cicatriz sea un defecto, pero a los ojos de la manada, los metamorfos no deben tener ninguna debilidad física.

—Algunos de los que están ahí son unos buitres. —Robert se estremece.

—Tengo muchas ofertas de trabajo. —Sonrío, sintiéndome un poco engreída—. No sé si lo decían en serio o no, pero puede que les eche un vistazo.

—¿En serio? —Parece sorprendido—. ¿Cuántas?

Cuento mentalmente.

—Once. Uno se ha ofrecido a hacerme un juramento de sangre para no despedirme nunca. Me ha parecido mono.

Robert me mira de reojo.

—Tienes una extraña definición de mono.

Le lanzo una mirada y mantengo mi voz cuidadosamente informal.

—¿Los juramentos de sangre y las deudas de sangre son lo mismo?

Frunce el ceño, pensativo, apoyando los antebrazos en la barandilla.

—No. No lo creo. Mueres horriblemente si rompes ambos, pero definitivamente no son lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunto.

Me lanza una mirada.

—¿Por qué tienes curiosidad? No estarás considerando ese trabajo, ¿verdad?

—No. —Me encojo de hombros—. Nunca he oído hablar de eso, así que tenía curiosidad.

—Hmm, bueno, un juramento de sangre es lo que el nombre sugiere. Haces un juramento y sellas el trato con tu sangre. Son bastante comunes, pero suelen darse dentro de las familias. Las deudas de sangre son diferentes. Son una práctica más arcaica. Por ejemplo, si alguien de mi familia mató a alguien de tu familia, la familia de la víctima puede exigir una deuda de sangre. Pueden pedir que el asesino les sea entregado. Es como un vínculo de esclavitud, magia de sangre. Antiguamente, estas deudas de sangre solían acabar con el culpable brutalmente asesinado en un año o así, tras suficiente tortura.

—¿Siempre se entregaba el asesino? —presiono.

—Bueno, no siempre. Digamos que el asesino era el cabeza de familia o alguien demasiado joven. Entonces otro miembro de la familia ocuparía su lugar. Lo mataban o se casaba con la familia de la víctima. La vida no era buena para el que cargaba con la deuda de sangre, pero era lo que había.

—Eso suena duro —murmuro—. Entonces, ¿no hay manera de romper la deuda de sangre?

—Claro. —Robert sonríe—. Si quieres que tu sangre se convierta en ácido y tenga una muerte lenta y agonizante.

—Me refería a escapar de la deuda de sangre. —Pongo los ojos en blanco, intentando actuar con naturalidad.

—¿Quieres decir, sin morir o ser liberado de ella? —me pregunta Robert.

Asiento con la cabeza.

Se lo piensa y, al cabo de un minuto, dice:

—Bueno, recuerdo haber leído sobre un caso en el que un anciano fue liberado de la deuda de sangre. Su corazón se paró durante cinco minutos mientras le torturaban. Le reanimaron y, cuando despertó, su deuda de sangre había desaparecido. Era un hombre libre. Lo mataron de todos modos porque aún no se habían vengado, pero es el único caso registrado de alguien que haya conseguido liberarse de una deuda de sangre.

—¿Quieres decir que ha habido otros?

Se encoge de hombros.

—Se oyen cosas, sobre todo rumores, pero siempre la misma historia. El corazón se para durante cinco minutos y son libres. Aunque es un juego peligroso. No importa. Las deudas de sangre son raras ahora y están muy mal vistas. Si alguien quiere contraer una deuda de sangre, el Alfa de la manada tiene que decidir si sigue adelante o no. Sobre todo porque las deudas de sangre se pueden llevar a través de generaciones, es aún más mal visto.

—¿Qué quieres decir? —pregunto alarmada.

—Bueno —Robert parece estar disfrutando en este momento—, si una hembra que está atada a una deuda de sangre da a luz a un niño, la deuda de sangre se extiende al niño también. Como he

dicho, inhumano. Hay una razón por la que está tan mal visto.

Se me seca la boca.

—Bueno —consigo decir, apartando la mirada de él—, eso sí que parece problemático.

—Claro, es una forma de decirlo. —Robert sonríe, oscuramente divertido.

—¿Crees que la gente intenta suicidarse para librarse de una deuda de sangre? ¿O intenta detener su corazón?

Le observo dar un sorbo a su bebida y murmura:

—Yo no diría que es una decisión inteligente, pero quizá sí. Cada vez se registran menos casos de deudas de sangre en las últimas décadas. Pero intentar pararte el corazón sería peligroso.

Mi voz es suave.

—Uno debe estar desesperado por escapar de ese lazo entonces.

Me mira, pero antes de que pueda decir nada, oímos un ligero alboroto en el interior. Rápidamente entramos en el salón de baile.

—¿No es ese tu Alfa? —pregunta Robert mientras veo a Jonathon subirse a un podio en el otro extremo de la enorme sala.

—Sí —murmuro—. ¿Qué está haciendo?

—Damas y caballeros —comienza Jonathon—, la Gala de este año estará marcada por un anuncio importante. Este año, he decidido anunciar al próximo futuro líder de esta manada, el próximo Alfa a quien pasaré la antorcha. ¡Mi hijo menor, Norman Moore!

Contemplo la escena que se desarrolla ante mí, boquiabierta.

¿Ha perdido Jonathon por fin la cabeza?

Se hace el silencio en el salón de baile, ni una sola persona muestra entusiasmo por su declaración. Finalmente, Watson rompe el silencio.

—Esto es inaceptable, Jonathon. Adam ya es el siguiente Alfa en formación. Es el siguiente en la

línea. El hijo mayor hereda el puesto. Así es como se hace.

—Bueno, que las cosas se hicieran de una determinada manera hace años —argumenta Jonathon —, no significa que tengamos que seguir haciéndolas igual para siempre. Como tu actual Alfa, creo que Norman es más adecuado para este puesto que el sucesor anterior.

—¿Norman? —Otro funcionario habla indignado—. ¿Te das cuenta de que tu hijo es violento, Jonathon? Le han pillado varias veces abusando de mujeres de la manada. De hecho, siempre ha sido una hembra en particular.

Sin pensarlo, me agarro al brazo de Robert, sintiéndome mal del estómago.

—Quiero salir de aquí.

No se detiene a preguntar, simplemente me ayuda a llegar a la entrada del salón de baile.

Puedo oír la disensión que se forma entre la gente. Norman se ha forjado una reputación y Jonathon hará trizas la mía para encumbrar a su hijo. Puedo oír mi nombre en su lengua mientras dice algo, y me muevo más rápido.

—¿Seguro que no vas a culpar a una hembra de la manada por el abuso que tu hijo ha ejercido sobre ella, padre? —La voz de Adam hace que me quede inmóvil y mire hacia él. Su expresión es oscura cuando se encuentra con la mirada furiosa de Jonathon—. ¿Intentas devolver a esta manada a la época medieval, en la que cualquier violencia doméstica dentro de una familia se achaca a la mujer? He visto pruebas en vídeo de Norman atacando a tu propia ayudante mientras se recuperaba en la enfermería. De hecho, ambos estábamos allí cuando la rescaté. Mi hermano menor es violento e inestable, ¡y no puedo permitir que una persona así esté al mando de esta manada!

—¿Qué vídeo? —Jonathon levanta una ceja, y lo sé. Sé que se ha asegurado de que todas las imágenes de Norman dándome patadas y pegándome han sido eliminadas—. Si puedes encontrar alguna, estaré encantado de revocar mi decisión.

—Lo siento, Jonathon, —dice Watson con severidad—, pero aunque ciertamente puedes nombrar a tu sucesor, la decisión es en última instancia de la manada. Todos hemos visto los esfuerzos y el trabajo de Adam, pero Norman no tiene nada que enseñar.

—Entonces puedes poner a prueba a los dos. —Jonathon no parece perturbado, y esto no me

gusta—. El proyecto de los suburbios lleva años en marcha. Nadie ha conseguido hacer nada por la parte baja de la ciudad, donde nuestra comunidad vive bastante mal. Se han hecho esfuerzos para lograr un cambio, pero nada ha tenido éxito. Dejemos que los dos ideen y apliquen una estrategia. Esto pondrá en uso todas las habilidades que estos dos tienen, y nos ayudará a decidir quién es el legítimo Alfa.

Los murmullos aumentan en el salón de baile y mis dedos se clavan en el brazo de Robert cuando me doy cuenta de que los oficiales de la manada se lo están planteando.

—Creo que es aceptable —dice finalmente uno de ellos.

—Estoy de acuerdo.

—De acuerdo.

Las voces de los funcionarios resuenan en el salón de baile y suelto a Robert, saliendo a tropezones de la habitación, con la respiración agitada.

¿Qué está haciendo? Si Norman gana la aprobación de los funcionarios de la manada, entonces no necesita adquirir la empresa de Adam.

Y para que Jonathon sea tan confiado cuando se trata de su hijo menor, definitivamente está pasando algo.

Antes de que pueda formarme un segundo pensamiento, algo pesado me golpea la nuca y, mientras caigo inconsciente, lo último que recuerdo es la voz de Norman riéndose.

CAPÍTULO 15

Cynthia

Cuando vuelvo en mí, siento como si mi cabeza estuviera rellena de algodón, con la lengua espesa y pesada en la boca.

—...preocúpate por eso. Papá sabe lo que hace.

¡Es la voz de Norman!

Todo mi cuerpo se pone rígido al oír su voz y siento que la confusión de mi cabeza se desvanece, empujada por el miedo y la conmoción. Cierro los ojos y me examino las manos y los pies. Tengo las muñecas atadas, pero los pies están libres. Estoy tumbada sobre algo blando. Parece una cama. Me duele mucho la cabeza, como si alguien me hubiera golpeado.

La repentina brisa en mis piernas me eriza la piel.

¿Dónde está mi ropa? ¿Por qué estoy desnuda?

Norman sigue hablando, sin darse cuenta de que he recuperado el conocimiento. Parece estar hablando por teléfono con alguien.

—Papá ya se encargó de todo. Ya sabes cómo es esa gente. Dales un poco de dinero y venderán a sus propios hijos. En última instancia, es su opinión la que se tendrá en cuenta, y papá les ha pagado a todos. Los que no estaban de acuerdo, bueno...

Más risas de Norman.

—Se han ocupado de ellos. Como he dicho, papá sabía lo que hacía. Estos viejos pedorros harán todo lo posible por no cambiar sus tradiciones centenarias, pero una vez que la basura de la barriada acepte el plan que papá ha preparado, no tendrán más remedio que aceptarme.

Estoy desnuda en una habitación con Norman. Intentando mantener la compostura, evalúo los daños. Aún no parece que me haya hecho nada. Me cuesta mantener la respiración uniforme y lenta mientras los engranajes de mi cerebro trabajan horas extras y escucho su conversación.

Habla del anuncio que ha hecho su padre. Sabía que tenía que haber gato encerrado. Así que todo esto es una trampa. Tengo que decírselo a Adam.

Pero primero, tengo que salir de estas ataduras, encontrar mi ropa y alejarme de Norman.

Estoy tumbada de lado, con los brazos atados ante mí. La voz de Norman viene de detrás de mí, así que existe la posibilidad de que no me vea hacer nada. Me arriesgo y abro los ojos. Reconozco dónde estoy por el diseño de los paneles de la pared. Es una de las salas del hotel donde se celebra la Gala. Todavía debe de estar celebrándose. Probablemente me dejó inconsciente y me trajo hasta aquí.

Tengo las muñecas atadas contra el pecho, saco una garra y empiezo a cortar la cuerda, poco a poco.

Al oír crujir la cama, se me hiela la sangre e inmediatamente cierro los ojos y finjo estar inconsciente. Norman me levanta un mechón de pelo, jugando con él.

—¿Venís o qué? Está toda atada como un pavo de Navidad.

¿Qué? Es casi imposible mantener mis latidos estables ahora. ¿De qué está hablando Norman?

—Consideradla mi regalo para vosotros —se ríe Norman—. Quiero ser el primero, pero luego podéis turnaros. Ya he preparado las cámaras.

Hundo los dientes en la lengua, el miedo enfermizo me invade. ¿Qué habrá planeado Norman para mí?

La cama vuelve a crujir cuando se levanta.

—Mi hermano se ha encaprichado con ella. Por eso papá se la envió. A Adam le gustan las damiselas en apuros. Papá probablemente pensó que se la follaría en una semana. Pero conozco a Cynthia. La perra es una mojigata, hasta la médula. Puedo apostar la mitad de mi cuenta bancaria a que nunca ha dejado que ningún hombre la toque. Papá se aseguró de que no lo hiciera. Estaba planeando reproducirla como a un caballo. Al parecer, su hijo también estaría atado a nosotros entonces. Espero que sea una niña. Sería divertido.

Quiero vomitar en mi boca.

—Oh, él sabía que nunca adquiriríamos la compañía. Una vez que sea Alfa, inventaré algo y le

quitaré todo a ese bastardo arrogante. Me llevé a su mujer, ¿no? Una vez que tenga grabaciones de ella siendo follada por un grupo de hombres, será un espectáculo. ¡Me apuñaló por esta puta!

Corto de un tajo el último trozo de cuerda y mis ojos se mueven en busca de un arma.

—Es la tercera puerta a la derecha una vez que sales del ascensor. —Norman se dirige a la puerta —. Te espero en el pasillo. ¿Están todos contigo?

En cuanto cierra la puerta, me muevo.

Mi vestido está tirado en el suelo y, cuando me apresuro a recogerlo, veo que se ha desgarrado salvajemente. Sólo puedo sujetarlo a mi cuerpo desnudo para cubrirme. En el otro extremo de la habitación hay un hogar y, junto a él, una larga barra de hierro, enroscada en un extremo, apoyada en la chimenea. La cojo junto con mi bolso. Oigo a Norman al teléfono.

Respiro rápidamente para armarme de valor y abro la puerta de un tirón. Norman se da la vuelta y, mientras sus ojos se abren de par en par, hago caer la barra de hierro sobre su cabeza. Utilizando toda mi fuerza, le golpeo con ella un par de veces hasta que cae. Entonces, recojo el vestido, que se ha caído al suelo, lo sujeto contra mi pecho y empiezo a correr. Oigo pasos y gritos.

Al mirar por encima de mi hombro, veo a un grupo de hombres que reconozco como amigos de Norman. Dos de ellos están agazapados a su lado mientras el resto corre tras de mí. Sé exactamente lo que me van a hacer cuando me alcancen y corro a toda prisa. Utilizo las escaleras y tropiezo con el vestido que llevo para cubrirme, con la mente en blanco por el miedo. Tropiezo con el suelo, intento levantarme y no lo consigo; mi tobillo izquierdo grita de dolor. Lo intento de nuevo, y esta vez un brazo me agarra y me levanta.

Sé quién es antes de levantar la vista.

Adam me coge en brazos y entra en el pasillo de al lado. No puedo decir nada porque abre una puerta y la cierra de golpe.

Siento todo el cuerpo helado.

—Cynthia. —Adam me deja en la cama, se quita la chaqueta y me cubre con ella.

No respondo, incapaz de hablar. Mis manos tiemblan cuando él las toma entre las suyas.

—Cynthia.

Le miro, pero tengo la boca seca. Siento que el corazón se me va a salir del pecho de tanto latir. La realidad de lo que estaba a punto de ocurrirme por fin se está asentando. Las lágrimas que caen de mis ojos son inútiles, pero no puedo detenerlas. Gotean una tras otra, pero no se me escapa ni un sonido.

Adam me coge en brazos, con la preocupación y el miedo reflejados en el rostro.

—Estás bien. Estás bien. Te tengo. No te iba a pasar nada. Iba a por ti.

Sus labios me aprietan la frente, sus brazos me rodean con fuerza. Quizá sea eso lo que permite que mi cuerpo se relaje, o quizá sea que Adam me habría salvado.

—N-Norman —consigo pronunciar por fin—, me quitó la ropa. Me ató. Sus amigos iban a... —Las palabras se me atascan en la garganta—. Iba a dejar que sus amigos... a mí. Él...

Adam me aparta los mechones de pelo de la cara, con voz suave.

—Te traeré su cabeza.

Me doy cuenta de que lo dice en serio cuando se pone en pie, con las garras desenvainadas, y empieza a dar zancadas hacia la puerta.

—¡No! —Me lanzo hacia él, tropiezo con mi tobillo lesionado y casi me caigo de bruces contra el suelo. Pero él me atrapa antes de que pueda hacerlo.

—Vuelve a sentarte —ordena—. Ahora vuelvo.

—¡No vas a ir! —Le alzo la voz, el miedo por él hace a un lado mi propio trauma.— ¡Tiene al menos diez personas con él! Te va a matar.

—No soy tan fácil de tumbar en una pelea —dice Adam, su voz oscura—. Quédate aquí.

—¡No! —Clavo mis garras en su camisa—. ¡Deja de ser idiota y piensa con tu cerebro! Te quiere muerto. ¡No le ayudes a hacerlo! ¡Estaré bien! Lo estaré. —Repito las últimas palabras, sobre todo para mí—. Voy a estar bien. —Me humedezco los labios—. Necesito ropa, algo que ponerme, por favor.

Adam me estudia.

—De acuerdo. No me voy.

Entra en la otra habitación de la suite para hacer una llamada y yo me miro el pie herido.

Jonathon me envió a Adam para convertirme en su debilidad. Él pretendía que yo diera a luz a un niño, muy probablemente al hijo de Adam.

Una lenta semilla de duda se forma en mi interior. ¿Sabía Jonathon que Adam y yo somos compañeros predestinados? Maya me dijo que las hembras cambiantes sólo pueden quedar embarazadas si están apareadas. Así que, para conseguir un hijo de mí, tendría que haberme emparejado con alguien. ¿Y si Jonathon había planeado aparearme con Adam y usar al niño que naciera de nosotros contra su hijo? Su propio nieto sería un esclavo.

Me ciño aún más la chaqueta. No sé por qué, pero cuanto más lo pienso, más probable me parece. ¿Por qué otra razón me enviaría así a la oficina de Adam? Debía saber algo, de lo contrario enviarme fue una elección muy aleatoria. Me duele el cerebro mientras intento ordenar todo esto en mi cabeza.

Pero lo que sí sé con certeza es que Jonathon me manipuló. Nunca tuvo la intención de darme mi libertad. Todo era una mentira. Sus planes para mí eran peores que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Ahora, ¿dónde me deja esto? Mis ojos están fijos en el suelo. Ataqué a Norman. Jonathon no va a dejarme libre de esto. El terror que crece dentro de mí es tan feroz que me cuesta tomar aire. No puedo ni pensar en lo que me hará, hiperventilo si pienso en ello.

No hay lugar donde esconderme.

Tengo que asegurarme de que Adam se convierta en el alfa. Tengo que apostar por él. Él me liberará de mi deuda de sangre. Estoy segura de que lo hará. Tengo pruebas de ello. Si se las muestro, tal vez me libere y pueda irme. Él y Tina pueden estar juntos, y yo me iré a alguna parte. Viajaré, dejaré esta ciudad y respiraré por primera vez. Puede que no tenga a Adam, pero tendré mi libertad. Puedo vivir con eso.

Me arden los ojos.

Tengo tantas ganas de ser libre que puedo saborearlo en la lengua.

Tengo que decirle a Adam lo que Jonathon ha planeado para él. Tengo que hacer algo.

La puerta se abre y alzo la vista para ver entrar a Robert.

—¿Tú? —balbuceo, agarrándome la chaqueta con más fuerza—. ¿Qué haces aquí?

En ese momento sale Adam. En cuanto ve a Robert, se acerca a grandes zancadas, coge una manta y me envuelve en ella, con los labios desencajados en un gruñido.

—¿Puedes llamar a la puta puerta?

Robert le sonríe.

—Perdona. ¿Qué pasa aquí?

Adam se pone delante de mí, como para bloquearme de la línea de visión de Robert.

—¿Lo has hecho?

—Tengo la grabación. —Robert muestra un pendrive—. Y hubo un fallo en las cámaras de CCTV apenas un minuto después. Todos sus discos duros fueron borrados.

—¿Y los amigos de Norman?

—Han llevado a Norman al sanador. —Robert me mira, divertido—. Le has hecho un verdadero numerito. Y no te preocupes, tengo a diez personas en el salón de baile dispuestas a jurar que has estado hablando con ellas durante la última hora.

Miro entre Robert y Adam.

—No lo entiendo. ¿Os conocéis?

—Robert es el alfa de otra manada de la zona —dice Adam.

Miro al hombre de las cicatrices que me dedica una sonrisa tímida.

—¿Así que sabías quién era cuando te acercaste a mí?

—Culpable de los cargos. Adam quería que te vigilara.

—Ya veo —murmuro, sintiendo una punzada en el pecho.

Adam no confiaba en mí.

Es una bofetada en la cara, y bajo la mirada a mis manos.

Realmente no puedo tener un respiro, ¿verdad?

Enrosco mis dedos entre sí, un pesado cansancio se filtra en mi alma.

—Me preocupaba que Jonathon o Norman te acorralaran —dice Adam, como si leyera mis pensamientos.

—Comprendo.

¿Qué puedo decir? No puedo enfadarme con él. No tengo ese derecho. Tiene todo el derecho a no confiar en mí. Pero me gustaría poder desaparecer. Estoy tan cansada de todo esto, de todo. Sólo quiero cerrar los ojos y no despertar nunca.

—¿Cynthia? —Hay un toque de alarma en la voz de Adam.

—¿Me puedes dar algo de ropa? —pregunto en voz baja—. Me gustaría tener algo para cubrirme.

—Mi ayudante está en ello —responde Robert, y yo evito su mirada.

Es obvio para mí que los dos están en buenos términos y Robert es consciente de lo que está pasando en la manada. Por eso no dudo en decirle a Adam:

—Jonathon te está tendiendo una trampa. Ha sobornado a la gente que vive en los barrios bajos. A los que no querían seguir con su plan, les ha hecho algo. Escuché a Norman en el teléfono. Ha estado trabajando en este plan por un tiempo. Todo eso de querer adquirir tu empresa era sólo una distracción.

Los ojos de Adam se entrecierran.

—¿Has oído a Norman decir todo esto?

—Pensaba que estaba inconsciente.

Adam frunce el ceño.

—Esto no es bueno. Si ya tiene todo su plan en marcha, no vamos a poder hacer mucho.

—¿Y si encuentras algo incriminatorio contra Norman? —sugiere Robert—. Antes incluso de que lleguen a anunciar cuál es su plan para la rehabilitación de los barrios bajos, aporreas a los funcionarios de la manada con algo que les parecería imperdonable, ya que claramente estaban indecisos sobre todo el asunto de las acusaciones de abusos.

—Su teléfono —digo de repente—. Se compró un teléfono nuevo, el segundo, hace unos años. Es una cosita negra. Parece muy básico, pero es increíblemente difícil desbloquearlo si no conoces el código. Jonathon estaba tratando de enderezarlo o algo así, y comenzó a monitorear toda su actividad en línea que es cuando consiguió el teléfono. Es muy protector con él. Si hay algo sucio sobre él, estará en ese teléfono.

—¿Cómo lo conseguimos?

—Puedo conseguirlo. —Les miro a los dos.

—¡Por supuesto que no! —dice Adam—. ¡No vas a ir a ninguna parte cerca de Norman! No después de lo que te ha hecho.

—¿Tienes otra manera de conseguir ese teléfono? —Le lanzo una mirada cortante—. Después de lo que le ha pasado a Norman, Jonathon me va a llamar a él, y entonces podré...

—No —gruñe Adam—. Eso es definitivo.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, Adam! —Me pongo de pie, furiosa—. Esta es la única manera. ¿Y a ti qué te importa lo que me pase? Tienes a Tina, ¿recuerdas? —Él palidece y yo sonrío enseñándole los dientes—. ¿Ves? Ni siquiera un atisbo de negación.

Robert suelta un silbido incómodo.

—Esto parece una conversación privada. Esperaré afuera a que Harry traiga la ropa.

No le impido irse, y Adam tampoco.

—Si tanto te molesta —replica Adam—, ¿por qué te empeñabas en reservarnos citas románticas y comprarle regalos de mi parte? ¿Por qué no le dijiste nada?

—¿Por qué debería decir algo? —le respondo—. Tú eras quien me hacía falsas promesas. Si ya

tenías a alguien en tu vida, ¿qué necesidad había de intentar convencerme de que estuviera contigo? Aunque supieras que yo era tu compañera predestinada, está claro que amas a Tina. Una vez que te aparees con ella, será como si yo nunca hubiera existido.

—No sabes de lo que estás hablando —dice Adam, con cara de cabreo.

—¿Ah, no? —me burlo—. Seamos realistas, Adam. Me viste como una oportunidad para usarme contra tu padre, como él estaba haciendo. Pensaste en la pobre maltratada de Cynthia. Nadie la quiere. Está sola. Le mostraré un poco de afecto y ella soltará todos los secretos de mi padre.

—Nunca he…

—No pasa nada. —La ira se desvanece casi tan pronto como asoma la cabeza y miro al hombre que tengo delante. Mi corazón se siente agotado ahora.— No pasa nada. Lo entiendo.

Me paso las manos por la cara y vuelvo a hundirme en la cama.

—Quieres convertirte en Alfa. Eres ambicioso.

—Te equivocas, Cynthia.

Pero sé que no.

—Puede que sea ingenua en muchas cosas, Adam. —Le miro, con el tobillo palpitándome y el corazón doliéndome a cada latido—. Pero entiendo la ambición y la codicia. Las cosas se pusieron a tu favor. ¿Cómo no ibas a utilizarme? Y tú eres un perfeccionista. ¿Esperas que crea que serías feliz con alguien como yo a tu lado cuando Tina existe? Y ella te sienta mejor. No estaba mintiendo sobre eso. Entonces, te ayudaré, conseguiré el teléfono, y te convertirás en Alfa. A cambio, sólo quiero una cosa.

Adam guarda silencio y yo le dirijo una sonrisa amarga.

—Mi libertad.

Ahora sólo quiero ser libre.

CAPÍTULO 16

Adam

Mi libertad.

Miro fijamente el expediente que tengo ante mí, con los pensamientos revueltos. No he podido trabajar desde que oí estas palabras. Libertad. ¿Qué libertad quiere? ¿Quiere liberarse de mí?

Ha pasado una semana desde la Gala. Ha habido un silencio total por parte de mi padre y Norman. He oído que Norman se está recuperando de sus heridas. No puedo tocarlo ahora, pero los hombres que estaban con él, los que él llama sus amigos, todos son juego limpio. ¿Pensaban que podían poner sus manos sobre Cynthia? ¿Mi mujer? Me pregunto cómo les gustarán ahora sus manos lisiadas.

Como soy el heredero Alfa, no puedo ir tras ellos físicamente. En la situación actual, necesito mantener mi reputación. Pero hay otras maneras de ir tras esa gente, y yo usé esos métodos.

Me llevó una semana quebrar sus empresas. Maril Foods es la única empresa que poseo y dirijo, pero he invertido en la mayoría de las empresas de la manada. Todo lo que tuve que hacer fue presentarme en las reuniones del consejo y retirar mi inversión, dejándoles en la ruina. Ayuda que Norman sólo se haya hecho amigo de tontos ricos de ideas afines como él.

Pero ese no es el problema ahora.

Watson es como un perro con un hueso.

Sé que nos está juntando a Tina y a mí, y aunque a Tina le hace gracia y le sigue el juego, está perjudicando mi relación con Cynthia. Antes de que Cynthia apareciera, había hablado con Tina sobre la posibilidad de casarnos. Ella era una buena opción para una pareja. Como Tina tampoco tenía a nadie en su vida, la idea le había parecido atractiva, pero entre nosotros nunca ha habido más que amistad. Cynthia ha cambiado las cosas.

—Estás jugando a un juego peligroso, amigo mío. —Robert entra en la habitación—. Si sigues así, perderás a Cynthia.

—¿Qué juego?

—Tener a Tina a tu alrededor en la oficina todo el día. —Robert sacude la cabeza—. Tienes una compañera predestinada que cree que puedes encontrar mejor que ella, y estás alardeando de otra mujer a su alrededor. Quiero decir, si esto no lo tiene todo para fracasar, no sé lo que es.

—No estoy haciendo nada malo. Tina me está ayudando con algunas cosas —protesto.

—¿Lo sabe Cynthia? —Robert arquea una ceja—. Es una chica dulce, ¿sabes? Pero estás aplastando cualquier autoestima que le quede bajo tus pies. Eso es algo cruel para ella.

—No puedo decirle la verdad. —Me siento frustrado—. Sabes que no puedo.

—Pues tienes que decirle algo —replica Robert—, antes de que decida que no tiene por qué aguantar todo esto y se vaya.

—Ella no se iría.

—¿Estás seguro? —Robert arquea una ceja—. Parece débil, pero una mujer que puede renunciar a su pareja predestinada para que él pueda estar con alguien "más digno" es muchísimo más fuerte de lo que la gente cree. —Se sienta frente a mí—. ¿Cuentas con eso? ¿Con que no tiene a nadie ni nada así que no podrá dejarte nunca?

Se me endurece la mandíbula y Robert niega con la cabeza, decepcionado.

—Sus circunstancias la hacen parecer débil, pero no lo es. La estás subestimando mucho. Es una superviviente. Los dos sabemos por lo que ha tenido que pasar en manos de tu familia y sigue siendo fuerte. No cometas el error de pensar que se quedará si piensa que tú y Tina sois algo. Estaba recibiendo ofertas de trabajo a diestro y siniestro en la Gala. Y teniendo en cuenta que es una mujer soltera sin pareja que se ha hecho un nombre en el mundo de los negocios, muchas familias estaban buscando integrarla a sus familias. Ahora tiene opciones, amigo mío.

Aprieto los labios en una fina línea.

—¿Cynthia recibió una propuesta? ¿De quién?

Robert se echa hacia atrás en su silla.

—Vi al menos a siete hombres de negocios arrojar a sus hijos a sus pies. No literalmente, claro,

pero prácticamente se los ofrecían en bandeja.

—Nunca me dijo una palabra —gruño en voz baja.

—¿Tenía que hacerlo? —Robert se burla—. No paraba de decir lo buena pareja que hacéis Tina y tú. Intenté disuadirla de esa idea, pero has hecho un buen trabajo haciéndole creer que sólo la engañabas por diversión.

¿"Por diversión"? —Le frunzo el ceño—. Ella fue la que se desvivió para reservar fechas para nosotros y conseguirle esos estúpidos regalos. Nunca se lo pedí.

—Y tampoco lo has negado nunca. —Las palabras de Robert son mordaces—. No puedes tener lo mejor de los dos mundos, Adam. Estás a punto de perder a tu propia compañera predestinada. ¿Qué vas a hacer si ella decide marcharse porque está harta de toda tu familia, incluido tú?

Abro la boca y la cierro de golpe.

El comportamiento de Cynthia también me ha estado preocupando.

“Sólo quiero mi libertad.”

Sus palabras me han carcomido. Ojalá hubiera tenido tiempo de insistir más en su petición, porque me ha estado atormentando durante la última semana. La verdad es que soy culpable de no haber aclarado su malentendido. Podría haber creado una oportunidad para hacerlo, pero pensé que tal vez verme con otra mujer la pondría celosa y renunciaría a mantener esta distancia entre nosotros. Nunca pensé que realmente pensaría que Tina era una mujer mejor para mí. Nunca se me ocurrió que Cynthia tuviera tanta fuerza de voluntad como para ser capaz de alejar sus propios deseos. O quizás mi familia realmente la había destrozado hasta el punto de que no cree merecer la felicidad.

Cuando me habló de los planes de mi padre para desbaratar mi camino como heredero alfa, pensé que por fin me había elegido. Pero no es el caso. Después del incidente en la Gala, apareció por el trabajo durante unos días, pero lleva tres días de baja por enfermedad. Intenté visitar su apartamento el pasado lunes, pero no estaba allí. Tina ha estado apareciendo toda la semana siguiente a la Gala, y Cynthia había atendido todas sus demandas. Tal vez tuvo suficiente.

Ese es el miedo enfermizo que me corroe, que Robert tenga razón y que finalmente haya alejado

a Cynthia. Llevo dos días sin poder contactar con ella. Esta mañana, cuando pasé por su despacho, pude oír algo dentro, pero me ignoró cuando llamé a la puerta.

¿Quiere liberarse de mí una vez que me convierta en Alfa? ¿Quiere dejarme?

No está obligada a trabajar para mí. Pero más que su cambio de trabajo es el miedo a que decida subirse a un autobús y desaparecer. Tengo que asegurarme de que no lo haga.

Me pongo en pie.

—¿Ahora a dónde vas? —Robert me mira.

—Voy a ver a Cynthia.

—Siéntate —gruñe mi amigo—. ¿Qué vas a hacer? ¿Irrumpir en su casa y obligarla a hablar contigo? Sé inteligente, Adam. Los asuntos del corazón femenino son más delicados de lo que crees, bufón. Ya has hecho suficiente daño. Ahora, por tu culpa, yo tampoco le gusto.

—¿Por qué te importa si le gustas? —Le lanzo una mirada.

—Es divertida y dulce. —Robert levanta las cejas—. Si vas a destruir esta relación, me gustaría poder recoger los pedazos.

—Ella no es tuya, Robert. —Mi voz se vuelve gélida—. No puedes tenerla.

—Bueno, seguro que no la quieres. —Mi amigo se encoge de hombros—. O no la estarías torturando. Ahora es cuando deberías estar cuidando de ella, consiguiendo la aprobación de su loba. Pero pareces más empeñado en ponerla celosa. ¿Cómo te está funcionando? ¿La ves por algún lado?

—No me gustan las burlas. —Le miro con ojos entrecerrados—. Y arreglaré esto.

—Espero que lo hagas. —Robert se encoge de hombros—. Porque si no, declararé mis propias intenciones. Y a diferencia de ti, reconstruiré la autoestima y la confianza en sí misma de la que tu familia la ha despojado. Porque seamos sinceros, Adam. Lo estás haciendo muy mal.

Robert es uno de mis mejores amigos, así que no me ofenden sus palabras. A menudo hemos tenido que sacarnos la cabeza del culo mutuamente.

—Arreglaré esto.

—Yo recomendaría una conversación seguida de una cita romántica. —Robert se pone de pie, dirigiéndose a la nevera—. Sé que Cynthia ha desbaratado tus planes, pero estoy seguro de que Tina puede convencer a su padre para que te siga apoyando, a pesar de todo. Dar la espalda a tu pareja predestinada sería una idea tonta.

Me quedo inmóvil ante sus palabras.

La verdad es que esto ha sido un punto de discordia para mí. Cuando dejé mi casa y me fui a vivir con mis parientes, fue Watson quien me tendió la mano y se ofreció a ayudarme a conseguir la formación Alfa que mi padre me había negado. Watson había sido amigo de mi abuelo. De hecho, había trabajado como secretario de mi abuelo hasta el momento en que este falleció. A pesar de su buena posición económica, decidió trabajar con mi abuelo. Me ayudó con la formación y con la elección de mi carrera en la universidad. Le debo mucho.

Gracias a él, Tina y yo nos hicimos amigos cuando éramos apenas adolescentes. En cierto modo, crecimos juntos, y Watson siempre fomentó nuestra amistad y esperaba que floreciera una relación entre nosotros. No es que no intentáramos salir. Lo hicimos, pero nos dimos cuenta de que estábamos mejor como amigos. Pero con el paso de los años, Tina supo que para convertirme en Alpha necesitaría a alguien a mi lado, alguien en quien pudiera confiar, y estuvo de acuerdo en que nos casáramos. No se lo comunicamos a su padre, pero él se dio cuenta de que había algo entre nosotros.

Pero en los últimos años, sus amables sugerencias se han hecho más sonoras, ya que ahora está totalmente interesado en que Tina y yo nos casemos. En este momento, Watson es mi mayor aliado. Si se da cuenta de que no quiero casarme con Tina, es muy probable que deje de apoyarme. Me hundo de nuevo en mi asiento, preocupado. Aunque no necesito el apoyo de Watson, lo cierto es que mi padre está jugando sucio para colocar a Norman. Parece tener la ilusión de que con Norman como alfa, mi padre seguirá manteniendo el control. De lo que no se da cuenta es de que mi hermano pequeño es un comodín.

Pero esto es un enigma.

No puedo perder a Cynthia. No hay nada que no haga para mantenerla a mi lado.

Pero, ¿estoy preparado para tener que abandonar mi posición como el próximo alfa para ella?

—Pero me ha sorprendido —dice de repente Robert mientras lleva un plato de guiso de ternera a la encimera de la isla, con una cuchara en la mano.

—¿Sobre qué?

—No parece saber mucho sobre la manada y las cosas básicas que todos conocíamos de pequeños.

—Parece que mi padre tiene algo que ver. —Mi mano se tensa alrededor del bolígrafo que sostengo—. ¿Sobre qué te estaba preguntando?

—Cómo funcionan las deudas de sangre —me dice Robert, tomando un poco de estofado. Mientras mastica, parece pensativo—. Tuvimos una larga discusión sobre ello.

Sus palabras me sacuden, una sensación de cosquilleo en la nuca.

—¿Qué has dicho?

—Ella estaba preguntando acerca de cómo romper una deuda de sangre. —Robert se paraliza y sus palabras se apagan. Sus ojos se cruzan con los míos, y veo como una comprensión aparece lentamente en ellos.

—No es un tema de conversación normal —digo despacio—. A menos que tuviera un interés personal en ello. ¿Quién empezó...?

—Ella. —Robert parece horrorizado—. Empezó preguntando la diferencia entre una deuda de sangre y un juramento de sangre.

—Probablemente necesitaba una forma de sacar el tema sin levantar sospechas. —Se me revuelve el estómago—. Una deuda de sangre. Eso explicaría muchas cosas, especialmente la forma en que era leal a mi padre a pesar de todo lo que le hizo pasar. No era lealtad. Simplemente no tenía elección.

Robert pone mala cara.

—Pero si Cynthia tiene una deuda de sangre que la unía a tu familia, debería haber sido registrada.

Sacudo la cabeza.

—Fue más o menos cuando mi padre estaba a punto de perder su estatus de Alfa. La manada quería que mi abuelo retomara su posición de Alfa. Padre estaba haciendo un trabajo de mierda. No iba a estropearlo declarando que se había quedado con una niña por una deuda de sangre. La usó para elevar su posición social en la manada. Como él era el alfa, no había control sobre sus actos. Así es como se salió con la suya.

—¿Pero una niña de cuatro años? —Robert parece estar a punto de vomitar—. Ya sabes lo que les pasa a las personas atadas con deudas de sangre. ¿Por qué llevársela? Tenía un hermano, padres... ¿Por qué una niña?

—No lo sé. —Saco el móvil y busco un número de teléfono—. Pero conozco a alguien que podría darnos respuestas.

Finnegan Henson había trabajado como ayuda de cámara de mi padre durante cuarenta años antes de ser despedido un año después de que yo me marchara. Nunca me gustó el hombre, personalmente, pero él sería el único que podría saber la verdad. Él y Tony, la actual mano derecha de mi padre.

Finnegan contesta al teléfono al cuarto timbrazo.

—Finnegan, soy yo, Adam. ¿Me recuerdas?

El hombre al otro lado de la línea suena viejo. Finnegan debe de estar llegando ya a los ochenta.

—Maestro Adam, ¿cómo está?

—¿Qué tal tu nueva casa de retiro en Florida?

Le oigo reír entre dientes.

—Maravillosa. El calor es bueno para mis huesos.

Cuando mi padre echó a Finnegan, le retuvo la indemnización por despido y el fondo de jubilación. Nunca supe qué pasó entre ellos, y sólo cuando Finnegan vino a verme, rogándome que hablara con mi padre y al menos le diera el dinero que le debía, decidí pagarle yo mismo. Siempre había sido amable conmigo. Le pagué un apartamento en Florida y le di su indemnización y su fondo de jubilación. Dudo que ahora vaya a mentirme.

—Necesito preguntarte algo, Finnegan —empiezo.

—Cualquier cosa.

—¿Qué sabes de la llegada de Cynthia a nuestra casa? —Hay silencio al otro lado. Finalmente tengo que insistir—: ¿Finnegan?

Suspira pesadamente.

—Lo pregunta porque ya lo sabe, ¿no?

—¿Mi padre la ató a él con una deuda de sangre? —decido ir al grano.

—Sí.

—¿Por qué?

Finnegan parece receloso ahora.

—Cualquier cosa que le diga, amo Adam, por favor asegúrese de que su padre no se entere de que fui yo. Aún puede cumplir su amenaza.

—¿Qué amenaza?

—Yo... —Suspira de nuevo—. Es una petición. Por favor.

—Bien —acepto—. No le diré que has dicho nada. Ahora, por favor.

—Tu padre prometió a tu hermana, Eleanor, a un oficial mayor de la manada. Esto fue antes de que tu padre se convirtiera en alfa. Necesitaba el apoyo de este oficial en particular para convertirse en Alfa porque tu abuelo estaba en contra. La señorita Eleanor tenía unos meses en ese momento. El oficial de la manada apoyó a tu padre, y él se convirtió en el alfa. —Vacila.

—El caso es que quiso a tu hermana en el momento en que alcanzó la pubertad, que habría sido cuando la señorita Eleanor tenía once años. Cuando llegó el momento, tu abuelo lo descubrió y hubo un gran problema. Intentó romper el compromiso, y lo consiguió durante un tiempo. Sin embargo, tu padre ya la había vendido y no quería que el dinero dejara de entrar, así que esperó. Cuando la señorita Eleanor cumplió diecisiete años, volvió a sacar el tema. Tú aún eras joven, así que no lo recordarías, pero tu abuelo le dijo a tu hermana que la enviaría a estudiar al extranjero. El propósito era que se alejara de la familia y regresara más tarde, cuando tu padre ya no pudiera influir en ella. Ella aceptó, pero había algo con lo que tu abuelo no contaba. Ella salía con

alguien de los barrios bajos. Era un chico mayor.

Escucho atentamente y de repente le paro, algunas piezas encajan.

—¿Alguien de la familia de Cynthia?

—Sí. Ella conocía las consecuencias. Yo se lo dije. Fui yo quien la pilló con el chico, Mathew. Le dije que debía aceptar la oferta de su abuelo y marcharse. Le dije que dejara al chico porque su padre no podía hacerle nada a su abuelo, pero sí podía hacer daño a la familia del chico. Se lo expliqué a la joven pareja, pero estaban locamente enamorados. La señorita Eleanor mintió a tu abuelo y utilizó parte del dinero que él le había dado para comprarle también un billete a Mathew. Huyeron juntos. Tu padre se enteró y acudió a los padres. Como eran pobres y él era el alfa, les exigió que trajeran a su hijo de vuelta para ejecutarlo o atarlo a una deuda de sangre por la deshonra que sus acciones trajeron a la familia del alfa. No querían que su hijo sufriera, así que le convencieron para que se llevara a Cynthia. La ataron a él con una deuda de sangre. Su padre estaba furioso. La cosa era, Amo Adam, que a pesar de que prometió a su hermana a un compañero de manada mucho mayor, la señorita Eleanor seguía siendo la niña de sus ojos. La adoraba. Y odiaba el hecho de que nunca la volvería a ver. También perdió el apoyo de ese funcionario, y culpó a Mathew por todo. Como resultado, quería que la hermana del chico sufriera. La Srta. Cynthia pasó por un infierno que ningún niño debería pasar. Era demasiado joven, demasiado inocente. Me rompió el corazón, pero no podía hacer nada. Él era el alfa, el mayor poder de la manada.

Se me seca la boca al escuchar el secreto que Finnegan ha estado guardando todos estos años. —¿Nunca se lo dijiste a mi hermana?

—Lo hice. —El anciano parece cansado—. Su padre le envió uno de los vídeos en los que castigaba a Cynthia, pero la señorita Eleanor se negó a volver. Y Mathew también se negó. Su padre estaba dispuesto a dejarle ocupar el lugar de la señorita Cynthia, pero si pensó que el corazón de su hermano se ablandaría, no fue así. Tras su marcha, hubo una noche especialmente mala en la que encontré a la señorita Cynthia al borde de la muerte. Estaba en el sótano, gravemente herida. La solté de sus ataduras y su padre me encontró. Intercambiamos palabras acaloradas y luego me echó y me dijo que si se lo contaba a alguien, mataría a mi hijo menor. Mantuve la boca cerrada, pero he vivido con la culpa de saber que una niña ha estado sufriendo durante todos estos años.

Ahora está sollozando.

—Esa niña, era la cosita más dulce, y yo veía cómo se le rompía el alma todos los días. A veces iba a verla después de que su padre se fuera a la cama, la abrazaba y la consolaba como si fuera mi propia hija. Dejó de llorar al cabo de unos años. Es como si se hubiera dado cuenta de que nadie la escucharía. Estaba aislada del contacto, del amor, de todo. Nunca mereció nada de eso, pero le diré algo, amo Adam. Donde muchos se habrían quebrado, ella aún aguantó. Había una parte de ella que aún estaba decidida a luchar.

Mi lobo está arañando dentro de mí, enfurecido, exigiendo sangre.

Había imaginado que las cosas iban mal, pero no hasta este punto. Cuando Eleanor se fue y llegó Cynthia, nunca sumé dos más dos. Cuando mi padre insonorizó el sótano, no presté atención, melancólico por la marcha de mi perfecta hermana mayor. Sabía que mi padre era un hombre codicioso, pero sólo en estos dos últimos meses he empezado a verlo como un monstruo sádico. Y ha criado a Norman a su sombra. Me cuesta hacerme a la idea de todo esto.

—Entonces, quienquiera que se convierta en el próximo alfa —digo con fuerza—, ¿hereda el control de la deuda de sangre?

—Sí —responde Finnegan, su voz aún inestable.

Quiero mi libertad.

Eso es lo que Cynthia quería decir. Quería que la liberara de la deuda de sangre. Y si Norman se convertía en el alfa, entonces...

Conozco lo suficiente a Cynthia como para saber que preferiría suicidarse antes que enfrentarse a lo que Norman le tenga preparado. Él nunca le dará su libertad. Lo que significa que nunca debo dejar que Norman se convierta en el alfa.

Cuando termina la llamada, tanto Robert como yo guardamos silencio.

—¿Y ahora qué? —pregunta Robert.

Junto los dedos.

—Tenemos que encontrar la forma de desacreditar a Norman de su nombramiento como heredero alfa antes de que tenga la oportunidad de mostrar la idea del proyecto de rehabilitación de los barrios bajos. Tenemos que conseguir ese teléfono, pero Norman ha desaparecido por completo de la mirada del público desde que le dieron el alta en la enfermería.

—Debe estar en casa —reflexiona Robert—. Podríamos lanzar un ataque, pero va a tener consecuencias nefastas. La idea de Cynthia era la más simple y fácil. Ella entra y sale con el teléfono.

—¡No la voy a mandar ahí, Robert! —Mi labio superior se curva de rabia.

—No me gusta la idea más que a ti —argumenta Robert—, pero si tú o yo entramos allí, mi presencia puede iniciar una guerra entre nuestras manadas y te arriesgas a perder tu estatus de heredero alfa. Ella es nuestra única forma de entrar.

En ese momento suena mi teléfono y miro hacia abajo. Al ver el nombre de la persona que lleva días evitándome, no pierdo tiempo en contestar.

—Cynthia. ¿Dónde has...?

Su voz es ronca.

—Tengo el teléfono. Hay algo que tienes que ver.

CAPÍTULO 17

Cynthia

Me arrastro escaleras arriba, hundiendo los dientes en el labio inferior para tragarme los jadeos de agonía.

Es más de medianoche aquí, y todo el mundo está en la cama. Después de dos días pegándome, Jonathon debería estar muerto de cansancio. Tengo la pierna izquierda rota y subo los escalones apretando mis pertenencias con la otra mano. Norman está en su habitación, y es a quien más miedo tengo ahora mismo. Si me descubre intentando escapar, se acabó para mí.

Sólo tengo que llegar a la puerta principal y luego puedo llamar a Tony.

Sé que está cerca de casa. Ahora mismo, no sé si me ayudará, pero ha sido amable conmigo últimamente, y quiero creer que lo hará. Sólo tengo fe.

Veo el teléfono mientras me agarro a la pared del salón y me pongo de pie, forzando todo mi peso sobre la pierna derecha. Está en la encimera de la cocina, justo al lado de un portátil rojo brillante que reconozco.

—...yéndome ahora. Será mejor que haya algunas perras allí, Ricky. Alguien tiene que chupármela.

La voz de Norman me hace meterme en la cocina y pulsar rápidamente el interruptor de la luz para que la habitación quede a oscuras. Sus pasos retumban en los escalones y pasa junto a la entrada de la cocina. La entrada tiene forma de U con dos paredes que se extienden a cada lado. Me acurruco en el suelo, en la parte interior de la pared, esperando que no huela mi sangre. Afortunadamente, Norman sale por la puerta principal y, unos minutos más tarde, oigo el ruido de su coche alejándose.

Parpadeo rápidamente, con el corazón acelerado, y me pongo de pie. Se me escapa un grito de dolor al rozarme la espalda contra la pared. Mi brazo izquierdo tampoco funciona demasiado bien. Debo de haberme dislocado el hombro en algún momento. Me duele el pecho y ahora me cuesta respirar. Coger el portátil se notará más, pero mi huida me pondrá en igual peligro. Me

arrastro hasta el mostrador y, con la mano que me funciona, uso primero el teléfono para llamar a Tony.

—Recógeme en la entrada principal de la casa —digo con voz ronca—. Date prisa. Deprisa, por favor.

Una vez hecho esto, miro a mi alrededor. No puedo llevarlo todo conmigo. Sólo tengo una mano. Busco una bolsa o algo y encuentro una bolsa de papel de alguna tienda de marca. La cojo y meto dentro el portátil, el teléfono de Norman, el mío y la cartera. No sé cómo llego a la puerta principal, pero parece un viaje interminable al infierno, cada paso me hace querer gritar de agonía.

Tony está esperando fuera en el coche, y apenas me ve, que ya está fuera del coche. —¿Qué ha pasado?

—¿Qué te parece? —Murmuro débilmente—. V-vámonos. Por favor, antes de que se despierten.

—Espera —me detiene Tony, alarmado—. ¿Estás huyendo?

Le miro fijamente, con el corazón en la boca.

—¿Quieres que me quede? ¿Para qué? ¿Para que finalmente me mate?

—No me refiero a eso...

—Me han matado de hambre y torturado, Tony. —Estoy tan deshidratada que ni las lágrimas me salen—. Jonathon ha perdido la cabeza. Mi rótula izquierda está destrozada. Tengo la pierna rota. Tampoco puedo mover el brazo izquierdo. ¿Quieres que vuelva ahí y deje que me haga algo más?

—Eso no es lo que estoy diciendo —responde Tony, con la voz baja, pero yo estoy al límite.

Tengo mucho dolor. Mi mente es un caos. Quiero meterme en un agujero y llorar hasta dormirme.

—Si... si no quieres ayudarme —jadeo, luchando por respirar—, puedo caminar. Caminaré, joder. Pero no volveré dentro. Ya encontraré la manera. —Miro a mi alrededor, con el pecho oprimido—. No te necesito. Puedo hacerlo sola. Puedo...

Mis piernas ceden y Tony me agarra para evitar que me caiga.

—Te llevaré. —Suena derrotado—. Te llevaré a tu apartamento.

Ahora mismo, a pesar de todo lo que Tony ha hecho por mí, una parte de mí todavía tiene miedo de confiar en él completamente. Necesito coger algunas cosas de mi apartamento y luego me iré. Tengo dinero. Puedo alquilar una habitación en algún sitio. Mientras no salga de la ciudad, no me pasará nada. La deuda de sangre me matará si cruzo cierta distancia de Jonathon. Por ahora, necesito esconderme. Pero también necesito estar preparada. De ninguna manera voy a volver a esa casa. He terminado. Estoy harta de que me golpeen, me abusen y me humillen. Si no puedo salir de ahí, encontraré una manera más permanente. Robert acaba de confirmar lo que yo sabía esa noche en la gala. No hay escapatoria a una deuda de sangre fuera de la muerte. No sé cómo detener mi corazón durante cinco minutos. Ni siquiera sé si es posible. Pero nunca seré libre. Jonathon nunca tuvo la intención de que yo saliera de la casa. Ahora tiene todo organizado.

—Déjame llevarte primero a un sanador —dice Tony, pero niego con la cabeza.

—Déjame en casa.

No tengo tiempo para un curandero. Tengo unas horas hasta que Jonathon se despierte y se dé cuenta de que me he ido. Tampoco puedo llamar a Adam porque si el hombre no se dio cuenta de que estuve desaparecida durante cuatro días, ¿cómo va a ayudarme ahora? Probablemente estuvo con Tina todo el fin de semana, y cuando no me presenté a trabajar, no pudo molestarse. Mi loba está más agitada de lo normal, y me siento mal. Mi último azote fue provocado por el hecho de que vomité en los zapatos de Jonathon. Incluso sin nada en el estómago, la bilis sigue subiendo por mi garganta.

Tony para delante de mi edificio y me ayuda a salir del coche.

—Vete —le digo—. Limpia tu coche. No quiero que Jonathon te culpe de mi huida. Puedo cuidarme sola.

—¿Te has visto? —exige Tony, preocupación marcada en cada línea de su cara—. Ni siquiera puedes...

—¡Vete! Le grito ahora, con todo mi cuerpo retorciéndose de agonía—. ¡No te quiero aquí!

Da un paso atrás, claramente sorprendido por mi enfado.

—Estaré bien —añado con cansancio—. Sólo, por favor. Vete. No sabes lo que te hará Jonathon si se entera de que me has traído aquí.

Tony parece desgarrado, pero cuando le veo marcharse, no me enfado. Ahora sólo estoy entumecida. Una a una, todas las puertas se me van cerrando, y tengo que trabajar primero si quiero salir viva de esta situación. No sé cómo hago para llegar hasta mi apartamento. Mi pierna rota se está curando, al igual que mi rótula, pero se está curando de la manera equivocada. Tanteo con la llave y abro la puerta. En cuanto entro, se me encoge el corazón.

Todo el lugar ha sido saqueado.

Esto tiene que ser obra de Jonathon. Pero, ¿qué estaba buscando?

Una de las sillas está rota, recojo la pata y me apoyo en ella para ir a la cocina. Tardo casi media hora en subirme a una silla. Me duele la mandíbula de no gritar de dolor mientras busco la caja donde escondo el dinero. Por suerte, sigue intacta. Lo meto todo en la cartera. No tengo fuerzas para cambiarme, pero consigo ponerme un jersey para ocultar mi ropa ensangrentada. Hay algunas cosas más que necesito reunir. Una vez que lo tengo todo, abro el portátil y busco moteles. Elijo un motel de propiedad humana, reservo una habitación con un alias y llamo a un servicio de taxis, pidiendo ayuda a mi unidad.

Mientras espero al taxi, conecto mi teléfono para cargarlo y recojo algunos artículos de primera necesidad. En algún momento necesitaré un sanador, pero ahora mismo tengo que centrarme en cosas más importantes. No puedo hacer la maleta ni llevar bolso, pero necesito llevarme mi portátil y el de Norman sin crear sospechas. Saco una pequeña bolsa de viaje y meto en ella los portátiles y otros objetos pequeños.

Cuando llega el taxi, el hombre de mediana edad me mira con simpatía y me ayuda a subir al coche. Parece intuir que no estoy dispuesta a entablar conversación, así que no se entromete durante el trayecto, pero una vez que me ayuda a entrar en el motel, me da una tarjeta con un teléfono de ayuda en caso de violencia doméstica. Por un momento, me siento abrumada por la amabilidad de este desconocido.

Una vez instalada en mi habitación, cierro la puerta y me desmayo en la cama.

*****

Cuando vuelvo en mí, es por la tarde. Mi brazo izquierdo cuelga a mi lado, y mi rodilla y mi

pierna están torcidas en un ángulo extraño. El entumecimiento supera al horror. Esto tenía que pasar. Afortunadamente, este lugar tiene servicio de habitaciones, y pido algo de comer mientras pienso en qué hacer.

Abro el portátil de Norman y, mientras lo reviso, busco mi teléfono.

¿Qué hace Norman con los vampiros?

Los lobo cambiaformas rara vez trabajan con vampiros. Especialmente después de los sucesos del año pasado que ocurrieron en otra manada, muchas manadas de cambiaformas rompieron sus tratos comerciales con clanes de vampiros.

Pero los detalles aquí son a la vez espantosos y preocupantes.

Llamo a Adam.

Coge el teléfono casi al instante, y las primeras palabras que salen de su boca son:

—Cynthia. ¿Dónde has...?

Le interrumpo.

—Tengo el teléfono. Hay algo que tienes que ver.

—¿Qué?

—El teléfono de Norman y su portátil. Los tengo —repito—. Te estoy enviando una dirección. Ven aquí.

Le envío un mensaje con los detalles y cierro el portátil, apoyándome en el cabecero de la cama. Llevo horas durmiendo y, sin embargo, estoy muy cansada. Quiero cerrar los ojos y hundirme en el abismo de la oscuridad, donde es seguro y silencioso, donde no me torturan. Me duele la pierna. Cada movimiento me da ganas de gritar.

Tendré que ver a un sanador, pero temo que Lydia se meta en problemas. ¿Y si le pido que se reúna conmigo aquí?

Descuelgo el teléfono y, esta vez, me centro en la pantalla. Se me hiela la sangre al ver todas las llamadas perdidas y los mensajes de Jonathon. No abro los mensajes. Estoy cagada de miedo.

Dejo el teléfono, con el corazón latiéndome fuerte en el pecho. Con manos inestables, cojo el teléfono del motel. Llamo a la enfermería y la enfermera que contesta me indica el móvil de Lydia. Cuando Lydia contesta, parece sorprendida al oír mi voz.

—Soy yo, Cynthia. Necesito un favor —le digo, con voz inestable—. Pero, por favor, no se lo digas a nadie.

—¿Qué pasa?

—Me han atacado y estoy mal. No puedo ir a verte, pero ¿puedes venir a verme? Sólo asegúrate de que nadie se entere y de que no te sigan.

Para mi sorpresa, no hace preguntas.

—De acuerdo. Dame tu dirección.

Resulta que está por la zona, y cuando llaman a la puerta veinte minutos después, dudo aunque sé quién debe ser.

—¿Quién es?

—Soy yo, Lydia.

Dejo escapar un suspiro de alivio y cojeo para abrir la puerta.

La sanadora Lydia me echa un vistazo y su cara se tensa.

—¿Quién te ha hecho esto?

—No importa. —Me hundo de nuevo en la cama—. Estoy... ¿Puedes curarme?

Me coge la cara con las manos, con preocupación en los ojos.

—Cynthia, tienes que decirme quién te hizo esto.

Su voz es suave y me hace llorar.

—No puedo. Por favor, compréndelo. No puedo. Sólo necesito que me cures para poder... Estoy cansada, Lydia. Estoy muy cansada.

Las palabras son arrancadas de mi alma.

Estoy cansada. Vivir se ha convertido en una tarea. Estoy al borde del precipicio. Mis razones para vivir se desvanecen, una a una. La llama dentro de mí que me ha impulsado a sobrevivir, a luchar, está a punto de extinguirse. He luchado tanto y, sin embargo, no he ganado nada. Lo más feliz que logré fue en los momentos en que creí que Adam era mío, que me apreciaba. Pero todo eso también era mentira. Tal vez eso es lo que más me ha roto, saborear esta exquisita felicidad sólo para que me la arranquen.

—De acuerdo. —Lydia me empuja suavemente hacia la cama—. No te muevas. Esto te va a doler, pero cuando compruebe qué te pasa, tendré que volver a romperte la pierna y la rodilla para recolocártela bien.

Asiento con la cabeza, dejando escapar un suspiro tembloroso.

Me quedo quieta cuando me pasa las manos por el cuerpo, a un palmo de mi piel. Sus manos brillan con un suave amarillo y desprenden calor. Cuando llega a mi estómago, se detiene.

Lo hace de nuevo y vuelve a hacer una pausa.

Lydia da un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—Cynthia, ¿estás embarazada?

El shock me golpea como un puñetazo en las tripas.

—¿Perdona?

—Llevas un niño dentro. Estás de dos o tres semanas. —Lydia parece preocupada—. ¿No lo sabías?

Mi mano funcional me aprieta el estómago.

—No es posible.

—Estás embarazada —reafirma Lydia—. Lo he comprobado dos veces. ¿Por qué pareces tan alterada? Es algo bueno.

—¡No, no lo es! —estallo, el miedo me corroe.

¿Un niño? ¿Se supone que debo traer un niño a este mundo cuando aún estoy atada como una esclava?

Ni siquiera puedo protegerme a mí misma. ¿Cómo voy a proteger a mi bebé cuando Jonathon...?

Apenas puedo terminar el pensamiento, me arden los ojos.

—No puedo... Tienes que comprobarlo otra vez. Lydia, ¡tienes que comprobarlo otra vez! No puedo estar embarazada.

—Cariño, —Lydia se sienta a mi lado, intentando consolarme—, un bebé es algo bueno. Y está sano. A pesar de que te atacaron, permaneció a salvo dentro de ti. Deberías hablar con tu compañero...

—No tengo pareja. —La miro desesperada—. Entonces, no puedo estar embarazada.

Ahora me olfatea, y su expresión cambia a una de shock.

—Pero Cynthia, tú...

Oigo pasos y sé quién es. Agarro la mano de Lydia.

—Júramelo. Júrame que no le dirás nada a nadie sobre esto. ¡Nadie puede enterarse!

—Cynthi...

—¡Lydia! —grito, aterrorizada, y ella me hace un gesto errático con la cabeza.

—De acuerdo. De acuerdo. Tienes mi palabra.

Me tumbo en la cama, el shock de la noticia me ha agotado.

Alguien aporrea la puerta y Lydia me mira.

—Es Adam —le digo—. Puedes abrir la puerta.

Su olor se cuela por la puerta.

Lo hace y veo a Adam entrar a grandes zancadas, seguido de cerca por Robert. Ambos se detienen al verme.

—¿Qué ha pasado? —Adam está a mi lado en un santiamén, la preocupación en todo su rostro —. ¿Y dónde has estado?

—Es una larga historia. —No tengo fuerzas para apartarlo de mí. Su olor es reconfortante, al igual que su presencia—. El portátil está ahí. Puedes llevártelo.

—Y también te llevaré conmigo —suelta Adam—. ¿Qué te ha pasado? ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba? ¡Podrías haberme llamado o enviado un mensaje o algo! Tú...

Pillo a Lydia mirando entre nosotros, y no quiero que saque conclusiones precipitadas.

—Pensé que estarías con Tina, así que no quería molestarlos. Ahora, coge el portátil y el teléfono.

—¿Qué le pasa? —Adam se gira para interrogar a la sanadora. Niego con la cabeza y puedo ver su reticencia.

Sin embargo, cumple su promesa.

—Le han atacado. Necesito curarla, así que sería mejor que salieras de la habitación.

Adam se vuelve hacia mí y sus ojos recorren mi cuerpo. No tarda en sumar dos y dos.

—Su brazo y pierna. Ya se han fijado, ¿no?

—Me temo que sí —admite Lydia.

—No quiero que te quedes.

—Ahora te vas a callar —dice Adam. Sin embargo, sus ojos brillantes contradicen su tono—. Yo la sujetaré mientras tú rompes los huesos. Pero hazlo rápido. No quiero que sufra más de lo necesario.

—Entonces sería más fácil romperlos de una vez, si tu amigo puede ayudar.

Robert da un paso adelante, sombrío.

—Dime qué hacer.

Mientras Lydia le da instrucciones, Adam se sienta a mi lado, con voz suave.

—Esto va a doler mucho, Cynthia.

—Dame algo para morder —le digo, con voz uniforme.

—Toma mi mano.

—No seas ridículo, Adam. —Le miro molesta—. Te voy a hacer daño.

—No pasa nada.

—¡No quiero morderte la mano!

—Toma. —Robert me lanza su corbata. En lugar de dármela, Adam se la enrolla en la mano y luego extiende su mano.

—Tenemos que empezar, Cynthia —advierte Lydia—. Hazlo.

Sin más remedio, le muerdo la mano.

Mi cuerpo se sacude en agonía cuando Robert y Lydia me rompen la rótula y la pierna. Me corren lágrimas por la cara y huelo la sangre de Adam mientras me consuela. El dolor empeora cuando empieza a colocarme la rótula y el hueso. Sin embargo, es un dolor temporal que empieza a desaparecer cuando ella utiliza su magia curativa. Tiemblo al sentir cómo se repara el hueso. En un momento dado, me dejo caer contra Adam, incapaz de soportarlo todo. Lucho por mantenerme consciente, pero su voz me tranquiliza.

—Te tengo. Estás bien. Estás a salvo.

Quiero decirle que no me deje desmayarme, pero su olor es cálido y tranquilizador, y después de tantos días traumáticos, tener a Adam a mi lado hace que mi loba se relaje. Aún no he pensado en el bebé. ¿Qué se supone que debo decirle? ¿Qué se supone que debo hacer? Siento que me hundo más y más hasta que no siento nada más que calma.

CAPÍTULO 18

Cynthia

Es el olor del bacon y los huevos lo que me hace revolverme.

Abro un ojo y luego el otro, y me encuentro mirando a un techo que me resulta demasiado familiar. Si los paneles del techo no me delataban, el olor de Adam a mi alrededor sí.

Estoy en su casa.

—Toc, toc.

Levanto la cabeza débilmente y veo a Robert de pie junto a la puerta.

—¿Puedo pasar? ¿Estás decente?

—No lo sé —murmuro, aún sintiéndome un poco fuera de mí—. ¿Cuándo llegué aquí?

—Adam te trajo aquí. No podías quedarte en el motel para siempre, ¿verdad? —Robert se sienta en uno de los sillones—. ¿Cómo te sientes?

Pruebo mi brazo y mi pierna:

—Mejor. No sabía que podía curarme tan rápido.

—Por algo se llaman “sanadores". —Robert sonríe.

—Oh. —Me desplomo en la cama, con los ojos todavía pesados—. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Estabas bastante machacada, Cynthia. —Robert ya no sonríe—. Lydia te puso nutrientes, y has estado en coma inducido médicamente durante los últimos cinco días.

—¿Por qué sigo sintiéndome cansada entonces? —Bostezo, todo mi cuerpo se siente agotado. Quiero acurrucarme en las suaves mantas y volver a dormirme.

—Lydia dijo que te sentirías cansada, que era natural dado el estado de tu cuerpo.

Por un momento, reflexiono vagamente sobre sus palabras, y entonces mis ojos se abren de par en par, mi mano va a cubrir mi vientre plano, bajo las sábanas. Seguramente, no se ha retractado de su palabra.

—Dijo que hasta que tus heridas sanen, estarías muerta de agotamiento.

Me relajo y me siento.

—¿Adam y tú revisasteis el portátil y el teléfono? Yo no toqué el teléfono, pero había muchas pruebas incriminatorias sólo en el portátil.

—Han pasado muchas cosas estos últimos días. —Robert sonríe—. Una filtración anónima transmitió a toda la manada que Norman ha estado involucrado en ayudar a un clan de vampiros muy prominente a vender drogas prohibidas en los clubes propiedad de los miembros de vuestra manada. Jonathon está haciendo todo lo posible para controlar los daños, pero no está funcionando. Hasta ahora, las posibilidades de Norman de convertirse en el heredero alfa son muy escasas. Los vampiros tienen prohibido comerciar con metamorfos desde los sucesos del año pasado.

Me siento aliviada, pero algo me llama la atención.

—¿Estás seguro de que fue Norman quien hizo todo esto? Realmente no tiene cerebro para hacer algo así. Es bastante impulsivo.

—Adam opina lo mismo. —Robert se pone de pie, metiéndose las manos en el bolsillo—. Pero Jonathon sería un tonto si se involucrara con los vampiros.

—¿Dónde está?

—¿Jonathon?

—Adam. —Miro hacia la puerta.

—Jonathon está en la puerta principal, y Adam está hablando con él.

Me pongo blanca como una sábana.

—¿Qué? —Salto de la cama y me doy cuenta de que llevo una gran camisa blanca abotonada y no llevo pantalones. Rápidamente me envuelvo las nalgas con la sábana—. ¿Dónde está mi ropa? Tengo que irme.

—¿Ir a dónde? —Robert se interpone en mi camino.

—No puedo dejar que Jonathon me encuentre —siseo—. Ahora vete para que pueda...

—Jonathon se ha ido —la voz de Adam viene de la puerta—. Le dije que habías ido a asistir a una conferencia en mi nombre. No le ha gustado y ha exigido saber dónde estabas, pero como ya no trabajas para él, he supuesto que no era asunto suyo.

—Sabe que estás mintiendo. —Ya no sé qué hacer. A pesar de que Adam ya está bien encaminado para convertirse en el próximo Alfa, siento como si las paredes se cerraran sobre mí. Seguramente Lydia tenía que estar equivocada. No puedo estar embarazada. Si tengo este hijo, entonces también será un esclavo. No puedo permitirlo. Necesito encontrar una salida. Podría decirle a Adam sobre el niño y darle la evidencia sobre la deuda de sangre. Seguramente, él no querrá que su hijo nazca esclavo de su propia familia.

Pero un oscuro pensamiento se agita en mi cerebro. ¿Y si él no quiere al niño? ¿Y si él y Tina deciden quitármelo y criarlo ellos mismos? Esta pequeña criatura que llevo dentro es aún diminuta, pero es mía. En todo este mundo, es la primera persona que es mía. Quiero protegerlo. Quiero amarlo.

Veo a Adam acercarse a mí y coger una bata de una percha antes de ayudarme a ponérmela. —No importa lo que crea. No podrá tocarte, y eso es lo importante. Aquí vas a estar a salvo.

Miro entre los dos antes de preguntar de mala gana:

—¿Y Tina? ¿No se enfadará al verme aquí?

Robert deja escapar un sonido.

—Voy a ocuparme de algunas cosas. Tal vez deberíais hablar.

—¿Hablar? —Desconfío. ¿Va a decirme por fin que ahora que ha podido darle la vuelta a la tortilla con Norman ya no le sirvo?

Mi corazón se aprieta dolorosamente, pero cierro la mano en un puño a mi lado. Puedo

soportarlo. Es un golpe que asimilaré y superaré con el tiempo. Ya me lo esperaba, así que no me pilla por sorpresa. Estoy mentalmente preparada.

Adam me coge de la mano y me guía de vuelta a la cama, sentándose a mi lado.

—Tina y yo... —empieza, e inmediatamente le quito la mano.

—No necesito explicaciones. —Tropiezo con mis palabras—. Me alegro por vosotros dos. No necesitas darme un discurso. Entiendo...

—No entiendes nada —dice Adam con calma, cogiéndome de la mano y tirando de mí hacia él, esta vez atrapándome en su regazo—. No haces más que suponer cosas. Tina y yo crecimos juntos y somos amigos. Muy amigos. No hay nada romántico entre nosotros.

Sus palabras me aturden y sacudo la cabeza.

—Me estás mintiendo.

—No —dice Adam con firmeza—. Watson es el que está presionando para que estemos juntos. Admito que hubo un tiempo en que lo consideramos, y sí estuvimos de acuerdo en que debíamos casarnos para que yo me convirtiera en Alfa, pero eso fue porque no había nadie en mi vida que fuera tan importante. En ese momento no había encontrado a mi pareja predestinada, Cynthia. Ahora que te tengo a ti, nunca estaría con Tina. Ella lo sabe, y no tiene ningún problema con ello.

Quiero creerle, pero vi cómo era con ella, lo miserable que se sentía mi loba con cada roce. —Esperas que crea que todas esas citas románticas y regalos...

—Apenas eran citas. —Adam pone los ojos en blanco—. Eran más como reuniones de negocios. Tina ha estado trabajando conmigo en algunas cuestiones sociales dentro de la manada. Hemos estado trabajando juntos para crear dos proyectos de ley para las reformas. Eso es todo. Y en cuanto a los regalos, fue Watson presionándote para que se los consiguieras. A Tina le gustan las cosas gratis, y las disfrutó, pero sabía que no venían de mí.

No parece que esté mintiendo, pero sigo sin estar seguro de todo esto.

—¿Así que Tina sabe que tú y yo somos compañeros predestinados?

—No, pero sabe que tú y yo estamos juntos —me dice Adam.

—¿Y qué pasa con Watson? —exijo saber—. ¿Qué sabe él?

—Watson es mi problema— dice Adam, con voz seria—. Mira, Cynthia. Me he comportado como un tonto. Te empeñaste tanto en echarme a Tina que me molestó. Por eso nunca dije nada. Pensé que tal vez al verme con Tina te pondrías celosa y entonces podríamos arreglarlo. No sabía que ibas a dar un paso atrás tan fácilmente y ceder tu lugar a otra mujer. Eso me dolió. Si quieres, puedes hablar con Tina y verificar toda esta información. Ella no te mentirá.

Parece decir la verdad, y si está dispuesto a meter a Tina en esto, entonces no tiene motivos para mentir.

—Entonces, ¿por qué dejar que Watson crea todo esto? ¿Por qué no decirle la verdad?

—Lo de Watson es complicado. Mi padre ha conseguido poner patas arriba muchos de los valores que mantenía el anterior alfa. Esta disparidad económica nunca existió en la manada cuando mi abuelo era el alfa. Los barrios bajos nunca existieron. Cada miembro de la manada tenía un empleo remunerado. Pero desde que mi padre tomó las riendas, el soborno y la corrupción se han convertido en algo común. Ha conseguido crear una disparidad de riqueza, y la mayoría de los oficiales de la manada disfrutan de sus beneficios. Hay unos pocos como Watson que me apoyan y quieren revertir la situación actual de la manada a su estado original. Ellos me apoyan. Ahora que Padre ha ido en contra de la tradición y ha nominado a Norman, necesito el apoyo de Watson. Y cuando se trata de su hija, Watson es muy particular. Estaba esperando a Tina para hablar con él. Pero tenemos que esperar hasta que me convierta en el alfa. No podemos correr el riesgo de que Watson retire su apoyo ahora. Si él, en su ira, decide cambiar el apoyo hacia Jonathon, entonces, incluso con el escenario actual, existe la posibilidad de que Norman se convierta en el próximo alfa.

Las palabras de Adam hacen que mi corazón se hunda.

Ahora tiene sentido para mí, por qué Adam ha estado pegado a Tina. Y que se convierta en el alfa es más que crucial para mí ahora, más que nunca. Antes de dar a luz a este niño, necesitaré librarme de esta deuda de sangre.

—¿Por fin confías en mí? —Adam me rodea con sus brazos, sus labios presionan mi cuello—. ¿O necesitas más respuestas?

—¿Qué pasa con nosotros entonces? —pregunto, intentando ignorar el hormigueo que me produce su contacto—. Eres mi compañero predestinado. ¿Qué va a pasar con nosotros?

—Tenemos todo el tiempo del mundo, Cynthia. —Adam sonríe contra mi cuello mientras me lo mordisquea—. ¿Qué tal si nos preocupamos primero por el desayuno?

*****

Adam está siendo atento conmigo, y aunque lo disfruto y me creo su razonamiento, hay algo que me sigue molestando. No me ha preguntado quién me hizo daño. No ha mencionado a Jonathon ni a Norman, aunque he intentado hablar de ellos con él. Me preocupa lo que pueda hacer Jonathon. Obviamente sabe que Adam me tiene escondida en alguna parte. Y él sabe que yo soy quien lo ha contado todo sobre Norman. El momento de mi fuga y la noticia filtrándose lo hacen bastante obvio. Me preocupa que irrumpa en el apartamento y me saque a rastras. Me da pesadillas. Sueño que doy a luz y Jonathon se burla de mí y se va con mi hijo.

Pasan unos días y cada día estoy más tensa. No puedo salir del apartamento por miedo a que Jonathon me encuentre. Sin embargo, Adam sale todos los días y Robert se queda para hacerme compañía o vigilarme. En este momento, realmente no lo sé. Mi loba se está regocijando en el amor y la atención de Adam, pero mi cerebro aún no está en la misma página. Adam parece estar evitando deliberadamente cualquiera de los temas que me afectan, y Robert está haciendo más o menos lo mismo. No puedo hablar con Tony porque Adam no confía en él. No tengo ninguna fuente de información sobre el estado político de la manada en este momento, y me está molestando. En este momento, estoy básicamente desempleada. Me enteré por las malas cuando un hombre llamó a Adam hace dos noches y me informaron de que era el nuevo ayudante de Adam.

Por un lado, Adam está haciendo todo lo posible para construir nuestra relación, pero por otro, me oculta cosas y actúa como un reservado. Para ser justos, yo también le oculto cosas, pero mis secretos son los que no puedo compartir o los que tengo que proteger. Mientras tanto, también estoy ideando un plan de contingencia. Tengo que idear una forma de detener mi corazón durante un par de minutos y luego revivirme.

Lo único que sé que es peligroso para un cambiaformas es el acónito. He investigado un poco. No podré conseguirlo, pero sé que Tony sí. En forma líquida, el acónito puede ser letal, pero suspende a uno en el limbo entre la vida y la muerte durante veinte minutos. Necesito un par de esos minutos. La cura para el acónito es una pequeña planta de origen local. Al igual que el acónito, también puede reducirse a líquido y es un antídoto igual de potente. Le envié un mensaje a Maya para pedirle a Tony que preparara esto y lo llevara consigo todo el tiempo. No quiero correr riesgos. Quiero contarle a Adam la verdad sobre la deuda de sangre y que me asegure que

me liberará.

Me cuesta mucho planear la salida de Robert del apartamento el próximo viernes. En cuanto se va a recoger unas costillas al otro lado de la calle, salgo al callejón trasero del complejo de apartamentos. Maya me espera con un paquete.

Abre los brazos para abrazarme y niego con la cabeza.

—No puedo arriesgarme. Te olerán en mí.

—¿Qué pasa, Cynthia? —Maya parece angustiada—. ¿Por qué nos reunimos en callejones y por qué actúas con tanto sigilo?

—Es complicado. —Suspiro—. ¿Has traído las cosas?

Me da una bolsa pequeña.

—Tony dijo que todo lo que necesitas está aquí. También ha puesto un teléfono desechable por si necesitas ponerte en contacto con él. Dice que su teléfono está siendo monitoreado, así que no uses tu teléfono para llamarlo.

Compruebo el contenido de la bolsa y me apoyo en la pared del callejón, sintiendo alivio. Hasta la última vez que llamé a Tony para que me ayudara a escapar, no estaba del todo segura de que no me traicionara. Pero el hecho de que esté dispuesto a arriesgarse tanto para ayudarme acaba con la última duda que me quedaba.

—Gracias. —Le sonrío.

—Cynthia, —Maya me impide salir, y dice con voz preocupada—, si algo va mal, puedes contar conmigo. Eres muy importante tanto para mí como para Tony. De día o de noche, puedes llamarme.

Asiento con la cabeza, abrumada por la emoción.

—Me gustaría poder hablar más contigo, pero no tengo tiempo. Pero puede que pronto necesite tu ayuda. No sé cuándo, pero tengo la sensación de que necesitaré tu ayuda.

Mete la mano en el bolsillo.

—Esta es mi dirección. La escribí para ti por si pasa algo y necesitas un sitio donde ir.

Cojo el papel y lo meto en la bolsa.

—¿Puedes decirme qué está pasando ahora con toda la situación del heredero alfa?

Sacude la cabeza.

—Norman Moore es un marginado social en la manada en este momento, pero su padre está tratando de hacer girar toda esta situación como un malentendido. Además, se anunció el compromiso de Adam Moore y Tina Tremblay...

Me quedo quieta.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Se anunció el compromiso de tu jefe —me dice Maya, parpadeando.

Se me revuelve el estómago.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

La miro fijamente, intentando procesar esta información.

—¿Seguro que no has oído mal?

—Tengo el ejemplar de la Gaceta Semanal. —Mete la mano en el bolso y lo saca. Rápidamente hojeo la página de anuncios y, por un momento, me olvido de cómo respirar—. ¿Cynthia? —Tina suena alarmada—. ¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza, intentando calmarme.

—Nada —consigo finalmente decir—. ¿Puedo quedarme con esta página?

—Claro—. Maya asiente, aún con cara de preocupación.

—Tengo que irme —digo temblando—. Gracias, gracias.

Ahora balbuceo, mareada por esta nueva información.

Tomo el ascensor hasta el apartamento y entro a trompicones antes de cerrar la puerta del dormitorio y hundirme en la cama, con los ojos puestos en el pequeño anuncio. Hay una foto de Adam y Tina. Él lleva el traje que se puso hace tres días cuando se fue a la oficina.

No lloro.

Sería una tontería llorar.

Pero me siento entumecida.

Cada vez que me dirijo a Adam, me atrae hacia su red de seguridad y calidez, y cada vez me lo creo. Me había pedido que confiara en él, que él y Tina no eran más que amigos, que podía preguntarle a Tina. ¿Qué habría hecho si le hubiera dicho que era un farol?

No me siento humillada.

No me siento herida.

Me siento vacía.

Es como si persiguiera una chispa de felicidad y cada vez que me acerco lo suficiente para saborearla, se me escapa de las manos. Dejo el artículo a un lado y abro la bolsa, mirando el contenido. Hay dos inyecciones, claramente etiquetadas.

Las estudio.

Representan mi libertad o mi muerte.

Al oír que se abría la puerta principal, vuelvo a meter todo en la bolsa y la escondo debajo de la cama antes de cubrirme con las sábanas y hacerme la dormida.

—¡Cynthia, nos conseguí esas costillas! ¿Cynthia?

Oigo que llaman a la puerta y mantengo los ojos cerrados. La puerta se abre y el suspiro decepcionado de Robert llega a mis oídos.

—Dormida. No puedo creer que me hayas hecho esperar todo este tiempo por estas costillas y ahora estés durmiendo. Huh, más para mí.

La puerta se cierra silenciosamente tras él y mis ojos se abren lentamente. Me giro para tumbarme boca arriba y me pongo la mano sobre el estómago. Mi loba quiere confiar en Adam, darle una oportunidad más para que se explique. Quiero creer que ha sido cosa de Watson y no de Adam. Quiero creer en alguien. Esta vez, se me escapa una lágrima.

Lo quiero.

Lo quiero por cómo me trata, por lo segura que me hace sentir. Lo quiero porque el otro día me compró un montón de libros. Se acordó de que de pequeña no me dejaban leer ningún libro. Lo quiero porque ayer me trajo un pequeño llavero con un osito de peluche porque recordaba que yo admiraba una foto de uno parecido. Sus sentimientos han estado en todos los pequeños gestos que encuentro significativos y conmovedores. Están en sus palabras, en su tacto, y no quiero perderlos.

No quería admitir mis propios sentimientos porque la idea de ser tan vulnerable ante otra persona me aterraba. Pero ahora, ante las acciones de Adam, puedo admitir la verdad aunque sea un dolor palpitante dentro de mi pecho. Pero esta vida que crece dentro de mí es más importante que cualquier otra cosa, incluso que mis propios sentimientos. Puedo hablar con Adam esta noche y decirle que estoy embarazada. Seguro que no querrá que su hijo nazca con una deuda de sangre. Y si elige estar con Tina, me iré. Puedo construir una vida para mi hijo y para mí. No lo necesitamos.

Me duele pensarlo y me acurruco de lado, cerrando los ojos.

Tengo que esperar a que vuelva a casa.

Lo resolveré.

Cuando abro los ojos, está oscuro afuera. Me siento en la cama y miro el reloj de pared. Son más de las diez de la noche. Adam no duerme a mi lado, así que debe de estar fuera. Salgo de la cama, ignoro los gorgoteos de mi estómago y me asomo al exterior. Las luces del salón son tenues, pero veo que hay alguien en el estudio. Pensativa, vuelvo al dormitorio y saco los papeles que prueban la deuda de sangre. Debería hablar con Adam, cara a cara, y ver qué me dice. No meteré los sentimientos en esto. Intentaré ser práctica. Por mí y por esta nueva vida que crece en mí. Todavía no me he hecho a la idea de estar embarazada, pero todo lo que sé es que quiero proteger a este niño.

Me acerco al estudio, descalza.

La puerta está cerrada y estoy a punto de llamar cuando oigo que mencionan mi nombre. Mi mano se detiene en el aire y escucho.

—...no estoy de acuerdo con esto.

Esa es la voz de Robert. No suena muy feliz.

—Casarse con una mujer y aparearse con otra no es justo para ninguna de las dos. Mi madre estuvo en una de estas situaciones, Adam, ¡y tuvo una muerte miserable! ¡Ya sabes lo que pienso de esto!

Mis cejas se fruncen.

¿Casarse con una y aparearse con otra? No puede querer decir...

—¡No hay otra solución! —Adam suena frustrado—. ¡Tengo que convertirme en el Alfa ahora cueste lo que cueste! ¡No puedo dejar que la deuda de sangre de Cynthia caiga en manos de Norman!

Me tapo la boca con la mano para ahogar un grito ahogado.

¿Él lo sabía? ¿Sabía de mi deuda de sangre todo este tiempo?

—¿Y cuál es tu gran plan? —Robert suena exasperado—. ¿Casarte con Tina y luego qué? ¿Crees que Cynthia se va a quedar contigo si eres un hombre casado? La mujer puede estar rota, ¡pero tiene su orgullo!

Adam guarda silencio y luego habla, con voz tensa:

—Hay formas de mantenerla a mi lado, le guste o no.

Se me hiela la sangre.

CAPÍTULO 19

Cynthia

Siento que se me van todas las fuerzas. Sé de lo que habla. No hay duda. Si tiene que hacerlo, usará la deuda de sangre para mantenerme atada a él. Puede que no me golpee ni me torture como hizo su padre, pero me privará de mi elección. Retrocedo a trompicones, con unas ganas irrefrenables de vomitar.

—¿Sabes siquiera lo que estás diciendo? —Robert suena cabreado.

—¿Tienes una idea mejor? —responde Adam—. Watson no me apoyará si no me caso con Tina. Si no me convierto en Alfa, la propiedad de la deuda de sangre de Cynthia pasará a manos de Norman. ¡Aquí no hay quien gane! Y además, con Tina a mi lado, tengo más posibilidades de hacer todos estos cambios en la manada.

No quiero oír más.

Con la mano en mi vientre plano, vuelvo corriendo al dormitorio. El corazón me late con fuerza y me invaden oleadas de ira y traición. No se trata de elegir a Tina antes que a mí. Quiere que Tina esté a su lado ante la manada mientras yo sigo siendo su pequeño y sucio secreto. ¿Y nuestro hijo? Me aprieto el estómago con la mano.

No planea liberarme. Él planea simplemente tomar mi correa, apoderarse de mi propiedad.

Esta vez el dolor es una bola viciosa dentro de mí que me asfixia.

Busco la bolsa que escondí debajo de la cama y saco el teléfono negro. Ya tiene una tarjeta SIM y envío un mensaje a Tony. Recibo una respuesta en menos de un minuto. Ahora no dudo. Se acabó el tiempo de dudar y planear. La única persona en la que empezaba a confiar por encima de todas las demás acaba de apuñalarme por la espalda. Ha llegado el momento de actuar.

Cojo el bolso y los zapatos con una mano y me apresuro a cruzar el salón. Abro la puerta principal lo más suavemente posible y luego la dejo entreabierta, sabiendo que hace un chasquido definitivo al cerrarse. No me molesto en coger el ascensor, sino que utilizo las

escaleras de salida de emergencia. Acabo de salir del edificio cuando una mano me agarra.

Solté un grito de sorpresa sólo para oír una voz que decía:

—Soy yo, señorita Rose.

Me encuentro cara a cara con Watson.

No parece muy contento.

—Tenía el presentimiento de que la vería por aquí.

—Suélteme la mano —le digo con fuerza.

Lo hace y se mete las suyas en los bolsillos.

—Cuando convencí a Adam de que contratara a un nuevo ayudante, no pensé que la trasladaría a su apartamento.

—No se preocupe —digo—. Ya me iba.

—En realidad, —Watson hace un gesto—, ¿por qué no la llevo a donde quiera ir? —Mira fijamente los zapatos que tengo en la mano—. Puedo llevarle. Yo también quería hablar usted.

Miro arriba y abajo por la calle vacía. Watson será un anciano, pero es físicamente más fuerte que yo. Siempre podría obligarme a subir al coche si no estoy de acuerdo. Y un viaje en coche sería más rápido.

—Muy bien. Necesito llegar a la calle Florentia.

Hay un coche negro aparcado a pocos metros y me abre la puerta del asiento trasero.

—Por supuesto. De camino, hablemos.

Hay un hombre de rostro estoico en el asiento del conductor y siento una pizca de pavor. Quiero enviarle un mensaje a Tony para contarle lo que está pasando, pero no quiero que Watson vea mi teléfono por si decide tirarlo. No sé cuán "civilizada" va a ser esta conversación.

Mientras empieza a conducir, Watson me mira.

—¿Cuánto tiempo lleván saliendo Adam y usted?

—No estamos involucrados.

—No me gusta que me mientan, Srta. Rose. —Sus ojos son duros.

—Y no estoy mintiendo —siseo—. Adam me estaba usando para convertirse en Alfa. Él quería que yo consiguiera información sobre Norman, así que lo hice. Y ahora ya no me necesita.

—Ya veo —dice Watson pensativo—. ¿Y cuál es su plan ahora?

—Me voy de la ciudad —digo sin rodeos—. Y no volveré. No tiene que preocuparse por mí nunca más.

—Preferiría no hacerlo. —Mete la mano en el bolsillo interior de su abrigo y saca un grueso sobre amarillo—. Adam está destinado a convertirse en el próximo Alfa, y mi hija es la mejor persona para estar a su lado, señorita Rose. Sean cuales sean sus ambiciones de convertirse en la hembra alfa, debería deshacerse de ellas. Nunca podría ser ni la mitad de mujer que es mi hija. Ella es más experimentada, más educada, más conectada de lo que usted puede esperar ser. Por las perspectivas de futuro de Adam, debería seguir con su plan e irse. Pensé que los intentos de intimidación en la empresa le convencerían de irse, pero le subestimé. Tiene la piel más gruesa de lo que anticipé.

Mis ojos se vuelven hacia él, la sorpresa me golpea como un puñetazo en las tripas.

—Todo ese acoso, ¿usted estaba detrás?

Watson no parece disgustado.

—He trabajado duro para emparejar a Adam con mi hija. No iba a dejar que una mujer como usted perturbara el futuro de mi hija. —Sus palabras son insultantes, pero no me importa—. Vi la forma en que Adam le miraba y le defendía. Me di cuenta de cómo se enfrentó a su propio hermano por usted. No me gustó. A Tina tampoco le gustó. Por eso esta es la mejor solución para todos nosotros.

Me entrega el sobre.

—Esto es una nueva identidad, junto con un certificado de nacimiento falsificado, títulos educativos y un currículum con referencias. Aquí hay dinero que le permitirá instalarse en

cualquier sitio durante al menos un año. Todos estos nuevos datos se han actualizado en el sistema, y quienquiera que compruebe sus antecedentes podrá verificar esta información.

Guardo silencio un momento mientras cojo el sobre, y luego pregunto:

—¿Y déjeme adivinar? A cambio, ¿quiere que me vaya de Seattle para siempre?

—No vuelva a ponerse delante de Adam —dice Watson sombríamente—. Será su perdición.

La ruina del hombre que estaba dispuesto a mantener una correa alrededor de mi cuello para mantenerme a su lado.

Le dirijo una sonrisa sin humor.

—De acuerdo. Me marcho.

—Bien. Esta es su parada.

Veo el coche de Tony aparcado frente a un edificio de ladrillo rojo. Así que recibió mi mensaje de que nos encontráramos aquí. Salgo del coche de Watson y él se aleja. En cuanto dobla la esquina, Tony sale de su coche y corre hacia mí.

—Cynthia...

—Hablemos dentro. —Hago un gesto con la cabeza, sintiéndome increíblemente tranquila.

Maya nos está esperando, y lo primero que hace en cuanto entramos en su apartamento es abrazarme con fuerza, con los ojos llorosos.

—¿Estás bien?

—No.

Echo un vistazo a su pequeño apartamento y me parece cálido y acogedor, un contraste total con el invierno que me asola por dentro.

—Tony, —la miro—, cuéntaselo todo. —Tony duda, pero yo asiento—. Por favor. Necesito tu ayuda para romperlo.

—¿Has encontrado la manera? —Sus ojos se entrecierran y vuelvo a asentir.

Saco las inyecciones de mi bolsa.

—Tienes que parar mi corazón durante cinco minutos con esto, e inmediatamente después, tienes que administrarme el antídoto.

Tony da un paso atrás.

—¿Has perdido la cabeza? El acónito te matará, y cinco minutos es demasiado tiempo...

—Estoy embarazada, Tony —digo simplemente, con el corazón frío ahora—. Si no me libero ahora, mi hijo llevará mi carga.

Tony parece sorprendido, sus ojos se desvían hacia mi estómago.

—¿Y si tu bebé muere? —Maya suena horrorizada.

Me mata decir las siguientes palabras.

—Mejor que muera antes de que pueda sentir algo que vivir la vida que llevo.

—¡Cynthia! —Maya suena indignada.

Sin embargo, no me inmuto.

—No traeré a este niño a este mundo para que sea un esclavo. Ahora es el momento, Tony.

—¿Por qué no dices nada? —Maya mira furiosa a Tony.

—Ven aquí. —Tony le coge la mano—. Démosle a Cynthia algo de espacio y hablemos.

Me siento a la mesa de la cocina, con la mirada fija en el sobre que tengo en la mano, un frío vacío expandiéndose en mi interior. No quiero hacerle daño a mi bebé, pero tampoco quiero que mi hijo viva la vida que yo he llevado. Mi teléfono empieza a sonar y, cuando miro hacia abajo, veo el nombre de Adam en la pantalla. Apago el teléfono y saco la tarjeta SIM, partiéndola en dos.

“No volveré a verte, Adam” pienso para mí. “Me arrancaré todas las correas, incluida la tuya”.

Cuando Maya y Tony regresan, Maya está blanca como el papel. No sé qué espero que diga, pero no esperaba que me abrazara hasta casi estrangularme. No habla, pero siento la humedad en un

lado de mi cuello y parte de la rigidez desaparece de mi interior.

—Maya y yo hemos hablado de esto —dice Tony una vez que Maya retrocede y se seca los ojos —. Tu libertad es necesaria, pero también lo es salvar al bebé. Vamos a llamar a Lydia. Habrá que contarle todo esto, pero...

—¡No! —Me pongo en pie—. Nadie más debería estar involucrado.

—Sólo escúchanos —dice Maya rápidamente—. Si cualquiera de nosotros te pone las inyecciones, podríamos cometer un error. Tener a Lydia supervisando todo esto aumentará tus posibilidades de sobrevivir, así como las del bebé.

—Te doy mi palabra —interviene Tony—, ella no le dirá nada a nadie. Y si lo hace, la mataré.

Su amenaza permanece en el aire mientras le miro atónita.

—¿Matarías a un sanador por mí? ¿Estás loco?

Tony me mira con pesar.

—Te he fallado todos estos años, Cynthia. No te fallaré ahora. Manejaré esta situación.

—No... no la mates —digo, negándome a hacer daño a la mujer que no ha sido más que amable conmigo—. Nos aseguraremos de estar lejos antes de que ella tenga tiempo de decirle algo a alguien. Tengo un plan de escape preparado. Sólo necesito liberarme primero.

—De acuerdo. —Tony coge sus llaves de la mesa—. Voy a buscarla.

—Tira esto al agua de camino. —Le entrego la SIM rota y mi teléfono.

Tony me lanza una mirada penetrante, pero no me interroga.

—Dale algo de comer —le dice a Maya mientras sale.

—No tengo apetito. —Niego con la cabeza a mi amiga. Sin embargo, Maya saca unos huevos y los bate en forma de revuelto.

—Los huevos son buenos para el embarazo —dice con firmeza—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste de verdad?

—Esta mañana. —Tomo un poco de los huevos y me duele el estómago de hambre.

Mientras como, Maya me estudia.

—El padre es Adam Moore, ¿verdad?

Doy una sacudida y el tenedor repiquetea en el plato.

—¿Qué? ¿Cómo has...?

—Tu reacción de esta tarde cuando viste el anuncio del compromiso. Y ese edificio es donde vive Adam. Todo el mundo lo sabe.

—Maya, no puedes decir...

—Claro que no. —Maya me aprieta la mano—. No creo que Tony haya sumado dos y dos todavía. Y si lo ha hecho, no me lo ha mencionado. Pero Cynthia, en lugar de hacer todo esto, ¿no es mejor que Adam te proteja? Seguramente, una vez que se convierta en Alfa...

—Adam se va a casar con Tina. —Miro la comida ahora, sintiendo náuseas—. Planea mantenerme atada a él usando la deuda de sangre. Me mantendría esclava de él.

—¡Él no haría eso si sabe que estás embarazada de él!

Levanto la cabeza con un destello de rabia.

—¿No recuerdas lo que me dijiste? Algunos machos se casan con la mujer que desean y mantienen a su compañera predestinada a su lado para que dé a luz a sus hijos. ¿Tienes alguna garantía de que no me arrancará a mi hijo de los brazos y se lo dará a su mujer para que lo críe?

Maya palidece, pero no se rinde.

—No puedes quedarte embarazada a menos que se haya apareado contigo.

—Fue una casualidad. —Me río amargamente—. Mi loba y yo no estamos conectados en el sentido tradicional. Me dieron un afrodisíaco. Lo investigué, Maya. Pudo dejarme embarazada por la potencia de la droga.

Maya cierra los ojos brevemente.

—Le importas. A Adam, al menos.

—A su manera, me quiere —murmuro—. Pero su ambición de convertirse en Alfa es mucho mayor que sus sentimientos. Está dispuesto a despojarme de mi dignidad para mantenerme con él. No soy mejor que una esclava sexual.

—¿Le has oído decir eso exactamente? —insiste Maya—. ¿Dijo que no te iba a liberar de la deuda de sangre?

Lanzo una mirada incrédula a mi amiga.

—¿Querías que me quedara a jugar a las veinte preguntas con él? Maya, ¿comprendes la situación en la que me encuentro? Está prometido con otra mujer. Piensa casarse con ella. Él tiene la sartén por el mango en esta situación. ¿Quieres que vuelva con él, acerque una silla y le pida que aclare lo que quiso decir? ¿Crees que no sabía lo que estaba tratando de decir? ¡Por el amor de Dios, Maya! Su propio amigo entendió lo que decía.

Maya se sonroja, parece avergonzada.

—Lo siento.

Sacudo la cabeza, enterrándola entre mis manos, dejando que el silencio me rodee durante un par de largos minutos. Finalmente, murmuro:

—No quiero estar en esta situación. No es un plan deliberado. Nunca he estado con un hombre, Maya. Él fue mi primero. Fue mi primero en muchas cosas. Creo que me enamoré de él. Me convenció de que él también me amaba. No dejaba de asegurarme que él se encargaría de todo. Pero mientras lo hacía, empezó a aislarme del mundo exterior. Quería ocultar su compromiso. No sé qué más escondía. Me duele el corazón, Maya. Me duele con cada respiración. No estoy disfrutando de esta situación. Pero tengo que protegerme. Y tengo que proteger a este niño dentro de mí.

Levanto la vista y la veo inclinar la cabeza, avergonzada.

—Lo siento. Sólo intentaba ayudar.

—Lo sé. —Suspiro.

—Pase lo que pase —dice de repente Maya, agarrándome las manos frías—, Tony y yo siempre

estaremos ahí para ti.

Le dedico una pequeña sonrisa y, de repente, miro a mi alrededor.

—Creía que vivías con tu hermana. ¿Por qué no está aquí?

Ahora le toca a Maya mirar hacia abajo.

—Ella no aprobaba a Tony, sobre todo por la diferencia de edad de más de veinte años. Nos peleamos y se fue a casa de unos amigos.

—Lo siento. —Le dirijo una mirada comprensiva.

—No entiende que Tony es el primer tío que se esfuerza por cortejarme como es debido. Los lobos de nuestra edad sólo quieren ir a clubes, meterse en la cama, y luego evitarte durante meses. Quiero a alguien confiable, y yo también soy un poco anticuada. Tony me trata como si fuera muy valiosa para él. Me trae flores y me cuida. A veces me invita a comer y salimos juntos. El otro fin de semana me llevó a pasear en carruaje y luego fuimos a navegar. También me enseñó a pescar. Estas cosas me importan. Pasar tiempo con él es importante para mí. El otro día, le encontré leyendo una serie de libros que me encantan, aunque a él no le guste el género. Me dijo que quería que tuviera a alguien con quien comentar el libro.

Mis labios se curvan suavemente ante la mirada de sus ojos.

—Estás enamorada, ¿verdad?

—Con locura —respira Maya—. Sé que mi hermana nunca lo aprobará, pero él realmente me hace feliz. No quiero dejar escapar esa felicidad.

—No deberías. —A pesar de mis circunstancias, me alegro por ella—. Aférrate a Tony con todo lo que tienes. Me alegro de que os conocierais y de que os vaya tan bien juntos.

Maya me aprieta la mano.

—Deseo la misma felicidad para ti, Cynthia.

Buscando en sus ojos, sé que lo dice en serio.

—La felicidad de cada uno es diferente. —Cubro su mano—. Puede que no encuentre la

felicidad con mi pareja, pero la encontraré en mi libertad. Perder a Adam no me ha roto, Maya. He superado obstáculos más grandes que este. No me romperé. No te preocupes por mí. Mi libertad es mi felicidad. Y si no consigo mi libertad en vida, la que pueda conseguir en la muerte es igual de satisfactoria.

Maya aprieta los labios formando una fina línea.

—No digas eso. Vivirás, y tu hijo también.

Sonrío ferozmente.

—Eso espero.

Nuestra conversación se interrumpe cuando se abre la puerta principal y oímos pasos. Ambas nos ponemos de pie y Tony entra primero en la cocina, seguido de cerca por una Lydia muy pálida.

Me echa un vistazo y me dice:

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

Mira a Tony.

—Necesito un momento con Cynthia.

Tony parece esperárselo, o tal vez ella ya se lo había dicho en el coche, porque se limita a asentir y a acompañar a Maya a la otra habitación. Cuando la puerta se cierra tras ellos, Lydia me mira.

—Estoy dispuesta a hacer un juramento de sangre para guardar tu secreto.

La estudio, sorprendida.

—¿Por qué? Pensaba que intentarías convencerme de que no siguiera adelante con esto. ¿Por qué intentas ayudarme?

—En primer lugar, porque te debo la vida. Si no me hubieras avisado aquel día, ahora estaría muerta. Y segundo, porque nunca fui capaz de ayudarte. Debería haber intervenido en el momento en que me di cuenta de que la dinámica entre tú y Jonathon estaba mal. Debería haber enviado las imágenes del ataque de Norman a la Fuerza de Investigación. Debería haberte

presionado más para que dijeras la verdad.

—No es culpa tuya, Lydia. —Le dedico una leve sonrisa—. ¿Puedes ayudarme ahora?

Ella asiente.

—Mi mentor hizo su tesis sobre la ruptura de una deuda de sangre. Le fascinaba la idea, así que soy tu mejor opción para ayudarte a superar esto. No cuestionaré tu decisión, pero haré un juramento de sangre.

—Confío en que no le digas nada a nadie —le digo.

Ella sacude la cabeza.

—Por tu seguridad, insisto.

Tony vuelve, casi como si presintiera que nuestra conversación ha terminado. Nunca he hecho un juramento de sangre, pero he visto jurar algunos, y mientras Lydia jura por su vida y su sangre guardar mi secreto, la magia de nuestros animales uniendo sus palabras a su alma, siento alivio.

Todo esto terminará pronto.

Tumbada en el sofá, veo a Lydia sacar la inyección llena de acónito líquido.

Aprieto los labios, sin sentir ni un ápice de miedo cuando se acerca a mí. Me llevo la mano al estómago.

Que sigamos juntos en esta vida, pequeño.

No sé si es una oración o un deseo. Pero mientras cierro los ojos y el acónito hace efecto en mí, espero de verdad vivir una vida de paz y felicidad con mi hijo.

CAPÍTULO 20

Cynthia

Cuatro años después

—Riya —grito mientras deambulo por el apartamento en busca de una niña de tres años a la que le gusta demasiado jugar al escondite—. Riya, si no sales ahora mismo —empiezo—, me comeré todas tus tortitas y me beberé toda la botella de sirope de arce. Espera. Y no dejaré que la tía Maya te cuide este fin de semana.

Mis agudos oídos captan un grito de indignación procedente de la lavandería y me dirijo hacia allí, justo a tiempo para ver a una niña morena agachada detrás de la lavadora. La agarro por detrás del vestido y tiro de ella.

—Hacer esto no es inteligente, hija. Nada inteligente.

—¡No quiero ir a la escuela! —Riya me mira, con el labio inferior despegado en un mohín, los ojos grises que heredó de su padre, molestos.

—En primer lugar, —La cojo en brazos—, no es el colegio. Es preescolar. Y se supone que tienes que hacer amigos con niños de tu edad.

—Son todos tontos —se queja Riya, me rodea el cuello con los brazos mientras la llevo a la mesa de la cocina.

—Bueno, —La siento en la silla—, quizá si les dieras una oportunidad y no presumieras de todos los libros que sabes leer no se sentirían tontos contigo.

—El tío Tony dice que los niños de mi edad deberían saber leer y escribir —repite mi hija.

—Bueno, el tío Tony tiene mucho tiempo libre. —Acerco una silla a su lado y sonrío—. Dale una oportunidad a los niños, Riya. No son malos contigo, ¿verdad?

—No —admite mi hija enfurruñada.

—¿Han intentado ser amigos tuyos?

—Sí. —Su voz se hace más pequeña.

—Entonces, ¿estamos siendo una abusona aquí?

Ahora parece avergonzada de sí misma.

—Lo siento.

Corto su tortita y le doy un trozo.

—Es bueno aprender todas estas cosas sobre la lectura y la escritura, pero eso no significa que tengas que ser mala con los otros niños. Igual que todas las cosas que te está enseñando el tío Tony son divertidas, también lo es jugar con niños de tu edad.

—Vale, mamá. —Riya asiente, dirigiéndome una mirada seria.

—Bien, hoy te he preparado un montón de galletas para compartir. Quiero que juegues y hagas al menos dos amigos antes de volver a casa. Y luego me lo vas a contar todo, ¿vale?

—Vale. —Mi hija suspira como si acabara de poner el peso del mundo sobre sus pequeños hombros.

—Bien. —Le pellizco la mejilla—. Ahora termina de desayunar mientras voy a vestirme.

Durante unos minutos, permanezco junto a la puerta de la cocina, observando cómo la niña que salió de mí disfruta de sus tortitas.

Nunca pensé que llegaría el día en que respiraría el aire como una mujer libre. Mi embarazo fue duro, pero cuando decidí mudarme a Detroit, Tony y Maya decidieron mudarse también. Desde que se casaron y se emparejaron, nunca he visto una pareja más feliz. Me ayudaron durante todo el embarazo, y fue Tony quien me dejó quedarme en este apartamento. Según él, este lugar pertenecía a su primo que vivía en Inglaterra y no tenía intenciones de volver. Me permitía hacer lo que quisiera con el lugar siempre y cuando lo mantuviera en buen estado. No fue mal trato, y en estos últimos cuatro años, este gran piso se ha convertido en un hogar. También acabé encontrando trabajo una semana después de llegar.

Soy jefe de marketing en una empresa local. El sueldo es excelente, al igual que las prestaciones. El regalo de despedida de Watson me vino muy bien. No cambió demasiado mi nombre. Simplemente cambió el apellido. Ya no soy Cynthia Rose. Ahora, mis colegas me conocen como

Cynthia Morrighan. Es un apellido raro, al que me costó acostumbrarme.

Después del primer año, dejé de mirar por encima de mi hombro. Tony se cuidaba de no compartir conmigo ninguna noticia sobre la manada, y yo sabía que si Riya o yo alguna vez corríamos peligro de ser descubiertas, él nos avisaría. Incluso después de cuatro años, sigo disfrutando de las pequeñas cosas de la vida. Pasear sola por el parque, sentarme en un restaurante, comprarme ropa, hacer la compra... son cosas que me recuerdan que ahora soy una mujer libre, que mi hija es libre.

A veces echo de menos a Adam. A veces me pregunto qué clase de padre habría sido. Me lo imagino mimando a Riya, cargándola sobre sus hombros. Pero el cariño de mi corazón se vuelve duro y amargo cuando recuerdo lo que había planeado hacerme.

Me visto y recojo las cosas de Riya. Mientras me dirijo a la puerta, grito:

—Vamos, Riya. Vámonos.

Esperándola, me estudio en el espejo.

Mi pelo plateado me llega a media espalda y está bien peinado. Llevo un vestido azul que me llega a las rodillas y me cubre los brazos. Prefiero vestir con modestia. No me gusta la atención masculina. En todos estos años, nunca he deseado otro. A veces me pregunto si Adam y Tina llegaron a casarse. Sin embargo, la idea me sigue doliendo, así que intento no centrarme demasiado en ella.

—¡Mami, vámonos! —Riya corre hacia delante, casi tropezando con sus propios pies.

La cojo justo a tiempo y la balanceo en mis brazos.

—Mi pequeña torpe. —Le planto un beso en la punta de la nariz—. Ojalá tuvieras mi pelo plateado.

—¿Por qué?

—No lo sé. —La saco por la puerta y la llevo al aparcamiento del edificio—. ¿Porque pareceríamos gemelas?

—¡Mami, qué tonta eres! —Riya se ríe, dándome palmadas en las mejillas.

Sonrío.

—¿Lo crees de verdad?

Aprender a conducir un coche también había sido una decisión que me había empoderado. En cuanto mencioné a uno de mis compañeros la posibilidad de aprender a conducir, me enteré de que la empresa nos pagaba las clases. Era una ventaja extraña, pero no quería dejarla pasar. También acabé recibiendo un coche de empresa después de aprobar el examen de conducir.

Trabajar para Dalton Tech me ha cambiado la vida. Estaba segura de que tendría problemas por mi cuenta, pero unirme a esta empresa ha sido una bendición.

Dejo a Riya en la guardería y veo cómo se detiene en la entrada y me lanza una mirada dubitativa por encima del hombro antes de entrar. Sacudo la cabeza divertida. Tengo que decirle a Tony que se tranquilice con sus clases particulares. Riya le llama tío Tony, pero él actúa como si fuera su nieta. Nunca había visto a Tony expresar tanta emoción como cuando abrazó a Riya por primera vez. Sollozaba como un bebé.

Él y Maya viven a diez minutos de mí, pero Tony siempre pasa a recogerla y la saca a pasear. Desde que Maya decidió licenciarse en Derecho y Tony montó su propia empresa de seguridad doméstica, le gusta pasar tiempo con mi hija cuando su compañera no está en casa. Disfruta dándole clases y ha hecho un buen trabajo inflándole la cabeza de ego.

Si alguien me dijera todos los días que soy lo mejor de lo mejor, hasta yo me volvería ególatra.

Mis dedos golpean el volante mientras suena la música en la radio. Como Maya también está esperando, pronto va a estar muy ocupado. Aparco en el aparcamiento de la oficina y entro. Un hombre sonriente me espera junto al despacho y le digo:

—Kofo. Otra vez llegas pronto.

Kofo es un recién licenciado de una empresa muy reputada, y su ética de trabajo es impecable. Por eso lo contraté en el acto. Aunque su currículum carecía de la experiencia de los demás candidatos, su entrevista me impresionó. Tiene potencial para ascender mucho más en la empresa, pero por ahora es mi ayudante.

—Buenos días, directora Morrighan. Le he traído un café.

Parpadeo ante el gesto.

—Gracias, pero ya te he dicho que no hace falta que me traigas el café de la mañana.

—Es un agradecimiento por recomendarme para las prácticas en el departamento de análisis. —Parece satisfecho.

Entro en mi despacho y él me sigue.

—¿Así que lo has conseguido?

—Está en espera por la próxima visita del director general, pero el director ha dicho que es básicamente mío. No lo habría conseguido si no hubiera hablado bien de mí.

—Lo conseguiste porque eres muy trabajador, Kofo —le recuerdo—. El trabajo duro siempre da sus frutos. Es triste que vaya a perder a un ayudante tan increíble, pero me alegro por ti.

—Si está dispuesta —empieza Kofo, nervioso—, mi primo está buscando trabajo actualmente, y ya ha trabajado antes como ayudante. Podría darle su currículum y podría ver si sería un buen sustituto.

—Envíamelo por correo electrónico. —Le hago un gesto con la cabeza—. Y gracias por el café. —Parece aliviado y, mientras sale, parpadeo—. Un momento. ¿Acabas de decir que tenemos visita del Director General?

—Oh, sí. —Kofo se da la vuelta—. La empresa ha estado en conversaciones sobre un cambio de propiedad. He oído que hace una semana se decidió un nuevo director general, pero todos los detalles son muy secretos. Ninguno de los directores sabe quién es. Mañana viene a la oficina, así que el director Beyern ha dicho que hasta que no acabe su inspección y su visita, no vamos a cambiar nada.

He estado ocupada con trabajo promocional y no me he enterado de lo del nuevo director general. Pero es extraño. Los directores deberían haber sido informados.

—¿Sabes por cuánto tiempo vendrá? —pregunto, curiosa.

—No. —Kofo sacude la cabeza—. Pero se rumorea que planea sacudir las cosas, sobre todo con los altos cargos y los mandos intermedios.

Mis labios forman una fina línea.

—Ya veo —murmuro—. Vuelve a tu escritorio y saca los archivos del proyecto Drocker. Necesito revisar el material promocional para el lanzamiento del juego.

Kofo se apresura a volver a su escritorio, y yo me reclino en mi silla antes de echarla hacia delante y consultar mi correo electrónico. No se menciona la visita del Director General. Al menos deberían habernos enviado un correo electrónico.

Tengo un mal presentimiento. No sé por qué. Simplemente no puedo quitármelo de encima.

La sensación se intensifica a la hora de comer, cuando Gregory Black, uno de los altos directivos de mi departamento, se pasea por mi despacho. Gregory me recuerda a Norman, y siempre me pongo tensa a su lado. Es un cabroncete engreído, con la arrogancia calada hasta los huesos. Hace un año, cuando el anterior director estaba a punto de dimitir, tanto Gregory como yo estábamos en la carrera por el puesto de Director de Marketing. A diferencia de mí, Gregory recurrió a todos los medios posibles para conseguir el título. Incluso llegó a sabotear uno de mis proyectos, lo que habría costado a la empresa una pérdida de dos millones de dólares, algo por lo que la empresa podría haberme demandado posteriormente. Se había jactado de ello delante de mí y se había burlado de mí mientras me arrastraba a la desesperación por las ruinas de mi trabajo. No le importaba que yo tuviera un hijo al que alimentar. De hecho, había hecho comentarios despectivos sobre lo lamentable que era que Riya y yo nos quedáramos sin casa como consecuencia del pleito.

Es como una versión humana de Norman.

Sin embargo, me subestimó.

Su sabotaje fue su perdición. Pasé noches enteras arreglándolo todo, y el resultado fue mucho mejor que la obra original. Gracias a eso, acabé consiguiendo el puesto de director.

—¿Puedo ayudarte, Gregory? —Suspiro con desvelada irritación.

—¿Te has enterado de lo del nuevo director general? —Gregory se siente como en casa en mi despacho, tumbado en el sofá, con los brazos extendidos sobre el respaldo.

—Sí. —Cojo uno de los diseños de los personajes del juego para el póster y lo estudio—. No es ninguna novedad para mí. Ya sabes, siendo director y todo eso.

Me burlo de él por la última parte y disfruto viendo cómo se eriza.

—Sí, bueno, —Entrecierra los ojos—, he oído que planea hacer limpieza por aquí y que nos llamarán a los directores para que ofrezcamos nuestras críticas sobre cómo se están gestionando nuestros departamentos.

—Pues es una pena —comento con indiferencia—. El pobre tendrá que escucharte hablar. Oh, bueno, todos tenemos nuestras cruces que cargar.

—¡Será mejor que cuides tu actitud conmigo, Cynthia! —Gregory se pone de pie de un salto—. Podrían despedirte si abro la boca.

—Oh, no —digo con indiferencia—. Estoy temblando. Ahora, sal de mi despacho. Tengo trabajo que hacer.

Gregory sale furioso, siseando algunos improperios en voz baja que mis orejas de lobo captan.

Pongo los ojos en blanco.

Sin embargo, unos minutos después, dejo los diseños, frunciendo el ceño. Gregory es un mentiroso consumado. Si consigue hacer buenas migas con el nuevo director general y empieza a soltar sandeces, ¿peligrará realmente mi puesto?

Al final de la jornada laboral, todos recibimos correos electrónicos en los que se nos informa de que el nuevo Director General llegará mañana, por lo que todos debemos estar allí para recibirle. Sigo sin entender toda esta necesidad de mantenerlo en secreto, pero quizá sea un bicho raro con afición al misterio. Aparte de las tonterías de Gregory, mi departamento ha prosperado bajo mi dirección, así que no debería tener motivos para despedirme. A menos, claro, que no le guste mi cara o algo así.

Voy a recoger a Riya a casa de Tony. Suele recogerla en la guardería y cuidar de ella hasta que salgo del trabajo. Mientras conduzco hasta su apartamento y cojo algo de cena para los dos, me pongo a pensar en el pasado. Desde que me libré de la deuda de sangre y me quedé embarazada y sola, mi loba se volvió ferozmente protectora de la niña que llevaba dentro. Ahora que Tony y Maya me han ayudado a cambiar un par de veces, todos salimos a correr los fines de semana, tarde por la noche. Riya es demasiado joven para cambiar ahora, pero le gusta montar en nuestros hombros. Poder transformarme ha hecho maravillas en la conexión que comparto con mi animal. Y también me ha hecho darme cuenta de que, a pesar de la felicidad que Maya nos aporta, mi loba sigue sintiéndose sola. Es el tipo de soledad que no puedo entender. No expresa interés por ningún macho, pero hay una pena dentro de mí que no puedo quitarme de encima.

Al llegar a casa de Tony y Maya, entro.

Para mi sorpresa, Maya está hoy en casa, y su estómago choca contra mí cuando me abraza en señal de saludo.

—¿Te has tomado un día libre en la universidad? —pregunto, sorprendida—. No te encuentras mal, ¿verdad?

—No, no. —Maya sonríe—. Tenemos la semana libre. Tengo que presentar un caso, así que trabajo desde casa. Tony y Riya están en la cocina. Le está enseñando a hacer una tarta.

Dejo la bolsa en el suelo y pongo los ojos en blanco.

—Se da cuenta de que tiene tres años, ¿verdad? El hecho de que pueda formar frases completas no es poca cosa.

Maya se ríe.

—Le ha estado diciendo que debería presentarse a presidenta. Le enseña política. La mitad de las cosas se le pasan por alto, pero deberías ver lo mona que está intentando entenderlo todo.

—No te rías —le advierto—. Cuando revientes, va a ser mucho peor.

Maya suspira pesadamente.

—Gemelos. ¿Te lo imaginas? Me voy a volver loca.

Me río.

—Ayudaré todo lo que pueda.

—Oh, tenlo por seguro que lo harás. —Maya sonríe. Su sonrisa se desvanece cuando llegamos a la puerta de la cocina y baja la voz—. Oye, ¿Tony te ha dicho algo?

—¿Sobre qué? —pregunto, sorprendida por su cambio de actitud.

Maya parece preocupada.

—No lo sé. Ha estado muy raro estos días. Recibe llamadas y sale de la habitación para atenderlas. Estoy preocupada.

La miro fijamente.

—No estarás pensando... Él no... Quiero decir, ¡te quiere!

Maya tarda dos segundos en comprender mi razonamiento y pone cara de horror.

—¡Claro que no! Jamás pensaría eso. Es que siento que es otra cosa. Siempre comparte todo conmigo, y eso me molesta.

—¿Has intentado hablar con él? —le pregunto.

—Lo intenté —admite Maya—, pero parece muy infeliz cuando abordo el tema, y no quiero aumentar su estrés.

—Podría estar relacionado con el trabajo, y quizá no quiera estresarte en el estado en que te encuentras. —Le acaricio el brazo—. Seguro que no es nada. Pero si quieres, puedo intentar hablar con él.

Maya duda y luego niega con la cabeza.

—No. Le daré algo de tiempo. Venga. Vamos a ver el desastre que hay dentro.

No hay mucho lío, pero noto la tensión en la mandíbula de Tony mientras me dedica una sonrisa tensa.

—¿Todo bien? —le pregunto, cogiendo a Riya en brazos y llenando de besos su cara cubierta de harina.

—Sí, ¿cómo va el trabajo?

Me encojo de hombros y dejo a mi hija en el suelo.

—Ve a lavarte. Nos vamos en cinco minutos.

Cuando se va corriendo, miro a Tony.

—Mañana llega un nuevo director general. Estoy un poco escéptica sobre cómo va a ir.

—Todo irá bien. —Aparta la mirada de mí—. Tendré unos días libres esta semana, así que si quieres que recoja y lleve a Riya, dímelo. Incluso puede quedarse a dormir.

Parpadeo.

No tengo ningún problema con que Riya se quede a dormir en casa de Maya y Tony, pero por alguna razón, sus palabras parecen tener un doble sentido.

—Claro —murmuro—. Te avisaré.

Riya vuelve en ese momento, la abrigo y emprendemos el camino de vuelta a casa. Sin embargo, durante la cena y el baño, me siento un poco distraída. La oferta de Tony me deja pensativa. Si a eso le sumo que Maya me ha dicho que se comportaba de forma extraña, no hay duda de que algo pasa.

Acuesto a Riya y cojo uno de los libros que he estado leyendo.

Es casi medianoche cuando empiezo a prepararme para ir a la cama. Sin embargo, mi teléfono pita de repente y, cuando me giro para comprobarlo, muestra un inicio de sesión en mi ordenador del trabajo.

Me quedo quieta.

Por un momento, dudo, y entonces llamo a Kofo. No contesta al teléfono.

El nuevo director general vendrá por la mañana. No puedo ignorar esto.

Cojo el teléfono y llamo a Tony:

—Tengo que ir a la oficina. Es una urgencia. Riya está dormida. ¿Puedes pasarte y quedarte con ella? Tienes la llave, así que entra.

Cuando intenta preguntarme qué me pasa, me encojo de hombros sobre el abrigo.

—Ahora mismo no puedo hablar. Te lo diré cuando vuelva.

Me apresuro a salir, avisando al portero de que Tony vendrá dentro de un rato. Me subo al coche y cruzo la ciudad hasta mi oficina. Hay dos coches en el aparcamiento. Uno no lo reconozco. El otro me resulta familiar, pero no lo reconozco. Entro y subo las escaleras hasta el segundo piso, donde está mi despacho. La puerta está abierta y, nada más entrar, reconozco el olor.

¡Gregory!

¿Qué demonios hace en mi despacho a estas horas? Mi ordenador está encendido. Debe haberme oído llegar y huyó. ¡Cobarde!

Al intentar comprobar los archivos, noto que algo falla. Mi antivirus está desactivado. Lo enciendo y empiezan a llegarme notificaciones. Mi ordenador se ha infectado con varios virus.

Mi corazón late como un tambor ruidoso y despiadado.

—No —murmuro—. ¡Ni siquiera él sería tan estúpido!

Intento llamar a todo el equipo informático, pero nadie contesta a estas horas de la noche. Para empeorar las cosas, las luces se apagan de repente, sumiéndome en la oscuridad salvo por el ordenador, que está enchufado al sistema SAI. Cuando suena el teléfono, lo cojo. Es Tony.

—¿Qué ha pasado?

Me hundo en la silla, hundiendo la cabeza en la mano.

—Uno de los gerentes se ha colado aquí y ha descargado virus en mi ordenador. Hará lo que sea para que me despidan.

Tony no parece muy preocupado.

—Puedes ocuparte de ello por la mañana.

—¡Mis archivos están ahí, Tony! —gimo—. Tengo que encontrar la manera de sacarlos. ¿Puedes quedarte con Riya, por favor? ¿Está bien?

—Está profundamente dormida —me tranquiliza—. No te preocupes por ella.

—Vale, de acuerdo. Gracias, Tony.

Cuando termino la llamada, intento revisar los daños, pero no puedo hacer nada. No debería haberme tomado la amenaza de Gregory tan a la ligera. Debería haber sabido que tenía una vena loca. Ni siquiera sé cómo probar que es él quien está detrás de todo esto. No puedo acercarme a una persona de recursos humanos y decirle que olí a Gregory en mi oficina.

Oigo pasos de repente. Son ligeros y cuidadosos, y agarro lo que tengo más cerca, que resulta ser una grapadora.

Los pasos se acercan a mi despacho y, aunque soy un lobo cambiaformas, eso no significa que no puedan atacarme. Me acerco a la puerta y levanto la grapadora que tengo en la mano cuando los pasos se detienen. Entonces, una figura oscura entra en mi despacho.

Suelto un grito y hago caer la grapadora sobre la cabeza del intruso.

Sin embargo, me agarra la muñeca antes de que pueda golpearle, y la otra mano va a mi cintura para equilibrarme. Y sin más, las luces vuelven a parpadear, el generador zumba de fondo.

Y me encuentro cara a cara con Adam.

CAPÍTULO 21

Cynthia

Miro fijamente a Adam, la sorpresa me deja muda.

Su expresión es impasible cuando me mira.

Estos últimos cuatro años han sido buenos para él. Está más guapo. Pero sus ojos son más fríos de lo que recordaba. Tienen un filo despiadado que no recuerdo haber visto antes. Su olor me resulta familiar y tentador y, sin previo aviso, mi cuerpo se tensa en una necesidad viciosa.

Vuelvo a la realidad e intento apartarme de él. Pero me sujeta con fuerza.

De repente baja la cabeza, entierra la cara en mi cuello y le oigo inhalar.

Mi cuerpo se ablanda contra él mientras me huele. Después de todo este tiempo, su tacto sigue causándome adicción. Su mano me sujeta la muñeca con firmeza, pero no me hace daño.

Entonces su voz suena contra mi oído.

—Tu olor ha cambiado.

El efecto hipnótico que tiene sobre mí se desvanece inmediatamente cuando el significado de sus palabras me golpea como un camión. Mi olor ha cambiado porque he dado a luz a Riya. Riya, su hija. La que él no sabe que existe.

Esta vez, cuando me alejo de él, me deja.

—¿Qué estás haciendo aquí en Detroit? —me quejo.

—Estoy aquí por negocios —murmura Adam—. Ahora, ¿me toca preguntarte lo qué estás haciendo aquí?

—Trabajo aquí —respondo tajante.

—Interesante. —Los labios de Adam se curvan en una sonrisa que no llega a sus ojos—. Así que una vez más, trabajas para mí entonces.

—¿Perdón? —Le dirijo una mirada recelosa.

—Soy el nuevo director general de esta empresa. —Adam me sostiene la mirada y mi mandíbula se tensa.

—Estás mintiendo. —Se me cae el estómago, el miedo me invade ahora.

—No tengo motivos para mentir. —Adam parece fríamente divertido, y su confianza me aterroriza.

No puedo tenerlo cerca de mí. No puedo dejar que se entere de Riya. ¡Me la quitará!

La forma en que me mira es fría. Ahora mismo, me recuerda a Jonathon, y quiero correr. Quiero alejarme de él lo más posible. Pero no es el momento de actuar tontamente. Este hombre tiene la capacidad de hacerme daño y destruir toda mi vida. Incluso cuando mi loba quiere acercarse a él, doy un paso atrás.

—Es una pena —digo, con voz firme.

Giro sobre mis talones y empiezo a alejarme, sólo para que Adam me diga:

—¿Otra vez huyendo? Eso se te da muy bien.

A pesar de las advertencias que me hago para mantener la cabeza fría, mis manos se cierran en puños a mi lado.

“No reacciones. No reacciones”.

Doy otro paso y él continúa:

—¿Qué hacías exactamente aquí a estas horas de la noche?

—No es asunto tuyo.

Sigo caminando y él me sigue.

—Como ahora trabajas para mí, resulta que es asunto mío.

Me giro hacia él, con los ojos brillantes.

—Si quieres saberlo, uno de mis gerentes me tiene manía y me ha estropeado el ordenador. Pero a dónde voy va a dejar de ser asunto tuyo muy pronto. Trabajar para ti una vez ha sido suficiente para toda una vida. Espera mi dimisión en tu mesa por la mañana.

Se queda quieto, y esta vez, cuando me doy la vuelta y me voy, no me detiene.

En cuanto salgo del edificio, me dirijo hacia mi coche. No puedo arrancar el motor lo bastante rápido, desesperada por salir de aquí y volver a donde está mi bebé. Conduzco como una loca, con las manos apretadas alrededor del volante y las uñas clavadas en la suave goma protectora.

¿Por qué está aquí?

¿Por qué no parecía sorprendido de verme?

¿Me ha estado buscando todo este tiempo?

Estas preguntas se agolpan en mi interior y no se me ocurre ni una sola respuesta que tenga sentido. No puedo imaginar que haya estado buscándome durante cuatro años, pero entonces ¿por qué no se sorprendió al verme aquí? Nunca me preguntó adónde fui ni por qué me fui. Quiero alegrarme de que no lo hiciera, pero me molesta.

No puedo quedarme en este trabajo.

Ni siquiera sé si podré quedarme en esta ciudad.

Ahora que sabe dónde estoy, es sólo cuestión de tiempo hasta que descubra lo de Riya. Puedo estar financieramente cómoda, pero Adam es más ingenioso que yo. ¿Y si decide arrebatarme a Riya?

Me tiembla el labio inferior y se me endurecen los ojos.

No puedo permitirlo.

Tengo que esconderla.

Tengo que irme.

Tengo ahorros. Como nunca he tenido que pagar alquiler y mi sueldo ha sido muy bueno, he

podido formar unos ahorros considerables. Podría hacer las maletas y marcharme mañana mismo. Al llegar a mi apartamento, ya he calculado cuántas cajas necesitaré y qué me llevaré y qué irá a parar al almacén. Riya y yo podemos irnos de viaje mientras yo busco trabajo. Donde encuentre uno, echaré raíces allí.

Tony me está esperando, y con solo olerlo su cara palidece.

—Has visto a Adam.

No es una pregunta.

—Es mi nuevo director general. —Tiro mi abrigo sobre la mesa mientras voy a ver cómo está Riya. Mi cuerpo se mueve en piloto automático porque mi cerebro trabaja a toda máquina. Tengo que idear un plan sólido. El hombre que conocí esta noche no es el Adam que recuerdo. O tal vez, este era quien Adam había sido todo el tiempo. Este hombre de ojos fríos con un borde despiadado.

Riya duerme y yo le acaricio el pelo, con el corazón tembloroso.

Aspiro su aroma y me reconforta.

Salgo de la habitación, cierro la puerta en silencio y me dirijo al salón. Tony me sigue.

—¿Se ha convertido en el alfa? —pregunto bruscamente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un año. Jonathon le puso algunas trabas e intentaba idear una forma de desacreditar las pruebas contra Norman. Cuando eso no fue como quería, extendió su control sobre la posición alfa. Los funcionarios se pusieron de su lado hasta que Adam comenzó a derribarlos, uno por uno. Hubo casos de malversación, fraude, robo y cosas similares. La mayoría de los funcionarios habían estado en el bolsillo de Jonathon, así que Adam los delató.

—Así que todo este tiempo ha estado ocupado —murmuro—. Demasiado ocupado para buscarme. Pero ahora que se ha convertido en el alfa, de repente aparece por aquí. —Miro a Tony. No puedo quedarme. Riya y yo nos iremos mañana.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué?

—¡No puedo arriesgarme a que Adam se entere de lo de Riya, Tony! —estallo. Él me la puede quitar. No quiero que mi hija quede expuesta a la familia Moore a cualquier precio. Una vez que Adam sepa de ella, es sólo cuestión de tiempo que Jonathon y Norman también lo sepan. No puedo correr ese riesgo.

—Tienes que calmarte. —Tony me pone las manos en los hombros y me guía hasta el sofá—. Tienes un trabajo aquí, un hogar que has construido. No puedes huir así.

—¿Y qué? —Le miro fijamente—. ¿Quieres que espere a ver qué pasa? Porque me parece un plan horrible. Y ya le he dicho que voy a dimitir.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Pero Tony, no se sorprendió de verme. Esto me dice que esperaba encontrarse conmigo aquí. Me ha estado buscando. Te lo digo, ¡lo ha hecho! —Escondo la cabeza entre mis manos—. No puedo dejar que me quite a Riya. ¡Ella es mía!

—A Riya no le pasará nada —intenta asegurarme Tony—. Si te preocupa, puede quedarse conmigo mientras trabajas. No hace falta que la mandes a preescolar un par de días. Y si te ha encontrado una vez, puede volver a hacerlo. No puedes seguir huyendo el resto de tu vida. Legalmente, Riya es tu hija. Y desde que dejaste Seattle, te alejaste de la manada. No puede obligarte a volver, y tampoco puede llevarse a Riya tan fácilmente. Si quieres cambiar de trabajo, te ayudaré a buscar otro, pero huir no es la solución ideal. Necesitas saber por qué Adam está realmente aquí antes de tomar una decisión tan precipitada.

—¿Y si se entera de la existencia de Riya? —exijo.

—Quitártela no va a ser tan fácil como te imaginas —dice Tony—. Y Maya y yo estaremos pendientes de ella. Antes, sólo eras tú, Cynthia. Ahora, tienes una hija de la que preocuparte. No puedes dejar que tu miedo desarraigue su vida. Si fuera sólo una vez, lo entendería, pero no creo que sea saludable para ninguna de las dos que pases el resto de tu vida mirando por encima del hombro y huyendo. Tendrá un impacto negativo en Riya.

Me quedo inmóvil ante sus palabras. Tiene razón.

—De acuerdo. —Me froto las manos en la cara—. Pero tendré que cambiar de trabajo.

—Por supuesto. Por ahora, descansa. El mundo no se va a acabar aunque Adam descubra lo de tu hija. Eres más fuerte que antes, y tienes más gente a tu lado. No lo olvides.

Me abraza como un oso y me consuela antes de marcharse. Me aseguro de que las puertas están cerradas antes de servirme un vaso de vino y desplomarme en el sofá. No sé qué me deparará el futuro, pero Tony tiene razón. No puedo arrastrar a Riya de un sitio a otro para evitar a Adam. Pero si cambio de trabajo, nuestras interacciones se reducirán al mínimo. Y aparte de Riya, él no tiene control sobre mí.

Paso el resto de la noche actualizando mi currículum y escribiendo mi carta de dimisión.

Cuatro años en esta empresa, y así es como me tengo que ir.

Me molesta, pero no tengo elección.

****

A la mañana siguiente, decido llegar tarde, sin llamar a Kofo a propósito. Preparo el desayuno a Riya y paso un rato con ella viendo dibujos animados durante al menos una hora antes de prepararla y dejarla en casa de Tony y Maya. Con la carta de dimisión en el bolso, llego a mi despacho y entro.

Hay una tensión subyacente en el aire, y mire donde mire, la gente parece agitada. Cuando veo a un policía salir del ascensor, enarco una ceja. ¿A qué viene eso?

Me dirijo a mi despacho y Kofo se levanta de un salto al verme, aterrorizado.

—Le he estado llamando toda la mañana —se lamenta—. ¿Dónde ha estado?

No le contesto, sino que miro mi despacho desde la puerta.

—¿Dónde está mi ordenador? ¿Y por qué mis cosas están hechas un desastre?

—Si hubiera cogido el teléfono, se lo habría dicho. —Kofo parece abatido—. ¡Al parecer alguien se coló dentro y plantó virus en su ordenador!

Le dirijo una mirada.

—Lo sé. Estuve aquí.

—¿Qué? —Kofo me mira sin comprender—. Si estaba aquí, ¿por qué no lo detuvo?

Le cuento los acontecimientos de la noche anterior, omitiendo la interacción con Adam.

—Vi las llamadas perdidas. —Kofo parece disgustado—. No me encontraba bien, así que me tomé un analgésico y me quedé inconsciente.

—No pasa nada. —Dejo mi bolso sobre su escritorio y miro el desorden que hay dentro—. Llamé a los informáticos, pero no contestó nadie. Pensé que me ocuparía de esto por la mañana. ¿Qué ha pasado?

—Cuando he llegado —me dice Kofo—, la policía ya estaba aquí. Me he enterado de que el director general ha venido esta mañana temprano, ha estado mirando las grabaciones de seguridad y ha visto a Gregory llegar muy tarde y entrar en tu despacho. Han llamado a Gregory a su despacho, hace apenas cinco minutos. Han hecho un caso policial de esto.

Me quedo quieta.

—¿Qué? ¿Un caso policial? ¿Cree que Gregory puso el virus en el ordenador?

—¿Por qué si no iba a colarse en la oficina tan tarde? —Kofo frunce el ceño–. Menos mal que hago una copia de seguridad de su ordenador cada vez que se va.

—¿En serio? —Le miro sorprendida—. No lo sabía.

Me mira con timidez.

—Pensé que sería mejor que volver a perder archivos como nos pasó hace unos meses cuando tu sistema se estropeó. Ahora todo está copiado en un servidor en la nube. Quería decírselo al director general, pero pensé que sería mejor que lo hicieras tú. Ha estado llamando cada diez minutos preguntando si ya habías llegado.

Seguro que sí.

—¿Le conoces? —Miro a Kofo, que niega con la cabeza—. Lo vi de refilón cuando fui a dejar unos archivos para nuestros proyectos actuales. Parecía muy estricto e imponente. Pero son sólo las once de la mañana y al menos cinco personas se han quedado sin trabajo.

—Si tengo suerte, seré el número seis —murmuro.

—No es momento para bromas. —El marcado acento de Kofo sale a relucir mientras me lanza una mirada alarmada—. Han despedido al Director de Informática. He oído que le llamaron a las seis de la mañana y le dieron el finiquito.

—¿Luther? —Parezco sorprendida—. ¿Por qué?

—No lo sé. Está mirando a los altos cargos. —Kofo tiembla ahora.

—No te pasará nada, Kofo —le tranquilizo—. No eres un alto directivo.

—¡Estoy preocupado por ti!

—No lo estés —digo con ligereza—. No lo estoy.

Justo entonces, un hombre se acerca a nosotros.

—¿Directora Rose?

Me quedo quieta.

—Soy la directora Morrighan.

Mi corazón late fuerte, y este hombre, su olor no es como el de Kofo. Es un lobo metamorfo.

Su expresión es impasible.

—Cynthia Rose.

Aprieto los labios. Está claro que Adam está jugando conmigo.

Le dirijo una fría sonrisa.

—Me llamo Cynthia Morrighan. Me temo que buscas a otra persona. Ve a informática y consígueme un portátil provisional, Kofo. Necesito ponerme a trabajar.

Mientras Kofo se aleja, el hombre permanece de pie.

—El alfa quiere verte.

Le sonrío.

—No sé de qué me estás hablando. Ahora, por favor, vete a buscar a quien sea que estés buscando y deja de hacerme perder el tiempo.

Me lanza una larga mirada antes de dar media vuelta y marcharse. Me pongo a arreglar mi despacho, con la sangre martilleándome en los oídos. Adam probablemente no previó que en estos cuatro años me crecería una fuerza de voluntad de acero. Si está aquí para convertir mi vida en un infierno, se va a enfrentar a una batalla infernal. Protegeré a mi hija y la vida que he construido aquí. No me importa dejar esta compañía si eso significa protegerme a mí misma. He pasado años inclinándome y arrastrándome ante el bastardo de su padre. ¡Que me parta un rayo si hago lo mismo delante de su hijo!

Kofo vuelve con un portátil, y al hacerlo, también lo hace el pequeño secuaz de Adam. Se aclara la garganta.

—El Sr. Moore le llama a su despacho, directora Morrighan.

Entrego mi portátil a Kofo.

—Descarga los archivos para el producto de lanzamiento. Aún no he revisado todos los diseños.

Asiente, parece a punto de llorar.

—Vamos, Roger. —Miro al hombre.

—Me llamo Stiles Weddler —dice rígidamente—. Soy el ayudante del director general.

—Entonces la próxima vez empieza por presentarte en vez de ladrar órdenes —digo mordazmente.

Se estremece.

Sea como sea los aires de superioridad de Stiles no son asunto mío. Pero no tengo ningún problema en quemar todos y cada uno de los puentes ahora mismo. Ya estoy planeando renunciar, así que no me importa a quién ofendo. Y realmente no me gusta Stiles. Es demasiado arrogante.

Tengo que prepararme mentalmente para enfrentarme de nuevo a Adam y cuando Stiles llama a

la puerta, la voz de Adam llega a mis oídos:

—Pasa.

Su voz todavía me impacta.

Mi loba ruge alegremente y quiero abofetearlo. ¡Criatura traidora!

Entro y lo primero que veo es a Gregory de pie frente al escritorio, con la cara pálida. Adam está sentado y sus ojos grises se cruzan con los míos.

—Muy amable de tu parte hacer finalmente una aparición, Cynthia —dice.

—¿También se espera que me quede de pie? —Levanto una ceja.

Por un momento, me parece ver la comisura de sus labios crisparse. Pero cuando parpadeo, tiene esa expresión impasible en la cara.

—¿Quieres sentarte?

Me acomodo en la silla de visitas mientras Gregory me mira boquiabierto.

—¿Me has llamado? —pregunto finalmente, con voz cortante.

—Te he llamado dos veces. Enviaste a mi asistente de vuelta la primera vez.

—Insistió en cómo creía que debía llamarme. Tu ayudante es bastante incompetente —digo con frialdad.

Adam no se inmuta ni muestra siquiera un parpadeo de enfado.

—¿Te gustaría tomar su trabajo?

—Preferiría apuñalarme con una cuchara —murmuro en voz baja. En voz alta, digo—: Lo siento. No me interesa ser tu lacayo.

Gregory hace ahora un sonido estrangulado y Adam me estudia.

Espero que se le agote la paciencia o se enfade, pero en lugar de eso, se limita a decir:

—Lástima.

En lugar de decirme nada, abre la carpeta que tiene delante y empieza a leer el contenido. Lo miro fijamente durante unos minutos, pero cuando no habla ni levanta la vista, reconozco la táctica por lo que es. Intimidación. Quiere que hable yo primero.

Suspirando, cruzo las piernas y los brazos y desvío la atención hacia lo que me rodea. El despacho del director general es más pequeño de lo que Adam está acostumbrado. Es una habitación sencilla con un baño adjunto, una percha junto a la puerta, un sofá en forma de L, una mesa de centro en un extremo y su escritorio en el centro de la habitación. Siento que mi carta de dimisión me hace un agujero en la chaqueta y, aunque nada me gustaría más que tirársela a la cara, tengo que abordar toda esta situación con cautela.

Gregory está cada vez más pálido y parece que le tiemblan las piernas. Sin embargo, no siento lástima por él. Acaba de intentar quitarme el trabajo. Aunque ya no lo quiera, sigue siendo una jugada de mierda.

Miro discretamente el reloj y veo que han pasado veinte minutos.

Me pregunto cuánto tiempo Adam va a prolongar esto.

Pulsa el interfono de repente.

—Stiles, entra.

Stiles entra y veo cómo frunce el ceño al verme sentada tan despreocupadamente. Está claro que no le gusta.

—¿Señor?

—Lleva esto al departamento legal. Demandaremos al Sr. Black por las pérdidas sufridas por su culpa.

Gregory casi tropieza.

—Sólo he entrado a recoger unos archivos. Ya se lo he dicho. Y ella también entró. ¿Cómo sabe que ella no instaló los virus?

—Señor Black —Adam gira la cabeza para mirarle, con voz fría—, yo estaba allí cuando la

señorita Rose...

—Directora Morrighan —le corto, con los ojos brillantes.

Me lanza una larga mirada antes de volver a centrar su atención en Gregory.

—-cuando la directora estaba allí. Y cuando usted salió de su despacho, no tenía nada en las manos. Además, el vídeo de vigilancia le muestra forzando la cerradura de la puerta. ¿Va a sugerir que la directora también le dio instrucciones para hacerlo?

Gregory traga saliva y yo quiero sonreír, pero ahora no estoy de muy buen humor.

—Ni que decir tiene que ya no tiene sitio aquí, pero cuando se descubra el alcance de los daños, se enfrentará a una fuerte demanda. Espero que esté preparado para ello. Stiles, acompaña al Sr. Black a la salida.

Siento una pizca de lástima por Gregory a pesar de todo, y murmuro:

—Todos los archivos tienen copia de seguridad. No hemos perdido nada.

Levanta la cabeza y veo lágrimas en sus ojos, además de alivio.

—No cambia nada —responde Adam.

Stiles saca al tembloroso Gregory por la puerta y, una vez que ésta se cierra tras él, Adam se echa hacia atrás en su silla, estudiándome.

—Supongo que deberíamos hablar.

CAPÍTULO 22

Cynthia

—No hace falta. —Me pongo de pie y saco la carta de dimisión del bolsillo de mi chaqueta—. Dimito.

Coloco la carta sobre su escritorio y Adam la estudia. Entonces sus labios se curvan.

—Desgraciadamente, no puedes dimitir. Cuando aceptaste tu ascenso, firmaste un nuevo contrato que ampliaba tu contrato a cinco años. Deberías haber leído bien el contrato. Si dimites, tienes que pagar a la empresa los tres años de salario que te quedan.

Me paralizo.

—Eso no puede ser legal.

—Y, sin embargo, lo firmaste. —Adam levanta una ceja.

—Tengo ahorros. —Intento mantener la calma—. ¿Cuánto tendré que pagar?

Adam me sonríe y nombra una cifra que hace que mis piernas se vuelvan gelatina. Es el triple de mis ahorros.

—Me temo que no puedes dimitir sin más. —Se inclina hacia delante, coge la carta de dimisión del escritorio y me sostiene la mirada mientras la hace pedazos.

Me cuesta mantener la calma, pero me fuerzo a sonreír.

—Siempre puedes despedirme.

—Ahora, ¿por qué iba a hacer eso? —La sonrisa de Adam es socarrona—. Estás justo donde te quiero.

Le estudio durante unos segundos antes de murmurar:

—¿Has visto los informes de productividad de cuando entré como directora?

—Nunca he dudado de tus habilidades.

—Pues prepárate para hacerlo. —Levanto las cejas—. Si no me despides, te obligaré.

Sus ojos se entrecierran.

—Entonces, ¿vas a crearme problemas?

—Si eso es lo que necesito para liberarme de ti, entonces sí. —Le dirijo una mirada mordaz—. Creo que hemos terminado aquí.

Empiezo a caminar hacia la puerta, y entonces le oigo preguntar:

—¿De verdad me detestas tanto?

Tengo la mano en el pomo de la puerta cuando hago una pausa. Respondo en voz baja:

—Sí. Detesto a cualquiera que quiera ponerme una correa al cuello. Desprecio especialmente al hombre que hubiera mantenido el collar alrededor de mi cuello, manteniéndome a sus pies como un perro, mientras decía preocuparse por mí.

No espero su respuesta y salgo dando un portazo.

Verle, oír su voz, me trae algo más que recuerdos. Me trae una gran cantidad de dolor.

Al doblar la esquina, apoyo la mano en la pared para estabilizarme y la otra en el pecho.

No quería decir eso. Debería haber mantenido las cosas profesionales y frías.

Pero no pude evitarlo. No lo entiendo. Esta vida que he construido con Riya, con Tony y Maya, no le falta de nada. Soy feliz. Estoy contenta. Pero en el momento en que puse los ojos en Adam, toda esa felicidad desapareció. Fue reemplazada por una miseria que no puedo quitarme de encima. Mi loba gime y quiere volver a entrar en esa habitación, pero yo me niego.

Adam ha creado la vida que quería. Él es el alfa. Probablemente está casado con Tina ahora o incluso apareado. Cuatro años deberían aliviar el dolor, pero todo se me ha venido encima.

Vuelvo a mi despacho y Kofo está arreglando el desastre que probablemente ha causado la

policía.

—¿Qué ha pasado? —Se pone en pie de un salto—. ¿Le han despedido? Por favor, ¡dígame que no le han despedido!

—No. —Me hundo en mi silla, sintiendo un dolor de cabeza en ciernes—. Han despedido a Gregory. Probablemente también será demandado.

—Oh. —Kofo se sienta pesadamente en el asiento adyacente a mi escritorio—. Bueno, eso era de esperar, ¿no?

—Supongo —murmuro.

Quiero irme a casa.

—¿Y ahora qué?

—Esa es la pregunta del millón —digo en voz baja.

Tras reflexionar un minuto, miro a Kofo.

—Estudiaste derecho de sociedades, ¿verdad?

—Me especialicé en ello. —Kofo asiente.

—Muy bien, te plantearé una hipótesis. Si un empleado de una empresa decide dimitir pero tendrá que pagar a la empresa tres años de salario, ¿no es ilegal?

Kofo silba entre dientes.

—Eso es una especie de zona gris. Si el empleado firmó el contrato, tiene que cumplirlo.

—¿Y si el empleado se escapa?

—Le demandarían. Dudo que pudiera encontrar un empleo remunerado en el futuro. Creo que también podría buscar un abogado para ver si se puede eliminar esta cláusula, pero también depende de qué tipo de beneficios se le dieran al empleado para contrarrestar la cláusula.

—Ya veo.

Kofo me mira con curiosidad. Sin embargo, no tengo intención de satisfacer su curiosidad.

Siempre puedo buscar un abogado y que me dé su opinión, pero no creo que sea algo de lo que me pueda librar.

—Me tomo el resto del día libre. —Me pongo de pie, pero Kofo salta inmediatamente a la suya también.

—¡No puede! —Me mira frenéticamente—. Tenemos que enviar los diseños aprobados antes de hoy y nos están llegando más. Y luego está el evento de lanzamiento a finales de este mes. Todo el mundo ha trabajado muy duro para ello.

Sus palabras me hacen dudar.

Tiene razón. Todo el departamento ha estado trabajando hasta el culo para este lanzamiento. Si doy un paso atrás ahora, todo su duro trabajo será en vano. Y no es como si no pudiera empezar a tomarme días libres una vez que este lanzamiento esté resuelto.

—De acuerdo. —Suspiro—. Manos a la obra entonces.

Esto no significa que no vaya a hablar con un abogado.

Hoy tenía la intención de irme a casa pronto, pero el trabajo se me ha ido acumulando y ahora no paro hasta medianoche. Mi equipo está más motivado que de costumbre y, por eso, no importa lo rápido que revise los diseños y las propuestas: siguen apareciendo más en mi mesa. Por fin, todo el mundo se ha ido a casa y sólo me quedan veintisiete propuestas por revisar y ochenta diseños por comprobar.

Apoyo la cabeza en el escritorio, agotada.

—¿No acabará nunca este día?

Ni siquiera pude ir a casa con Riya. Tony y Maya se lo están pasando en grande organizándole a mi hija una fiesta de pijamas con pizza y películas.

—Yo también quiero pizza —gimo en el escritorio—. Esto apesta.

—Creía que ya estarías en casa —llega una voz divertida desde la puerta.

Levanto la cabeza inmediatamente y miro a Adam.

—¿Qué quieres?

Está apoyado en la jamba de la puerta, observándome atentamente.

—Tenía curiosidad por saber por qué trabajas hasta tan tarde después del discurso que me diste sobre causarme problemas.

—No era un discurso. Le fulmino con la mirada. Fue una declaración de guerra.

—¿Ah sí? —Adam parece estar de buen humor por alguna razón—. ¿Y trabajar horas extras va a convencerme de alguna manera de que te despida? ¿Cuál es tu plan aquí? ¿Hacer tantas horas extras que la empresa no tenga más remedio que despedirte?

Claramente se está burlando de mí.

—Ojalá te hubiera roto la grapadora en la cabeza murmuro.

—Una simple grapadora no me matará —Adam levanta la silla del visitante y se tumba en ella. Incluso cuando descansa tan despreocupadamente, parece peligroso. Eso es otra cosa que he notado en él. Ahora posee un aura de peligro y ferocidad. No me impacta tanto como el aura de Jonathon, pero puedo verlo.

—No lo sé —reflexiono sombríamente—. Un par de fuertes golpes en la cabeza podría ser la manera de averiguarlo.

Me estudia.

—¿De verdad me quieres muerto?

Abro la boca para decir que sí, pero la palabra no me sale. Porque la verdad es que no quiero que muera.

—Estás perturbando mi vida. —Le dirijo una mirada furiosa—. No te quiero aquí. Esta es mi vida, mi trabajo, mi casa. ¿Por qué tienes que venir y arruinarlo todo? ¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Por un momento, creo ver un destello de dolor en los ojos de Adam, pero desaparece un instante

después y estoy segura de que me lo he imaginado todo.

Sin embargo, se le desencaja la mandíbula.

—¿Tenía que pedirte permiso antes de adquirir esta empresa? Quizá si me hubieras dejado una nota sobre tu paradero, me habría mantenido al margen.

—Sí, me lo creo —disparo.

Adam me mira divertido.

—Tienes razón. No lo habría hecho. De todas formas, ahora estás aquí.

—No por mucho tiempo. —Vuelvo a centrar mi atención en los archivos que tengo delante—. En cuanto termine este lanzamiento, empezaré a tomarme días libres. Te quedarás sin director de marketing.

—¿Esa es tu estrategia? —Adam apoya la mejilla en su puño cerrado, observándome—. ¿Tomarte días libres y llevarme a un frenesí de preocupación?

—Dudo que nada pueda volverte loco —me burlo.

—Lo hiciste —dice en voz baja—. Cuando te fuiste.

Mi mano, que sujeta el bolígrafo, se detiene y miro fijamente el contenido de la propuesta que tengo ante mí, sin ver nada.

Te escapaste, Cynthia.

—¿Qué debería haber hecho entonces? —Le miro, con los ojos brillantes—. ¿Quedarme con el hombre que me susurraba promesas mientras se comprometía con la mujer de la que me dijo que no tenía que preocuparme? ¿Debería haberme quedado con el hombre que habría utilizado la deuda de sangre con la que me ató su padre para encadenarme a su lado? Yo sólo quería mi libertad, y tú querías ser el alfa. Siempre pensé que el hombre del que necesitaba protección era Jonathon. Nunca me di cuenta de que tú eras su hijo y que yo también necesitaba que me protegieran de ti.

Adam está pálido, y mi corazón late dolorosamente. No puedo quedarme aquí. No quiero mirarle. Mis sentimientos son una maraña dentro de mí, y mi cabeza está palpitando.

—Me voy a casa. —Cojo mi bolso y mi teléfono y doy zancadas hacia la puerta, incapaz de pasar un segundo más con él. Me duele. Mi corazón nunca se curó de las cicatrices que dejó Adam. Palpita cada vez que lo veo, el recuerdo de lo que quería hacerme me hace sentir desgraciada.

Me agarra de la muñeca cuando paso a su lado, obligándome a detenerme. Intento apartarme de él, pero no me suelta. Se pone en pie y me hace girar hacia él. Me golpeo contra su duro pecho y él me sujeta con sus ojos oscuros.

—Sigues siendo mía. No lo olvides nunca. Puedes esconderte en los rincones más recónditos de la tierra, que yo te encontraré.

Sus palabras hacen que me dé un vuelco el corazón, pero lo endurezco.

—No soy tuya, Adam. Vete con tu prometida o con tu mujer. ¿O es Tina tu compañera ahora? —Mi sonrisa se tuerce, mi corazón se amarga—. Conseguiste todo lo que querías. Te convertiste en el alfa. Tienes a tu lado a la mujer perfecta. Tienes el apoyo de su fortuna y su estatus. No le pongas ojitos a una mujer que una vez fue esclava.

Le empujo lejos de mí con nuevas fuerzas. No me detiene.

—Sabías que no era digna de estar a tu lado entonces, por eso querías mantenerme como esclava. ¿Te excitaba pensar en cómo me despojarías de mi voluntad, de mi libre elección? —Me acerco más a él, mi voz burlona, mi corazón sangrando—. ¿Disfrutabas pensando en todo el poder que tendrías sobre la esclava que se atrevió a ser tu compañera predestinada?

La cara de Adam está blanca como el papel.

Mi voz es suave.

—¿Sabías que me inyecté acónito cuando me di cuenta de lo que planeabas hacer?

Se sobresalta al oír mis palabras, con una expresión de horror en el rostro.

—Mi corazón no latió durante cinco minutos. Morí durante cinco minutos sólo para escapar de tu familia, incluyéndote a ti. A mis ojos, Adam, no eres menos monstruo que tu padre y tu hermano. Todos vosotros queríais mantenerme atada con una correa como un perro, haciendo sólo su voluntad, mi cuerpo a vuestra disposición. Pensé que eras diferente. Estaba segura de que, porque me protegías, no me harías eso. Pero tus heridas dejaron cicatrices que nunca me han

abandonado.

Doy un paso atrás, sintiéndome vacía.

—Nunca seré tuya, Adam. No cuando estaba dispuesta a probar la muerte sólo para alejarme de ti.

Doy media vuelta y me alejo, incapaz de soportar la expresión de su rostro.

No quiero sentirme culpable por haberle hecho quedar así.

No quiero ver el brillo vidrioso de sus ojos, la agonía de su rostro.

¡Me hizo daño! Me rompió el corazón de la peor manera posible.

Mantengo la compostura hasta que entro en el coche, y es entonces cuando me derrumbo. Mis lágrimas son calientes y abundantes, y no paran. Sentada en el aparcamiento de mi edificio de oficinas, apoyo la cabeza en el volante y dejo salir cuatro años de emociones contenidas.

Cuando consigo recomponerme, es la una de la madrugada.

Riya estará dormida, y no tiene sentido despertarla para llevarla a casa.

Cojo el teléfono y envío un mensaje de voz a mi asistente.

—Kofo, estoy resfriada. Aún me queda trabajo, así que deja los archivos en mi casa mañana, por favor.

Una vez hecho esto, me dirijo a una de esas cadenas de comida rápida de veinticuatro horas y me compro algo de comer. Enfrente de mi piso hay un parque vacío a estas horas de la noche. Me siento en uno de los columpios a comer.

Cuando solía creer en las promesas de Adam, me había imaginado a los dos con nuestro hijo viviendo en un lugar como éste. Sería nuestro hogar, lleno de amor, sueños y risas. Había soñado con desayunos de domingo y acostarme en la cama con mi pequeña familia. Todo habían sido fantasías. Tal vez habían sido una forma de distraerme de la realidad. Cuando él rompió ese sueño, me levanté y seguí adelante con nuestra hija. Riya se parece a él. Nunca ha preguntado por su padre, pero aún es pequeña. Pronto sentirá curiosidad y no sé qué decirle.

El hueco que Adam dejó en mi corazón ha permanecido vacío. Nunca he buscado llenarlo, dejando que la herida crezca opaca y hueca. Pero he sido capaz de ignorarlo hasta ahora. Sin embargo, verle, oír su voz y sentir su tacto, está quitando las costras de esa herida, haciéndola fresca y dolorosa una vez más.

—No volveré a cometer el mismo error de confiar en él —murmuro, mirando el bocadillo que tengo en la mano. Sabe a cartón. Todos estos años he luchado por ser una buena madre para Riya, por aprender a valerme por mí misma y convertirme en un escudo entre mi hija y este mundo cruel. Me he dejado a un lado, viviendo únicamente para la niña que depende de mí. Todo lo que nunca obtuve, se lo di a ella, ya fuera amor, comida, buena ropa o un hogar feliz. A Riya no le falta nada. Esa niña se crió conociendo sólo el amor.

Me limpio los ojos, ahora con fiereza.

Y me aseguraré de que siga siendo así.

Nunca la expondré a la familia Moore. Nunca la expondré a esa oscuridad y odio. Será amada y protegida por el resto de su vida. Y Adam, puede seguir sus ambiciones. Puede estar con Tina. Puede tener todo lo que siempre quiso. Soy feliz con mi hija.

Cuando suena mi teléfono y el nombre de Tony aparece en la pantalla, decido irme a casa.

Mientras me dirijo a mi edificio, con el teléfono pegado a la oreja, digo:

—La recogeré por la mañana. Déjala dormir. Sí, todo está bien. No, yo...

Me detengo de repente y se me eriza el vello de la nuca.

Inmediatamente me doy la vuelta, con mi loba al frente, pero no hay nadie.

Miro fijamente los árboles que rodean el parque, incapaz de deshacerme de esta sensación de inquietud.

—¿Cynthia?

La voz de Tony me hace parpadear.

—Sí, me voy a casa ahora. No te preocupes por mí. Todo está bien.

Pero mi ritmo es un poco más rápido al cruzar la carretera.

Sólo suelto un suspiro una vez dentro del vestíbulo. Mis ojos se dirigen de nuevo al parque vacío.

Definitivamente había alguien allí.

Alguien me ha estado observando.

CAPÍTULO 23

Cynthia

Kofo deja los archivos a primera hora de la mañana.

—El director general estaba merodeando fuera de su despacho —me dice, con voz inquieta—. Le he dicho que se había cogido el día por enfermedad porque estaba resfriada. No parecía contento.

—Probablemente porque no podrá atormentarme si no estoy allí —murmuro—. Gracias por dejar esto. Te enviaré por email los diseños aprobados en un rato.

—¿Seguro que no puedo hacer nada más por usted? —pregunta—. Anoche sonaba bastante mal por teléfono.

“Eso es porque había estado llorando” pienso.

—No, puedes irte. Mándame un email si hay algún problema.

Cuando se va, dejo los expedientes a un lado y me preparo un desayuno ligero. Justo entonces llega Tony con Riya sobre sus hombros.

—Hola, cariño —la saludo, cogiéndola en brazos.

—¡Mamá, hemos visto películas toda la noche! —Riya rebosa de emoción—. Y comí tanto helado que vomité.

Parpadeo.

—Eso no es bueno, Riya.

Cuando mis ojos giran hacia Tony, está desayunando, evitando mi mirada.

—Así que te lo has pasado bien. —Entrecierro la mirada hacia el hombre mayor antes de volver a mirar a mi hija.

—¡Sí! ¿Puedo ir otra vez, esta noche?

—No, no puedes —respondo con firmeza—. Hoy vas a pasar tiempo en casa y mañana vuelves con tus amigos. Ahora, ve a lavarte las manos. Te prepararé chocolate caliente. Hace mucho frío fuera, ¿verdad?

Ella asiente, radiante ante la idea del chocolate caliente. En cuanto desaparece, miro a Tony. —¿Hasta que vomitó, Tony? ¿En serio?

—No sabía que se comería todo el bote —dice a la defensiva—. Y es muy difícil decirle que no cuando lloriquea.

—No es tan difícil. —Frunzo el ceño.

—Entonces se enfadaría conmigo.

—¿Y está bien que esté enferma? —Cruzo los brazos sobre el pecho, molesta.

—No. —Parece culpable—. Lo siento, Cynthia. Sólo queríamos que estuviera concentrada en pasarlo bien. Ya sabes lo sensible que es Riya a tu estado de ánimo. Ha estado un poco susceptible desde que la dejaste.

—Sí, lo sé. —Suspiro.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Te reuniste con Adam de nuevo?

Acabo contándole lo sucedido y sus cejas se fruncen.

—Envíame por correo electrónico una copia de tu contrato. Déjame enseñársela al abogado de mi empresa.

—Eso sería útil. Mientras tanto, no puedo entender lo que quiere. En cada reunión, me ha reclamado algo.

—¿Y cómo has respondido? —pregunta Tony con cautela.

—No tiene derecho sobre mí. —Mi voz es áspera—. Le recordé por qué me fui en primer lugar. Nunca parece tener mucho que decir al respecto.

Tony parece preocupado.

—Sólo ten cuidado.

—Por supuesto. —Golpeo con los dedos la encimera de la cocina—. He pasado la última noche pensando. Tony, ya tengo preparado el pasaporte de Riya. Si pasa algo, no puedo dejar que Adam se lleve a Riya. Hay una bolsa de viaje que voy a meter en un almacén que tengo. Voy a compartir el código contigo y con Maya. Tendrá dinero en efectivo, los papeles importantes de Riya, documentos de tutela, y su pasaporte. Si pasa algo, Tony, tienes que cogerla e irte.

Tony se tensa.

—¿Estás esperando que pase algo?

—Ahora que Adam está aquí, quiero estar preparada para cualquier cosa —digo.

—Adam no hará nada que lastime a su hija. —Tony frunce el ceño.

—Eso no me preocupa.

A pesar de todo, no creo que Adam le haría daño a su hija. Pero puede quitármela y dársela a la mujer que ama. Si estaba dispuesto a tenerme a su lado como esclava, ¿qué me dice que no querría que su hija fuera criada por una mujer que él considera digna? He intentado varias veces preguntarle a Tony por el estado civil de Adam, pero no consigo sacarme las palabras de la boca. No quiero saberlo. No quiero que el dolor empeore. Quiero vivir en la ignorancia.

Es como si me hubieran arrojado a un desierto y estuviera vagando a ciegas. Pero a pesar de eso, nunca dejaré de proteger a Riya.

—Tienes que prometérmelo, Tony —digo con fuerza, cogiéndole las manos—. Si llega ese momento, te llevarás a Riya de aquí. Y si no puedo reunirme contigo por cualquier motivo, tú y Maya os convertiréis en sus padres y la criaréis como si fuera vuestra.

Tony tiene una mirada angustiada, pero aprieta los labios y asiente.

—Gracias.

Me da un abrazo con un solo brazo.

—Queremos a Riya tanto como tú, y Maya y yo también te queremos. No os pasará nada a ninguna de las dos. Te lo prometo.

Parece bastante seguro de sí mismo, y me gustaría poder compartir parte de ese sentimiento.

Cuando se va, suspiro.

La mayoría de la oficina sabe que tengo una hija. Tarde o temprano saldrá el tema. Pero como Adam y yo nunca nos apareamos, puede que no crea que es suya. Siempre podría teñir el pelo de Riya y decir que la adopté. No es que vaya a funcionar. Se parece demasiado a Adam como para que no se dé cuenta de que es su hija. Pero eso sólo sucederá si se encuentran cara a cara. Y haré todo lo posible para evitarlo.

—¿Dónde está el tío Tony? — pregunta Riya cuando regresa.

—Se ha ido a casa.

—¿Seguía triste?

—¿Triste? —La ayudo a sentarse en el taburete de la cocina—. ¿Por qué iba a estar triste?

Riya se encoge de hombros.

—Anoche tuve que hacer pis y era muy, muy tarde, y alguien le gritaba al tío Tony por teléfono y no paraba de pedirle perdón. Oí al hombre al teléfono. Era muy malo.

Frunzo el ceño y le paso los dedos por el pelo.

—Seguro que era una llamada de trabajo. El tío Tony puede cuidarse solo, pero si quieres que se sienta mejor, podemos hacerle unas albóndigas.

Eso pone una sonrisa en la cara de mi bebé.

—¿Podemos?

—Por supuesto. —Le pellizco la mejilla con cariño—. Y haremos bastante para que la tía Maya y sus bebés también puedan comer.

Sólo quiero pasar tiempo con Riya, así que pasamos todo el día juntas. Cuando la acuesto para la siesta a mediodía, oigo sonar el timbre. Es un repartidor.

—Yo no he pedido esto. —Miro fijamente las cajas de comida.

Estudia la dirección en su teléfono.

—¿No eres Cynthia Morrighan?

—Si, soy yo.

—Entonces este pedido es tuyo —insiste.

—No voy a pagar por comida que no he pedido —intento argumentar, ignorando cómo me ruge el estómago ante los deliciosos aromas que desprenden los recipientes.

—Señora, —El repartidor hace acopio de toda su paciencia—, el pedido está pagado. ¿Quiere cogerlo, por favor? Tengo que hacer otras entregas.

No tengo más remedio que coger la comida. Cuando la desembalo en la cocina, mis ojos se abren de par en par. Es imposible que pueda comer tanto yo sola. Hay tres recipientes diferentes de sopa, además de varios platos de ternera y pollo con arroz. Y muchas albóndigas.

Desconcertada, miro los contenedores que cubren mi mesa antes de suspirar y llamar a Tony y Maya. Ninguno de los dos sabe nada de esto, pero no tienen ningún problema en venir a "compartir la carga". Lo que se suponía que iba a ser una cena, se convierte en un almuerzo con ellos.

—Esto debe de haber costado más de cien dólares —musita Maya mientras empaqueta parte de la comida para llevársela—. ¿Estás segura de que no fue alguien de tu oficina?

—Podría ser Kofo, pero si usó la tarjeta de la empresa, lo mato —digo—. Si quiere hacerme la pelota, mejor que use su propio dinero para ello.

Maya se ríe.

—Me gusta tu ayudante. ¿Recuerdas cuando vine a dejarte el estofado de ternera a tu oficina? También traje uno para él. Me dijo que necesitaba más picante y luego se ofreció a enseñarme unos cuantos platos picantes. Tony me ha prohibido ir a tu oficina ahora.

—Sí. —Sacudo la cabeza—. Está un poco enamorado de ti desde entonces.

—¿Quién se ha enamorado de mi pareja? —La voz de Tony retumba al entrar en la cocina—. ¿Es ese chico sin paladar? ¿Te ha vuelto a hacer ojitos, Maya? ¿Le has visto en algún sitio?

—Kofo es inofensivo. —Me río entre dientes—. Además, su familia tiene una manía con los matrimonios concertados y, al parecer, su madre ya ha elegido a una chica para él. Es un encanto, y él está muy ilusionado.

Cuando se van, me pregunto si fue Kofo quien envió la comida. Tendré que preguntarle.

Todo esto me parece raro.

****

Acabo yendo a la oficina durante toda la semana siguiente.

Adam parece decidido a convertirse en un incordio. No deja de aparecer por mi despacho, hasta el punto de que incluso mis propios empleados empiezan a preguntarse qué atrae al tirano director general a nuestro departamento. El problema es que parece tener una excusa legítima cada vez.

Es el viernes cuando por fin estallo. El día va todo lo bien que puede ir.

Uno de los responsables del departamento de compras viene con unos documentos para que los firme mientras Adam está en mi despacho.

—Salgamos. —Suspiro y acompaño al director a la puerta. Cierro la puerta detrás de nosotros.

—Lo siento, Zack. —Chasqueo mi bolígrafo—. ¿Qué necesitas que firme?

—Hemos preparado el pedido de suministros para los carteles. Sólo quería que lo comprobaras y firmaras para que pueda hacer el pedido.

Hojeo los detalles y luego garabateo mi firma debajo.

Cuando Zack no se va, pregunto:

—¿Hay algo más?

Arrastra los pies, parece incómodo.

—Me preguntaba si te gustaría tomar algo esta noche.

Parpadeo.

Zack es atractivo y dulce, pero nunca he mirado a otro hombre desde que el que está en mi despacho me rompió el corazón.

—Gracias, Zack. —Le sonrío—. Pero...

—Vamos unos cuantos —añade rápidamente—. No tiene por qué ser una cita si no quieres.

Es muy dulce. Tal vez si me doy una oportunidad con alguien más, podría ser capaz de seguir adelante.

—Claro. —Asiento con la cabeza—. Mándame un mensaje con los detalles, y si me libero pronto, me pasaré.

—¡Genial! —Se le iluminan los ojos—. Ahora mismo te envío los detalles.

Lo veo escabullirse y Kofo hace un ruido.

—¿Qué? —Le miro.

—¿Es realmente prudente? —Mueve la cabeza hacia mi despacho.

Me burlo.

—Es mi vida. Se me permite salir con alguien de vez en cuando.

Se limita a mirarme con recelo, pero no dice nada más. Sin embargo, Adam parece tener mucho que decir.

En cuanto entro, pregunta:

—¿En qué departamento está Zack?

—Adquisiciones —digo, tomando asiento. Su constante proximidad no me ayuda. Es como si estuviera decidido a hacerme sentir lo más incómoda posible.

—Parece que le gustas.

Le dirijo una sonrisa afilada.

—Bueno, a mí también me gusta.

La ira estalla en sus ojos, y su voz es mortalmente suave.

—¿Es así?

—¿Es eso un problema, Sr. Moore? —pregunto burlonamente—. ¿Es mi vida privada un problema para usted?

Es satisfactorio tener que verle controlar su temperamento.

—Es una distracción para ti.

—¿Sabes lo que es una distracción para mí? —digo con voz exigente, poniéndome en pie, con las manos apoyadas en el escritorio—. Tú. Si tienes una pregunta o quieres enviarme un expediente —le gruño—, ¡envía a tu maldito ayudante! Este no es tu despacho.

—¿Por qué? —Se sienta en el sofá de dos plazas—. Sólo estoy revisando tu informe.

—Puedes hacerlo en tu despacho.

—Me siento cómodo aquí —dice. Mi mano agarra la grapadora y él me observa atentamente, casi con demasiada impaciencia—. ¿Vas a tirarme eso?

Aprieto los dientes.

—Sal de mi oficina.

—No.

—Bien. —Me pongo de pie—. Entonces me iré.

Me dirijo hacia la puerta, pero él me cierra el paso.

—Siéntate, Cynthia.

—No me digas lo que tengo que hacer. —Le muestro los dientes.

—Como tu jefe, sí puedo.

—Entonces despídeme.

—Lo siento. —Me dedica una sonrisa de suficiencia—. No puedo cumplir tu deseo. También necesito tu informe para el lanzamiento del Juego de Plutón.

—Eso será el año que viene. —Le miro boquiabierta.

—Debes tener algo hecho. —Me lanza una mirada expectante.

—No. —Le dirijo una mirada irritada—. No tengo nada.

—Oh, bien. —Me dedica una sonrisa fría, poniéndose en pie—. Puedes pasar el resto del día preparándome un informe. Lo quiero antes de medianoche.

Me doy cuenta de lo que está haciendo y mis ojos se tensan de rabia.

—Hay un lugar especial en el infierno para ti, Adam.

—Está bien, de todas formas, prefiero climas más cálidos. —Cierra la puerta de un portazo al salir.

Mi mano envuelve la grapadora y la arrojo contra la puerta, gruñendo de frustración.

—¡Estúpido imbécil!

Lo hizo a propósito.

Llaman a la puerta y Kofo asoma la cabeza.

—¿Es seguro entrar?

—Necesito una grapadora nueva —refunfuño, dejándome caer en la silla.

—Por supuesto. —Kofo recoge la grapadora rota y luego estudia la abolladura en la puerta de madera—. Y va a necesitar algo para tapar eso.

Mi rabia se desvanece.

—Sí, eso también.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo que quedarme hasta tarde y escribir un informe sobre el lanzamiento de un producto para el año que viene porque el "CEO" lo quiere para esta noche. —No oculto el sarcasmo en mi voz al mencionar a Adam—. Si no lo hago yo, os obligará a todos a quedaros a trabajar en él. Como si no hubierais trabajado ya bastante.

—Puedo quedarme y ayudarte con el informe —ofrece Kofo con una sonrisa comprensiva.

—Gracias, Kofo. —Le sonrío—. Te lo agradezco.

Fiel a su palabra, mientras la oficina se vacía, me ayuda a reunir las ideas discutidas para el lanzamiento de este juego en particular y empezamos a recopilarlas. Esta es otra noche que tengo que trabajar hasta tarde, y me cabrea tener que estar lejos de Riya. Terminamos poco antes de medianoche y le envío el informe a Adam por correo electrónico, negándome a llevarlo hasta su despacho.

—No creo que puedas coger un autobús hoy —le digo a Kofo—. Te llevaré a casa.

—Tengo que ir al baño —dice tímidamente.

—Entonces te espero en el coche —le digo, cerrando el despacho.

Se marcha a toda prisa, cojo mis cosas y bajo las escaleras. Desde la puerta del vestíbulo, veo que sólo hay otro coche en el aparcamiento aparte del mío. Me encojo de hombros y me pongo el abrigo.

Hace bastante frío por la noche para ser septiembre. Realmente necesito planear el cumpleaños de Riya. Se acerca. Quizá pueda tomarme el día libre y llevarla al parque de atracciones que acaban de abrir. Mientras cavilo sobre esto, busco las llaves en mi bolso, distraída mientras camino.

Oigo un suave gruñido de fondo y, al mismo tiempo, la voz de Kofo gritando mi nombre. Levanto la cabeza y veo un gran lobo que viene corriendo hacia mí desde el bosque. Doy un paso atrás, sobresaltada.

Es rápido, y su pata está en el aire, sus garras fuera.

Mi loba pasa a primer plano casi de inmediato, pero antes de que pueda reaccionar, alguien se lanza sobre mí, protegiéndome. Y entonces oigo un grito desgarrador y el espeso olor metálico de la sangre.

¡Kofo!

Su cuerpo está flácido mientras yace sobre mí.

No pierdo el tiempo. El lobo no va a parar.

Empujo a Kofo, le tiro la bolsa y, cuando retrocede, adopto mi forma animal. Oigo cómo se desgarra mi ropa al romperse y volver a formarse mis miembros. El otro lobo aúlla y se lanza hacia delante, pero he aprendido a ser rápida con los pies. Esquivo sus dientes y salto sobre su espalda, clavándole mis garras y arrastrándolas por su lomo.

Vuelve a aullar, esta vez de dolor.

Sin embargo, sigue siendo más grande que yo y me da un manotazo en la espalda. Salgo volando, golpeando el suelo de cemento a intervalos. Nunca he luchado en mi forma animal, y este metamorfo claramente sí. Me empuja hacia atrás. Le doy unos cuantos golpes en la cara y las piernas, pero cuando sus dientes están a punto de hundirse en mi cuello, sé que estoy acabada.

Es entonces cuando oigo el rugido.

Abro los ojos y veo a Adam corriendo hacia mí, con los ojos de color amarillo. Se transforma justo delante de mis ojos, un gran lobo negro, cuyo tamaño estremece hasta mi corazón.

Mi oponente me suelta mientras Adam va tras él.

Me pongo en pie con dificultad y mis ojos se abren de par en par cuando veo que Adam arroja al metamorfo como si no fuera más que un muñeco de trapo. Sin embargo, el lobo está decidido a no dejarse detener. Cambia de dirección y se lanza hacia mí. Adam suelta un rugido enfurecido y se precipita hacia delante. Veo que el lobo saca las garras y comprendo sus intenciones. Corro hacia delante y, antes de que pueda clavar sus garras en el pecho de Adam, le atravieso los ojos con las mías, aullando de rabia. Retrocede tambaleándose, sangrando, pero es como si se hubiera encendido un interruptor en mi cabeza.

Atacó a Adam.

Iba a matar a Adam.

Mi compañero predestinado.

Mi loba es despiadada. Quiere sangre.

El cambiaformas enemigo, al darse cuenta de que no me detendré ante nada más que su muerte, se da a la fuga. Antes de que pueda perseguirlo, Adam me detiene. Jadeando, le miro fijamente, con la sangre aún hirviéndome. Me sostiene la mirada, recordándome en silencio quién es más dominante aquí. No quiere que persiga al metamorfo.

¡Muy bien!

Doy un paso atrás, pero él se adelanta y me acaricia el cuello.

Siento un estruendo en el pecho. Me olisquea y me lame.

Por alguna razón, disfruto con esta atención. Quiero tumbarme y que me acicalen. Me tiemblan las piernas cuando me doy cuenta de lo que está pasando. Inmediatamente le arrebato el control a mi loba y me obligo a cambiar a mi forma humana. En cuanto lo hago, me tambaleo y la realidad se abate sobre mí.

Doy media vuelta, desnuda, y corro hacia la parte delantera de mi coche, donde Kofo yace inmóvil.

—¡Tenemos que llamar a una ambulancia! —digo—. ¡Adam! ¿Dónde está tu teléfono?

Adam también ha retrocedido y me pone la mano en el hombro.

—Es demasiado tarde, Cynthia.

—¡No!

Kofo tiene los ojos abiertos y una película blanca sobre su superficie. Está tumbado en un charco de su propia sangre.

Adam se agacha a mi lado, y dice con voz suave.

—Está muerto, Cynthia. Estaba muerto en cuanto se puso delante de ti.

Mi cuerpo tiembla al darme cuenta de que Kofo no se mueve ni respira.

Me hundo de nuevo contra Adam, mirando fijamente el cuerpo de mi ayudante que hace apenas media hora me sonreía.

Y ahora, está muerto.

Kofo murió protegiéndome.

Esto es culpa mía.

CAPÍTULO 24

Cynthia

Adam me lleva a casa.

Llamó a alguien para que recogiera el cuerpo de Kofo. Vi llegar a unos hombres en una furgoneta blanca y llevárselo. Dos de los hombres se quedaron y limpiaron la sangre antes de aplicar un poco de espray en el suelo, fregando una vez más. Quiero preguntar qué pasará con el cadáver, pero es como si las palabras se me atascaran en la garganta.

Sigo oyendo el grito de Kofo cuando se abalanzó sobre mí, y luego la forma en que se arrojó frente a mí. El sonido de su carne desgarrándose resuena en mis oídos, y no puedo apagarlo.

—Se notificará a su familia que ha sido un infarto —dice Adam en voz baja—. Tenemos procedimientos establecidos para sucesos como éste. Será enterrado con dignidad y su familia será indemnizada. Se cubrirán los gastos de educación de sus hermanos, si los tiene, y la manada se ocupará económicamente de sus padres.

—Nada de eso sustituirá a su hijo —susurro, con la voz espesa por las lágrimas.

—No, no lo hará —asiente Adam, con voz tensa—. Pero tenemos que hacer lo que podamos.

Quiero gritar sobre la injusticia de todo esto, pero ¿qué va a cambiar? Kofo se ha ido.

—Ese metamorfo —pregunta Adam de repente—, ¿le conocías? —Sacudo la cabeza— Su objetivo eras tú, Cynthia —Adam mira al frente—. Quiero saber por qué.

Mi cuerpo se tensa al recordar la noche en que sentí que alguien me observaba en el parque de enfrente de mi edificio.

—No he interactuado con nadie de la comunidad cambiaformas en Detroit desde que llegué aquí. Nadie tiene motivos para quererme muerta.

Adam se detiene frente a mi edificio. No tuve más remedio que darle mi dirección, ya que mi coche estaba en mal estado. Cuando sale del coche, me quedo inmóvil.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero asegurarme de que ese metamorfo no ha estado husmeando en tu casa —gruñe, cerrando la puerta de un portazo.

Mis ojos se abren de par en par alarmados. Riya no está aquí, pero si entra en mi apartamento, hay señales de ella por todas partes. No puedo dejarle hacer esto.

—¡Buscaré su olor yo misma! —Trato de detenerlo.

—Mi sentido del olfato es más agudo que el tuyo —suelta Adam—. Si hubieras podido olerlo, habrías notado su olor en cuanto saliste del vestíbulo.

Está cruzando la calle, hacia el parque.

—¿Qué haces? —Le sigo.

—El parque está al borde del bosque —responde Adam—. Te estaría vigilando desde allí.

Hago una pausa, esa sensación ominosa se instala ahora en mis entrañas.

Traigo a Riya aquí todos los fines de semana.

El aparcamiento de mi edificio está enfrente del parque.

Aquella noche en que llegué aquí y sentí que me observaban... No eran imaginaciones mías.

—Él estuvo aquí —dice Adam, un toque peligroso en su voz—. Su olor se superpone aquí.

Miro y lo veo de pie junto a la línea de árboles.

—¿Qué significa eso?

—Significa, —Adam me mira con ojos duros—, que te han acosado durante meses probablemente y no te has dado cuenta.

Me pitan los oídos.

Riya.

Mi bebé.

Sólo puedo pensar en mi hija.

Esa cosa sabe de ella. ¿Por qué me está acosando? ¿O la está acosando a ella?

—Entra en el coche —digo de repente.

—¿Qu...?

—¡Entra en el maldito coche, Adam! —levanto la voz, presa del pánico. Me mira confuso y le tiendo la mano—. Necesito tus llaves.

No me pregunta nada y, aunque lo hiciera, probablemente no estaría en condiciones de responder. El corazón me late con fuerza y creo que voy a vomitar. Aparco delante de la guardería de Riya.

—¿Puedes comprobar si estuvo aquí?

Adam me estudia durante un largo momento y luego pregunta, con voz cuidadosa:

—¿Estás segura de esto?

Le miro fijamente, su pregunta no tiene ningún sentido para mí, pero en mi cabeza me estoy haciendo la misma pregunta. Le estoy dando pistas que llevan a su propia hija. Pero cuando se trata de la seguridad de Riya, sacrificaré todo.

—Este lugar —presiono—. ¿Ha estado aquí?

Adam sale del coche y no tengo fuerzas para seguirle. Mira hacia el tablón del pequeño edificio que dice "Preescolar de Sunny" y contengo el miedo y las náuseas. Ahora lo sabrá. Sabrá lo de Riya. Se la llevará y no podré hacer nada para evitarlo. Se me humedecen los ojos al verle rodear el edificio.

Todavía duerme con su mantita de bebé. Cuando está triste, le gusta envolvérsela alrededor de los hombros. ¿Dejará que se la quede?

¿Dejará que guarde fotos mías?

Mi mente es un caos.

Estoy perdiendo a mi hija.

Pero tengo que protegerla.

Y si eso significa dejar que Adam se la lleve, me arrancaré mi propio corazón y se lo entregaré.

¿Cómo voy a dormir sin su olor en mi apartamento?

Adam vuelve al coche, y su voz es fría cuando anuncia:.

—Hay un montón de solapamientos aquí también.

No me atrevo a hablar, simplemente arranco de nuevo el coche.

Lo llevo a algunos otros lugares, incluyendo el curandero local de la manada en esta área, la tienda de comestibles cercana. El cambiaformas nos ha estado acechando. Pero el olor es más fuerte en el preescolar y en nuestro edificio.

El edificio de apartamentos de Tony es la última parada. Me siento en el asiento del conductor, mirando por la ventanilla.

—¿Por qué me acosa?

—Podrían ser varias razones —murmura Adam—. Eres una hembra soltera, no estás afiliada a ninguna manada de la zona. O hay alguien con rencor.

—Sólo conozco a tres personas que me querrían muerta —digo con firmeza—. Norman, Jonathon, y quizás tú. Aunque, muerta es probablemente una exageración cuando se trata de ti.

—No soy tu enemigo —dice Adam. Me coge de las manos, obligándome a mirarle—. Puedo protegerte.

Le miro durante un largo momento y luego sonrío con tristeza.

—No quiero las ataduras que vendrán con la protección que me ofreces. Si alguien quiere matarme, quiero morir como una mujer libre.

Sus ojos se tensan en las comisuras.

—Ni siquiera me escuchas.

—Ahora no es el momento para esto, Adam. —Aparto mis manos de las suyas—. Me tomaré el resto de la semana libre. Necesito hacer algunas cosas. Te enviaré un mensaje en unos días. Quedemos.

Abro la puerta del coche e intenta detenerme.

—¿Adónde vas?

—Estaré bien —le digo—. Tengo amigos aquí.

—Cynthia...

—Tengo que irme. —No puedo mirarle. Me siento como una tonta. Toda mi vida se está desmoronando ante mí, y no puedo correr lo suficientemente rápido para recoger los pedazos—. Estaré bien.

No sé cómo pongo un pie delante del otro. Toda la confianza que tenía, el orgullo de mi vida, todo se ha esfumado en un santiamén. Semanas, probablemente meses, este cambiaformas nos ha estado acechando, vigilando a mi bebé en su preescolar, sabiendo dónde está en todo momento, y yo no tenía ni idea. Mi hija estuvo en peligro todo este tiempo, y yo no tenía ni idea.

¿En qué clase de madre me convierte eso?

Me limpio los ojos mientras cruzo la carretera, sintiéndome inútil.

Cometí un error. Debí haberle dicho a Adam sobre nuestra hija. Él podría haberla protegido. No habría dejado que las cosas llegaran tan lejos.

Una mano me agarra por el codo y es Adam quien me da la vuelta para mirarle.

—Esto no es culpa tuya, Cynthia. Nadie podría haber previsto esto.

—Suéltame. —Intento apartarme de él mientras el cielo se desgarra y llora.

—¡No vas a culparte por esto! —Adam me da una sacudida—. Quienquiera que fuera ese metamorfo, era hábil. Sabía cómo ocultar su olor. Sólo un alfa o un rastreador entrenado habrían sido capaces de descubrirlo.

—¡Vete, Adam!

—Entra en el coche. —Me arrastra hasta su coche—. He terminado con esto.

¿Cómo?

Me mete dentro y se dirige al edificio. ¿Adónde va?

¿Va a mirar dentro del edificio y buscar el olor del metamorfo?

Entierro la cabeza entre las manos. "¿Qué hago ahora?"

Si el metamorfo sólo estuviera interesado en mí, habría sido una decisión fácil. Enviaría a Riya con Tony y Maya. Pero también está interesado en ella. ¿Cómo protejo a Riya cuando no sé quién es el enemigo? Apenas podría enfrentarlo en una pelea uno a uno. ¿Cómo se supone que voy a protegerla si él viene a por ella?

No quiero correr ningún riesgo cuando se trata de Riya. Su seguridad tiene prioridad sobre todo, incluidos mis sentimientos personales.

Lo mejor sería decirle la verdad a Adam, dejar que se lleve a Riya. Él puede mantenerla a salvo. Él es el alfa ahora. También puede protegerla de su propia familia. Y esta es su hija. No le hará daño. Yo era una historia diferente. Riya es su carne y su sangre. Él la protegerá con todo lo que tiene.

Cada vez tengo más claras mis próximas acciones, pero la idea de lo que ahora tengo que hacer no me duele menos.

Miro por la ventana y me quedo helada.

Adam camina hacia mí, ¡y en sus brazos está Riya dormida!

Abro de golpe la puerta del coche y salgo de un salto.

—¿Qué haces? ¿Cómo...?

Cuando hago ademán de cogerla, niega con la cabeza.

—Está durmiendo. No tienes que despertarla.

Le observo entumecida mientras la coloca en el asiento trasero de su coche, y entonces mis ojos se alzan para ver a Tony de pie junto a la entrada del edificio.

—No le culpes —dice Adam—. Hizo lo que le dije que hiciera hace cuatro años. Para mantenerte a ti y a nuestra hija seguras y cómodas.

Mis ojos giran hacia él.

—Tú... Todo este tiempo...

Adam da un paso hacia mí y yo retrocedo, intentando procesar toda esta nueva información. Mi espalda se apoya en la puerta del coche y su mano se desliza alrededor de mi nuca, con una sonrisa en los labios.

—¿Creías que no iba a saber que mi compañera estaba embarazada, Cynthia?

Le miro fijamente, incapaz de hablar.

Tony. Tony lo supo todo este tiempo, y ayudó a Adam.

Una vez más, me traicionaron.

Este sentimiento es doloroso. Confié en Tony. Cometí un error. No debería haber confiado en nadie. Ni en él, ni en Maya.

Los dedos de Adam presionan el borde de mi nuca, justo donde empieza mi hombro, y siento una oleada de euforia. Horrorizada, lo empujo inmediatamente hacia atrás.

—¿Qué demonios estás...?

—Nunca podrás escapar de mí, Cynthia —dice Adam suavemente—. No cuando llevas mi marca. Ahora entra en el coche.

Todavía puedo sentir el cosquilleo en el punto que me tocó en el cuello.

Siempre ha estado sensible, pero mi pelo siempre me lo ha tapado y nunca he visto nada aparte de un enrojecimiento ahí como para preocuparme demasiado.

Llevo su marca de apareamiento. Así que Riya no fue una casualidad, sino el resultado de nuestro apareamiento.

Una parte aburrida de mí se pregunta qué otros secretos tiene que me afecten.

Quiero arrancarle los ojos. Quiero arañarle la cara.

La furia crece en mi interior, pero mi hija está en el coche.

Endurezco la ira ardiente y dejo que se convierta en hielo. Abro la puerta del coche y me meto dentro.

Adam se sube al asiento del conductor y, mientras empieza a conducir, dice:

—Sé que tienes preguntas, y las responderé todas...

—Puedes quedarte con Riya —digo, con voz fría—. Es obvio que puedes cuidar mejor de ella.

Siento que me mira.

—Es nuestra hija, así que los dos...

—Te odio —afirmo—. Desprecio tu existencia, Adam Moore. Te daré a tu hija, pero no me quedaré contigo.

—Eres mi pareja —dice Adam con fuerza—. ¿Entiendes lo que eso significa? Perteneces a mi lado. Puedes odiarme todo lo que quieras, pero tu sitio está a mi lado.

Una risa furiosa y amarga sale de mi boca.

—¿Y cómo vas a atarme a ti? ¿Vas a hacer lo mismo que tu padre y atarme a ti con una deuda de sangre? ¿O vas a empezar a torturarme como tu padre hasta que me incline ante ti? Dime, Adam, ¿qué tienes planeado? ¿Cómo vas a doblegarme esta vez?

Está callado y eso me rechina.

—Sois todos monstruos a mis ojos. —Hay tanto dolor dentro de mi corazón, tanta agonía que quiero arrancarme el corazón y tirarlo a la basura. De repente, cada recuerdo con Tony y Maya está manchado. ¿Se han estado riendo de mi estupidez todo este tiempo? ¿Les pagó Adam para manipularme? ¿Por qué confié en ellos?

¿Sabía él cuándo rompí la deuda de sangre? ¿Sabía cuando me mudé aquí, cuando di a luz, y cuando me uní a esta oficina? ¿Tony le informaba diariamente? ¿Disfrutaba de mi creciente complacencia, sabiendo que podía destruirlo todo en un santiamén y recordarme cuál era mi

lugar?

Por primera vez, mi loba tampoco está contenta.

Engaño.

Percibe el engaño y se siente herida.

Debía de estar planeando llevarse a Riya, ¿o iba a utilizar a mi hija como rehén para que me quedara con él, para verle alardear de Tina delante de mí mientras yo era la calientacamas?

Se detiene frente a mi edificio de apartamentos. No me pregunto por qué nos ha traído aquí. Salgo primero y cojo en brazos a Riya dormida. Quiero que el olor de mi bebé se impregne en cada una de mis células para que, cuando me separe de ella, nunca lo olvide.

La estrecho contra mí, la rabia desaparece de mi corazón y es sustituida por una profunda y desgarradora tristeza. Se suponía que iba a ser mía. Debía criarla con amor y cariño y verla crecer hasta convertirse en una mujer maravillosa. Y ahora voy a perderla.

Dudo en la entrada, mi corazón me grita que la coja y corra. Quiero seguir corriendo hasta que estemos lejos de todas estas personas que me han herido y manipulado.

—Vamos —dice Adam. Es lo suficientemente prudente como para no tocarme.

Abro la puerta del apartamento y llevo a Riya a su habitación. No se mueve. Le quito los zapatos y le tapo el cuerpo con la manta. Me quedo un momento junto a su cama, disfrutando de su imagen.

—Mi precioso bebé —susurro, con el corazón roto—. Siempre serás amada vayas donde vayas. Aunque me vaya, siempre te querré.

Aprieto los labios contra su frente y le acaricio el pelo.

Me quedo así mucho rato, mis dedos peinando su pelo, mis ojos en su cara, sus manitas.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para ponerme en pie y dirigirme al salón, donde me espera Adam. Cuando entro, está mirando las fotos de Riya y yo que hay en la estantería. No le digo nada.

Debió de notar mi presencia porque me dice en voz baja:

—Tony sólo me envió una foto de Riya de cuando nació, y tú la tenías en brazos. Nunca me atreví a guardar otra foto. Siempre temí que alguien la encontrara.

—¿No querías que tu sucio secretito fuera revelado a la manada? —digo fríamente, caminando hacia la cocina para hacerme un café. Estoy nerviosa y necesito ocuparme las manos.

—Debe ser fácil villanizarme —dice Adam, y esta vez oigo un rastro de dolor en su voz.

—Me lo pones bastante fácil, sí —asiento.

Se queda callado un momento y yo pongo la tetera en el fuego, dándole la espalda. No quiero verle.

—No pienso separaros a ti y a Riya —dice Adam de repente—. Eres su madre.

—Entonces déjanos en paz.

—¡Es mi hija, Cynthia! —Adam levanta la voz, frustrado—. No puedes alejarme de ella. Las dos pertenecéis a mi lado, conmigo.

Mi mano aprieta con fuerza la cuchara que acabo de coger.

—¿Estás seguro de que hay sitio para mí y Riya allí, con tu prometida todavía a tu lado? ¿O es Tina tu mujer ahora?

El silencio de Adam lo dice todo.

Cierro los ojos brevemente, luchando por controlar mis emociones caprichosas.

—Cuando me enteré de tu compromiso con Tina, aún era tonta. Fui lo bastante tonta como para pensar que serías capaz de explicarme la verdad. No me di cuenta de que pretendías encadenarme a tu lado.

—Eso no es lo que pretendía hacer —dice furioso Adam—. Si tan sólo escucharas.

Me doy la vuelta y le fulmino con la mirada.

—¿Escuchar qué, Adam? ¿Cómo me aislaste fingiendo que te importaba una mierda y luego te

comprometiste con Tina? ¿Cuándo ibas a hablarme de ti y de ella? ¿Después del matrimonio? ¿Después de asegurarte de que el control de la deuda de sangre cayera en tus manos para que, aunque protestara, tu puta esclava no pudiera irse de tu lado?

—Estás yendo demasiado lejos —gruñe Adam.

—¡Oh! —Me tapo la boca—. ¿Estoy yendo demasiado lejos? ¡Yo no he sido la que ha destrozado toda mi puta vida en una semana! ¿Tú y Tony os divertíais riéndoos a mis espaldas mientras me manipulabais? ¿O ha sido una especie de intento enfermizo de decirme lo estúpida que soy?

—Estaba tratando de protegerte —ruge Adam—. ¡Eres mi compañera! Y--

—No quiero ser tu compañera —le grito, con lágrimas en los ojos—. ¡No quiero tener nada que ver contigo! Quiero que me dejes sola, con mi hija.

Adam abre la boca, y entonces oigo una voz detrás de él.

—Mamá,¿qué está pasando?

CAPÍTULO 25

Adam

Nunca pensé que una mujer se convertiría en mi mayor debilidad, pero Cynthia consiguió colarse en mi corazón y hacerse un hueco. Sin embargo, incluso cuando el único nombre en mi corazón era el suyo, no confiaba plenamente en ella, y ahí fue donde la cagué a lo grande. Porque ella tampoco confiaba en mí, y cada vez que hacía algo a sus espaldas, la frágil fe que tenía en mí se desvanecía.

Y nunca me había dado cuenta.

Y ese fue mi mayor error.

Sólo cuando Tony apareció aquella noche para enfrentarse a mí supe que Cynthia me había abandonado. La mujer con la que me apareé, a la que amaba, había decidido que ya no era de fiar. Ese conocimiento me rompió por dentro, pero tal y como habían ido las cosas, también supe que tenía que alejar a Cynthia de aquí. La revelación de los tratos de Norman con los vampiros creó un gran revuelo, y había quienes querían acallar esos rumores. Y como yo no había sido precisamente cuidadoso a la hora de ocultar lo que sentía por Cynthia, empezaba a ser más probable que pronto le pintaran una diana en la espalda.

Ese había sido mi primer instinto. Sin embargo, la idea de que Cynthia estuviera tan lejos de mí inquietaba a mi lobo. Seguramente, había una manera de mantenerla a mi lado. Siempre podría protegerla con este compromiso con Tina.

Fue entonces cuando Tony reveló que mi compañera estaba embarazada de mí. Tony, que siempre había sido un hombre tranquilo y sereno, un hombre en quien mi padre confiaba por encima de cualquier otro, me había agarrado por la parte delantera de la camisa y había exigido saber cuáles eran mis intenciones con Cynthia. Nunca había entendido su motivación para ocultar el estado de apareamiento de Cynthia no sólo a mi padre, sino también a la propia Cynthia, pero sólo tardé un segundo en darme cuenta de que aquel hombre enorme y corpulento sólo estaba interesado en proteger a Cynthia.

Y ahora, mientras veo a mi Cynthia correr a mi lado hacia nuestra hija, el corazón se me aprieta

en el pecho.

Riya.

Ese es el nombre que le puso a nuestro hija.

En la antigua lengua de nuestros antepasados, Riya significa "nacido de las cenizas". No sé si Cynthia eligió este nombre deliberadamente, pero me toca la fibra sensible. En los últimos años, Tony ha compartido poca información sobre mi hija y mi pareja. Tal vez esperaba que me olvidara de ellas.¿Pero cómo podría?

He soñado con el día en que me reuniría con mi familia.

Pero así no es como quería que sucedieran las cosas.

Quería abrirme paso de nuevo en el corazón de Cynthia, arreglar las cosas entre nosotros, y luego contarle la verdad de aquella noche, de lo que había oído. Quería que me presentara a nuestra hija de buena gana. Nunca pretendí irrumpir así en su vida, verla mirarme como si fuera el peor de los monstruos. La veo coger a Riya, que me mira con curiosidad.

—¿Quién es, mamá? —Riya vuelve a preguntar.

Espero que Cynthia mienta, para distraer a la niña. En lugar de eso, acerca a Riya.

—Este es tu padre.

Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer.

Esta niña que tiene mi pelo y mis ojos me mira con descarada curiosidad.

—¿Mi padre? —Riya no parece del todo convencida y rodea el cuello de Cynthia con los brazos, como si quisiera la protección de su madre.

Abro la boca pero no sale nada.

El silencio se alarga, y entonces se vuelve hacia Cynthia, claramente ya sin interés.

—No puedo dormir.

—¿Quieres que tu padre te lea un cuento? —Cynthia no me mira, y su voz es cariñosa mientras

equilibra a Riya sobre su cadera.

Mi hija se ilumina ante la idea y asiente con entusiasmo.

Mi corazón late tan fuerte que puedo oírlo vibrar en todo mi cuerpo. Esta niña que me mira fijamente, con los ojos brillantes de emoción, es mi hija. He deseado abrazarla, acariciarle el pelo, oír su voz llamándome "papá".

Antes de que pueda moverme, Cynthia la baja al suelo.

—Ve a enseñarle a tu padre tu habitación y elige un libro para que te lo lea.

¿Qué está haciendo Cynthia? Estaba tan enfadada conmigo hace unos segundos y ahora...

Cuando Riya me coge de la mano, todos mis pensamientos abandonan mi cerebro y dejo que me lleve a su habitación. Todo está decorado en tonos rosas y morados. La pared de detrás de su cama estilo princesa tiene unicornios pintados a mano, salpicados de flores y mariposas. Hay una pequeña estantería llena de libros con dibujos. También hay dos baúles repletos de juguetes.

Mi hija ha sido criada con abundante amor, me doy cuenta, mirando a mi alrededor. Habla con más claridad que la mayoría de los niños de tres años, y se nota que tiene confianza en sí misma. Cynthia la adora. Se ha asegurado de que a Riya no le falte de nada.

—Quiero éste. —Riya coge un álbum de recortes.

—Esto no es un libro de cuentos. —Le quito el álbum de recortes.

—¡Lo es! —insiste Riya—. Es sobre la princesa en el castillo. Mami lo hizo para mí. Este es mi favorito.

Es entonces cuando me doy cuenta de que hay varios álbumes de recortes en un rincón de la estantería.

—¿Tu mamá hizo estas historias para ti?

—Sí. —Riya se mete rápidamente en la cama—. Incluso me hace dibujos. ¿Ves?

Señala un dibujo a mano de una princesa sentada en una silla. Es un cuento sencillo sobre una pobre princesa atrapada en una torre por un rey malvado. A medida que hojeo la historia, la

trama se vuelve compleja y a la vez infantil, presentando a los dos hijos del malvado rey, el malvado Gustav y el bondadoso Roran.

Riya se mete en la cama, yo le subo las mantas y me siento en la silla que hay junto a ella.

—¡No! —Da palmaditas en el sitio a su lado—. ¡Tienes que sentarte aquí para que pueda ver las fotos! —Me siento a su lado y me huele—. Hueles bien.

—¿Sí? —Mi corazón se aprieta mientras ella agacha la cabeza bajo mi brazo para tener mejor acceso al libro.

—¿De verdad eres mi padre?

—Lo soy.

—¿Dónde estabas?

Su pregunta es una puñalada en mi corazón, e intento sonreír.

—Estuve ocupado mucho tiempo. Pero ahora estoy aquí.

—¿Vas a vivir conmigo y con mamá ahora?

—Quiero hacerlo.

—Oh. —Riya parece pensativa. Para ser tan pequeña, es bastante precoz—. Vale —dice decidida, a la manera de los niños pequeños—. Pero sólo si no le gritas a mamá.

Me estremezco.

—Lo siento. Prometo no gritar más.

—¿Está mamá enfadada contigo?

Sus ojos están llenos de curiosidad inocente e infantil, y me encuentro diciendo:

—Hice algo malo, por eso se enfadó conmigo.

—Deberías pedir perdón —me aconseja Riya—. Cuando hago cosas malas, siempre pido perdón y mamá me besa.

—Gracias por el consejo. —Le acaricio el pelo y me duele el corazón—. Leamos el libro y luego podrás dormir.

Antes de que pueda empezar, me pregunta de repente:

—¿Estarás aquí por la mañana?

—Aún no lo sé. —Quiero cogerla y ponerla en mi regazo. Quiero recordar su olor para no olvidarlo nunca—. Esta niña vino de Cynthia y de mí.

—Vale. —Riya pierde todo interés en mí y mira el álbum de recortes—. La princesa se parece a mamá.

—Es verdad —murmuro.

Le leo el cuento de la princesa maldita que aprendió a defenderse del malvado rey y su malvado hijo y se enamoró del bondadoso príncipe. Riya bosteza somnolienta mientras le leo cómo la princesa recibió un mensaje de una cigüeña sobre su nuevo bebé y descubrió que el príncipe al que amaba no era nada bueno, así que huyó con la cigüeña y sus amigos los animales para encontrar a su bebé.

Cuando cierro el libro, Riya está profundamente dormida, acurrucada en mis brazos.

Puede que tenga mi pelo y mis ojos, pero tiene la frágil belleza de Cynthia. Quiero quedarme aquí así, con ella en brazos, donde pueda memorizar su rostro.

Durante cuatro años, me aterrorizaba guardar una foto de Riya incluso en mi cartera. Tenía demasiados enemigos y no podía arriesgarme a que la descubrieran.

Cuando por fin reúno fuerzas para salir de la habitación, veo a Cynthia sentada en la encimera de la cocina. Tiene los ojos enrojecidos y las manos alrededor de una taza.

—¿Está dormida? —pregunta con voz ronca, y yo asiento con la cabeza.

Desliza hacia mí un trozo de papel.

—Estas son todas las cosas que deberías saber sobre ella. Aquí están escritas sus comidas favoritas y las que no le gustan. Por alguna razón no le gustan los perritos calientes, así que nunca le des. Tampoco son saludables. Y tiene una manta que tienes que asegurarte de no perder

nunca...

—¿Por qué hablas como si te estuviera quitando a Riya? —La miro fijamente.

—Porque eso es lo que estás haciendo. —Cynthia se encuentra con mi mirada, y la torpeza de sus ojos me hace sentir como el monstruo que ella dice que soy.

—El lugar de Riya —digo—, es a tu lado. Y el mío. Somos una familia, Cynthia.

—No soy tu familia —dice con calma—. Y nunca lo seré, Adam. Te odio.

—No, no me odias.

No quiero creer eso. Todavía tiene que haber espacio en su corazón para mí.

Sonríe sin humor.

—Entonces, ¿ahora me dirás cómo me siento? ¿Qué sigue, Adam? ¿Me pondrás las manos encima sin mi consentimiento como le gustaba hacer a tu hermano?

—Eso es un golpe bajo. —Mi voz se vuelve fría—. Nunca te he obligado a hacer nada contra tu voluntad, y no empezaré ahora.

—¿Esperas que me crea eso? —La desconfianza en los ojos de Cynthia se siente como si mil cuchillos me estuvieran cortando el corazón—. Te escuché aquella noche, ¿recuerdas? Estabas dispuesto a mantenerme a tus pies utilizando la deuda de sangre.

—Yo nunca he dicho eso. —Necesito toda mi fuerza de voluntad para no levantar la voz.

—Sí. —Me mira fijamente, poniéndose en pie, y dice con voz tranquila—: Afirmaste que tenías formas de mantenerme a tu lado una vez que te casaras con Tina. Por supuesto, nunca me quedaría contigo por voluntad propia, pero ¿y si me hubieras ordenado obedecer? Como una buena esclava, sabiendo que moriría si no obedecía, te habría visto casarte con la mujer perfecta mientras yo permanecía en una habitación, sólo allí para abrir mis piernas para ti cuando me lo ordenaras.

Siento todo el cuerpo helado mientras la estudio.

—Estos cuatro años... ¿Todo este tiempo has estado pensando que te haría algo así? ¿Que te

retendría contra tu voluntad y seguiría el mismo camino que mi padre y mi hermano?—Sí —gruñe Cynthia—. ¡Sí! No eres diferente a ellos. Eres el mismo monstruo. Confié en ti, ¡y lo único que has hecho ha sido romper esa confianza! Es lo único que sabes hacer. Por eso arriesgué mi vida y la de mi hija para romper la deuda de sangre. Harías que tu hija naciera esclava para salirte con la tuya.

—Ya basta, Cynthia. Golpeo la encimera con las manos, con el corazón destrozado por sus acusaciones—. ¡No sabes nada! ¿Crees que todo esto, este apartamento, este trabajo, simplemente cayeron en tu vida? Compré este apartamento la misma noche que te fuiste. Ya estaba en conversaciones con la empresa para la que trabajas. Lo adquirí de la noche a la mañana, al precio que pedían, todo para que tuvieras un trabajo. Querías aprender a conducir, así que me aseguré de que te enseñaran en la mejor escuela, de que tuvieras el coche más seguro que hubiera. Cuando buscabas centros preescolares para Riya, pagué un donativo a uno de los mejores de Detroit para que dieran una plaza a nuestra hija. Me aseguré de que Riya y tú recibierais los mejores cortes de carne cada semana a través de un programa de la "empresa". Tuve que superar muchos obstáculos para intentar participar en vuestras vidas sin que lo supierais. Nunca pude coger a Riya cuando nació. Nunca pude oír su primera palabra ni ver su primer paso. Me lo perdí todo porque intentaba manteneros a salvo. Si hubiera querido hacerte todas esas cosas crueles de las que me acusas, simplemente te habría arrastrado de vuelta la misma noche que te fuiste.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento.

No era así como quería contarle todo esto. Quería una conversación tranquila, tal vez algunas lágrimas, pero un ambiente tranquilo y civilizado.

—Así que, básicamente —dice Cynthia después de unos momentos, con la cara blanca como el papel—, ¿me estás diciendo que nada en estos cuatro años es logro mío? Lo manipulaste todo desde el principio.

La mirada de pura devastación en sus ojos me mata.

—No. —Rodeo el mostrador, necesitando tocarla, desesperado por darle alguna seguridad—. Eso no es lo que quería decir...

Retrocede a trompicones, con las manos temblorosas.

—Ni siquiera podría conseguir un trabajo sin ti, ¿verdad? No podría poner comida en la mesa sin

ti.

—Cynthia —intento, el aire de finalidad en su voz me asusta—. No se trata de eso. Conseguiste el puesto por tu currículum. Yo habría...

Se tapa la boca con los dedos mientras se aleja de mí.

—No puedo quedarme aquí.

Le cierro el paso.

—¿Dónde vas a ir? Mira, escúchame. Hay muchas cosas que necesitas saber.

—No necesito saber nada. —Sacude la cabeza—. Sólo necesito alejarme de ti. Tú, Tony, Maya, sólo he sido una broma de mal gusto para todos.

—No. —La agarro por los brazos, ahora desesperado—. No, no lo harás. Cynthia, no sabes lo que pasó.

—No necesito saberlo. —Me empuja—. Reconozco la traición cuando la veo. Tienes razón. Tú eres el padre de Riya. Su madre no es capaz de nada. Así que deberías llevártela contigo. Haz lo que quieras con este lugar, con todo. Yo sólo... desearía no haberte conocido nunca, Adam Moore. Desearía que tú y yo nunca nos hubiéramos cruzado.

Levanto la cabeza de golpe y siento un dolor agudo en el pecho.

Rechazo.

Su loba me rechaza.

Mientras corre lejos de mí, con lágrimas en los ojos, me quedo congelado, incapaz de moverme.

Todo por lo que he trabajado, se me ha escapado de las manos.

Incluso la loba de mi compañera ya no me quiere.

CAPÍTULO 26

Cynthia

Hay un cambiaformas trastornado acechándome.

Lo sé mientras estoy sentada sola en esta habitación de motel, mirando las paredes. Pero no tengo fuerzas para preocuparme. Incluso si irrumpiera dentro y me atacara, no creo que tuviera fuerzas para detenerlo. Puede que le diera la bienvenida.

"*Cuatro años*", musito cansada, sentada en la cama y mirándome los pies. Pasé cuatro años fortaleciendo mi autoestima, mi orgullo, mi confianza. Estaba orgullosa de mí misma. Conseguí construir una vida para mí y para mi hija. Las cosas iban muy bien. Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. ¿Cuándo me han ido bien las cosas?

Tal vez esto es lo que llaman destino. Mi destino siempre fue ser así, inútil, alguien a quien manipular.

Ojalá pudiera llorar y rabiar, pero me siento como una cáscara, vacía por dentro.

Es como si Adam me lo hubiera quitado todo, alejándome de mí. Lo único que me queda es Riya, y me he demostrado a mí misma que soy incapaz de mantenerla a salvo. Si hubiera estado más atenta, me habría dado cuenta antes. Hay tantas cosas que me preocupan sobre esto. ¿Cuánto tiempo nos ha estado siguiendo? ¿Ha interactuado con Riya en algún momento? ¿Ha interactuado conmigo? ¿Le conozco?

Adam tardó un par de minutos en darse cuenta de que teníamos un acosador.

Entierro la cabeza entre mis manos.

Cada persona en mi vida ha sido plantada allí por Adam.

Me siento inútil y pequeña. Mi loba se siente traicionada. Hay un aire de finalidad dentro de mí. Todo este tiempo, desde el momento en que Jonathan me ató a él en ese contrato de esclavitud, fue mi loba quien luchó y se resistió. Pero hoy, se ha rendido.

Sé que debo levantarme e intentarlo de nuevo.

Mi vida no ha terminado.

Debería luchar por mi hija.

Pero, ¿qué sentido tendría?

Riya es tan joven. Sólo un par de meses con Adam y se olvidará de mí. Él puede darle la vida que yo nunca pude, la seguridad que claramente no puedo darle. Hasta ahora, se ha criado con todo lo que él le ha dado. Si pongo mis emociones a un lado y pienso en lo que es mejor para Riya, es Adam. Y cuando se trata de mi bebé, puedo alejarme de ella si eso significa una vida mejor para ella, una vida más segura. Tina es buena persona. Será una buena madre para Riya.

Mi corazón se está destrozando mientras pienso en todo esto, mientras me doy cuenta de que alejarse es lo mejor.

¿Me convierte en una mala madre? No lo sé. En este momento, no sé nada.

No sé qué haré ahora.

Me pongo de pie y miro el aparcamiento desde la ventana del motel. No quiero hacer nada, sólo quiero cerrar los ojos y dormir para no volver a despertarme. Estoy tan cansada de sufrir. Mi loba quiere cerrar los ojos. Ha terminado de luchar. Primero, Jonathon y Norman. Luego fue Adam. Y luego, fueron Maya y Tony. Me arrastro de vuelta a la cama y me acurruco sobre las sábanas.

La habitación está pagada para un par de semanas.

Usé efectivo.

Nadie me encontrará. Este motel está fuera de los límites de la ciudad.

Se me cierran los ojos.

Ya no quiero despertarme. Ya no quiero luchar por nada. Que me dejen dormir.

*****

A veces, el alma está tan marcada que el cuerpo necesita descansar.

Pierdo la noción del tiempo. Se instala en mí una monotonía y siento que mi loba se desvanece. Me doy cuenta de lo que significa. Nuestros animales son resistentes, pero a veces un trauma puede ser demasiado para ellos. La señal de que el animal de uno se desvanece nunca es buena. Debería ponerme en contacto con un curandero ahora mismo, intentar revitalizar a mi loba, pero el mundo entero me parece aburrido y sin vida. Nada me atrae, ni la comida, ni el agua. No puedo reunir la energía para preocuparme por nada.

Paso la mayor parte del tiempo durmiendo. No tengo hambre y, aparte de los sorbos de agua que tomo en el baño, me quedo tumbada en la cama con los ojos cerrados. Llega un momento en que ni siquiera me apetece beber agua.

¿Mi voluntad fue siempre tan débil?

Debe serlo.

Mi orgullo está hecho polvo, el entusiasmo y la esperanza que solía tener han sido pulverizados, la confianza que había construido, todo lo que había superado para llegar a este punto, todos mis esfuerzos, fueron en vano. No he conseguido nada por mí misma.

Riya debe estar extrañándome.

Mi hija es un pensamiento fugaz, y las lágrimas brotan de mis ojos mientras estoy tumbada en la cama, demasiado débil como para moverme.

Debe de estar triste y confusa. Pero su padre está ahí ahora, y Adam llenará ese hueco en su corazón. Ya no puedo hacer nada por ella. Nunca merecí ser madre. Mi loba desvanecida se agita al pensar en Riya. Retumba con sonidos entrecortados, pero eso es todo lo que hace.

Una vez más me dejo caer en el olvido, esperando que sea la última vez.

****

El sonido de algo pesado siendo golpeado me hace abrir los ojos.

Un aliento caliente en mi cara.

Miro a los ojos de un hombre con una cicatriz en los ojos.

Sé quién es. Es el mismo cambiaformas que me atacó en el aparcamiento.

¿Ha venido a terminar el trabajo?

Cierro los ojos, mi voluntad de vivir se desvaneció hace mucho tiempo. Puedo oír el sonido de la carne desgarrándose, mi sangre espesa en el aire. Y siento alivio. Dejadme ir. Estoy cansada de todo. Que este sea mi destino.

Pero los cielos han decretado otra cosa para mí porque el pesado peso de mi atacante desaparece de repente, seguido de un rugido enfurecido. Oigo que alguien lucha, que algo se rompe, pero espero que ya esté hecho. Ahora siento el cuerpo más frío, y lo agradezco. Me sumerjo de nuevo en la oscuridad, agradeciendo que todo haya terminado por fin.

Sin embargo, siento que me muevo.

Alguien me lleva.

¿No estoy muerta?

—...hacer algo.

—Lo siento.

Oigo voces, pero no significan nada para mí. Me aferro a la oscuridad del abismo, queriendo quedarme aquí, lejos de todo lo doloroso. He luchado. Luché tanto por mi libertad, por tener algún control de mi propia vida, por ser amada. Estaba destinada a saborear la felicidad y que me la arrebataran.

Una cálida energía dorada entra en mí, pero mi loba se niega a aceptarla y la hace retroceder. Quiere paz, como yo. Quiere descansar, alejarse del mundo que sólo ha sido cruel con nosotros. Pero la energía cálida sigue regresando, decidida a encontrar una forma de entrar.

Mi loba está demasiado cansada como para luchar.

Algo caliente me está entrando por la garganta. Es una sensación incómoda. Mi cuerpo lo rechaza, pero, al igual que la energía, se introduce en mí.

La oscuridad se desvanece lentamente y, por más que lo intento, mi control sobre ella es cada vez más débil.

Mi loba es profundamente infeliz y apático, pero ya no se desvanece.

Vuelvo a hundirme en el abismo, sólo que esta vez no hay satisfacción en él, sino un cansancio del que no puedo desprenderme.

La siguiente vez, cuando me despierto, oigo voces que discuten.

—...¡nunca debí confiar en ti! ¡Ella estaba bien hasta que llegaste aquí!

—¡Estaba tratando de salvarla!

—Su loba está muriendo por tu culpa.

¿Es la voz de Tony?

—¡Podrías haber evitado toda esta situación si hubieras confiado en ella desde el principio! Podrías haberle dado la noticia de una manera más apropiada. Tú hiciste este lío, Adam. Tú eres la razón por la que ella está así. Nunca deberías haber venido aquí. Deberías haberla dejado construir su vida como estaba.

—Nunca quise que pasara esto.

Ese es Adam. Suena miserable.

No quiero oír más. Sólo quiero dormir. Cierro los ojos.

Esta vez, cuando me despierto, hay alguien sentado a mi lado. Es una cara conocida.

Los ojos de Maya se abren de par en par.

—Cynthia, estás desp...

—No me toques —consigo decir, con la voz entrecortada. No tengo fuerzas para apartar la mano de la suya, pero ella suelta la mía automáticamente.

Sus ojos se humedecen.

—Cynthia, por favor, no seas así.

—No quiero verte —me esfuerzo por decir.

—Tienes que hablar con alguien. —Maya se limpia los ojos—. No puedes consumirte así. Tienes

que pensar en Riya.

—Riya —respiro, me duele pronunciar su nombre. Quiero verla, pero reprimo el deseo—. Tiene a su padre.

—Adam nunca podría reemplazarte —responde Maya—. ¡Él no puede ser la madre de Riya!

—Le dará ese papel a Tina —susurro, sintiéndome cansada.

—Cynthia, —Maya suelta un gemido, agarrándome la mano—, ¡las cosas no son como crees!

—Déjame en paz —le digo, sin querer escuchar nada—. No quiero volver a veros ni a ti ni a Tony. Deberías haberme dejado ir. ¿Por qué traerme de vuelta? ¿Te pagó Adam? ¿Te divierte ver cómo me pisotean?

No, no, no—llora Maya entrecortadamente—. Cynthia, las cosas estaban muy complicadas. Teníamos que sacarte de allí. ¡No intentábamos hacerte daño!

—No quiero escuchar tus mentiras —Le dirijo una mirada aburrida—. ¿Por qué me has traído aquí?

—¡Te estabas muriendo! Ese cambiaformas te había herido. Estabas...

—Lo sé —afirmo.

Suelta un sonido entrecortado al comprender lo que quiero decir.

Giro la cabeza hacia otro lado.

—Déjame.

Sollozando, lo hace.

Mi corazón no se ablanda ante sus gritos. Es una piedra fría y rota dentro de mí. Puede que para otros esto sea un asunto insignificante, pero toda mi vida he luchado por el control de mi vida o de mis decisiones. Fui una marioneta desde que tengo memoria, a la que le daba miedo confiar, amar, y atada con grilletes. Lo arriesgué todo por mi libertad. Luché por controlar mi vida y, durante cuatro años, creí que todo lo que tenía era gracias a mi duro trabajo por mi negativa a rendirme. Saber que incluso después de mi libertad, todo, hasta dónde trabajaba y qué comía,

estaba cuidadosamente manipulado por otra persona. Saber que las personas a las que finalmente había abierto mi corazón y dado mi confianza habían estado trabajando con esa persona todo este tiempo ha sido un golpe del que parece que no puedo recuperarme.

No siento simpatía por Maya.

Me manipuló.

Si ella o Tony me hubieran dicho siquiera una vez que Adam estaba detrás de todo esto o me hubieran dado la oportunidad de coger a Riya e irme a algún lugar lejano, les habría perdonado su papel en todo. Pero entregaron a mi hija a Adam. Me vigilaron por él. Fueron decisivos en este juego de manipulación, y los desprecio por ello.

No sé dónde estoy.

Mi loba está más alerta ahora pero no menos miserable.

Entro y salgo de la conciencia e intento permanecer dormida. Dormir es una vía de escape segura para mí. Puedo sentir que me pasa algo, pero es como si todas las fuerzas me hubieran abandonado. Tengo una hija que me necesita, incluso si pienso que Riya estará mejor con Adam, pero no puedo deshacerme de esta falta de vida que llevo dentro. Es como si hubiera una llama ardiendo dentro de mí y ahora estuviera completamente apagada.

Percibo el olor de Adam a mi alrededor, pero nunca lo veo. Esté donde esté, cuando me despierto, estoy sola. Hay tubos atados a mí, y no me molesto con ellos, dejándome escapar de nuevo.

El tiempo pasa borroso.

Es la energía cálida la que vuelve a agitarme y, esta vez, la persona que está encima de mí me hace parpadear.

—L-Lydia —digo débilmente.

Lydia la sanadora me sonríe.

—Cynthia. Me alegro de verte despierta.

—¿Cuándo has llegado?

—Llevo aquí dos semanas, intentando retenerte.

Acerca una silla y se sienta a mi lado, con su mano sobre la mía. Noto la energía curativa que fluye por el contacto de nuestras pieles.

—¿Sujetándome a ti? —pregunto. Lydia suspira.

—No sabes lo que está pasando, ¿verdad?

—Quiero dormir mucho.

—Eso es porque tu loba se está desvaneciendo. Tu animal sólo puede desvanecerse si te enfrentas a algo tan emocionalmente discordante que tu conexión empieza a romperse.

Dejo escapar un suspiro.

—Me han traicionado. Todos.

—No, no es verdad. Lydia me aprieta las manos, sus ojos enfadados—. Pero todos han sido tontos. Adam pensaba que sabía lo que era mejor para ti. Debería haber confiado en ti cuando las cosas empezaron a irle mal. Debería haberte dicho que te dio la marca de apareamiento hace mucho tiempo. En lugar de eso, ninguno de los dos confiaba en el otro, y este es el resultado.

—Yo no he hecho nada.

—No, no has hecho nada —asiente Lydia—. Pero tampoco le diste el beneficio de la duda. No confiaste en él, y tenías buenas razones para no hacerlo, dado todo lo que has sufrido. No confió en ti porque la deuda de sangre seguía atándote a su padre.

—Si estás aquí para defender a Adam... —empiezo, el cansancio dentro de mí cambiando para dejarle sitio a la ira.

—No no —dice Lydia, amablemente ahora—. No estoy defendiendo a Adam en absoluto. Estoy igualmente descontenta con él y con cómo sucedió todo esto. —Su mano se estrecha alrededor de la mía mientras me mira—. Eres una mujer fuerte, Cynthia. Has sufrido y perseverado. Has luchado contra viento y marea y has sido una buena madre. Espero que lo sepas. Y Adam nunca podrá quitártelo. Tener un buen trabajo o poseer un apartamento no te hace exitosa. Sobreviviste después de todo lo que sufriste. Te negaste a rendirte, y criaste a una niña, asegurándote de que nunca se enfrentara a lo que tú te enfrentaste. Eso se define como éxito. Cualquiera puede vivir

en una casa y tener un trabajo, Cynthia. Pero no todo el mundo puede superar lo que te pasó a ti. Eres una buena madre para Riya, que es hermosa, por cierto. Y le va bien. Cree que te has ido de viajecito y te está esperando. Adam y tus amigos la han protegido de la verdad.

—¿Que la abandoné? —pregunto miserablemente.

—No —insiste Lydia—. Que todo lo que has pasado se acumuló hasta que tu loba se derrumbó dentro de ti. Que sigas aquí con nosotros es un testimonio de que no has dejado de luchar. Una parte de ti sigue empeñada en volver. Cynthia, nuestros animales son fuertes, pero incluso ellos pueden recibir un choque emocional que los paralice. —Se levanta y se sienta a mi lado en la cama—. Permíteme pintar un cuadro de lo que está sucediendo dentro de ti en este momento. Salvaste cada ladrillo de una torre que se derrumbaba y con el tiempo empezaste a reconstruirla. Tu loba empezó a reconstruirse. Después de años de no tener manada, de estar aislado, tu loba formó su propia manada con dos personas en las que confiabas. Empezaste a reconstruir esa torre que se derrumbaba. Pero cuando te diste cuenta de lo que habían hecho, tu loba sintió que su propia manada lo había traicionado. Y la torre se derrumbó de nuevo. Nosotros los lobos, prosperamos en nuestros lazos con nuestra manada. Porque estabas atada a Jonathon en una deuda de sangre, tu loba no estaba expuesta a una manada. ¿Recuerdas cuando viniste por primera vez a la enfermería?

Asiento, su energía curativa descongela parte del hielo de mi interior mientras mi loba apoya la cabeza en las patas, hosca y cansada.

—No podía entender por qué había una desconexión tan grande entre tu lado lobo y tu lado humano. En ese momento, pensé que era porque no cambiabas. Sólo fue cuando Tony me contó lo de la deuda de sangre y por lo que habías pasado, que me di cuenta de que Jonathon había deliberadamente aislado a tu loba. Es un cruel método de tortura de antaño, considerado tabú en estos tiempos. Por eso, cuando finalmente experimentaste la unión de una manada, cuando viste la traición, tu loba se hizo añicos. Por eso quieres dormir y te sientes tan cansada todo el tiempo. Tu animal ya no quiere vivir, por eso tu cuerpo rechaza cualquier alimento que intentemos darle.

—Lo comprendo. —parto la mirada de ella, hacia el techo—. Entonces, déjame ir.

La mano de Lydia se estrecha alrededor de la mía.

—Hay una niña esperándote, Cynthia.

—Adam puede...

—No, no puede —interviene—. Adam no es tú. Adam no la ha criado y amado. Y nunca os separará a las dos, aunque eso signifique que tenga que dejaros solas.

Mi loba se mueve ante sus palabras y la miro.

—¿Qué quieres decir?

La voz de Lydia es cuidadosa cuando me dice:

—Necesito que me escuches. Cuando Adam hizo lo que hizo, tenía sus razones. No voy a explicártelas. Él es quien metió la pata, así que debe ser él quien lo arregle. Pero déjame decirte esto, Cynthia. El hombre ha sido miserable durante estos últimos cuatro años. Se lanzó al negocio de la manada. Ignoró su salud. Te extrañó terriblemente. Su lobo te extrañaba. Pero cometió errores que necesita arreglar ahora. Si lo hubiera sabido, le habría advertido de esto, pero el daño ya está hecho. Quiero que escuches lo que tienen que decir. Maya, Tony y Adam. Esta vez, sólo escucha, y luego decide. Nadie tenía malas intenciones. Te manipularon porque pensaban que te estaban protegiendo. Eso también fue un error por su parte. Pero cariño, Maya y Tony te quieren. Se nota en cada una de sus acciones. Maya dará a luz dentro de dos meses, y además está embarazada de gemelos, pero en las últimas semanas no se ha separado de tu cama. No ha dormido en una cama a pesar de que su espalda la está matando. Ha estado llorando sin parar. Tony ha puesto todo su negocio en espera tratando de asegurarse de que estés cómoda. Ninguno de los dos ha dejado que Adam se acerque a ti.

La preocupación se infiltra en la pesadez de mi mente.

—¿Cómo que no ha dormido bien? Está embarazada. Debería estar en casa.

—El sanador le ha aconsejado reposo, igual que yo —suspira Lydia—, pero ella se niega. Te quieren. Y la gente que nos quiere comete errores. Por tu bien y el de ellos, escúchalos primero, y si estás lista, escucha lo que Adam tiene que decir.

—No quiero verle.

—Sé que no. —Me coge la mano y me la pone donde está mi corazón—. Tu orgullo también ha sido herido y puedes hacérselo pagar. Pero te garantizo que tendrás que escucharle. Una cosa que te diré, y haré otro juramento por ello, es que él tenía toda la intención de liberarte de la deuda de sangre en el momento en que se convirtió en Alfa.

—No, no quería. Le oí por casualidad...

—Sí quería liberarte. —Lydia me dedica una sonrisa tensa—. Pero no se dio cuenta de lo que querías decir hasta que Tony se lo dijo. Y tonto descerebrado que es, pensó con seguridad que una vez que volviera a tu lado después de lidiar con todo, estarías dispuesta a tener una conversación civilizada con él. Si hubiera sido yo, le habría dado con una sartén en la cara.

Mis labios se curvan y mi loba gruñe en señal de aprobación.

Me devuelve la sonrisa.

—El mundo aún no se ha acabado. Te has enfrentado a muchos contratiempos en tu viaje, cariño, y como cada vez, vas a levantarte y sacudirte el polvo.

Me acaricia el pelo, ahora me dice con voz suave.

—Claro que va a llevar más tiempo, un poco para ti, más aún para tu loba, pero lo conseguirás. Sé que lo harás. Y yo estaré aquí contigo.

—¿Te quedas? —pregunto, su presencia me tranquiliza por alguna razón.

Por supuesto. Pedí días libres en cuanto Adam me llamó. También le eché una bronca. Le habría tirado de las orejas, pero es el alfa, y además parecía a punto de llorar, así que no lo hice. Me aseguraré de que estés completamente curada para cuando me vaya, sea cuando sea.

—Gracias. —Siento que mi loba levanta la cabeza.

Lydia me besa la frente.

—Tengo dos hijas, ¿sabes? Desde el momento en que te vi, me recordaste a la más pequeña. Corazón de acero, pero frágil. Te tengo mucho cariño. Esta vez, me aseguraré de que decidas lo que decidas, nadie te quite esa elección. Si quieres llevarte a Riya e irte, entonces te ayudaré a establecerte donde quieras ir.

—¿En serio?

—Sí. Iré contigo y me quedaré hasta que esté segura de que estarás bien. Lo hice con mi hija mayor y luego con lamenor, y puedo hacerlo contigo. Pero por favor, escucha a todos primero.

Asiento con la cabeza, aliviando parte de la presión de mi pecho.

—De acuerdo.

—Bien. —Sonríe—. Te traigo un poco de sopa y te la daré yo misma. Esperemos que puedas mantener eso en tu estómago.

La veo levantarse y marcharse. Cuando la puerta se cierra, siento la incertidumbre de mi loba, pero también hay un atisbo de energía renovada en mi interior. Tal vez sea la energía curativa, pero mi mente se siente un poco más clara.

Quiero vivir para Riya —murmuro, flexionando los dedos. La oscura niebla de desesperación que ha estado nublando mis sentidos se ha disipado—. No quiero dejar sola a mi hija.

Mi loba está tranquila pero solemne.

—Ella nos necesita —susurro cansada—. Necesita que no nos rindamos.

Mi bebé es lo primero. Y mi orgullo y mi dolor tienen que ser lo último.

Mi loba se incorpora, lentamente.

CAPÍTULO 27

Cynthia

Sigo sin poder consumir nada en grandes cantidades.

Lydia lo explica como que mi loba no quiere quedarse. Su significado no puede ser más claro, pero la cosa es que quiero contraatacar. Especialmente cuando trae a Riya a verme. Riya está en esa edad en la que entiende que algo va mal pero cree que puede arreglarlo con un abrazo. Sin embargo, su presencia hace que mi animal esté inquieto. Después de la visita de Riya, soy capaz de tomar un poco de sopa.

Lydia parece triunfante sobre eso.

Nadie más viene a verme, pero sé que vienen cuando estoy dormida. El olor de Maya y Tony siempre está en mi habitación. ¿Y Lydia? Siempre está por aquí.

No sé por qué su presencia despeja la niebla de mi cabeza, pero cuando está cerca siento que puedo pensar, que parte de la desesperanza que llevo dentro se desvanece. Es decidida y feroz cuando está cerca de mí, y hay momentos en los que siento que va a meter la mano dentro de mí y darle a mi loba unas cuantas bofetadas. Mi animal está a la vez asustado y asombrado por la fuerza natural que posee.

—Es la primera vez que ves a un sanador en acción. —Lydia me sonríe cuando le confieso mis pensamientos—. No sólo curamos heridas superficiales. Hacemos mucho más. Mi presencia es una fuente de consuelo también para tu animal.

Me he vuelto mucho menos letárgica, y en uno de esos días en los que me siento mejor, Maya viene a verme.

Me sobresalto al verla, pero al ver cómo se esfuerza por caminar, la mayor parte de mi enfado se transforma en preocupación.

—Deberías estar en casa, en la cama.

Aprieta los labios como si estuviera a punto de llorar, pero entra en la habitación y, con cierta dificultad, acerca una silla.

—¿Cómo te encuentras? ¿Lydia dijo que estás comiendo ahora?

Tiene ojeras y su palidez no tiene muy buena pinta. Cuando estaba en el séptimo mes de embarazo, Maya no me dejaba mover un dedo. Siempre estaba pendiente de mí. Siempre había pensado que yo haría lo mismo, también parece que lo necesita. No tengo ningún enfado que echarle. Parece que se ha calentado el infierno.

—Vete a casa, Maya —le digo con firmeza.

Las lágrimas brotan de sus ojos.

—¡No quería que pasara todo esto, Cynthia! Te lo juro.

—Lo sé. —Me siento incómoda viéndola aquí sentada tan embarazada y claramente mal y sollozando—. Lo entiendo. Vete a casa y descansa.

No. —Ella sacude la cabeza—. Sólo quiero hablar contigo primero. No sabes cuánto tiempo llevo intentando reunir el valor para decirte algo o simplemente venir cuando estás despierta. Necesito decirte la verdad. No puedo soportar que me odies.

—No te odio...

—¡Si! —estalla sollozando—. ¡Ya lo sé! Y estás en esta situación porque fui una amiga horrible.

En cualquier otro momento, habría estado de acuerdo con ella, pero su estado me alarma.

—De verdad que no. Y está bien. No estoy enfadada contigo.

—No sabía que Tony estaba en contacto con Adam hasta la noche en que diste a luz —llora Maya—. Estaba muy enfadada con él. Pensé que te había traicionado. Y fue entonces cuando descubrí que Adam le había pedido que te sacara de Seattle, que te llevara lejos y te mantuviera a salvo. Iba a decírtelo, pero Tony dijo que era la única forma de mantenerte a salvo de los enemigos de Adam. Desde que se enteró de tu deuda de sangre, se volvió despiadado, Cynthia. Pasó estos dos últimos años deshaciéndose de cualquiera que considerara una amenaza para ti. También tuvo que estabilizarse como Alfa. Tenía que asegurarse de que se le temiera hasta tal punto que a nadie, ni siquiera a sus enemigos, se le ocurriera tocaros a ti o a Riya.

Se pasa las manos por la cara.

—Cuando rompiste la deuda de sangre y vine a Detroit contigo, Jonathan volcó su ira sobre Tony. Se dio cuenta de que Tony sabía algo y le dio una paliza. Tony seguía sin decirle nada. Fue Adam quien rescató a Tony antes de que Tony se uniera a nosotros aquí. Le había dicho a Tony que no te faltaría nada. El apartamento en el que vives, lo hizo transferir a tu nombre. Quería que tuvieras seguridad por encima de todo. Hizo hincapié en que necesitabas disfrutar de tu libertad y sentirte segura en tu entorno. Sabía que tenía buenas intenciones y que debía decírtelo. Pero cada vez que lo intentaba, no dejaba de pensar en lo feliz que eras. Aquí nos convertimos en una familia y me dejé llevar por la falsa esperanza de que las cosas siempre seguirían así. Debería haberte dicho algo. Sé que debería haberlo hecho, y lo siento. Pero te quiero, y Tony también. Ha estado tan destrozado por toda esta situación. No queríamos empujarte a este estado, si hubiéramos sospechado que las cosas irían tan mal, te lo habríamos dicho hace tiempo, no te lo habríamos ocultado.

Sus palabras destilan sinceridad, y me doy cuenta de que lleva tiempo castigándose a sí misma.

—No pasa nada.

Perdonar no es fácil. Es un trago amargo porque significa que tengo que elegir entre mi ira, mi dolor y mi orgullo, y mi relación con Maya.

Cuando levanta la vista hacia mí, le dirijo una pequeña sonrisa.

—No pasa nada. Estoy intentando aceptarlo, pero no quiero que sea a costa de tu salud. Por favor, vete a casa y cuídate. Dile a Tony que venga a recogerte.

Maya mira hacia otro lado, con nerviosismo en los ojos.

—Está fuera. Lleva días queriendo hablar contigo, pero...

—Dile que venga.

¿Cuánto tiempo puedo seguir enfadada? Estoy enfadada porque me engañaron, porque ayudaron a Adam a manipularme para hacerme creer que era libre. Pero también me querían. Tony estuvo a mi lado en mis peores días y me ayudó a superarlos. Tengo preguntas para hacerle. Y la verdad es que no quiero perder a ninguno de ellos. Llevará tiempo, pero quiero superar esto. Ahora mismo, el futuro es incierto, pero no quiero que mi loba se rinda.

Maya se acerca a mí, vacilante, para darme un abrazo, y no se lo impido. Sin embargo, la calidez y la confianza inquebrantable que había entre nosotros ya no existe, y ambas podemos sentirlo.

Sus ojos están húmedos cuando se retira, y me gustaría poder decir algo para tranquilizarla, pero hay una bola de dureza en mi corazón.

Tengo miedo de confiar en ella.

Es más difícil ver a Tony entrar en la habitación. A diferencia de Maya, no llora ni me toca. Se sienta en la butaca, con los ojos fijos en mí. Nos sentamos en silencio durante unos minutos, casi como si se armara de valor para hablar.

—Tienes mejor aspecto.

Mi relación con Tony es diferente a la que tengo con Maya.

Le observo, deseando que el hielo de mi corazón se descongele, pero miro a Tony con desconfianza y duda. Quiero volver a los viejos tiempos antes de que Adam llegara aquí, pero mi deseo no cambiará lo que ha ocurrido.

—No me siento mejor —digo lentamente—. Maya y tú formabais parte de mi manada. Y ahora, una vez más, estoy sola.

—Eso no es verdad...

—Cuando era joven —le interrumpo—, te dije que iba a huir. Lo tenía todo planeado. Pero le contaste a Jonathon el secreto que te había confiado, ¿verdad? Entonces me di cuenta de que nunca estarías de mi lado. Pero pensaba que ahora las cosas eran diferentes.

—Cynthia —la voz de Tony está tensa—, ¿me estás preguntando si fui yo quien se lo dijo a Jonathon aquella noche?

No respondo, y él apoya los antebrazos en los muslos, con la cabeza inclinada.

—Eras una niña. No te dabas cuenta de las ramificaciones de huir. ¿Sabes lo que habría pasado si te hubieras ido? Habrías muerto. Intenté convencerte de que no lo hicieras, pero eras demasiado joven. No lo entendías.

Tiene razón. No lo habría entendido. Pero el precio que pagué por soñar con mi libertad fue muy

alto.

Ahora no sé qué decir. Mis emociones son tan complicadas. Hay odio y rabia, hay pena, y también hay dolor y amor. No sé a qué emoción dar prioridad.

—Sé que tienes preguntas, Cynthia —dice Tony—. "Hay cosas que sólo Adam puede contarte, pero te diré lo que pueda. Aquella noche, cuando viniste a casa de Maya y yo fui a buscar a Lydia, fui primero a casa de Adam. Esperaba que todo fuera un malentendido. Necesitaba averiguar cuál era realmente la situación antes de dar cualquier paso que os separara a los dos. Pero cuando la verdad salió a la luz y Adam me pidió que te llevara, no había otro recurso.

—¿Qué pudo ser tan malo para que tuvieras que manipularme y mantenerme en la oscuridad durante cuatro años? —pregunto con fuerza—. Rompiste mi confianza en ti.

—Lo sé. —Tony baja la cabeza. Y sabía que el día que te enteraras, no querrías tener nada que ver conmigo, pero si hubieras sabido lo que pasaba, no habrías querido irte del lado de Adam, y alejarte de allí era necesario.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Tony hace una mueca y mis dedos se clavan en la sábana que me cubre.

—¿Qué pasa, Tony?

Se pasa los dedos por el pelo.

—No puedo contártelo todo porque solo quería saber lo que fuera estrictamente necesario, así que sé lo esencial de lo que estaba pasando. Pero nada de esto era para hacerte daño, Cynthia. Admito que deberíamos habértelo contado, pero era la primera vez que te veía tan feliz después de más de dos décadas. No tenía intención de quitártelo. Me convencí de que cuando Adam por fin te dijera la verdad, no sería tan malo. Sé que me estaba engañando. Maya también se enfadó cuando se enteró. No me habló durante meses. Quería que te lo dijera, pero tuve que hacerle prometer que no haría nada que afectara tu vida. Tuviste el bebé y seguías luchando.

De repente recuerdo haber sentido algo raro entre Maya y él después de que naciera Riya. Recuerdo que le pregunté a Maya en un momento dado, y ella había actuado de forma extraña, casi nerviosa. Lo había dejado pasar entonces. Quizá no debería haberlo hecho.

—Dime lo que sabes —le pido.

Parece arrepentido, pero empieza a hablar.

Y a medida que pasan los minutos y él sigue hablando, mi mano se aprieta sobre mi vientre vacío, la tensión y el miedo crean una mezcla de emociones en mi interior.

¿Qué ha estado pasando todo este tiempo?

****

No estoy lista para ver a Adam hasta que me sienta más robusta.

No estoy preparada para enfrentarme a él por una multitud de razones. Algunas de esas razones son ira hacia él, vergüenza y resentimiento hacia mí misma. Dejé que mi loba se desvaneciera. Me alejé de mi hija. Fui débil. Después de decirme constantemente que era fuerte, que soy una superviviente, actué débilmente. Lydia ha intentado decirme que no fue culpa mía, que incluso nuestros animales pueden ser llevados al límite, pero no puedo evitar culparme a mí misma. Debería haber sido más fuerte. Pero todo esto no cambiará lo que pasó. Lo que importa es cómo seguir adelante.

Mi loba gimotea mientras cojo el teléfono. Tony me lo ha traído.

—Cállate —gruño en voz baja.

Mi animal aún no está preparado para volver a levantarse. Sería más fácil de manejar si se debiera a pura terquedad. Sin embargo, esto es diferente. Le pesa una gran tristeza. No sé cómo sacarlo de este estado. Como resultado, mi cuerpo sigue rechazando la mayoría de los alimentos.

—Deja de lamentarte —murmuro—. Lo hecho, hecho está. Estar deprimido no arreglará nada.

Cierra los ojos y gime.

—Perra —digo con amargura.

Resopla.

Miro el móvil, con la mente en blanco. Tengo que enviar un mensaje a Adam, pero mis dedos no se mueven. Después de lo que me ha contado Tony, quiero oír lo que Adam tiene que decir, pero

la parte humana de mí que se siente humillada por haber sido tratada como una tonta no quiere tenderle la mano.

—Hazlo—me animo, pero mis dedos no se mueven.

Lo haré más tarde, cuando me sienta más yo misma. No lo quiero cerca de mí cuando estoy tan vulnerable.

Por suerte, o por desgracia, no tengo que esperar mucho para verlo. Me despierto en mitad de la noche, repentinamente sedienta, y mi mano se estira sólo para tirar el vaso al suelo. Sin embargo, no lo oigo estrellarse.

Abro los ojos por completo y me encuentro cara a cara con Adam, que parece un niño al que han pillado con las manos en la masa.

Me quedo mirándole, conmocionada durante un minuto entero. Ha perdido peso, mucho, y parece agotado.

Cuando se dirige hacia la puerta, le agarro por detrás de la camisa y le gruño:

—¿Adónde crees que vas?

Se queda quieto y me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Sin embargo, mis dedos se niegan a soltarlo, y él se queda así, de espaldas a mí, congelado en el sitio.

Después de un momento, dice:

—Pensaba que no querías verme.

—Ahora mismo no soy tu mayor fan —respondo, con voz tensa—, pero tengo preguntas y, al parecer, tú tienes todas las respuestas, así que toma asiento y hablemos.

Adam se sienta vacilante en el biplaza y yo enciendo la lámpara. Si ya me parecía que tenía mal aspecto en la oscuridad, a la luz está mucho peor.

—¿Así es como miras a mi hija? —exijo saber—. ¿Como un cadáver demacrado?

—Nuestra hija —me corrige, casi automáticamente, y se me curva el labio superior. Se calla de inmediato.

Le miro fijamente durante unos segundos.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

Parece incómodo, incapaz de encontrar mi mirada.

—Quería ver cómo estabas. Tony no me ha dejado visitarte, y Lydia tampoco.

—Ya veo.

—¿Cómo estás?— pregunta.

—Genial —mi voz es seca—. Para nada como si alguien me hubiera arrancado la maldita alfombra de debajo de los pies.

No soy de las que usan palabrotas, pero ahora mismo tampoco estoy muy contenta.

Baja la mirada.

—Sí.

—¿Sí? —exijo—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Yo era feliz, Adam. Estaba bien sin ti. Entonces, ¿por qué demonios tuviste que venir aquí y arruinarlo todo?

Mis palabras son crueles, y sé que lo son, pero una parte de mí quiere que él sienta algo cerca al dolor que yo siento.

—Lo siento. —Su voz es apagada, y quiero tirarle algo porque el oír la miseria en su voz hace que me duela el corazón.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué? —Me mira.

—Que Jonathon descubrió que me habías dado la marca de apareamiento.

Adam se queda paralizado.

CAPÍTULO 28

Adam

Siempre me había convencido de que, fueran cuales fueran las consecuencias cuando Cynthia descubriera la verdad, yo sería capaz de manejarlas, y ella también. Después de todo, ella era mi compañera. Tenía que escucharme. Estábamos unidos de por vida. Aunque a su yo humano le llevara más tiempo aceptarlo, su loba me aceptaría.

Nunca pensé que dañaría a su animal y nuestro vínculo.

Cuando no volvió esa noche después de irse enfadada, la busqué, pero no había usado ninguna de sus tarjetas y su teléfono seguía en el apartamento. Cuando las horas se convirtieron en días, mi miedo se transformó en rabia, y la rabia en arrepentimiento. Había manejado mal la situación. Pero yo no era el único que la seguía. El metamorfo que había estado acechando a mi familia descubrió dónde estaba, y yo le pisaba los talones.

Pero como siempre, llegué demasiado tarde.

Estaba encima de una Cynthia inerte, con la sangre acumulándose a su alrededor. Aún estaba consciente, pero no luchaba, casi parecía agradecida. Esa mirada quedará grabada para siempre en mi cerebro.

Perdí el control.

Como alfa, debo ser capaz de controlar mi impulsividad. Pero ver a mi compañera moribunda ante mí hizo que algo dentro de mí estallara. Le arranqué la cabeza al metamorfo que se creía con derecho a hacer daño a mi mujer. Y cuando levanté a Cynthia, su cuerpo era demasiado ligero, sus mejillas demasiado hundidas, y nuestro vínculo se mantenía unido por una cuerda tan fina que podía romperse en cualquier momento.

El mes siguiente fue un infierno especial.

Fue Lydia quien vino en un momento y me contó lo que había pasado, y desde entonces, la culpa me ha estado comiendo vivo. Rompí a esta mujer fuerte. Rompí su loba. Hice daño a la mujer

que amaba, a la madre de mi hija, y ahora, mirarla a los ojos no es fácil. He estado intentando cuidar de Riya, pero esencialmente, sigo siendo un extraño para ella.

Es como si todo se viniera abajo y todos mis planes bien construidos se desmoronaran y no pudiera hacer nada. Nunca me he sentido más inútil en mi vida. Lydia me dijo que le diera tiempo a Cynthia, pero ¿tiempo para qué? Ella tiene todas las razones para estar enojada conmigo. Su loba me desprecia. Me convertí en el alfa y sacrifiqué a mi compañera en el proceso.

Así que cuando no me echa de su habitación, siento vergüenza y esperanza a la vez.

Parece infeliz y tensa mientras me mira. Es mucho mejor que la mirada desconsolada que me dirigió la última vez. Preferiría que estuviera enfadada conmigo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué? —Me siento confuso.

Su expresión se distorsiona.

—Que Jonathon se enteró de que me habías dado la marca de apareamiento.

Por un momento, el mundo se detiene a mi alrededor.

—¿Cómo... cómo sabes eso?

—¿Realmente importa a estas alturas, Adam? —pregunta Cynthia fríamente—. Me has hecho pasar un infierno, así que creo que es hora de que me des algunas respuestas. ¿Cuándo se enteró Jonathon?

Suelto un largo suspiro. Iba a tener que decírselo de todos modos. Pero tenía un plan. Ahora mismo, sin embargo, todos los planes se han desmoronado cuando se trata de Cynthia.

—Cuando te tuvo presa en su sótano, se dio cuenta. La píldora que Tony te daba sólo era efectiva durante veinticuatro horas, y suprimía tu olor para que nuestros olores mezclados no pudieran ser identificados. Planeaba usarte contra mí. Pero te las arreglaste para escapar, y cuando lo hiciste, se cabreó. Cuando se dio cuenta de que no estabas en casa, vino a mi apartamento. Sabía que estabas allí, pero incluso como alfa, no tenía derecho a sacarte del lugar. Ya no trabajabas para él, y la única forma de obligarte a volver a su lado era admitiendo lo que te había hecho. Eso

habría dañado su reputación. Esa era una de las razones por las que no te dejaba salir del apartamento.

—Ya veo. —Los dedos de Cynthia se clavan en su brazo, e inmediatamente le agarro la muñeca —. No hagas eso. Te estás haciendo daño.

Me retira la mano casi de inmediato, como si mi contacto le repugnara.

—Lo siento —murmuro, sintiéndome tonto.

No sé cómo arreglar esta situación. Por primera vez en mi vida, me siento impotente. No he encontrado nunca un problema que no haya podido solucionar, ni un obstáculo que no haya logrado superar. Pero ahora, ante esta mujer de ojos azul hielo y pelo plateado que centellea bajo la luz de la luna, me quedo en blanco. Ya no me mira con receloso afecto ni con risa en los ojos. Ahora hay una profunda desconfianza en esos ojos, y su cuerpo es tan delgado que parece que un roce podría romperla. Y yo le hice esto.

Espero a que hable, a que me pregunte lo que quiera saber.

Me siento derrotado ante ella.

—¿Tina y tú estáis casados? No dejaré que Tina críe a mi hija —dice Cynthia de repente—. No me importa si es tu mujer o no. Riya es mía.

—Tina no es mi esposa, Cynthia. —Es hora de acabar de una vez con su malentendido—. Tina es mi prometida sólo de nombre. Están pasando algunas cosas... —Al ver la mirada asesina que me dirige, rectifico de inmediato— Cosas que deberíamos discutir ahora mismo. Pero antes de todo, pongamos fin al capítulo de Tina. Lo más importante es que Tina ha encontrado a su pareja predestinada. Y a diferencia de mí —mi voz se llena de pesar—, ella le confió la verdad para evitar cualquier malentendido. A los ojos de la manada, estamos comprometidos. La única razón por la que acepté este compromiso fue porque mi padre se estaba preparando para acusarte de traición, Cynthia. No iba a detenerse ante nada para recuperarte. Como Alfa, habría podido obligarme a entregarte a pesar de nuestro estado de apareamiento si hubieras sido acusada de traición. Watson también empezaba a sospechar y a retirarme su apoyo. Incluso con todo lo que estaba pasando, mi padre intentaba que Norman ocupara el puesto de alfa, y yo no sabía qué hacer. Tenía que romper su deuda de sangre, y la única forma posible era convertirme en el alfa, costara lo que costara.

Cynthia me estudia, y su voz es tranquila.

—Yo misma rompí la deuda de sangre.

Esa es otra cosa que me ha perseguido.

—Debería haber confiado en ti, Cynthia. Debería haberte contado todo desde que me di cuenta de que estabas de mi lado. Si hubiera hecho las cosas de otra manera, no te habrías puesto en peligro.

—No tenías intención de romper la deuda de sangre. —Los ojos de Cynthia están serios, y puedo ver que la ira se ha desvanecido en una silenciosa miseria—. Te oí en tu despacho cuando dijiste que había formas de mantenerme atada a ti.

—Me refería al vínculo de apareamiento. —Entierro la cabeza entre las manos, furioso conmigo mismo por mi propia arrogancia y estupidez—. Nunca te habría dejado en esa situación, Cynthia. El plan de ese momento había sido liberarte de la deuda de sangre y luego contártelo todo. Predije que te enfadarías conmigo, pero estaba seguro de que podría convencerte de que permanecieras a mi lado debido a nuestro vínculo de pareja. Nunca pensé que sería yo quien te llevaría al límite.

Cuando levanto la vista, no puedo ver su cara, pero puedo oler la sal de sus lágrimas.

Ni siquiera me muestra sus lágrimas, su vulnerabilidad. Es mi derecho como su compañero consolarla, secar sus lágrimas, y ni siquiera puedo hacer eso.

—Nunca habría usado la deuda de sangre contra ti, Cynthia —juro—. No algo que te ha perjudicado durante tanto tiempo.

—¿Cuándo te enteraste? —Su voz es inestable.

—Más o menos cuando desapareciste —confieso—. Ni siquiera supe que te habías ido hasta que nos atacaron esa misma noche. Los mismos hombres que atacaron a Lydia tras vuestro primer encuentro. Estos hombres estaban más entrenados y, cuando intenté sacarte del apartamento, me di cuenta de que ya te habías ido. Estaba listo para ir tras mi padre cuando Tony apareció. Estaba cabreado y exigió saber por qué trataba así a mi compañera embarazada. Hasta ese momento, no tenía ni idea de que estabas embarazada. Fue entonces cuando me di cuenta de que hasta que no me convirtiera en el alfa, no podría protegerte. La única forma de protegerte era enviarte a un

lugar donde mi padre no pudiera alcanzarte. Iba a sugerir un refugio porque sabía que no podrías salir de esta ciudad debido a la cláusula de distancia del contrato de deuda de sangre, pero Tony dijo que tenía una forma de evitarlo. Entonces no me di cuenta de que te estaba ayudando a romper la deuda de sangre.

Cynthia gira la cabeza para mirarme, y su voz es mordaz cuando me dice:

—¿Y qué habrías hecho tú?

Ella duda de mí. Es obvio que no tiene fe en mi capacidad para protegerla. Podría ser el alfa o el emperador de todo este mundo y no importaría. Cynthia no confiaría en mí para poder protegerla. Es obvio en la forma en que me mira.

—Habría matado a mi padre —le digo despacio.

No estoy mintiendo.

Si hubiera sabido lo que planeaba, le habría cortado la cabeza a mi padre y se la habría entregado, liberándola de la deuda de sangre y dándole la venganza que ansiaba. Me habría convertido automáticamente en el alfa, y aunque habría habido disensión dentro de la manada, lo habría hecho por ella.

Cynthia me estudia y veo un atisbo de tristeza en sus ojos antes de enmascararlo y bajar la mirada hacia sus manos. Me doy cuenta de que me cree.

—¿Y cuál era exactamente tu plan, Adam? —pregunta, y su voz ya está cansada—. ¿Venir aquí y obligarme a ir contigo?

—No. —Sacudo la cabeza de inmediato—. Iba a hablar contigo. Sabía que te enfadarías, pero pensé que podría convencerte de que me perdonaras. Puse el piso a tu nombre en cuanto lo compré. Cuando Tony me habló del bebé, supe que si te quedabas aquí estarías en peligro constante. Tuve que mantener el compromiso con Tina para seguir recibiendo apoyo de Watson. Mi padre tenía muchos aliados, Cynthia, y mucho dinero. Tenía que deshacerme de ellos, uno por uno. Tenía que limpiar tu nombre y asegurarme de que nadie nos relacionara. Si hubiera podido, te habría traído de vuelta en cuanto me convertí en el alfa. Pero mi lista de enemigos crecía por lo tiránicamente que me estaba comportando. Cada día estaba más desesperado.

—¿Y ahora? —pregunta Cynthia.

—Mi padre ha desaparecido —le digo—. Sospecho que tiene algo que ver con la relación de Norman con los vampiros, que era más complicada de lo que pensaba.

—¿Qué quieres decir?

—Alrededor de la época en que Robert asumió la posición de Alfa, había un clan de vampiros, el Clan Nelo. Estaban expandiendo su negocio al territorio de los cambiaformas produciendo drogas que tenían un profundo efecto sobre los de nuestra especie. Robert y otro alfa, cuya manada estaba mayoritariamente afectada, descubrieron que el Clan Nelo estaba tratando de expulsar a los metamorfos, volviéndolos inútiles al hacerlos adictos a esta droga. La cerraron, y muchas manadas dejaron de trabajar con la mayoría de los clanes vampíricos. Lo consideraron un abuso de confianza. Mi sospecha es que mi padre era el que trataba con el clan vampiro, el mismo que cometió el abuso de confianza y estaba produciendo las drogas. Hubo unas cuantas desapariciones en los barrios bajos, y yo empezaba a atar cabos cuando un importante almacén que estaba investigando ardió hasta los cimientos, y mi padre desapareció. Hay quienes han hablado en apoyo de mi padre, y son a los que estoy dando caza ahora.

Cynthia parece inquieta.

—Entonces, ¿por qué venir aquí ahora?

Junto los dedos y la miro fijamente.

—Porque me cansé. Me cansé de estar lejos de la mujer que amo y de mi hijo. He aplazado la construcción de un hogar para nosotros porque quería tu toque en todo lo que hay dentro de nuestra casa. Quiero oír la voz de mi hija. Quiero a mi compañera a mi lado. Ha sido un infierno para mí, Cynthia. Lo soporté porque sabía que tenía que asegurarme de que era lo suficientemente seguro para que vosotras dos volvierais a casa. Pero a través de todo esto, no me di cuenta de lo que te estaba haciendo pasar. Pensé que, porque lo había planeado así, así debía suceder.

—Sí —habla finalmente tras un par de segundos, con voz dura—, pero no todo sale según lo planeado, ¿verdad? Si hubieras confiado en mí entonces, habría ido de buena gana. Te habría ayudado. Había mil caminos entre los que podrías haber elegido, pero elegiste el que destrozó toda mi vida. Ahora, tengo que cuestionarme a mí misma y cada decisión que he tomado. Recuperé mi libertad y me di cuenta de que me habían cambiado de una jaula más pequeña a otra más grande. Todo estaba decidido por mí, dónde vivía, dónde trabajaba, a qué colegio iba mi

hija. Simplemente me arrastraron de vuelta a mi antigua vida en la que era débil y no tenía voz.

Sus palabras son como cuchillos apuñalando mi corazón.

—¿Crees que te voy a perdonar de una noche para otra? ¿O en absoluto? —pregunta con dureza —. Ya no confío en la gente que antes consideraba mi familia. En cierto modo, me han vuelto a aislar. Decirme que fue por mi propio bien no cambia nada, Adam. Todos me apuñalasteis por la espalda. Tus intenciones no importan. Lo que importa es lo que hicisteis. Maya puede llorar y decirme que intentaba preservar mi felicidad, y Tony puede decir que intentaba proteger mi vida aquí, pero todos tomasteis decisiones deliberadas. Ahora se trata de confianza. No sé cómo puedo confiar en nadie. Podrías estar mintiéndome en cualquier momento. ¿Tengo que pasarme el resto de mi vida preocupándome por saber quién me miente o me manipula?

Cierro los ojos, con pesar.

—Tienes razón

—Dime, ¿qué se supone que debo hacer, Adam? —exige saber Cynthia, su voz alta—. Dime cómo se supone que debo superar semejante traición, porque tú tienes todas las soluciones, ¿no?

—Lo siento —murmuro.

—¿Perdón? —Suelta una carcajada amarga—. ¿Qué se supone que debo hacer con tus disculpas? Mis manos están vacías, Adam. No tengo nada. Nada fue mío en primer lugar. Todo era tuyo. Tu caridad, tu dinero, tu trabajo. Sólo pusiste una correa diferente alrededor de mi cuello.

Cuando la miro, sus ojos están húmedos y parece desolada, y mi corazón se hace una bola de dolor.

—Me lo quitaste todo y ahora me siento pequeña. Me siento inútil e incompetente. Me siento como una tonta. ¿Lo entiendes? Me siento como una tonta. Rompiste mi orgullo. Rompiste mi loba.

Mi propio lobo gime de agonía al ver a mi compañera destrozada.

—¿Dime cómo arreglar esto? —susurro, con la voz ronca—. Haré lo que sea que quieras.

Me mira y luego desvía la mirada.

—No lo sé. No sé si alguna vez podrás.

Mi corazón se hunde.

¿Qué he hecho?

CAPÍTULO 29

Cynthia

Mi loba no quiere curarse. No quiere hacer mucho. Y ahora, está empezando a enfurecerme.

—¿Seguro que estás lista para volver a casa? —pregunta Lydia. Han pasado un par de días desde mi charla con Adam.

—Si. —Me siento físicamente débil, pero no tengo intención de permanecer en esta cama de enfermería durante las próximas dos vidas.

—Tu loba no está completamente…

—Está comportándose como una mocosa —siseo, con los músculos doloridos por el movimiento —. Pero mando yo, así que más vale que siga el programa.

Lydia me mira complacida.

—Bien. Sigue mirando hacia delante y no tendrá más remedio que volver a levantarse. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Adam vendrá a visitar a Riya —le respondo, siguiéndola hacia fuera—. Pero me va a dar espacio. No voy a renunciar a mi trabajo, también conservaré el apartamento. Nada va a cambiar, supongo. He pensado en cambiar de trabajo, pero ¿para qué? No es que no trabaje allí también. Sin Kofo —se me atraganta la voz al recordar a mi dulce ayudante—, habrá más carga de trabajo.

—Siento lo de tu ayudante. —Lydia me abre la puerta del coche—. Adam me lo dijo.

Intento sonreír, pero el corazón me pesa demasiado.

—He oído que el cumpleaños de Riya es dentro de unos días. —Lydia cambia de tema, probablemente sintiendo mi pena.

—Oh, sí. —Ese pensamiento me anima.

—¿Qué piensas hacer?

—Pensaba llevarla a un parque de atracciones que acaban de abrir con Maya y Tony, pero creo que ahora iremos sólo nosotras dos. También va a ser la primera vez que Adam celebre el cumpleaños de Riya, así que estoy pensando en hacer una pequeña cena en el apartamento más tarde. Invitaré a Tony y Maya también. Tú también deberías venir.

Lydia me estudia, con expresión un poco triste.

—Cariño, puedes dejar de referirte a él como el apartamento y llamarlo casa.

Le dedico una sonrisa amarga.

—Pero no es mi casa, ¿verdad? Es sólo el lugar donde estoy criando a Riya. No es mío, aunque Adam pusiera mi nombre en la escritura. Todo lo que tengo pertenece a Adam.

Lydia parece desgarrada.

—Es tu compañero, Cynthia. Todo lo que tiene es tuyo.

Sólo le dirijo una débil sonrisa, sabiendo que no lo entenderá. Mientras no lo haya construido con mis propias manos, mientras no haya aprovechado la oportunidad por mí misma, no es un logro mío.

Adam me espera en el apartamento con Riya colgada del cuello como un monito. En cuanto me ve, salta de su espalda.

—¡Mami!

Se precipita a mis brazos y, a pesar de lo débil que me siento, la cojo en brazos.

—¡Mírate! ¿Te has portado bien? ¿No has hecho tonterías?

Ella asiente con la cabeza fervientemente.

—Papá y yo tenemos una sorpresa para ti.

Se escabulle de mi mano mientras intento aceptar el título de "papá" para Adam. Cuando le miro, me lanza una mirada tímida.

—Es de uno de sus libros. Le he estado leyendo cuentos para dormir y le gustaba más "papá" que "papi".

En ese momento, Riya, que se había ido corriendo a otra habitación, regresa con una gran cesta de flores. De ella sobresalen pequeños bombones.

—¿Te gusta?

—Me encanta, cariño. —Beso su mejilla.

—¡Papá, pon los bombones! —Riya me agarra de la mano, tirando de mí hacia Adam—. Deberías besarle a él también.

Mis ojos se abren de par en par, y Adam dice inmediatamente:

—Te ha besado así que es suficiente.

—¡No! —Por alguna razón, Riya parece obstinada en que su padre también reciba un beso como agradecimiento por las flores. Adam parece dispuesto a escapar, y sé que no quiere ponerme en una situación incómoda. Como no quiero agravar la situación, me inclino y le doy un beso en la mejilla.

Mi loba se sienta dentro de mí, alerta.

Adam se paraliza.

—No le des tanta importancia —murmuro, tratando de calmar mis propios latidos desbocados ante lo que debería ser fácil.

—Claro que no —intenta decir educadamente, pero parece igual de nervioso.

Ambos intentamos evitar la mirada del otro.

Riya, por su parte, parece contenta.

—Debería irme —dice Adam.

Quiero aceptar, pero Riya parece tan contenta de tenerlo cerca que me obligo a decir:

—Quédate a comer.

Adam me estudia, así que giro la cabeza hacia Riya, y él parece comprender.

Lydia nos sonríe a los dos.

—Me despido entonces.

La veo irse y Riya se va corriendo a su habitación, dejándonos solos a Adam y a mí.

Nos quedamos en silencio, nuestro último encuentro aún perdura en mi cabeza.

—Yo...

—¿Quieres comer algo? —dice Adam de repente.

Parpadeo.

—Bueno, no. Sigo sin poder retener nada aparte del caldo claro.

Se estremece y me siento fatal. No intento atacarle ni hacerle sentir mal.

Intentando cambiar de tema, digo:

—El cumpleaños de Riya es la semana que viene. Haré algo con ella por la mañana, pero deberías venir a cenar y a comer tarta. A ella le gustaría.

—El martes, ¿verdad? —pregunta con voz cuidadosa.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué tienes planeado para la mañana?

—Es sólo para nosotras dos —digo bruscamente—. Vamos a un parque de atracciones.

No discute, ni espero que lo haga.

Sin embargo, algo me llama la atención.

—¿Estás seguro de que el cambiaformas que nos acecha está muerto?

—Lo maté yo mismo —me asegura Adam.

—Y si... —Me siento reticente.

—Si quieres, puedo organizar la seguridad en tu excursión de un día con Riya —ofrece Adam.

Suelto un suspiro.

—Eso estaría bien. Ahora mismo no estoy a tope de fuerzas.

Es raro hablar con él tan a la ligera cuando han pasado tantas cosas. Pero puedo luchar y amargarme, o puedo intentar seguir adelante y afrontar el futuro. No puedo cambiar el hecho de que soy la pareja de Adam y Riya es su hija. Tampoco quiero que Riya tenga que vivir sin su padre. Adam se ofreció a dejarnos solas y sólo visitarla de vez en cuando, pero eso no era justo ni para él ni para ella. Mi propio corazón está destrozado dentro de mí. He vivido sin mi compañero durante cuatro años, y puedo vivir sin él en el futuro también. Pero Riya se merece un padre cariñoso y todas las oportunidades que él puede proporcionarle y que yo no puedo. Ella se ha criado con su dinero después de todo.

Ese pensamiento me amarga.

Todo el esfuerzo que invertí en mi trabajo para ganar dinero y poder darle a Riya el tipo de vida que yo nunca tuve parece inútil ahora. Para empezar, era el dinero de Adam. Eso es lo que me molesta. De todo, eso es lo que más me corroe. Y eso es algo que necesito superar.

Cuando me dirijo a la cocina, la encuentro totalmente abastecida.

Me duele la cabeza cuando le pregunto:

—¿Tú has hecho esto? —Cuando parece ponerse nervioso, me siento peor—. Sólo preguntaba, Adam. No todo es un ataque personal contra ti. —Suspira, y yo cierro la puerta de la nevera, mirándole—: No quiero que nada de esto se filtre en tu relación con Riya. Mis sentimientos son mi problema, no el tuyo. Me aguantaré y los superaré.

—No quiero que tengas que aguantarte nada. —Adam se encuentra con mi mirada—. Tienes derecho a estar enfadada, Cynthia. Preferiría que te enfadaras conmigo y dijeras lo que quisieras...

—Si digo todo lo que llevo dentro, —me río sin humor—, empeorará la situación. Ya dije todo lo que tenía que decir la otra noche. Sólo repetiré todo de una manera más cruel. Quiero que sufras como sufrí yo. Quiero que experimentes un tercio de la vergüenza y humillación que yo

sentí. —Su mandíbula se tensa y me doy cuenta de que está enfadado—. Pero no quiero ser amargada y desagradable. No tiene sentido.

Adam cubre la distancia que nos separa, y dice con voz seria:

—Sí que lo tiene. Puedo aguantar todo lo que me eches, Cynthia. Te lo prometo. Me lo merezco. Simplemente no quiero perderte.

—No voy a alejarte de tu hija —empiezo, y él niega con la cabeza.

—No se trata de Riya. No quiero estar sin mi compañera. Pero estoy dispuesto a esperar el tiempo que quieras. Si quieres castigarme, lo soportaré todo. Si quieres que sufra, sufriré. Simplemente ya no puedo vivir sin ti.

Nunca he visto lágrimas en los ojos de Adam, y me rompe.

No quiero que sufra. No quiero hacerle daño. Sé por qué hizo lo que hizo. No soy idiota. Tuvo que tomar decisiones difíciles y hacer sacrificios, y lo entiendo todo. Riya y yo pudimos vivir una vida sin preocupaciones gracias a sus sacrificios. Es sólo este dolor dentro de mí que no se conforma.

No sé qué decirle. Necesito tiempo para asimilarlo todo, tiempo para empezar a curar mi orgullo herido, tiempo para arreglar el desastre en que se ha convertido mi loba como consecuencia de que mi manada me traicionara.

Afortunadamente, no tengo que decir nada porque Riya vuelve en ese momento.

—Mami, ¿qué hay para comer?

Me alejo de Adam para mimar a mi hija, y mi corazón se siente más fuerte con su aroma a mi alrededor.

Puedo hacerlo.

Por Riya, puedo hacer cualquier cosa.

*****

Estar cerca de mi hija hace que mi loba esté más activa. Y así, cuando llega el cuarto cumpleaños

de Riya, la visto con una chaqueta, un gorro de lana que le cubre las orejas y manoplas en las manos.

—No puedes correr sin mí —le digo mientras nos dirigimos a la taquilla de la entrada del parque de atracciones.

—De acuerdo. —Se agarra a mi mano, todo su cuerpo vibra de excitación.

Por la mañana, sobre todo entre semana, no hay mucha gente. Eso hace que sea más fácil vigilar a Riya y los alrededores. Sin embargo, cuando miro a mi alrededor, no encuentro a ninguno de los hombres de Adam. Él me prometió que pondría algunas personas en el parque para vigilar cualquier situación potencialmente peligrosa. No sé por qué me imaginaba a hombres trajeados siguiéndonos como una guardia armada.

Relajada, dejo que Riya se suba a algunas atracciones y me siento en el banco mientras ella se ríe, agarrada al bonito caballo del tiovivo. Afuera hace bastante frío y ojalá hubiera cogido mis guantes. Me froto las manos y la observo. Aparte de ella, hay otros dos niños en la atracción.

De repente, me tienden una taza de café y parpadeo. Al levantar la vista, veo una gran mascota oso ante mí.

—No, gracias. —Sonrío torpemente, pero él me la tiende con insistencia y, cuando habla, su voz se oye amortiguada bajo el traje.

—Hace mucho frío.

Le cojo la taza a regañadientes y huelo el contenido para asegurarme de que no está drogado ni nada por el estilo. Me parece que está bien y bebo un sorbo. El líquido caliente hace que se me encojan los dedos de los pies.

—Gracias. —Me caliento las manos envolviéndolas alrededor de la taza.

El oso mascota se levanta y desaparece. Como no hay muchos niños, probablemente no tiene mucho que hacer. Doy un sorbo al café, con los ojos puestos en Riya, que monta por sexta vez.

El banco cruje y, cuando vuelvo la cabeza, el oso mascota está de vuelta, esta vez con una rosa roja. Probablemente debería rechazarla, pero que un enorme oso de peluche me regale una rosa me hace sonreír.

—Gracias.

Acabo de coger la rosa cuando me tiende otra flor, más pequeña, pero de un deslumbrante tono rosa y azul. Nunca había visto algo así.

—Estoy bien con esta, gracias.

Pero hace un gesto hacia mi pelo y me lo tiende.

—Tu pelo quedará precioso.

—Estoy comprometida, pero no todos los días me tira los tejos un oso, así que lo acepto. Cojo la flor y me la introduzco en el pelo, justo detrás de la oreja.

La atracción termina justo en ese momento y Riya baja de un salto, corriendo hacia mí. Se detiene frente a la mascota, con los ojos muy abiertos y brillantes.

—¡Es mi cumpleaños!

Se lo anuncia a todo el mundo, y la mascota oso agita las manos en el aire.

—¡Feliz cumpleaños!

Ver a Riya reír encantada me hace sonreír.

Ella levanta los brazos y él la coge en brazos. La forma en que la deja sentarse en su hombro me hace parpadear. Sin embargo, mantengo la boca cerrada.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta, y Riya señala hacia el tobogán de troncos.

Les sigo, y el oso la baja para que pueda entrar en la pequeña cola. Espero con él mientras ella disfruta de la atracción, y él sigue comprándome comida. Para cuando Riya se ha subido a siete atracciones, yo me he tomado un café, dos pretzels, un paquete grande de patatas fritas calientes, un perrito caliente y ahora tengo en la mano un bastón de algodón de azúcar.

Estamos sentados en el banco viendo a Riya jugar en la piscina de bolas con otros tres niños cuando el oso me mira.

—Allí hay un puesto de nachos. Te traeré...

—Voy a vomitar si me atiborras con más comida, Adam.

Mi tono es uniforme, y el oso se queda quieto.

Me parece extraño que haya podido retener toda esta comida. Mi loba ya no parece rechazar todo lo que Adam me da de comer.

Sin embargo, tengo que darle crédito cuando lo intenta.

—Yo no...

—Ahórratelo. Te tenía calado desde el momento en que te subiste a Riya al hombro. ¿Crees que dejaría que cualquier extraño llevara a nuestra hija?

Está callado, y no tengo que mirarle para saber que tiene cara de culpable bajo esa máscara.

—Te dije que quería que estuviéramos solos Riya y yo —le reprendo. Aunque en realidad no estoy enfadada, porque Riya se lo ha pasado en grande con él cerca. Esta última semana me ha demostrado que Adam es un gran padre, y una parte de mí se resiste cada vez más a separarle de Riya. No ayuda que toda esta semana no sólo haya estado en mi apartamento la mayor parte del día, sino que además insistía en cocinar para nosotros, en cuidarnos.

Mi loba ha empezado a relajarse y a disfrutar de la atención, a pesar de su enfado con Adam.

Yo, en cambio, intento tratarle como a un conocido. Me molesta un poco que no parezca irritado por mi trato frío. Simplemente lo acepta y sigue adelante. Me dan ganas de morderle.

—La situación se ha complicado un poco —admite finalmente Adam—. No quería preocuparte ni arruinar el cumpleaños de Riya, así que...

Me giro para mirarle, frunciendo el ceño.

—¿Qué ha pasado?

Adam guarda silencio unos segundos.

—Norman fue visto en Detroit esta mañana. El mes que viene se celebra en la ciudad un evento para establecer contactos entre manadas, y lo más probable es que haya venido para eso. Desde que papá desapareció, se ha hecho cargo de la empresa. No pensé que se presentaría a este

evento, pero me inquieta tenerlo en la misma ciudad que tú y Riya.

Mis uñas se clavan en mi palma.

—Si Norman se entera de lo mío con Riya, no lo dejará pasar. Es un depravado. No puedo... No puede enterarse de dónde estamos, Adam. No tienes ni idea de lo que hará. No sabes la clase de cosas que tiene planeadas si alguna vez tengo una hija.

Cada vez estoy más alterada y Adam me cubre la mano con la gran pata de oso.

—Tengo a mi gente buscándole. Mientras tanto, estoy aumentando la seguridad alrededor de tu apartamento.

—¿Qué tipo de seguridad?

Duda y luego dice:

—No se lo he contado a nadie, pero ahora no quiero ocultarte nada. Durante un par de años, más o menos cuando te fuiste, me puse en contacto con una organización un tanto ilegal que hace que los cambiaformas luchen entre sí por dinero.

—¿No es algo humano, estas peleas clandestinas en jaulas? —pregunto.

—El dinero puede motivar a cualquiera —responde Adam—. Esta organización está fuera de mi jurisdicción, pero sus luchadores tienen contratos de esclavitud.

Siseo, y noto como la bilis sube por mi garganta.

—No compraste esclavos, ¿verdad?

—No. —Adam sacude la cabeza—. Compré sus contratos y los liberé. También les ofrecí salarios estables y vivienda si decidían trabajar para mí como mi equipo privado de soldados. Diecisiete de ellos aceptaron, mientras que los tres restantes optaron por marcharse. Los que se quedaron recibieron un entrenamiento riguroso y confío plenamente en ellos. Parecen toscos, pero son hábiles luchadores y son capaces de pasar desapercibidos. Pondré a cinco de ellos alrededor de tu edificio y apartamento. Tres de ellos están buscando a Norman mientras hablamos. Ahora no tienes nada que temer. Nadie va a desarraigarte esta vez del hogar que has construido. Eres la pareja del alfa, Cynthia. Es mi trabajo mantenerte a salvo.

Intento fingir que no me afectan sus palabras, pero me tranquilizan.

Mi loba también se siente ansiosa, pero parte del miedo se ha aplacado tras escuchar a Adam, y ruge en señal de aprobación.

Que se decida ya. Me molesta su comportamiento escamoso. O es un imbécil traicionero o es un buen compañero.

Nuestros animales son criaturas sencillas. A diferencia de los humanos, sus emociones no son tan complejas. Aunque mi loba ha estado deprimida, cuanto más tiempo pasa Adam a mi alrededor, cuidando de mí y de Riya, más activo se vuelve. El hecho de que haya conseguido engullir una gran cantidad de comida lo demuestra.

—Sé que estás preocupada —dice Adam cuando no respondo.

Mis dedos juegan con la rosa que tengo en la mano, tocando los suaves pétalos.

Alarga la mano hacia la cabeza del oso como si quisiera quitársela, y yo le digo inmediatamente:

—No hagas eso.

—¿Por qué no?

—Sólo... —Desearía tener una razón apropiada—. Es más fácil hablar contigo así.

—No tendrás un fetiche con las mascotas, ¿verdad? —Parece alarmado, y le fulmino con la mirada.

—Cállate, Adam.

—Sólo por curiosidad. Porque si es tu preferencia, puedo conseguir algo...

—Lo juro por Dios, Adam —empiezo, sólo para oírle reírse—. Eres un imbécil —murmuro, negándome a que me haga gracia. Sin embargo, mis labios se curvan ligeramente.

Es difícil no dejarse llevar cuando él está cerca. No sé si es el vínculo de apareamiento que nos une o que nunca he dejado de quererle, pero cuando está cocinando en la cocina, hablando con Riya o contándome una receta que ha encontrado que me vendrá bien, me siento feliz. Intento ocultarlo. Hay momentos en los que quiero seguir enfadada y quedarme con mis sentimientos

heridos, pero luego hay días como hoy en los que mi corazón se siente ligero, y no puedo explicarlo.

—¿Puedo llevar la tarta esta noche? —Adam pregunta después de un par de minutos.

—Claro. —Me encojo de hombros—. Trae también pequeños regalos, si quieres. Vamos a pedir pizza.

—Entonces, ¿está bien si todo es un poco exagerado por mi parte? —Adam pregunta, y detecto la vacilación en su voz.

—Riya también es tu hija —respondo con los ojos fijos en mi hija, que salta de un pie a otro esperando su turno—. Y te perdiste todos sus otros cumpleaños. Así que puedes tener rienda suelta en este.

Parece sorprendido.

—¿En serio?

—Vuélvete loco —le animo—. Hazle regalos locos y una tarta exagerada. No diré nada.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños? —pregunta.

—Yo no lo celebro —respondo.

—¿Pero cuándo es?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Siempre puedo buscarlo.

—Ve a hacer eso —sugiero.

Como después no dice nada, le lanzo una mirada incrédula.

—¿Estás enfurruñado?

—No. —Pero su tono le traiciona.

—Ya ha pasado —le informo—. Ahora, saluda a Riya. Te está mirando.

El oso levanta la mano y saluda a nuestra hija.

Miro a Adam.

—Espero que tengas algunos globos para ella. —Cuando el oso se vuelve para mirarme, sonrío inocentemente—. A su hija le encantan. Será mejor que corra, señor oso. O Riya se pondrá muy, muy triste.

No se mueve durante unos segundos y sé que está dudando si hablo en serio o no. Al final, se pone de pie y se aleja a toda prisa. Verlo intentar correr con el traje de oso me hace reír.

No es la peor manera de pasar una mañana.

****

Riya se lo pasa como nunca en el parque de atracciones subida en los hombros de Adam. Está agotada cuando volvemos y, después de acostarla para que duerma una siesta, me ocupo del trabajo de oficina. Es de noche cuando oigo que llaman a la puerta. La abro y veo a Maya y Tony. Me resulta incómodo verlos, pero sé que, a pesar de todo, me han apoyado. Así que les sonrío.

—Riya está durmiendo.

—He traído adornos —dice Maya vacilante, mostrándome las bolsas que lleva en los brazos—. He pensado que podríamos decorar el apartamento. A ella le encantará.

—Seguro que si.

Les dejo entrar y nos ponemos a soplar globos y a colgar pancartas y confeti. En algún momento, todo vuelve a la normalidad y dejo que mi rabia desaparezca. Estuvieron conmigo en mis peores momentos, así que lo dejaré pasar. Después de todo, esto es entre Adam y yo.

Tony está colgando los últimos globos cuando Adam aparece con una gran caja de tarta y cajas enormes que sólo pueden ser regalos.

—He pedido pollo frito, patatas fritas, pizza y mucha comida basura —confiesa—. Dijiste que podía dejarme llevar.

—Es verdad —asiento, mirando la enorme caja de pasteles—. Sólo que no me di cuenta en lo

que me estaba metiendo. ¿Qué hay ahí?

—Puedes abrirlo.

Es una tarta castillo de princesa, e incluso a Maya le brillan los ojos de emoción.

—¡Déjame ir a despertar a Riya! ¡Por favor!

—Tony, se va a tropezar con su propio pie —señalo—. Ve con ella.

Mientras la pareja va a buscar a Riya, ayudo a Adam a poner los regalos y la comida en la mesa.

—¿Cómo se supone que vamos a terminar todo esto?

—No te preocupes —me tranquiliza.

Riya ha tenido cumpleaños encantadores, pero este probablemente lo recordará siempre. Rompe el papel que envuelve sus regalos. Le compré una pequeña cocina de plástico, porque le encanta jugar a cocinar. Tony le compró un puzzle "bueno para su cerebro en desarrollo" y Maya le tejió una bonita capa. Adam le compró una colección completa de muñecas, incluida una casa de muñecas, un pequeño coche de remolque que podía conducir en el apartamento, un gran oso de peluche y algunas colecciones de dibujos animados. Los niños metamorfos se desarrollan más deprisa que los humanos, así que todos son regalos apropiados para su edad, pero Riya se aferra al oso de peluche, que es del mismo tamaño que ella, y lo arrastra por la habitación.

Come tanto que tengo que apartarle el plato.

Acostarla después también es una tarea ingente porque se niega a irse. Sólo cuando Adam la arropa y se queda con ella hasta que se duerme, respiro aliviada. Maya también cabecea, así que Tony se la lleva a casa.

Las cosas irán bien entre nosotros. Son importantes para mí y no quiero perderlos.

Estoy limpiando cuando Adam sale.

—Riya está frita.

—Bien. —Bostezo—. Me iré a la cama, también, una vez que esto termine.

Tropiezo, probablemente con algo en el suelo, y Adam me coge.

Frunciendo el ceño, dice:

—¿Por qué no descansas? Llevas todo el día así. Yo puedo limpiar.

—No, está bien.

Pero me obliga a tumbarme en el sofá y empieza a limpiar.

Ha empezado a sentirse como en casa y, mientras le veo fregar los platos y limpiar la encimera, me da un vuelco el corazón.

No me molesta.

Me gusta su presencia en mi casa.

Mi loba está de acuerdo, ronronea feliz.

Que Adam esté aquí me hace feliz, aunque no se lo admita.

CAPÍTULO 30

Cynthia

Las cosas han ido bien con Adam, y no se me escapa lo mucho que está intentando arreglar nuestra relación. Yo intento hacer lo mismo, y cada vez me resulta más fácil. Tanto es así que me paro en una de mis panaderías favoritas para comprarle unos bocadillos. Quiero que pruebe las cosas que me gustan. Me digo a mí misma que no sea tonta y que no espere gran cosa, pero aun así me emociona ver su reacción. Es una panadería portuguesa, la única en Detroit, y sus productos son increíbles.

—¿Cynthia?

Me doy la vuelta al oír la voz familiar y mis ojos se abren ligeramente.

—Tina —digo, sintiéndome incómoda—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que asistir a una conferencia. —Me sonríe—. ¡Cuánto tiempo! ¿Está Adam contigo?

—Ah, no —digo.

Está preciosa y elegante con su largo abrigo rojo y sus tacones, un vestido blanco ceñido bajo el abrigo, el pelo largo y liso como una fascinante cascada. Comparada con ella, parezco sosa.

Veo un destello en su mano. Es un anillo de compromiso de diamantes.

Mi corazón se hunde al verlo. Sé que a los ojos de la manada, Tina y Adam siguen comprometidos y planeando su boda. Sé que es sólo una fachada, pero no hace que duela menos.

—Es un anillo precioso —murmuro—. ¿Adam te lo dio?

Las amargas palabras salen de mi boca antes de que pueda contenerme.

Tina parpadea.

—No. Es un regalo de Reynold.

—¿Reynold?

—¿Adam no te habló de él? —Mira detrás de mí y sonríe a alguien. Giro la cabeza, sigo su mirada y veo a un hombre rubio que se acerca. No lo había visto antes, y cuando habla, lo hace con un exquisito acento francés.

—Nos conocimos en una galería de arte. —Tina sonríe, con cariño—. Resultó ser mi compañero predestinado. Una vez que Adam termine con todo, planeo mudarme con Reynold a Francia.

Veo cómo Reynold le rodea la cintura con el brazo y presiona los labios contra su mejilla. —Mi prometida es menos paciente que yo. Tú debes de ser Cynthia, la compañera de Adam.

—¿Sabes de mí? —Me sorprende.

—Por supuesto. —Su sonrisa se ensancha—. Tu compañero habla de ti con mucho cariño.

—Adam está fuera de sí —me confiesa Tina—, desde que te alejó. Pero no puedo contarle a mi padre lo de Reynold, y le rogué a Adam que fingiera el compromiso para protegerte a ti y a Reynold. Reynold tampoco estaba contento, como imagino que tú tampoco lo estabas, pero no podía dejar a Adam ahí fuera solo para que se enfrentara a los tiburones. Debes estar contenta de tenerlo de vuelta.

—Lo estoy —digo—. ¿Qué tan mal le fue cuando me fui?

Suspira y mira a Reynold.

—¿Te importaría traerme algo de comer, amor?

Asiente, alejándose, y Tina se vuelve para mirarme:

—Jonathon buscaba sangre por alguna razón. Adam fue acusado de todo, desde el sol hasta la luna. Yo estaba allí, pero había cosas en las que ni siquiera yo podía ayudarle. Hubo un momento en que le rogué que te trajera de vuelta. Te necesitaba. Estaba siendo destrozado, y apenas se sostenía. Pero estaba tan decidido a tomar la posición alfa a cualquier costo tan pronto como pudiera. Hubo un momento en que empecé a cuestionar su moral. —Aprieta los labios—. Se estaba perdiendo sin ti. No fue un buen momento para él. No comía, no dormía. Era como estar al lado de un loco. Su propia compañía estaba empezando a sufrir, y tuve que intervenir. Nunca lo había visto así. Hubo un momento en que le pregunté si todo esto valía la pena. Él podría simplemente ir a ti y renunciar a su posición alfa. Pero me dijo que, aunque quisiera, no podría.

Que necesitaba convertirse en Alfa para ti. Así que, cuando me dijo que finalmente iba a traerte a casa, puedes imaginar mi alivio.

El corazón me late dolorosamente en el pecho. Nunca imaginé que las cosas hubieran sido así para Adam. Él y Tony habían mencionado que había sido duro para él. Un duro nudo de culpa se forma en mi pecho.

—Gracias por contarme todo esto. —Le doy a Tina una sonrisa sincera.

Sus labios se curvan en respuesta.

—Por supuesto. Adam es mi mejor amigo, Cynthia. Más que eso, es como mi hermano. Mi padre nunca lo entendió y nunca lo entenderá. En el próximo evento de este mes, se suponía que iba a ir con él, pero ahora ha decidido presumir de ti.

Me quedo quieta.

—¿Qué quieres decir?

Tina sonríe.

—Bueno, Adam ya no quiere esconderte. Había otra razón detrás de nuestro falso compromiso, una razón privada para mí. Pero he conseguido todo lo que quería, así que ahora es libre de presentarte como su compañera. Está muy emocionado con esto.

Suena igual de emocionada, y pregunto sonriendo:

—¿Significa esto que también presentarás a Reynold como tu compañero predestinado?

—Lo presentaré como mi pareja. —Me guiña un ojo—. Va a ser toda una fiesta.

Mientras su prometido y futura pareja se acerca a nosotros, dice de repente:

—Ah, claro. Se me había olvidado. Adam me dijo que eras el jefe de marketing de una de las empresas que tiene aquí. Admito que sentía curiosidad por tu trabajo, ya que él presumía tanto de tus habilidades. Me encantaron tus campañas. —Busca en su bolso y saca una tarjeta de visita—. Tenía la esperanza de que una vez que todo esté resuelto, considerarías ser consultora de mi empresa. Quiero decir, si quieres abandonar el barco, estoy a favor, y triplicaré tu salario, pero Adam me pateará el culo por robarte, así que estoy dispuesta a conformarme con esto.

Parpadeo, atónita.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo?

—No le digas eso —dice rápidamente—. Te ofrezco un puesto como asesora de marketing. Asegúrate de que lo sepa.

Sonrío ampliamente.

—Gracias. Y definitivamente lo tendré en cuenta.

—Te veré pronto. —Tina sonríe—. Reynold y yo tenemos que irnos ahora.

Los veo marcharse y mi corazón se aligera. Me dirijo al mostrador y pido algunos de los productos de panadería que había venido a buscar.

Al salir, me encuentro perdida en mis pensamientos.

Estaba tan segura de que perdonar a Adam sería difícil, que siempre le guardaría rencor a pesar de saberlo todo. Pero cuanto más me entero de lo que tuvo que pasar para darnos a Riya y a mí una vida tranquila, más se afloja ese nudo de ira que llevo dentro. Si me lo hubiera contado todo de antemano, me habría quedado a su lado. Si no me hubiera echado a la fuerza, me habría asegurado de que estuviera bien.

Me arden los ojos mientras agarro la bolsa de papel entre las manos.

No me extraña que haga todo lo posible por conquistarme. ¡Ese idiota! Podría haberse ahorrado todo esto si hubiera hablado conmigo antes de soltar toda esta mierda. Ahora, los dos estamos dolidos por su decisión de llevar toda la carga él solo.

Al llegar a mi coche, estoy a punto de abrir la puerta cuando se me eriza el vello de la nuca. Mi cabeza gira inmediatamente hacia un lado y, por un momento, mi corazón se detiene.

¡Norman!

Está de pie al otro lado de la calle, sonriéndome.

Sin embargo, pasa una multitud y, cuando parpadeo, ya no está.

Me tiemblan las manos mientras miro a mi alrededor, pero no hay rastro de él.

¿Me lo he imaginado?

Permanezco allí un par de minutos, buscándolo con la mirada, pero no le veo. Puede que me lo haya imaginado todo. Desde que Adam me dijo que habían visto a Norman en la ciudad, he estado un poco nerviosa.

Me subo al coche y conduzco de vuelta a mi apartamento. Sin embargo, durante todo el trayecto miro por encima del hombro para asegurarme de que no me siguen. Pero no hay nada fuera de lo normal.

Más tranquila, sacudo la cabeza.

—Ahora estás viendo fantasmas, Cynthia. Espabila. Si estuviera por aquí, Adam ya lo habría encontrado.

Aparco el coche fuera y entro.

Cuando entro en el apartamento, oigo a Riya gritar:

—¡Corre, perrito! ¡Corre!

¿Perrito?

Entro y veo a un gran lobo de pie en medio de mi salón, con Riya a cuestas. Los miro fijamente y Adam me lanza una mirada ofendida.

Me encojo de hombros.

—Le gusta más perrito que lobito.

—¡Mamá! —Riya grita de alegría—. Mira a mi perrito.

—No está bien llamar perro a tu padre, Riya. —Dejo mis cosas—. Él es un lobo.

—¡No!

Levanto las cejas.

—Si sigues llamándole perrito, no jugará más contigo.

Eso tiene a nuestra hija paralizada, sin haber considerado consecuencias tan nefastas.

—Ya, ya, lobito. —Acaricia la cabeza peluda de Adam, que resopla divertido.

—He traído dulces de una panadería. —Levanto la bolsa de papel. Después añado–: Para los dos. —Cuando Adam me mira, no puedo mirarle a los ojos, nerviosa—. Ve a lavarte las manos, Riya. Y tú ve a ponerte algo de ropa, Adam.

Riya salta al suelo, dejándonos solos, y Adam se acerca a mí. Me olisquea y casi salto cuando me mete la nariz en el cuello.

—¡Para!

Su pecho retumba y de repente me lame la cara.

—¡Adam!

Esboza una gran sonrisa de lobo, con la lengua fuera mientras me observa.

Cuando intenta acercarse de nuevo, claramente dispuesto a volver a lamerme, levanto un dedo.

—Atrás. Lo digo en serio.

Pero parece estar juguetón, intentando rodearme y darme un lametón aquí o allá. Su lobo coquetea conmigo, y no puedo evitar sentirme divertida, aunque intente detenerlo.

Finalmente consigue inmovilizarme en el suelo, lamiéndome la cara.

La única opción que tengo es cambiar y hacerle entrar en razón, pero antes de que pueda hacerlo, Riya vuelve corriendo y chilla:

—¡Yo también quiero jugar!

Salta sobre Adam y se agarra a su cola. Él la levanta, usándola, haciéndola caer sobre su espalda.

Su risa es lo más bonito del mundo. Nunca la he visto divertirse así. Desde que Adam vino aquí, el ambiente ha cambiado. Ha pasado de quedarse un par de horas cada día a vivir aquí. Ni siquiera sé cuándo ocurrió, pero lo encuentro tirado en el sofá cuando me despierto o acurrucado con Riya en su cama. Ni una sola vez ha puesto un pie en mi habitación.

No sé por qué. No sé qué pasa por su cabeza.

Ni siquiera sé cuál sería mi respuesta si me pidiera compartir la cama.

Pero ha sido respetuoso con mis límites, intentando hacer todo lo posible para que me sienta cómoda. A veces parece que él es el único que hace todos los sacrificios.

—Si seguís así, todo se enfriará. Adam, ve a cambiarte.

Adam resopla antes de girar la cabeza y agarrar a Riya por detrás de la camisa. Ella se ríe mientras él la deja caer en la silla de la cocina y le lame la parte superior de la cabeza.

—¡Qué asco! —Se ríe a carcajadas, haciéndome sonreír.

Veo a Adam alejarse orgulloso hacia el dormitorio de invitados, donde sé que guarda algo de ropa.

Cuando sale minutos después, ya he limpiado a Riya y he hecho café. Me ayuda a emplatar la bollería, hablando con Riya mientras lo hace. Estoy callada, con un montón de pensamientos dándome vueltas en la cabeza. Sé que el evento de la manada es dentro de dos semanas, pero Adam no me ha dicho nada de asistir o de querer presentarme como su compañera. Quiero preguntárselo, pero dudo.

Adam también parece estar debatiendo algo y, mientras sirvo el café, le pregunto:

—¿Qué pasa?

Me echa una mirada de consideración y se asegura de que Riya está suficientemente distraída antes de decir:

—Han abierto un restaurante cerca de aquí. Un sitio italiano. Maya me ha dicho que te gusta la comida italiana.

Me mira expectante y yo le devuelvo la mirada, esperando a que continúe. Cuando no lo hace, enarco una ceja.

— ¿Me estás preguntando si es un buen restaurante o qué?

—Te pregunto si quieres venir conmigo —responde Adam.

—Claro, Riya y...

—Sólo tú y yo —recalca Adam.

Mi mano, que busca mi taza, se detiene en el aire y digo:

—No entiendo.

No es que no lo entienda. Es más bien que quiero estar segura de lo que quiere decir.

—Nunca tuvimos la oportunidad de salir. Nunca te cortejé adecuadamente. Así que esto sería una cita.

Cuando no hablo durante un minuto entero, suspira.

—No tiene que ser...

—Mañana sería ideal. —Cojo mi café y centro mi mirada en el líquido—. Mañana por la tarde. Puedo pedirle a Tony que haga de canguro.

—¿En serio? —Adam parece sorprendido—. Estaba seguro de que dirías que no.

Revuelvo el azúcar en mi café, intentando formular mis palabras.

—Quiero que esto sea un nuevo comienzo para nosotros. Ya no estoy enfadada. Aunque no estoy contenta con lo que hiciste, en cierto modo lo entiendo. Quiero que sigamos adelante. Tenemos que pensar en Riya.

Cuando levanto la vista, sus ojos están pesados.

—Así que me perdonas por el bien de Riya.

—No, no del todo. —Le dedico una pequeña sonrisa—. Yo también quiero ser feliz. Y ambos merecemos una segunda oportunidad.

—¿Estás segura de que no te arrepentirás de esto? —pregunta Adam.

—No. —Doy un sorbo a mi café—. No lo sé. Pero quiero que seas sincero conmigo a partir de ahora. No todas las cargas tienen que recaer sobre tus hombros. Si me hubieras dicho lo difíciles que eran las cosas para ti, si me hubieras tendido la mano en cualquier momento de estos últimos

cuatro años y me hubieras dicho la verdad, y me hubieras hablado de la situación en la que te encontrabas, yo habría vuelto a ti. Te habría perdonado. Estoy enfadada porque me quitaste mi decisión y mi elección. Si vuelves a hacer eso, nunca te perdonaré.

Mi voz es tranquila, pero mis ojos son duros.

Es lo bastante listo como para no ofrecer excusas y se limita a asentir.

—Entonces, ¿esto significa que puedo cortejarte? —pregunta con una amplia sonrisa en la cara.

—Quiero decir, ya estamos apareados así que no tienes que...

—Hicimos casi todo al revés —insiste Adam—. Quiero hacerlo todo bien esta vez.

Parece emocionado, y su entusiasmo es contagioso, me hace sonreír.

Muerdo el pastel de champiñones y decido decirle:

—Hoy me he encontrado con Tina. Y su pareja.

La sonrisa de Adam desaparece.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Sacudo la cabeza—. Hemos hablado. Parece feliz.

—Lo es.

—¿Cómo va a reaccionar Watson cuando se entere de lo de Reynold? —pregunto, preocupada.

Los ojos de Adam se oscurecen.

—Nos ocuparemos de él.

—Pero si retira su apoyo...

Adam parpadea.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Algo así, sí —admito.

Adam saca su teléfono y le da la vuelta para mostrarme algo.

—¿Sabes lo que es esto?

—Parecen opciones sobre acciones —murmuro al cabo de un momento.

—Lo son. A nombre de los dos. —Vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo—. Llevo un tiempo comprando acciones e invirtiendo en inmuebles donde puedo. Hay un número lucrativo de inversiones a nombre de Cynthia Rose, y hay algunas a mi nombre.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué? ¿Por qué has puesto algo a mi nombre?

Me estudia un momento y luego cruza el mostrador para venir a pararse frente a mí, tomando mis manos entre las suyas.

—¿Recuerdas cuando viniste por primera vez a trabajar para mí y me dijiste que nunca recibías un sueldo? Me di cuenta de que no tenías ni un céntimo. Decidí entonces que nunca volverías a sentirte así, que me aseguraría de que tuvieras tanto dinero que no supieras qué hacer con él. Así que invertí, compré y construí una fortuna a tu nombre. Ni siquiera yo puedo acceder a ella. Es tuya.

Mi corazón se calienta.

—Nunca me dijiste nada de esto.

—Quería sacar el tema en el momento oportuno —admite—. Has tenido que hacer muchos ajustes en tu vida a causa de mis decisiones, y no sabía cómo reaccionarías ante esto. No quería empeorar las cosas entre nosotros.

No es el dinero lo que me aprieta el corazón de emoción, sino la razón por la que lo hizo.

—También acumulé una buena cantidad en inversiones, y ya no necesitaré ningún respaldo —dice—. Tu dinero es tuyo...

—Es nuestro —digo firmemente—. Tuyo y mío, y de Riya.

—No...

Le rodeo el cuello con los brazos y se queda inmóvil. No sé qué decirle para transmitirle mis emociones.

—¿Cynthia? —Los brazos de Adam me rodean la cintura.

—Sé que he sido horrible contigo —susurro entre lágrimas—. Y sigues haciendo todo tipo de cosas por mí.

—No, traicioné tu confianza— dice—. Y esto no fue para conquistarte. Esto fue por ti. Todo lo que hago es por ti y por Riya.

—Lo sé. —Una risa llorosa se forma en mis labios. Haces que sea muy difícil seguir enfadada contigo.

Me coge en brazos, sonriendo ahora.

—Lo que sea por mis chicas.

Sus chicas.

Sus palabras me hacen sonreír.

Le acaricio la cara y le beso la boca. El corazón me retumba en el pecho al contacto y mi loba ruge feliz. Cuando me separo, le digo:

—El dinero es nuestro, pero gracias por preocuparte tanto. Significa mucho para mí, Adam.

Desde que volvió a estar en mi vida, ha ido haciendo pequeñas cosas aquí y allá, y se han ido acumulando, mis sentimientos creciendo, el hielo resquebrajándose poco a poco. Que se acordara de algo que me había carcomido durante tanto tiempo y se asegurara de que no volviera a ocurrir es lo que hizo que el hielo se rompiera por fin.

—Así que, cita mañana por la noche. —Adam me da la vuelta hasta que mi espalda queda apoyada en el borde de la encimera y me besa. Su piel me quema bajo las manos y siento que la parte inferior de mi cuerpo se tensa por la necesidad—. ¿Crees que tendré suerte?

—Ya veremos. —Me río, intentando escapar de su agarre—. ¡Ahora, quítate! Riya está mirando.

Riya, que ha cogido su plato para comer delante de la tele, nos mira ahora con los ojos muy

abiertos.

Adam se aclara la garganta y se aleja, pero sonríe y yo me siento un poco tímida.

Una cita.

En ese momento suena el timbre y voy a comprobar la cámara de la puerta.

—Entrega para la señorita Cynthia Rose.

—Ahora te dejo entrar —respondo, y pongo el dedo en el timbre antes de que Adam pueda detenerme.

—Tu apellido —dice—. Ha usado tu apellido. Coge a Riya y entrad en el dormitorio.

Levanto a Riya y la llevo a su habitación.

—Quédate aquí y no salgas hasta que yo lo diga. ¿De acuerdo?

Ella asiente y yo cierro la habitación.

Vuelvo al lado de Adam y gruñe.

—Te dije que te quedaras dentro.

—Ya no —digo con firmeza—. Afrontamos todo juntos.

Me empuja detrás de él justo cuando llaman a la puerta.

Abre la puerta y nos encontramos con un repartidor normal de Fed-Ex. Parece sorprendido por nuestro aspecto hostil.

—Ah, toma. Tienes que firmar.

Es claramente humano y nos mira como si estuviéramos locos.

Adam le quita el papel y me lo entrega. Lo firmo y se lo devuelvo.

Estoy a punto de abrir la caja cuando me la quita, olfateándola. Su expresión se distorsiona.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. —Respira—. Huele a podrido. Hay otro olor que no puedo descifrar.

Utiliza sus garras para abrir la caja y, en cuanto lo hace, inspira de golpe.

—¿Adam?

Miro dentro de la caja y se me escapa un sonido estrangulado.

Es la cabeza podrida de Jonathon.

CAPÍTULO 31

Adam

Miro fijamente la cabeza de mi padre, entumecido.

No hay dolor, sólo conmoción.

—Lleva muerto un tiempo —siseo—. Deberion matarlo cuando desapareció. Tiene señales de tortura en la cara.

—¿Y tu madre? —pregunta Cynthia, horrorizada.

Mi mandíbula se tensa.

—Desapareció al mismo tiempo.

Cynthia cierra los ojos brevemente.

—Lo siento, Adam.

—No lo sientas —le digo—. Nunca fueron muy buenos padres para mí de todos modos, pero estaba seguro de que Norman los buscaba.

—Le he visto hoy —me dice de repente Cynthia—. Pensé que eran imaginaciones mías y me aseguré de que no me seguían, pero...

—¿Dónde? —Me giro para mirarla, furioso—. ¿Dónde le has visto? ¿Por qué me lo dices ahora?

—Estaba fuera de la panadería. Se fue tan pronto como lo vi. ¡Pensé que sólo estaba viendo cosas!

—Debe haberte seguido...

—Nadie me siguió a casa. —Cynthia sacude la cabeza—. ¿Y qué tendría que ver Norman con esto?

Ella tiene razón. No me imagino a Norman teniendo algo que ver con esto. Siempre ha necesitado que nuestros padres le saquen de apuros.

—No importa. —Cierro la caja—. Alguien sabe dónde estás. Alguien que mató a Jonathon. —Veo pasar una mirada extraña por el rostro de Cynthia, y mis ojos se entrecierran—. ¿Qué pasa?

—Hay una persona que me la tenía jurada antes de irme, la misma que me dio los documentos para empezar una nueva vida. —Cynthia frunce el ceño—. Aquella noche que me fui, Watson estaba esperando fuera. Me quería fuera de su vida. Nunca se lo dije a nadie, pero Tony lo vio.

Mis ojos se tensan.

—¿Watson fue quien te dio esta identidad?

Asiento con la cabeza.

Esto no es bueno.

Saco el teléfono y marco el número de una de mis personas de confianza. Cuando contesta, le digo con voz cortante:

—Investiga a Cynthia Morrighan. Investiga todo, lo financiero y lo social. No dejes piedra sin mover.

—¿Qué estás haciendo? —exige saber Cynthia, mirándome enfadada ahora.

Termino la llamada y la miro.

—Watson no es tan simple como crees. Si te quisiera fuera de mi vida, te habría matado. Hay una razón detrás de todo lo que hace. Si te dio una identidad, está tramando algo. —Al ver lo pálida que se pone, intento tranquilizarla—. No te preocupes. Intente lo que intente, me encargaré de ello. Mientras tanto, tenemos que averiguar quién envió este "regalo". Creo que Riya y tú deberíais iros a otra de vuestras propiedades.

—¿Propiedades? —Cynthia parece sorprendida—. ¿Tengo propiedades en Detroit?

A pesar de la sombría situación, quiero sonreír.

—Tienes propiedades por todo el mundo, cariño. Pero tienes una casa muy segura en las afueras

de la ciudad. Nos mudaremos allí esta noche. Ahora, quédate aquí. Ahora vuelvo.

No me detiene y salgo por la puerta con la caja en la mano.

Mis ojos se endurecen de rabia en cuanto la puerta se cierra tras de mí. ¿Alguien se atrevió a enviarle a mi compañera un paquete tan horripilante? ¿Y si Riya lo hubiera visto?

Me dirijo a la azotea y, en cuanto salgo, tres hombres enmascarados saltan ante mí, arrodillados.

Les lanzo la caja y uno de ellos la abre.

Sus expresiones no cambian.

—Norman la estaba siguiendo. ¿Por qué no habéis podido encontrarlo?

—Lo hemos intentado, pero no se aloja en ningún hotel. Alguien lo está ocultando.

—¡Os asigné a tres de vosotros para estar con ella en todo momento! ¿Cómo no le habéis visto? —Mi voz es aguda como un latigazo, y uno de los hombres se pone en pie.

—Capté su olor y fui a investigar, pero fue como si se hubiera esfumado. Pero hemos estado rodeando el edificio. Nadie fuera de lo normal ha entrado o salido. Sólo hay humanos en este edificio.

Reflexiono sobre sus palabras. Si nadie sospechoso ha entrado o salido de este edificio, eso significa que sólo se ha descubierto la dirección de Cynthia. Alguien la ha estado vigilando. ¿Y si ese metamorfo que la acechaba no era un acosador cualquiera?

Otro de mis soldados aparece frente a mí. Se tambalea hacia adelante.

—¿Qué ha pasado? —Lo cojo mientras cae.

—Vampiros —gime—. Me vieron y...

Tose sangre y se lo entrego a otro de los hombres, ordenándole:

—Llévalo a la curandera Lydia. Asegúrate de que no te sigan.

Asiente y se apresura a marcharse con él.

Cuando sólo quedan dos hombres, digo:

—Voy a trasladar a Cynthia y a mi hija a otro lugar. Os enviaré un mensaje con los detalles. Traed las cosas y seguiremos el procedimiento. El evento es dentro de dos semanas. Tenemos que asegurarnos de que no pase nada antes.

Los dos hombres asienten y se marchan, uno de ellos llevando la caja con la cabeza de mi padre.

Había marcas de tortura en la cara de papá, pero aparte de una satisfacción sombría, no siento nada. Era el karma, simple y llanamente. Después de todos estos años atormentando a Cynthia, obtuvo su merecido. No me cabe duda de que mi madre tuvo un destino similar, pero no me importa. Nunca fueron padres para mí, no como lo fueron para mi hermana y Norman.

Incluso mi hermana resultó ser una criatura egoísta. Cuando Cynthia desapareció, me enteré de que mi padre había vuelto a buscar a mi hermana. Eleanor se puso en contacto conmigo después de dos décadas de ausencia. La hermana que una vez había admirado me habló, con voz quebradiza, exigiéndome que devolviera a Cynthia a nuestro padre, que su vida con Mathew estaba siendo interrumpida.

Cuando me había puesto en contacto con Finnegan, el antiguo criado de mi padre, y me había contado cómo ni Eleanor ni Mathew, el hermano mayor de Cynthia, habían estado dispuestos a volver para salvarla, había dudado de su versión. Conocía a mi hermana. Era una mujer orgullosa pero gentil, con una moral elevada.

Pero la mujer del teléfono se había burlado cuando le conté los horrores a los que se había enfrentado Cynthia. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Finnegan había dicho claramente la verdad, y mi padre había enviado a mi hermana y a su amante vídeos de la tortura de Cynthia, y no habían pestañeado. En lugar de eso, lo único que dijo mi hermana fue que todos teníamos que hacer sacrificios por la familia, y que Cynthia tenía que volver.

Le había colgado el teléfono de golpe y me había pasado los dos primeros días después de convertirme en el alfa, indagando en los archivos de mi abuelo. Como había sospechado, había hecho arreglos para que se enviara dinero a Eleanor mensualmente. Vacié la cuenta y la cerré. Mi egoísta hermana y su amante ya no tendrían acceso a ningún fondo de la manada.

Estaba furiosa, pero no podía hacer nada. Era una magra forma de venganza para Cynthia, pero era algo.

Me dirijo escaleras abajo hacia el apartamento. Nunca me había dado cuenta de la implicación de Watson en la fuga de Cynthia. Esto es serio. Todo va a llegar a un punto crítico en dos semanas. Tina finalmente tendrá su venganza, y no puedo interferir en eso. Pero tengo que asegurarme de que mi compañera no quede atrapada en el punto de mira.

Cynthia me está esperando cuando entro y, al ver mis manos vacías, me pregunta:

—¿Qué has hecho con la caja?

—Era basura —digo fríamente—, así que la tiré.

No hace más preguntas, sólo me mira fijamente.

—¿Debo empezar a hacer las maletas?

Asiento con la cabeza.

Cuando se aleja, la detengo de repente.

—El evento de la manada se acerca, tienes que asistir conmigo. Quiero presentarte como mi compañera.

Sus mejillas se enrojecen e intenta actuar despreocupadamente.

—Claro.

Mientras la veo alejarse a toda prisa, mis labios se curvan.

Creo que nunca me cansaré de la timidez de Cynthia.

Mis pensamientos se vuelven pesados mientras la espero. Por fin las cosas iban bien. Me había perdonado. Estábamos empezando de nuevo. Y ahora esto.

Cynthia elige ese momento para volver al salón y, al verme, frunce el ceño:

—¿Qué pasa?

—Nada.

Se acerca a mí.

—No me estarías mintiendo ahora, ¿verdad? —Me mira con ojos penetrantes y aprieto los labios —. Adam —suspira Cynthia—, si quieres que esto funcione, será mejor que empieces a compartir lo que te corroe. Si no puedo compartir tus cargas, entonces nada de esto tiene sentido.

Sus palabras tienen un aire de finalidad y me estremezco.

—Tienes razón. Estoy preocupado por ti y por mí. Con todo esto, no sé cuándo podremos centrarnos en nosotros.

—No necesitamos estar centrados en nuestra relación veinticuatro horas al día, Adam. —Se sienta a mi lado—. Trabajaremos en ello poco a poco, día a día. Nunca dejé de quererte. Nunca salí con nadie, nunca tuve estómago para mirar a otro hombre. Sólo estabas tú. No sé lo que sientes por mí, pero nunca he querido a nadie aparte de ti. Así que o eras tú, o habría vivido sola. Y quiero que esto funcione.

—¿Qué quieres decir con que no sabes lo que siento por ti? —digo con un tono exigente—. Te quiero. ¿No es obvio? No me he comportado como un imbécil sólo porque seas mi compañera. Es porque te quiero.

—¡Muy bien! —Cynthia levanta la voz para igualar la mía, sus ojos se abren de par en par—. ¿Por qué me gritas? Lo entiendo.

Me desinflo y murmuro:

—No estaba gritando.

—De acuerdo.

Nos quedamos sentados en un silencio incómodo durante unos segundos hasta que me da un codazo con una sonrisa en los labios.

—Entonces, ¿me quieres?

No suele bromear, pero ahora sonríe y mis labios se curvan.

—Sí. Y tú me quieres.

—Nunca he dicho eso. —Se encoge de hombros.

—¡Acabas de decirlo, hace un minuto!

Ahora se está riendo, y mi tensión se desvanece con el sonido.

—¿Cómo puedes reírte en un momento así? —La rodeo con el brazo.

—Porque soy feliz, —responde—. Entiendo que las cosas son una mierda ahora mismo y que tenemos mucho trabajo que hacer en nuestra relación, pero estamos juntos. Podemos con todo.

Sus palabras hacen que me duela el corazón y la miro.

—¿Tanta fe tienes en mí?

—En nosotros —responde—. Lo superaremos. Juntos.

Asiento con la cabeza.

—Tienes razón. Lo conseguiremos. Nos tenemos el uno al otro.

Bajo la cabeza para besarla, y su respuesta es dulce. Sin embargo, incluso este contacto me vuelve loco. Llevo tanto tiempo sin ella que, si pudiera, la tomaría aquí mismo, en esta encimera de cocina. Pero no estamos solos aquí, y no creo que a Cynthia le gustara que le metiera mano delante de nuestra hija.

Así que vuelvo a besarla antes de separarme. Me pongo en pie y rodeo su mano con la mía. —Vamos. Te ayudaré a hacer la maleta. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Las próximas dos semanas son cuestión de esperar.

*****

Como predije, Watson tenía sus razones para darle a Cynthia su nueva identidad. Reviso los archivos que recibí la semana pasada. Me alegro de que Cynthia me lo contara a tiempo.

Oigo el chasquido de sus tacones en el pasillo y guardo los papeles.

—¿Estás listo? —Aparece en la puerta y, durante un minuto, me quedo sin palabras. Lleva un brillante vestido azul pálido con una abertura lateral. Con su pelo plateado y los diamantes que brillan en sus orejas y alrededor del cuello, tiene un aspecto etéreo.

Me pongo de pie y ella me levanta la mano.

—Ni se te ocurra. Maya me acaba de peinar. Te mataré si lo estropeas.

—Sólo quiero mirar. —Me acerco a ella, mirándola lascivamente.

—Bueno, mira desde allí. —Cynthia da un paso atrás.

—Sólo un beso.

—Absolutamente no. Te patearé, Adam. Lo digo en serio. Y lo haré en un lugar que no te gustará.

Me doy cuenta de que va en serio y suspiro.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Dónde está Riya?

—Con Tony responde—. Están esperando a que nos vayamos.

Me arreglo la chaqueta y le cojo la mano.

—Sabes lo que va a pasar esta noche, ¿verdad? —Ella asiente—. No vaciles. Pase lo que pase, quédate a mi lado.

—No te preocupes —me tranquiliza Cynthia—. Vámonos.

Maya nos despide y Cynthia la saluda con la mano. Sin embargo, ninguna de las dos sonríe.

Mientras nos dirigimos al evento de la manada, Cynthia murmura:

—Me alegro de que sugirieras que Tony y Maya se mudaran con nosotros hasta que todo se solucione.

No digo nada, con el cuerpo rígido. Cynthia me pone la mano en el muslo. No es ningún tipo de contacto sexual, sólo un intento de calmarme. Recorremos el resto del trayecto en silencio. El aparcacoches se lleva nuestro coche cuando llegamos y entramos en el reluciente salón de baile. Ya hay muchos asistentes y reconozco a la mayoría. No veo a Watson por ninguna parte.

Tina está de pie en un rincón, hablando con algunos miembros de otra manada. Reynold está a su lado.

Consulto mi reloj y miro hacia un rincón de la sala donde hay un camarero. Me hace un gesto con la cabeza.

Bien. Han empezado a moverse.

Nos acercamos a Tina y Reynold, y al llegar a ellos, una voz retumba detrás de nosotros:

—¿Adam?

Siento que Cynthia se paraliza, pero se da la vuelta al mismo tiempo que yo. Watson tiene la cara roja de ira.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no has venido con Tina? ¿Qué significa esto?

—¿Por qué iba a venir aquí con Tina?

Tina lanza una mirada inquisitiva a su padre justo cuando el presentador sube al escenario.

—Este año anunciaremos a dos parejas apareadas. ¿Podrían acercarse al escenario?

Tiro de Cynthia conmigo mientras Tina y Reynold también nos siguen. Una vez allí, noto la inquietud de Cynthia, pero le envío consuelo a través de nuestro vínculo.

—Presentamos al Alfa Adam Moore y a su compañera, la Hembra Alfa Cynthia Rose —dice el locutor por el micrófono. Mientras estalla una ronda de aplausos, veo que la cara de Watson se enrojece.

—¡También presentamos a Reynold Dupont y a su compañera, Tina Trembley!

Watson se pone blanco como una sábana.

Los labios de Tina se curvan en una sonrisa viciosa al encontrarse con la mirada de su padre. Al bajar del escenario, Watson se precipita hacia nosotros.

—¡Venid conmigo!

Sé que Tina quiere su venganza, y no voy a ninguna parte sin Cynthia, así que sonrío.

—Guíame.

—Reynold, quédate aquí —dice Tina con frialdad. Hace un gesto con la cabeza y Reynold asiente.

Watson vibra de rabia y, en cuanto estamos en una habitación privada, se da la vuelta y, levantando la mano, abofetea a Tina en la cara.

—¡Perra desagradecida!

Cuando vuelve a levantar la mano, le agarro de la muñeca y le empujo hacia atrás, advirtiéndole:

—Basta.

—¡Los dos sois unos bastardos desagradecidos! Después de todo lo que hice por vosotros, ¿así es como me lo pagáis?

—¿Qué hiciste por mí? —escupe Tina—. ¿Te refieres a asesinar a mi madre a sangre fría para que pudieras aparearte con otra hembra? ¿O debería estar agradecida por la serie de hembras que me has hecho ver morir a tus manos cuando ninguna de ellas fue capaz de ofrecerte otro hijo?

Los ojos de Watson se entrecierran de rabia.

—¡Te di un hogar! ¡Te envié a las mejores escuelas, a las mejores universidades! Yo te convertí en lo que eres...

—No me diste nada —gruñe Tina—. ¡Mataste a mi madre! La destripaste delante de mis ojos. ¿Pensabas que te sería leal después de eso? He pasado cada momento de mi vida planeando tu caída. Estabas demasiado relajado, demasiado seguro de tu poder sobre mí, ¡y seguías resbalando! No eres más que un bastardo codicioso. Adam y yo hemos descubierto cada acto sucio que alguna vez hiciste. ¡Ahora tendrás que responder ante la manada y ante el alfa!

Watson se burla:

—¿Responder? ¿Yo? ¿Crees que has ganado algo? ¡Sólo has destruido tu propio futuro! Y tú, Adam, ¿crees que conseguirás ser feliz para siempre con esta mujer a tu lado? Cynthia Morrighan, ¿verdad? Ese fue el nombre que te di, ¿verdad? Una chica tonta como tú no tiene lugar como Hembra Alfa. Nunca debiste aceptar mi ayuda. Ahora tu nombre está ligado al tráfico de drogas y al tráfico sexual. El mundo humano te destrozará.

—No hables con mi compañera —le digo—, y Cynthia Morrighan ya no existe. Borré todo rastro

de su existencia hace una semana. Cynthia no te conoce, pero yo sí. O empecé a conocerte mucho mejor estos últimos años. No tienes nada contra ella. ¡No eres nada, Watson!

—¿Yo? ¿Nada? —Watson ríe sombríamente.— ¡Soy más poderoso de lo que puedas imaginar!

La gente se está reuniendo junto a la entrada de la sala privada donde estamos teniendo esta conversación. Deben habernos visto salir del salón de baile. Eso significa que Reynold ha podido retransmitir la confesión de Watson. Éste aún no se ha dado cuenta, pues sigue hablando, de espaldas a la puerta.

—¡Trabajo en complot con los vampiros! Mi socio y yo somos los que distribuimos las drogas. A cambio, los vampiros nos darán más poder del que puedas imaginar. Todo lo que se necesita para que esas drogas sean efectivas es la carne molida de nuestra propia gente. La basura inútil de los barrios bajos por fin sirve para algo. Yo y Norm…

La cabeza de Watson se desprende de sus hombros y cae al suelo. Su cuerpo se desploma mientras yo miro atónito.

Se oyen inspiraciones repetinas y gritos de sorpresa, pero son sonidos tenues para mis oídos.

Mi mirada se eleva para ver a mi hermano pequeño unos pasos detrás de donde Watson había estado de pie.

Norman suspira, con cara de fastidio.

—Ese vejestorio no podía mantener la boca cerrada.

CAPÍTULO 32

Cynthia

Adam me había dicho que Watson no podría evitar enfrentarse a él. Como las pruebas que tenían contra él eran demasiado débiles para que se celebrara un juicio en manada, necesitaban su confesión grabada.

Esperaba muchas cosas, pero que Norman matara a Watson no era una de ellas. Mi cuerpo se tensa de miedo y rabia.

Parece diferente, más maduro, más seguro de sí mismo. No tiene su aire chulesco habitual.

—No podía dejar que siguiera parloteando —dice Norman con voz aburrida—. Lo estaba delatando todo. Y mírate, Cynthia. Todavía aferrándote a mi hermano. No te preocupes. Esta vez te llevaré conmigo. Incluso te dejaré quedarte con su cabeza podrida como recuerdo. Lo que me recuerda, ¿qué te pareció tu regalo? Papá era un cabrón. Pensé que te reirías. Iba a enviarte también la cabeza de mamá, pero me deshice de ella antes, y los animales habían llegado a ella antes de que pudiera arrancarle la cabeza a ese viejo murciélago.

Quiero vomitar.

—¿Mataste a tus padres?

—Bueno, tenía que hacerlo. —Norman sonríe—. Me desenmascaraste, y papá empezó a sospechar demasiado. No sabía que tuviera una línea moral, pero al parecer tratar con esos chupasangres era algo que no le gustaba. Y estaba empezando a darse cuenta de lo inteligente que era. Eso tampoco le gustó. Soltó alguna tontería sobre mí desperdiciando su vida por pretender ser un estúpido imbécil. No podía dejar que afectara a mis negocios. Pero no te preocupes. —Me sonríe—. Me vengué por lo que te hizo pasar, por todas esas palizas. Cuando acabé con él, estaba hecho un desastre. Lo mantuve vivo en su propio sótano durante meses. Al final, sólo balbuceaba palabras sin sentido. Incluso tus padres, pagaron por venderte como lo hicieron. Pagaron con sangre. Me aseguré de ello. ¿No estás contenta?

Mi mano se tensa alrededor de Adam mientras la bilis sube a mi garganta.

—No hables con mi compañera —gruñe Adam, empujándome detrás de él.

¿Mis padres? No he pensado en ellos en mucho tiempo. ¿Están muertos?

—No será tuya por mucho tiempo. —Norman parece divertido—. Desde el momento en que la conocí, siempre supe que era mía. Algún día sería mía. Y en cuanto a ti, hermano, realmente has sido un dolor de cabeza. Nadie piensa nunca en la gente de los barrios bajos, pero a ti de repente tenía que importarte. Me costaste una maldita fortuna. Los necesitaba para hacer las malditas drogas.

—Entonces, todo este tiempo —empieza Adam, con voz áspera—, ¿sólo has estado montando un número?

—Por supuesto —resopla Norman—. Sabía que tendría que proteger a Cynthia cuando te fueras de casa. Y no podía protegerla si no tenía poder. Los vampiros estaban dispuestos a darme poder. Todo lo que tenía que hacer era establecer una cadena de distribución para ellos y proporcionarles el material de origen para sus drogas, que era gente de los barrios bajos. Esos perdedores estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por unos pocos dólares. No era tan difícil atraerlos a zonas desiertas.

—Así que, todo este tiempo que has estado golpeando a Cynthia, y le tendiste una trampa para que tus amigos se aprovecharan de ella...

Norman se ríe entre dientes.

—Necesitaba que la pusieran en su sitio una o dos veces. Pero me traicionaste, Cynthia. Así que ahora estamos a mano con ese incidente del hotel.

—Eres repugnante.— Respiro, desenvainando mis garras.

—Quizás. —Norman se encoge de hombros—. Pero tengo poder, y eso es lo que importa. —Levanta los brazos en el aire—. Esto se está volviendo aburrido. Mátalos.

Chasquea los dedos y, de repente, aparecen unos hombres enmascarados. Yo no los reconozco, pero Adam sí.

—Deja a mi hermano y a Cynthia vivos. Quiero que ella me vea matarlo, lentamente. Norman sonríe.

Gritos y chillidos llenan la sala, y puedo oírlos también desde el salón de baile.

Tina y yo intercambiamos una mirada mientras Adam arremete contra Norman. Cambiar aquí no va a funcionar, ya que hay demasiados enemigos y tendrán más acceso a las partes vulnerables de nuestro cuerpo.

Norman es bueno desviando golpes, pero no puede seguir la velocidad de Adam. Dos de sus secuaces se meten en la pelea. Desenvaino mis garras y voy tras ellos. Sé que no se me da bien el combate cuerpo a cuerpo, pero puedo ser sigilosa, y uso eso a mi favor. Como Tony me ha estado enseñando, tengo que ir a por las zonas más vulnerables. Utilizo mis garras para cortar el estómago de uno de mis oponentes.

Retrocede tambaleándose, agarrándose el estómago, pero dos más ocupan su lugar. En mi frente se acumulan gotas de sudor, pero no voy a dejar que me hagan retroceder. Adam lucha contra Norman y Tina, y yo me enfrento al creciente número de enemigos que intentan proteger a Norman. Uno de ellos apuñala a Tina en el hombro, y un gran lobo se suma a la pelea, arrancándole la cabeza.

Debe ser Reynold porque Tina no parece preocupada.

Somos capaces de hacer retroceder a parte del enemigo, pero los gritos del salón de baile hacen que Tina me mire.

—¡Quédate con Adam!

Ella se apresura a ayudar a los metamorfos en el salón de baile, y a medida que la lucha se intensifica en la sala, los cuerpos caen a mi alrededor.

Entonces Norman se lanza hacia mí. No lo dudo, me agacho y le doy una patada en las rodillas. Cuando se tambalea, Adam lo agarra por el cuello y lo golpea contra el suelo.

En lugar de asustarse, Norman se ríe.

—¡Adelante! ¡Mátame! Encontrarás a tu preciosa hija. Mi gente la tiene. Nunca debiste dejarla con una excusa tan pobre de guardia. Mis hombres se abalanzaron en cuanto te fuiste y...

Me burlo.

—Riya no está con tu gente. Está escondida en algún lugar muy seguro donde ni siquiera a ti se

te ocurriría mirar. ¿Crees que dejaría a mi hija desprotegida?

—La tengo...

—No la tienes —respondo—. Sólo una explosión nuclear podría abrir la habitación segura en la que Adam la escondió. No sé a quién crees que tienes, pero no es nuestra hija.

En ese momento, uno de los enemigos se abalanza sobre Adam y Norman pierde el control. Se lanza hacia mí, con la mano levantada. Antes de que pueda atravesarme el pecho con su garra, Adam se interpone. Los ojos de Norman se abren de placer y oigo el sonido de la carne desgarrándose. No pienso. Actúo, me muevo.

Con todas mis fuerzas, agarro el brazo de Norman y se lo arranco de cuajo. Su alegría se transforma en conmoción, y entonces suelta el sonido más espantoso. Lo ignoro mientras cae hacia atrás. Vuelvo a mi forma humana y me agacho junto a Adam. Norman aún tiene la mano en el pecho y respira con dificultad.

—¡Adam! Adam, todo va a salir bien. ¡Voy a buscar ayuda!

Suenan pasos y alzo la vista, con el corazón latiéndome de miedo, sólo para ver a Robert entrando a toda prisa. El alfa está en muy mal estado, con la ropa hecha jirones. Se quita el abrigo y me lo tira encima.

—Tengo sanadores en camino. Necesitamos uno aquí ahora mismo.

Grita la última parte e, instantes después, Lydia entra corriendo.

No puedo hablar.

El vínculo entre Adam y yo se está volviendo increíblemente frágil, y es como si las paredes se estuvieran cerrando.

—S-Sálvalo —jadeo.

—No le sueltes la mano —ordena Lydia—. Sigue sujetándole. Lo mantienes atado aquí. Robert, cuando te diga, quítale el brazo del pecho.

Y así comienza una sesión de curación como nunca antes había visto.

A veces me siento desfallecer porque el vínculo de apareamiento arrastra mucha fuerza y energía.

—Sujétala —le ordena Lydia, y es Tina quien me sujeta. Ni siquiera sé cuándo ha llegado—. ¡Sácalo!

Mi propia visión se está nublando.

—Cynthia, mantente firme.

Me siento débil. Algo está siendo expulsado de mí, algo de energía.

Pero el vínculo que se había ido desvaneciendo es cada vez más fuerte, así que dejo que suceda.

No puedo dejar que le pase nada a Adam.

¡Adam tiene que vivir!

Tina me sostiene y me susurra algo mientras mi loba sigue inyectando más y más energía en nuestro vínculo de apareamiento. Mi cabeza se inclina hacia un lado, flácida.

—Apenas aguanta —oigo que le dice Tina enfadada a alguien.

—Estará bien.

¿Estaré bien?

Riya nos necesita.

Necesito a Adam.

No quiero perderlo otra vez.

Las voces se van apagando y mi cuerpo se siente pesado al estar finalmente rodeado de silencio.

*****

El olor de Adam me rodea cuando vuelvo en mí.

Es nítido y definido, y tarareo, feliz, asimilándolo.

Su pecho también es duro pero cómodo.

—Si sigues frotándote así contra mí —ronronea—, me vas a dar una idea equivocada.

Abro los ojos y veo a Adam mirándome, sonriendo.

—¿Q-Qué?

Intento incorporarme, pero él me tira hacia abajo.

—Todavía me estoy curando. Necesito el contacto piel con piel.

Confundida, permanezco quieta.

No es fácil ordenar mis pensamientos. Siento el cuerpo cansado.

—¿Qué ha pasado?

—Norman escapó. —La mano de Adam roza mi espalda. Mi espalda muy desnuda.

—Adam, —Respiro—, ¿por qué estamos desnudos?

—Órdenes del médico —me dice alegremente mi compañero.

—¿Estás mintiendo?

—¿Quieres que la llame?

Sacudo la cabeza, la apoyo en su pecho y opto por disfrutar de la agradable sensación de que me tranquilice.

—Te empalaron —recuerdo finalmente.

—Me salvaste.

—Lydia te salvó —le corrijo, bostezando y acurrucándome en su pecho. Me siento agotada.

—Norman tenía su mano alrededor de mi corazón —me dice Adam suavemente—. Me estaba muriendo, y tú me abrazaste. Compartiste tu fuerza vital, algo que sólo pueden hacer los compañeros profundamente unidos.

Abro los ojos y parpadeo.

—Oh. De acuerdo entonces.

—Entonces, ¿no vamos a hablar de nuestro profundo vínculo de pareja? —Adam suena divertido. Entendido.

—Alegrémonos de que estés vivo y dejémoslo así.

Se ríe.

—¿Eres tímida? —Me da una palmadita en la mejilla—. Eres tímida, ¿verdad? —Le hundo los dientes en el músculo pectoral en represalia, y él gime—. Ya estamos desnudos, Cynthia. No estás ayudando.

Cuando siento su dureza contra mi pierna, me ruborizo.

—¡Controla lo tuyo!

—Pues deja de tomarme el pelo —replica.

Entierro la cara en su pecho.

—Lo siento. ¿Podrías...?

Me coge en brazos y se ríe.

—Ignóralo. Estar cerca de ti es suficiente para que "lo mío" pierda el control. ¿Cómo te sientes?

—Cansado.

Me acaricia el pelo con cariño.

—Sí. Será así durante un par de días.

—¿Riya está bien? —Le miro.

—Sana y salva. —Sus dedos me peinan el pelo, y eso me adormece y me hace feliz a la vez—. Norman está loco. No sabía que estuviera tan obsesionado contigo.

—Si está vivo, entonces...

—Perdió un brazo —me dice Adam—. No hay vuelta atrás de eso. O está muerto o los vampiros lo matarán. Dudo que los vampiros lo necesiten ahora. No se asocian con los que consideran débiles.

—Eso espero —murmuro—. No sabía que había matado a mis padres.

—Lo siento dice Adam en voz baja.

Me encojo de hombros.

—Me vendieron así que no me importa.

—Si te hace sentir mejor, mi hermana y tu hermano, que fueron la razón de tu contrato de esclavitud, están ahora en la indigencia y luchan por sobrevivir. Les he cortado toda financiación. Mi abuelo había hecho algunas inversiones a nombre de mi hermana y la cuenta se había ido acumulando. Ella recibía dinero todos los meses. Se lo corté.

—No me dan pena —declaro después de pensarlo—. ¿Tina está bien?

—Algunos moretones aquí y allá, pero está bien.

—No sabía eso de su familia. Pensaba que Watson era una buena persona.

—Yo también —confiesa Adam—. Fue más o menos cuando te fuiste cuando Tina me habló del tipo de hombre que era. Quería un hijo varón, y se apareó con una mujer tras otra, tratando de concebir un niño. Aparte de Tina, mató a todas las mujeres que marcó y apareó cuando le dieron hijas. Las niñas tampoco se salvaron. Fue una infancia traumática para ella. Vio morir a su madre ante sus ojos. Nunca lo perdonó. Se confabuló con los vampiros porque pretendía utilizarme como marioneta durante un tiempo y luego deshacerse de mí y tomar el control una vez que hubiera acumulado suficiente poder.

—¿Qué pasa ahora con la manada? —pregunto, despacio.

—Bueno, primero arreglaré los barrios marginales y recuperaré algunas de las políticas sociales que mi abuelo puso en marcha para reducir el desempleo. Todo el mundo merece un buen nivel de vida, y empezaremos por ahí. Sé que no quieres dejar Detroit así que...

—Iré donde tú vayas. —Cierro los ojos—. Riya y yo nos quedaremos contigo. No me importa.

Adam suelta un suspiro tembloroso antes de presionar con sus labios la parte superior de mi cabeza.

—Gracias, cariño.

—Por favor, no vayas por ahí recibiendo puñaladas otra vez. —Le beso el pecho—. Es mucho trabajo salvarte después.

Su pecho retumba de risa.

—Muy mono.

—Me lo imaginaba. —Sonrío, con los ojos aún cerrados.

Después de un momento, digo:

—¿Adam?

—¿Sí?

—Ya no quiero ser Cynthia Rose.

Sonríe profundamente.

—Entonces, supongo que tendrás que ser Cynthia Moore.

—No. No quiero ese apellido.

—Entonces, ¿qué tal Cynthia Adam? —Adam me besa la nariz.

—Puedo vivir con eso.

Mi corazón rebosa de felicidad. Aún nos queda un largo camino por recorrer, pero lo afrontaremos juntos.

CAPÍTULO 33

Cynthia

Epílogo

Me siento en el borde de la cama del hotel, recién duchada y en bata. La llamada a la puerta me hace levantar la vista y sonrío. Descalza, me acerco y la abro ligeramente antes de soltar la cadena y abrirla de par en par para el hombre que tengo delante.

Adrian se inclina.

—Hueles bien.

—¿Está tonteando conmigo, señor? —Me río, en voz baja, cerrando la puerta tras él.

—¿Con una bella dama como usted? —Adrian me lanza una mirada dramática—. ¡Claro que sí!

Me inclino hacia delante para besarle y él me quita la bata de los hombros.

—Pero quiero hacer mucho más que coquetear —me susurra en la mandíbula, y su boca me deja besos húmedos y calientes. Su tono ronco me calienta la sangre y me deja la boca seca.

Los dos estamos un poco borrachos y desinhibidos, y él me sonríe, con un desafío en los ojos. Tiene las manos en mi cintura, grandes y fuertes, y un delicioso cosquilleo me recorre la espalda.

Mis manos se dirigen a su cara:

—Cuéntame.

Me acompaña de nuevo hacia la cama.

—Te quiero desnuda y gimiendo, mi nombre como una plegaria en tus labios.

Mi respiración se vuelve superficial mientras mis piernas golpean la cama.

—Eso suena prometedor.

Me pone las manos en los hombros y nos da la vuelta hasta que es él quien se sienta en la cama. Me siento a horcajadas sobre él, apretándome contra su entrepierna.

Mis caderas se mueven contra él y noto cómo su polla se endurece dentro de sus vaqueros. Tengo los muslos mojados con mis propios jugos y me cuesta no gemir.

Siento la mano de Adrian en mi pelo. Me agarra con firmeza y me echa la cabeza hacia atrás lo suficiente para que me encuentre con su mirada.

—¿Sólo vas a tomarme el pelo, o vas a abrir esa boquita tan bonita y chupar también?

Gimo, deslizándome de su regazo al suelo de rodillas.

Mis manos alcanzan su cinturón y lo desabrocho todo con gran cuidado y reverencia, y cuando su polla brota, gorda y venosa, se me hace agua a la boca.

No me hago esperar y lo lamo con avidez. No me cabe del todo en la boca, pero encajo lo que puedo y empiezo a mover la cabeza arriba y abajo. Los dedos de Adrian me aprietan el pelo, y cuando toma el control, le dejo, disfrutando de su contundencia. Coge lo que quiere, pero no es duro ni cruel.

Sin embargo, no busca el orgasmo y me detiene antes de correrse. Me agarra del pelo, me levanta y me besa con fuerza.

Jadeo en su boca mientras me quita todo el control.

No vacila y mete una mano dentro de mi bata para jugar con mi coño empapado mientras la otra me sujeta del pelo para maniobrarme. No es suave, y no quiero que lo sea. Me bombardea de sensaciones y gimo cuando sus dedos encuentran mi clítoris y lo acarician.

—Incluso después de todo este tiempo, sigues estando tan jodidamente apretada —murmura, con voz oscura, y yo gimo mientras mete dos dedos, estirándome.

—Yo... —No puedo articular palabra, tengo la mente en blanco mientras me duele el coño de necesidad. *Quiero* su polla.

Trato de respirar entrecortadamente y, antes de que pueda siquiera intentar decir algo, me mete dos dedos más, haciéndome soltar un gemido entrecortado.

Permanezco de pie ante él, con las piernas abiertas para que me toque, mientras él se tumba en la cama y me folla con la mano, sujetándome el pelo y manteniéndome en mi sitio. Se me escapan sonidos de impotencia al intentar moverme contra su mano, y él se ríe.

—Mírate. Pequeña codiciosa, ¿verdad, Anna?

Sólo gimoteo, necesitando algo más.

Cuando me rompo, le mancho toda la mano. Mi orgasmo lo vuelve loco.

Se mueve rápido, se quita la ropa y se arranca la bata.

Me empuja sobre la cama y, abriéndome las piernas, me penetra.

—¡Oh, Dios! —gimo mientras sigue deslizándola hasta que golpea mi vientre, y me corro en un instante.

Me agarra por la cintura, su polla todavía dentro de mí, me pone boca arriba y me acerca al borde de la cama. Y empieza a penetrarme.

Grito y sollozo mientras las sensaciones se intensifican, mis manos se enroscan en las sábanas para agarrarse, pero él me está martilleando el coño, obligándome a recibir toda su longitud en largas y duras caricias y yo gimo y suspiro y sollozo, el calor blanco llenando mi cuerpo una y otra vez.

Una vez. Otra vez. Y luego otra vez.

Me está convirtiendo en un lío incoherente, y cuando Adrian finalmente se corre dentro de mí, jadea.

—Adam —sollozo su nombre, su orgasmo desencadena el mío.

Me coge en brazos y se desploma a mi lado.

Ambos recuperamos el aliento antes de que Adam se incline y me bese.

—Hiciste a Adrian un hombre muy feliz, Cynthia.

Me río suavemente, enterrándome en sus brazos.

—Sólo en nuestro aniversario.

Sube las sábanas a mi alrededor y juega con mi pelo.

—¿Cuántos años han pasado?

—Tres. —Los cuento con los dedos—. Y ahora que tienes un par de gemelos revoltosos para mantenerte ocupada, creo que deberíamos dejar de hacer más bebés bonitos.

—Los gemelos cumplen un año este año —dice Adam, poniéndome cara triste—. Se sentirán muy solos sin hermanos pequeños. Quizá dos más.

—¿Dos más? —Pongo los ojos en blanco—. ¿Sólo dos más? ¿Eso es todo?

Me sonríe.

—¿Quieres ir a por tres?

—Tengo una cosa que decirte. Vasectomía.

Mi compañero me mira horrorizado.

—¿Y privar al mundo de nuestros hermosos hijos? Jamás.

No puedo evitar reírme.

—Una más y lo echamos a suerte para la siguiente.

Adam sonríe.

—Eso sí que es un trato. Por cierto, ¿cuándo vuelas para reunirte con Tina para su lanzamiento?

—El mes que viene, y no me lo recuerdes. Riya está decidida a venir y Maya y Tony están dispuestos a venir también para cuidarla. Nunca podrán decirle que no.

—Bueno, es nuestra princesita —dice Adam con firmeza—. Me gustaría ver a alguien decirle que no a ella.

—Cumple siete años este mes. Será mejor que aprendas a decir que no, o tu princesa estará totalmente mimada. Me acurruco contra él.

Nunca pensé que la vida sería así, tan fácil y feliz. Adam y yo nos enfrentamos a nuestros demonios en nuestra relación, y los superamos juntos. Vendiendo su casa familiar, construimos una nueva, una que sólo conoce la felicidad y la risa. La vida no ha sido fácil para mí, pero con mi pareja a mi lado y mis hijos, espero con ilusión cada día.

Norman sigue desaparecido, y aunque Adam cree que puede estar muerto, yo no lo creo. Pero ya nos enfrentaremos a ese momento si algún día llega. Por ahora, estoy rodeada de amor y calidez, y eso es todo lo que me importa.